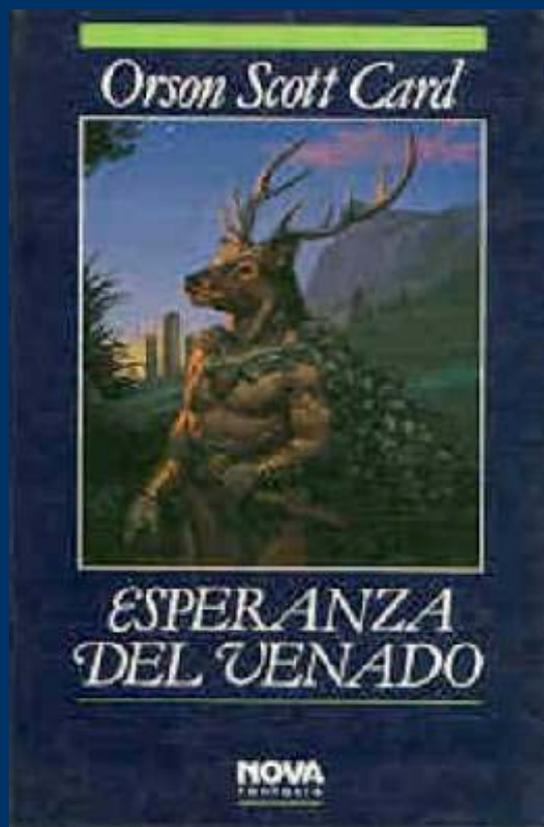


---

# ESPERANZA DEL VENADO



Orson Scott Card

---



## **Orson Scott Card**

Título original: Hart's Hope  
Traducción: Paula Tizziano  
© 1983 by Orson Scott Card  
© 1998 Ediciones B  
Rocafort 104 - Barcelona  
ISBN: 84-406-8316-2  
Edición digital: Bizien  
R5 03/03

## ÍNDICE

PROLOGO  
EL REBELDE EXILIADO Y LA PRINCESA FLOR  
PALICROVOL SE CONVIERTE EN REY EN SU CORAZON  
EL SUEÑO DE ZYMAS  
EL GUARDIA Y EL ENVIADO DE DIOS  
LA PROFECÍA  
LA NIÑA QUE MONTO EL VENADO  
LA LECCIÓN DE ASINETH SOBRE EL BIEN Y EL MAL  
LA LECCIÓN DE ASINETH SOBRE EL AMOR Y EL PODER  
LA LECCIÓN DE ASINETH SOBRE LA INJUSTICIA Y LA MISERICORDIA  
LA APARICION DE BELLEZA  
LA SACERDOTISA DE BRACK  
EL HECHICERO CAUTELOSO  
LA PROMETIDA DEL REY  
LA MARCHA REAL  
EL CONQUISTADOR DERROTADO  
EL REY CAUTIVO  
LOS TORMENTOS DE BELLEZA  
LA HORA DEL VENADO  
LA ESPOSA DEL GRANJERO  
ELLA ERA UNA POETISA DE TODAS LAS COSAS QUE CRECEN DE SI MISMAS  
EL VENADO ALCAHUETE  
EL NACIMIENTO DEL HIJO DE PALICROVOL  
LOS SIGNOS DE LA MADRE  
LOS SIGNOS DEL PADRE  
EL SIGNO DEL HIJO  
LA CASA DE DIOS  
EL SÉPTIMO HIJO VARÓN DE AVONAP  
AMIGOS Y ENEMIGOS  
EL FUEGO Y EL AGUA  
EL HOMBRE DE LOS OJOS DE ORO  
EL FIN DE LA EDUCACIÓN  
EL CANTO DEL MERCADER  
LAS AGUAS DE SU PADRE  
EL PREMIO DE CORTH  
LA PUERTA DE LAS MEADAS  
ENTRE LADRONES  
OREM VE LA PUERTA PROHIBIDA  
LA RUTA DE MENDIGOS DE LOS MUERTOS EN VIDA  
DE COMO OREM LLEGO A SER LLAMADO EL CARNISECO  
LAS DULCES HERMANAS  
LA PROSTITUTA Y EL JOVEN VIRGEN  
UNIDAS POR EL ROSTRO  
LADRONES  
EL CANTO DE LA CISTERNA  
EN EL FOSO DE SERPIENTES  
EL SECRETO DE LA FUENTE  
SIRVIENTES  
LAS AGUAS DE LA REINA  
EL SIRVIENTE DEL SIRVIENTE

EL REGATEO  
EL HOYO  
LA SOMBRA NO LO CONOCE  
SEGRIVAUN  
EL CIERVO EN LA TORRE  
EL SABOR DEL PODER  
EN CASA DEL HECHICERO  
LAS MUJERES DEL MAGO  
TRAVESURAS  
DE COMO OREM LIBRÓ BATALLA CONTRA LA REINA POR PRIMERA VEZ  
LA HERIDA DEL VENADO  
EL TEMPLO DEL ÁRBOL PARTIDO  
JAULAS  
EL FOSO DE LOS BUEYES Y EL ZOOLOGICO  
LA CASA DE CARBÓN  
LA DANZA DE LA DESCENDENCIA  
LOS ÁRBOLES TORTURADOS  
EL DANZARÍN VIRGEN  
LA TIERNA BODA DE BELLEZA CON EL HIJO DE SU ESPOSO  
LAS COMPAÑIAS DE LA REINA  
EL AMOR DE BELLEZA  
LE LLAMARON EL REYECITO  
LOS USOS DEL PODER  
EL REYECITO EN LA CORTE  
LOS AMIGOS DEL REYECITO  
SE DESHACE LA JUSTICIA  
¿POR QUE ME ESCOGISTE A MI?  
EL FUTURO DE OREM  
UNA CONVERSACIÓN CASUAL  
LA GUERRA DE BELLEZA Y EL SUMIDERO  
LOS BAÑISTAS EN EL ESTANQUE  
LA REINA DESCUBRE A SU ESPOSO  
EL NACIMIENTO DE JUVENTUD  
EL ANILLO ARDIENTE  
EL ALUMBRAMIENTO  
LA CURACIÓN DE COMADREJA BOCATIZNADA  
COMADREJA DESPIERTA  
LA LIBERACION DE LOS DIOSES  
OREM PADRE  
LA HISTORIA DE JUVENTUD SOBRE EL BECERRO HAMBRIENTO  
LA HISTORIA DE JUVENTUD SOBRE LA FLOR MUERTA  
LA HISTORIA DE JUVENTUD SOBRE LA TORMENTA DE NIEVE  
LA HISTORIA DE JUVENTUD SOBRE EL REY  
LA HISTORIA DE JUVENTUD SOBRE EL RÍO  
OREM LLORA POR EL RELATO DE SU HIJO  
LA RUTA BAJA PARA SALIR DEL PALACIO  
LA RESURRECCION DE LOS MUERTOS  
EL TORREON MENOR  
LA TORTURA  
URUBUGALA  
COMADREJA  
LA VICTORIA DE LOS CIEN CUERNOS

LA PREPARACION DEL NIÑO DOCEMESINO  
LA ULTIMA LIBERACIÓN  
LA IRA DEL REY  
EL REGOCIJO  
EL PERDÓN  
EL HONOR  
LA VENGANZA  
LA BENDICIÓN

## PROLOGO

*Oh, Palicrovol, el de la muerte y la venganza en los ojos: te escribo porque, a lo largo de los siglos, hay historias que has olvidado, e historias que jamás llegaste a saber. Te las contaré todas, y puesto que cuanto digo es verdad, detendrás tus manos colmadas de armas, y ya no buscarás la muerte del niño Orem, el Carniseco, llamado el de Banningside, o también el Reyecito.*

### El Rebelde Exiliado Y La Princesa Flor

Ésta no es la primera de las historias, pero sí la primera que debo contar, porque si la recuerdas me escucharás hasta el final.

Él se acercó a ella en el jardín, donde sus doncellas estaban adornándola con flores, tarea que debían hacer durante cada día de la primavera.

-¿Cuál es el nombre de la pequeña? -preguntó.

Sus doncellas la miraron, solicitando permiso para responder. Ella hizo un gesto con la cabeza a la sarcástica dama llamada El-frío-de-las-aguas-del-oeste, quien sabría decir las palabras adecuadas.

-Nuestra señora sabrá cómo se llama este hombre que se pasea tan ufano por el jardín sagrado, y se arriesga a conocer los secretos que sólo saben los eunucos.

El hombre se mostró un tanto sorprendido.

-Pero se me dijo que podía pasear libremente por la ciudad...

Las doncellas la miraron una vez más, y esta vez ella escogió a La-que-se-inclina-hacia-atrás-desde-la-cuna, cuya voz era aguda y extraña.

-Puedes caminar por donde corresponde a un varón, mas debes pagar el precio a que éstos corresponde.

Para su sorpresa, el hombre no mostró temor. Por su osadía era un loco. Por su torpe acento era extranjero. Por su presencia en el jardín sagrado era nuevo en la Isla-donde-el-verano-sólo-dura-un-día-en-las-montañas. Pero sobre todo, por su rostro era poderoso, hermoso y bueno, y por eso señaló con la cabeza a Nacida-entre-la-lluvia-de-pétalos-de-lila.

-Estás en presencia de la hija mayor del Rey-que-surca-el-mar-sobre-el-lomo-de-un-cisne -dijo Mesmisfedilain con su voz más aterciopelada.

De inmediato el extranjero se hincó de rodillas e inclinó la cabeza, mas no la espalda. Algo extraordinario. Ella hizo un gesto a Verdad-sin-tormento.

-Si eres rey en tu propia tierra, Hombre, ¿por qué te postras? Y si no eres rey, ¿por qué tu espalda erguida desafía a la muerte?

-Soy Palicrovol -respondió el hombre-. Estoy en una batalla que va más allá del trono o de la muerte. Mi enemigo es Nasilee, quien gobierna en Burland por derecho de sangre.

Verdad-sin-tormento aceptó el desafío de sus palabras.

-Si gobierna por derecho de sangre, ¿cómo osas oponerte a él? Responde con sinceridad, pues de tu lengua pende tu vida.

-Porque soy un hombre de bien -fue su respuesta- y Nasilee es uno de los que gobierna por derecho de sangre, pero se gana el odio de todos los hombres de bien. Así y todo, no me habría rebelado si los dioses no me hubiesen elegido.

-Si los dioses te han elegido, ¿por qué eres un exiliado aquí en la Isla-donde-el-verano-sólo-dura-un-día-en-las-montañas?

Palicrovol se puso en pie de un salto. Por un momento la pequeña temió que pretendiera hacerle daño, y temió aún más que se propusiera escapar. Pero en cambio él extendió los brazos y entonó como pudo la historia de la batalla. En el lenguaje de ella las palabras sonaron burdas, pero no tardó en advertir que la torpeza se debía a que estaba traduciendo un poema. Tú conoces el poema. Le contó que estaba de pie sobre la cima

de una colina al caer la noche, antes de la batalla, y que ante él se extendían las fogatas de los mayores ejércitos jamás conducidos a la guerra en Burland, y vio que, ganase o perdiese, perecerían demasiados hombres. No habría ejército capaz de defender las fronteras contra las incursiones provenientes de las montañas de tierra adentro, o las costas contra las incursiones provenientes del mar. Así que ordenó a su gran general Zymas que dispersara a sus hombres y que se ocultaran antes del alba. Que todos piensen que Palicrovol es un cobarde y luego Palicrovol vendrá y ganará la batalla cuando el costo sea ínfimo y el premio mayor. Por aquellos días Palicrovol era sabio.

Y ella le sonrió, pues él era un buen rey.

-¿Puedo vivir entonces? -le preguntó.

Ella asintió.

-¿Con mis atributos de toda la vida intactos?

Las doncellas ahogaron sus risas, pero ella no rió. Sólo asintió, con gravedad, una vez más.

-Entonces arriesgaré mi vida de nuevo y te diré que sólo eres una niña, pero que jamás he visto en toda mi vida belleza tan perfecta.

Ella señaló a Nacida-entre-la-lluvia-de-pétalos-de-lila.

-Desde luego que es hermosa, Casi-rey-de-Burland. Ella es la Princesa Flor.

-No -repuso él-. No hablo de su rostro inimitable ni de las flores que tan toscas se ven al lado de su exquisita piel, ni de la forma en que su cabello se ondula como la tierra recién arada bajo la luz del sol. Digo que posee la perfecta belleza de la mujer que jamás mentirá en toda su vida.

Él no podía saber, a menos que un dios se lo hubiera dicho, que ella hizo el juramento más terrible cuando a los cinco años la ofrendaron al mar. Estaba sujeta a la- verdad, y aun cuando no le había dicho una sola palabra, él la había mirado y lo había visto.

-No es una mujer,-apuntó Nacida-entre-la-lluvia-de-pétalos-de-lila-. Sólo tiene once años.

-Me casaré contigo -anunció Palicrovol-. Cuando tengas veinte años, si soy rey de Burland te enviaré a buscar y vendrás a mí, ya que soy el único rey del mundo capaz de soportar la belleza de una esposa que no le ha de mentir.

Entonces ella se puso de pie, dejando que las flores cayeran por doquier, ignorando la respiración contenida de sus doncellas. Extendió la mano y la posó sobre la cintura del hombre, y él abrió su mano hacia ella.

-Palicrovol, me casaré contigo seas rey o no.

Palicrovol respondió:

-Mi señora, si no soy rey por entonces estaré muerto.

-No creo que mueras jamás -replicó ella.

Y entonces las doncellas rompieron a llorar, pues ahora se había prometido en matrimonio, y eso no podría deshacerse por mucho que su padre se afligiera o enfureciera al conocer su decisión. Pero a Palicrovol nada le importaban sus lamentos.

-Mi señora -dijo-. Ni siquiera sé tu nombre.

Ella hizo un gesto a La-que-se-inclina-hacia-atrás-desde-la-cuna. No podía decir su propio nombre porque en aquella época su nombre aún no era verdad.

La-que-se-inclina-hacia-atrás-desde-la-cuna logró hablar a pesar del llanto y pronunció el nombre de la Princesa Flor.

-Aquí-está-la-mujer-que-en-su-rostro-posee-la-dicha-de-todas-las-mujeres. En-su-corazón-el-dolor-de-todas-las-mujeres.

Palicrovol repitió el nombre en voz baja, observando los labios de ella.

-Enziquelvinisensee Evelvinin -dijo.

Ella escuchó con regocijo, ya que, con su amor, estaba segura de que algún día esas palabras serían verdad, aun cuando temiera el camino que la conduciría hasta su nombre.

-Enviaré por ti -declaró Palicrovol- y para mí valdrás más que la Corona de Asta.

Se marchó y la Princesa Flor le esperó. En toda su vida jamás se ha arrepentido de su compromiso matrimonial, ni del terrible precio que pago por él, ni ha mentido jamás a Palicrovol, aun cuando tú deseaste que ella mintiera, incluso cuando le ordenaste, tan cruelmente, que callara.

## PALICROVOL SE CONVIERTE EN REY EN SU CORAZON

*Esta es la historia de cómo Dios enseñó a aspirar al trono a un hombre sin ambición.*

### El Sueño De Zymas

Zymas era el brazo derecho del Rey, su ojo derecho y -según decían los irreverentes- también el cojón derecho del Rey. Zymas nació siendo caballero, pero primero su fuerza, luego su talento y por último su sabiduría le valieron tal fama que ahora era general de todos los ejércitos del Rey, y el terror de Zymas se propagaba a lo ancho y a lo largo de Burland.

Sólo disponía de quinientos soldados, entre caballería e infantería, pero en esa época una aldea tenía cinco familias, y una ciudad, cincuenta, y quinientos soldados bastaban para someter a todo aquel que hiciera falta. Y si algún grupo de barones o condes aunaba sus fuerzas insignificantes para superar en número a las de Zymas, igualmente estaban condenados al fracaso. Si había diez de estos barones, con toda seguridad uno se había unido a la rebelión como agente del rey, dos como hombres de Zymas, y el resto colgaría de la horca antes de que terminara el mes.

Zymas había conocido días de gloria en la frontera, donde las tribus salvajes de las montañas del interior se destruyeron contra las puntas de lanza de su ejército. Y hubo días de gloria en el litoral, cuando las incursiones provenientes del este estrellaron sus embarcaciones y perecieron a centenares antes de que pudieran traspasar la línea de la marea. ¡Oh, Zymas era un guerrero imponente! Pero ahora que todos los enemigos exteriores del Rey habían sido vencidos y pagaban tributos, Zymas conducía a sus hombres desde la montaña a la costa, no para defender a Burland de los ataques, sino para proteger a los recaudadores de impuestos, para castigar a los desobedientes y aterrorizar a los débiles e indefensos.

Había quienes decían que Zymas no tenía corazón, que mataba por placer. Otros creían que no tenía pensamientos propios, y que jamás llegó a cuestionar la menor orden del Rey. Pero todos se equivocaban.

Zymas acampó durante la noche con su medio millar de hombres sobre las orillas del Burring, el tramo alto del río, donde los lugareños seguían llamando Banning a la corriente. La aldea era demasiado pequeña para tener nombre: cuatro familias, que en los libros estaban registradas como la séptima aldea cerca de Banningside. Según los registros, el poblado no había pagado su tributo de mil litros de áridos. Eso generaba resentimientos y era un mal ejemplo para las otras aldeas. Zymas estaba allí para castigarlos. A la mañana siguiente iría con sus cincuenta soldados de infantería rodearía la aldea y pediría la rendición. Si se rendían, serían colgados. Si no, recibirían escupitajos y penderían sobre el fuego, o los haría sentarse sobre estacas afiladas, o algo por el estilo. Eso era lo normal por entonces; hombres, mujeres y niños, lo normal. Zymas pensaba en el día siguiente y sentía que su corazón se le escurría como siempre, para no avergonzarse.

Cuando por fin su corazón quedó vacío, se tendió sobre el suelo frío y durmió. Pero esa noche su sereno reposo se vio perturbado por un sueño. Se sorprendió de estar soñando, se sorprendió aun durante el sueño, ya que soñar era algo a lo que había renunciado largo tiempo atrás. Fue un sueño sumamente sagrado, ya que en él vio a un viejo ciervo

caminando penosamente por un bosque. ¿Por qué sufría? Del vientre del venado pendía una rata colgada de los dientes y a cada paso el ciervo temblaba de dolor. Zymas extendió su mano para quitar la rata, pero una voz lo detuvo.

-Si quitas la rata, ¿qué mantendrá cerrada la gran herida que tiene el ciervo en sus entrañas?

Zymas miró con atención y vio que los dientes de la rata unían los labios de una herida larga y perversa que amenazaba con desgarrar al venado desde el pecho hasta el fondo del vientre. Y sin embargo sabía que la rata estaba envenenando la herida.

Entonces un águila feroz se lanzó desde las alturas y se posó brutalmente sobre el lomo del animal. Zymas supo de inmediato qué debía hacer. Tomó el águila entre sus manos, le dio vuelta y empujó sus garras bajo el ciervo. Éstas se extendieron, asieron los bordes de la herida y los cerraron con más firmeza aún que los dientes de la rata. Entonces, todavía cabeza abajo, el águila devoró la rata, hasta el último pedazo. El venado se salvó porque Zymas había puesto al águila en su sitio.

-Palicrovol -dijo la voz y Zymas supo que se refería al águila.

-Nasilee -dijo el águila y Zymas supo que se refería a la rata.

Nasilee era el nombre del rey. Palicrovol era el nombre del conde de Traffing. Entonces Zymas despertó y permaneció en vela el resto de la noche.

Antes del alba, tomó a sus cincuenta hombres y se encaminó hacia la aldea, y los pobladores se rindieron en un instante. El patriarca de la pequeña aldea trató de explicar por qué no se habían pagado los impuestos, pero Zymas había oído las mismas excusas cientos de veces. No escuchó al anciano. Ni los lamentos de las mujeres, ni el llanto de los niños. Sólo vio que cada uno de ellos estaba de pie ante él con el rostro de un gran venado viejo, y supo que su sueño no se debía al azar.

-Hombres -habló, y aunque no gritó todos escucharon su voz.

-Zymas -respondieron. Lo llamaban Por su nombre, porque él había hecho que éste fuese más noble que cualquier título que pudieran darle.

-Nasilee mordisquea las entrañas de Burland como una rata, y nosotros somos sus dientes.

Azorados, no supieron qué replicar.

-¿El rey verdadero cuelga a estos indefensos?

Uno de los hombres atinó a decir, sin saber a qué clase de juego los desafiaba Zymas:

-¿Sí?

-Tal vez lo haga -respondió Zymas-, pero si él es un rey verdadero, prefiero seguir a un rey falso que sea bueno, y hacer de él un monarca legítimo, para que el pueblo no tenga que temer la llegada del ejército de Zymas.

A los soldados les resultaba inconcebible que Zymas pudiese expresar semejante traición, pero no tan inconcebible como la idea de que estuviese mintiendo o bromeando. De modo que Zymas se iba a rebelar contra el Rey. ¿Habría algún hombre que eligiera unirse al Rey en contra de Zymas?

Zymas les dejó escoger libremente, pero los quinientos marcharon con él y se alejaron de los sorprendidos pobladores, rumbo a Traffing. No les dijo a quién pensaba poner en lugar del Rey. El sueño había dicho Palicrovol, pero Zymas quería ver al hombre por si mismo antes de ayudarlo en su rebelión. Los sueños suceden con los ojos cerrados, pero Zymas sólo actuaba con los ojos abiertos.

## El Guardia Y El Enviado De Dios

En las tierras de Traffing, en el invierno letal, una figura de manto blanco caminaba como un fantasma sobre la nieve. El guardia de la fortaleza del Conde tembló atemorizado hasta que vio que se trataba de un hombre, con el rostro enrojecido por el

frío y las manos hundidas en un manto para abrigarse. Los fantasmas no temen al frío. El guardia lo sabía. Detuvo al hombre y lo hizo bruscamente, porque había sentido miedo.

-¿Qué quieres? Ya es casi de noche, y no trabajamos el día del Festín de las Ciervas.

-Me envía Dios -anunció el hombre-. Traigo un mensaje para el Conde.

El guardia se enfureció. Lo había escuchado todo acerca de Dios, cuyos sacerdotes eran tan arrogantes que negaban a las Dulces Hermanas, e incluso al Ciervo, aun cuando el pueblo conocía su poder desde mucho antes que a esta deidad de moda.

-¿Lo harás blasfemar contra la mismísima dama del Ciervo?

-El pasado acabó -dijo el Enviado de Dios.

-¡Acabaré contigo si no te marchas! -exclamó el guardia.

El Enviado de Dios se limitó a sonreír.

-Desde luego, no me conoces -dijo. Entonces, de pronto, ante los ojos del guardia, el Enviado de Dios extendió las manos en súplica y el madero del portal se partió en dos y la puerta se abrió ante él.

-¿No le harás daño? -preguntó el guardia.

-No te inclines -lo detuvo el Enviado de Dios-. Vengo por el bien de Burland.

-¿Conque de parte del Rey? -El guardia odiaba al rey lo suficiente como para escupir en la nieve, a pesar del temor que sentía por este hombre capaz de partir una cerca sin siquiera tocarla-. El bien de Burland jamás es el bien de Traffing.

-Esta noche si lo es -concluyó el Enviado de Dios.

De pronto estalló el crepúsculo, como si una corriente caliente descendiera por las laderas del cielo, y desde ese instante el guardia mismo se convirtió en un Enviado de Dios.

## La Profecía

-¿Estabas invitado? -preguntó Palicrovol.

El Enviado de Dios miró a su alrededor y al hombre semidesnudo sentado ante el fuego sobre unas rocas cubiertas de hielo.

-Estoy invitado a los festines de todos los dioses.

Palicrovol era joven y hermoso, incluso con el manto de corteza de árbol tendido sobre sus hombros; al Enviado de Dios le fascinó verlo, pese a que el Conde estuviera enojado. La ira pasaría. La belleza del Conde, no.

-Mi guardia ha quedado impresionado contigo -dijo el Conde.

-Ese tipo de hombres se impresiona con facilidad -replicó el Enviado de Dios.

-He visto magia anteriormente -previno el Conde, ya que a su lado estaba sentado Furtivo, el mago de ojos rosados que servía solo al amo que escogía.

-En ese caso te daré algo que ningún otro puede darte: la verdad.

Palicrovol sonrió y miró a Furtivo, pero éste no sonreía, y Palicrovol comenzó a pensar si acaso debía tomar en serio a este Enviado de Dios.

-¿Qué clase de verdad?

-Las palabras sólo pueden decir dos tipos de verdad. Pueden nombrar, y pueden decir lo que uno va a hacer antes de que lo realice.

-¿Y tú qué harás?

-Nombrar a alguien es decir qué hará antes de que lo realice. De modo que te daré un nombre, Palicrovol. Eres rey de Burland.

De pronto el conde Palicrovol sintió miedo.

-Soy conde de Traffing.

-El pueblo odia al rey Nasilee. Le han dado la sangre de su vida, y a cambio él les ha retribuido sólo pobreza y terror. Desean que alguien los libere de este grillete.

-Entonces ve a un hombre de armas.

Si Nasilee se enterase de que Palicrovol había escuchado siquiera a este Enviado de Dios, sería el fin de la casa de Traffing.

-El general Zymas vendrá hasta ti y te seguirá hasta la muerte.

-Que no tardará en llegar, si osa rebelarse contra el Rey.

-Al contrario -dijo el Enviado de Dios-. Dentro de trescientos años tú, Zymas y Furtivo seguiréis con vida, y aún tendréis por delante toda una vida.

Furtivo se echó a reír.

-¿Desde cuándo tu dios que aborrece la magia concede dones a un pobre hechicero?

-Por cada día que os alegréis del don, habrá cinco en que lo detestareis.

Palicrovol se inclinó hacia adelante.

-Debería matarte.

-¿Y qué ganarías? Sólo soy un pobre viejo, y cuando Dios se marche de mi cuerpo sabré aún menos que tú.

Furtivo sacudió la cabeza.

-En la profecía de este hombre no hay poesía....

-Es cierto -convino Palicrovol-. Pero en ella hay un relato.

-No es una profecía -dijo el Enviado de Dios-. Es tu nombre. Zymas vendrá hasta ti, y en nombre de Dios conquistarás. Entrarás en la ciudad Esperanza del Venado y la hija del Rey montará el venado para ti. Construirás un nuevo templo de Dios y llamarás Inwit a la ciudad, y no se venerará a ningún otro dios. Y sobre todo: no estarás seguro en el trono hasta que no hayan muerto el rey Nasilee y su hija Asineth.

Una vez que concluyó sus palabras, el Enviado de Dios se estremeció, la mandíbula cayó laxa y la luz desapareció de sus ojos. Comenzó a mirar a su alrededor con sorpresa y cansancio. Sin duda ya le había sucedido antes, pero no estaba acostumbrado a encontrarse en sitios extraños... particularmente en mitad de algo tan serio como el Festín de las Ciervas.

-¡Qué siervos tan brillantes escoge este Dios! -comentó Furtivo.

Palicrovol no rió. El fuego que se había extinguido en los ojos del anciano encendió una brasa en los de Palicrovol.

-Aquí, delante de todos -comenzó-, os diré lo que nunca antes me atreví a declarar. Odio al rey Nasilee y todos sus actos, y por el bien de Burland deseo verlo derribado del trono.

Tras escuchar estas palabras de traición, especialmente pronunciadas en el Festín de las Ciervas, sus hombres se sentaron rígidos y lo observaron con cautela.

-Es bueno que te amemos -replicó Furtivo-. Todos guardaremos silencio y no comentaremos que has hablado en contra del rey Nasilee. Y oraremos al Venado para que no seas seducido por la veleidad de un dios extraño y celoso.

Las palabras de Furtivo desalentaban la rebelión, pero Palicrovol había aprendido que las palabras de Furtivo muy raramente expresaban su verdadera opinión. Acaso Furtivo quería señalar que ya era muy tarde para que Palicrovol cambiara de idea, ya que a partir de ese momento viviría con temor constante a que lo traicionara alguno de los que oyeron sus palabras. Y en lo que se refería a la profecía de victoria predicha por el Enviado de Dios, ¿acaso Furtivo la ponía en duda? ¿O la sometía a prueba? Palicrovol observó el rostro irrealmente blanco del hechicero, su piel transparente, su cabello fino y pálido como una tela de araña. ¿Cómo puedo leer en tu rostro extraño?, se preguntó Palicrovol. Y sabía que Furtivo no quería que se leyera en su rostro. Furtivo escudriñaba a los demás, pero no se dejaba escudriñar; Furtivo comprendía, pero él mismo era incomprensible.

-Viniste hasta mi y nunca había comprendido la razón. Hasta ahora -dijo Palicrovol-. Pero viniste por esto.

Furtivo frunció los labios despectivamente.

-Sigo las entrañas de los animales. Me valgo del poder de su sangre y a cambio me enseñan a dónde ir. Sean cuales fueren los planes que tiene Dios con respecto a ti, no son de mi incumbencia.

Pero esta negación no hacia sino confirmar, ya que nunca antes Furtivo se había molestado en dar explicaciones.

Más allá de la empalizada se escuchó una trompeta. El conde Palicrovol se puso en pie de un salto. El manto de corteza de árbol cayó de sus hombros.

-El Rey -suspiraron algunos de sus hombres. Era tal el terror que les inspiraban los Ojos y los Oídos del rey Nasilee, que pensaban que ya se había enterado de la traición y que venia a castigar a Palicrovol. No se sintieron mejor cuando vieron que fuera de la fortaleza se congregaba un ejército de quinientos hombres.

-¿Quién eres tú para traer un ejército ante mi puerta? -gritó Palicrovol desde la almena.

-Soy Zymas, ex-general del ejército del Rey. ¿Y quién eres tú para presentarte desnudo en la almena?

Palicrovol sintió el frío del invierno por vez primera en el Festín de las Ciervas: la profecía ya se estaba cumpliendo. En ese momento tomó su decisión:

-¡Soy Palicrovol, rey de Burland!

Pero el ejército no estalló en vitores, y Palicrovol sintió el vértigo de la desesperación: había expresado su traición delante de la mano derecha del Rey, y todo por haber creído en el profeta demente de un Dios loco.

-¡Palicrovol! -exclamó Zymas.

-¿Pueden impedirte el paso estas puertas si deseas entrar? -preguntó Palicrovol.

-¿Pueden retenerte estos soldados si deseas salir? -respondió Zymas.

-Si esos soldados son mis enemigos, en ese caso no saldré. Me quedaré aquí y les haré pagar con sangre cada paso que den para franquear mis muros.

-¿Y si somos tus amigos?

-¿Por qué habéis venido? -gritó Palicrovol desde la almena-. ¿Por qué os burláis de mi?

-Soñé contigo, conde de Traffing. ¿Por qué soñé contigo?

Palicrovol se volvió hacia Furtivo, quien sonrió y dijo:

-Es el Festín de las Ciervas.

-¡Es el festín de las Ciervas! -exclamó Palicrovol.

-Las entrañas pesaban y la matriz llevaba casi cinco días llena -dijo Furtivo.

-¡Las entrañas pesaban, y la matriz llevaba casi cinco días llena! -gritó Palicrovol. Y al repetir las palabras de Furtivo, Palicrovol se sintió aliviado. Cuando la cierva que se autoentregaba en el Festín de las Ciervas estaba llena a más no poder, las empresas del señor de la fiesta no podían tener mal fin. En todo caso, las empresas de alguien, y por lo general era cortés leer al anfitrión todos los buenos presagios.

-Nada sé de augurios -dijo Zymas-. ¿Quién es el mago que te enseña qué decir?

Entonces Furtivo habló por si mismo.

-Soy Furtivo -dijo-. Las Dulces Hermanas me han mostrado una cierva grávida. Dios habló a Palicrovol por medio de un viejo loco. Y el Venado se te ha presentado en sueños. Si todos los grandes dioses están junto a Palicrovol, ¿qué se opondrá a él?

Zymas no había dicho que en su sueño hubiera un ciervo.

-¿Qué necesidad tiene él de mi?

-¿Qué necesidad tienes tú de él? Es suficiente con que ambos estéis consagrados ahora a la traición. Si trabajáis juntos podréis derribar al Rey. Si os oponéis el uno al otro, a Nasilee le resultará mucho más fácil su tarea.

Zymas pensó en otro razonamiento. Furtivo, el más grande de todos los magos vivos está junto al conde de Traffing.

-Palicrovol: si eres Rey te ayudaré a desposarte con la hija de Nasilee y a conseguir el trono. ¿Serás un rey justo y bueno?

-Seré rey tal como he sido conde -replicó Palicrovol-. Mi gente prospera más que la de los pueblos de ningún otro señor. Soy un juez equitativo, tanto como le es permitido serlo a un hombre.

-Si eso es cierto, te seguiré, y mis hombres te han de seguir -dijo Zymas.

Y así fue como la profecía del Enviado de Dios resultó perfecta, aunque había predicho un acontecimiento tan improbable como que el río Burring fluyera en contra de la corriente. Zymas había ido hacia él, aun antes de que Palicrovol diera un solo paso hacia la rebelión. Dios era ahora su dios.

-Y yo -clamó Palicrovol- seguiré a Dios.

Y yo, suspiró Furtivo, el de los ojos rosados y la piel blanca, yo podría sacudir la tierra y deshacer este fuerte, y con mi mano izquierda podría hacer que en lugar del ejército de Zymas se alzara un bosque. ¿Por qué unirme a esos hombres carentes de toda magia, en especial si temen a ese ridículo dios llamado Dios? No me necesitan, ni yo a ellos. Pero Furtivo sintió que en sus brazos y en sus manos se endurecía la sangre de la cierva, y se sintió satisfecho de que Palicrovol fuera Rey, aun cuando lo hiciera en nombre de este Dios joven e irascible.

Y así fue como Palicrovol comenzó su periplo hacia el trono de Burland.

## LA NIÑA QUE MONTO EL VENADO

*Tres veces en su vida Asineth aprendió qué significaba ser hija del Rey. Cada lección fue el comienzo de su sabiduría.*

### La Lección De Asineth Sobre El Bien Y El Mal

Cuando Asineth sólo tenía tres años, las damas que la cuidaban caminaban junto a ella por el jardín del palacio, por el lado seguro, donde los caminos de grava están pulcramente trazados y las plantas crecen con formas de animales. Uno de sus juegos favoritos consistía en sentarse muy quietecita dejando que la grava o la arena se escurrieran por entre sus dedos hasta que las mujeres que la custodiaban se aburrían y se enfrascaban en sus propias conversaciones. Entonces solía ponerse de pie con sigilo y se alejaba para ocultarse de ellas. Al principio siempre se escondía cerca, para poder atisbar los primeros momentos de pánico en sus rostros cuando advertían que se había marchado.

-Oh, pequeño monstruo -decían-. Oh, ¿es este el comportamiento de una princesa, escaparse y abandonar a sus damas?

Pero un día la pequeña Asineth se escondió un poco más lejos, ya que había crecido y el mundo se agrandaba. Le atraía esa parte del jardín donde el musgo pende sin recortar y donde los animales no echan raíces en el suelo. Allí vio una inmensa bestia gris que se movía lentamente a través de las malezas, y sintió un extraño influjo que la movía a seguirla. De cuando en cuando perdía al animal de vista y vagaba hasta encontrarlo. Siempre terminaba viéndolo, o creyéndolo ver, y de este modo lo siguió más y más adentro del jardín salvaje.

No oyó a las damas que la buscaban; para entonces ya se había alejado demasiado. Y entonces, atemorizadas, informaron al Mayordomo que la pequeña no estaba; sólo cuando el cielo se puso de color carmesí y los soldados la encontraron lavándose los pies al borde de un gran estanque, sólo entonces recordó su juego del escondite. Los soldados se la llevaron del estanque y cruzaron con ella el bosque hasta el seguro jardín en el que había estado jugando. Allí vio a las tres mujeres que no la habían vigilado lo suficiente, desnudas y sujetas contra el suelo, con la espalda, los muslos y las nalgas sangrando por los azotes. Sintió miedo.

-¿A mi también me azotarán? -preguntó.

-A ti no -dijo el soldado que la llevaba-. A ti, jamás. El rey Nasilee es tu padre. ¿Qué hombre osaría golpearte con el látigo?

Y fue así como Asineth aprendió que la hija del Rey no puede hacer nada malo.

## La Lección De Asineth Sobre El Amor Y El Poder

La amante favorita del rey Nasilee era Berry, y Asineth amaba a Berry de todo corazón. Berry era ágil y hermosa. Cuando estaba desnuda era esbelta y veloz, como un galgo, y todos sus músculos se movían graciosamente bajo su piel. Vestida era etérea, distante del mundo como un resplandor repentino de sol, e igual de hermosa. Asineth iba a verla cada día, y hablaba con ella, y Berry, hermosa como era, se tomaba el tiempo necesario para escuchar a la pequeña, para oír todos sus relatos de palacio, y todos sus sueños y anhelos.

-Me gustaría ser como tú -le dijo Asineth.

-¿Y por qué como yo? -preguntó Berry.

-Eres tan hermosa...

-Pero dentro de unos años mi belleza se marchitará, y tu padre el Rey me hará a un lado con una pensión, como a un ama de llaves o a un soldado.

-Eres tan sabia...

-La sabiduría de nada vale sin poder. Algún día serás reina. Tu esposo gobernará Burland por ello, y entonces tendrás poder y no importará que seas sabia.

-¿Qué es el poder? -quiso saber Asineth.

Berry se echó a reír, lo cual indicó a esta niña de seis años que había hecho una buena pregunta. Una pregunta difícil. Los adultos siempre reían cuando Asineth hacía una pregunta difícil. Y una vez que lo hacían, Asineth siempre estudiaba la pregunta y la respuesta para ver qué hacía de su interrogante algo tan serio.

-El poder -respondió Berry- es decirle a un hombre "Eres esclavo" y que él sea un esclavo. O decirle a una mujer "Eres condesa", y que lo sea.

-O sea, el poder es dar nombres a la gente... -preguntó Asineth.

-Y algo más. El poder es predecir el futuro, pequeña Asineth. Si el astrónomo anuncia "Mañana la luna saldrá y cubrirá al sol", y ocurre como él dijo, posee el poder del sol y de la luna. Si tu padre dice "Mañana morirás", también suceder, y así tu padre posee el poder de la muerte. Tu padre puede predecir el futuro de todos los hombres de Burland. Tú prosperarás, tú fracasarás, tú lucharás en la guerra, tú llevarás tus petates por el río, tú pagarás los impuestos, tú no tendrás hijos, tú quedarás viuda, tú comerás granadas por el resto de tus días... Puede predecir cualquier cosa a los hombres, y así sucederá. Incluso puede decirle al astrónomo: "Mañana morirás", y no lo salvará ni todo el poder que este tiene sobre el sol y la luna.

Berry se cepilló el cabello cien veces mientras hablaba. Y su cabello brilló como el oro.

-Yo también tengo poder -dijo.

-¿A quién predices el futuro? -preguntó la pequeña Asineth.

-A tu padre.

-¿Qué dices que le sucederá?

-Digo que hoy por la noche verá un cuerpo perfecto y que lo abrazará; verá labios perfectos y los besaré. Predigo que la semilla del Rey se derramará en mi cuerpo hoy por la noche. Digo el futuro, y así habrá de suceder.

-¿De modo que tienes poder sobre mi padre? -concluyó Asineth.

-Amo a tu padre. Lo conozco mejor que él mismo. No podría vivir sin mi.

Berry estaba de pie ante el espejo, desnuda, y trazaba sus propios contornos. Le contó a Asineth cómo amaba su padre cada territorio de su carne, le contó qué regiones

abordaba como cauto embajador, a cuales se abalanzaba con severidad y cuales conquistaba con la espada.

Entonces su voz se suavizó y su rostro se volvió infantil y pacífico, aunque sus palabras sonaron más frías.

-La mujer es como un campo, Asineth, o así lo cree el hombre. Un campo en el cual arar y sembrar, y del cual desea cosechar mucho más que su pequeña simiente. Pero la tierra se mueve más rápido que el hombre, y la única razón por la cual él no lo sabe es porque yo lo llevo conmigo a medida que giro. Él sólo ara los surcos que encuentra; no hace nada. Es el labriego el que es arado, y no el campo. El no me ha de olvidar.

Asineth escuchaba cada palabra de Berry y estudiaba el movimiento de su cuerpo y practicaba su forma de hablar y de moverse. Oraba a las Dulces Hermanas para poder ser como Berry cuando creciera. Y sabía que jamás había existido en el mundo una mujer más perfecta.

Amaba a Berry. Incluso el día en que habló de ella al Rey. Nasilee la dejó sentarse a su lado en la Cámara de las Preguntas, y aunque era joven, a menudo solía consultarla en público. Ella pronunciaba la respuesta en voz alta, y Nasilee alababa su sabiduría o bien señalaba su error, para que todos los hombres pudieran escuchar y beneficiarse o para que ella aprendiera el arte del gobierno. Ese día el Rey preguntó a su hija:

-¿Quién es más sabio que yo, Asineth?

En la inocencia de su niñez no había aprendido que preguntas cuyas respuestas uno debe fingir no saber.

-Berry -replicó de inmediato.

-¡Ah! -dijo su padre-. ¿Y cómo es que es tan sabia?

-Porque tiene poder, y si tiene poder no necesita ser sabia.

-Yo tengo más poder que ella -dijo el Rey-. ¿No soy yo el más sabio, entonces?

-Tú tienes poder sobre todos los hombres, padre, pero Berry tiene poder sobre ti. Tú no puedes hacer que un labriego are la misma tierra dos veces un mismo año, pero ella puede hacer que tú ares dos veces en el mismo día, aunque ya no te quede semilla que sembrar.

-¡Ah! -volvió a exclamar Nasilee. Y ordenó a sus soldados que trajeran a Berry. Asineth vio que su padre estaba ofuscado. ¿Por qué iba a estar furioso? ¿No amaba a Berry tanto como Asineth la quería? ¿No se alegraba de que fuera sabia? ¿No había envenenado a la misma madre de Asineth al ver que ésta se enfurecía cada vez que llevaba a Berry al lecho consigo?

Berry llegó, con las manos y las muñecas maniatadas. Miró a Asineth con odio terrible y exclamó:

-¿Cómo puedes creer en las palabras de una niña? ¡No sé por qué miente, ni quién le dijo que hablara de semejantes cosas, pero seguramente no creerás los cuentos de mis enemigos!

Nasilee se limitó a enarcar sus cejas.

-Asineth jamás miente.

Berry miró a la pequeña con terror en el rostro y gritó:

-¡Jamás fui tu rival!

Pero Asineth no comprendió sus palabras. Había aprendido tan bien su primera lección que era incapaz de imaginar que pudiese haber hecho algo malo. Berry suplicó a su amante. Asineth vio cómo se valía de su cuerpo maravilloso, cómo luchaba por librarse de sus ataduras, cómo abría artísticamente el manto para mostrar la curva de los senos. Su padre amaría nuevamente a Berry y la perdonaría, Asineth estaba segura de ello. Pero el amante de Berry se había convertido en su Rey, y una vez que ella concluyó sus súplicas él mandó traer a un labriego, un par de bueyes y un arado.

Y lo hicieron en el jardín, afuera. Araron a Berry de pies a cabeza mientras una yunta de bueyes tiraba de los hierros; sus gritos siguieron escuchándose por el palacio hasta

que llegó el invierno, y Asineth no pudo salir al jardín hasta que el frío hizo de él otro mundo.

Lo que su padre ordenó fue muy cruel, pero Asineth sabía que él también escuchaba los gritos de Berry por la noche. Berry moraba en cada rincón de palacio, a pesar de estar muerta, y un día, cuando Asineth tenía nueve años, encontró a su padre hundido en un sillón en la biblioteca con un libro abierto, los ojos y las mejillas anegados de lágrimas medio secas. Sin preguntar, Asineth supo en qué pensaba. A Asineth le tranquilizó saber que si bien Berry no tenía tanto poder como había creído, si alcanzaba para algo: había logrado hacerse inolvidable y obligaba a su amante a vivir con remordimientos de por vida. Pero la muerte de Berry seguía siendo una lección comprendida a medias, de la cual no lograba captar el significado.

Asineth hizo una pregunta a su padre:

-¿No la amabas?

Para su sorpresa, él respondió:

-Si no la amé, no he amado nada.

-Entonces ¿por qué la mataste?

-Porque soy el Rey -declaró Nasilee-. Si no la hubiese matado habría perdido el temor de mi pueblo, y si ellos no me temen ya no soy el Rey.

Asineth supo entonces que de los dos poderes que Berry le había enseñado, el más fuerte era el de nombrar. Nasilee tuvo que matar a lo que más amaba porque llevaba el nombre de Rey.

-No era a Berry a quien más amabas -dedujo Asineth.

Nasilee abrió los ojos, dejando que su luz brillara estrechamente sobre su pequeña hija.

-¿No?

-Más que a ella amabas a tu nombre de Rey.

Los ojos del padre se cerraron otra vez.

-Vete, niña.

-No quiero marcharme, padre -rogó. Yo amaba a Berry más que a ti, pero eso no lo dijo.

-No quiero verte cuando pienso en ella -dijo su padre.

-¿Por qué no? -preguntó Asineth.

-Porque tú hiciste que la matara.

-¿Yo?

-Si no me hubieras contado sus palabras de traición yo no habría tenido que acabar con ella.

-Si te hubieras reído de las palabras de una niña, ella habría seguido con vida.

-¡Un Rey debe ser Rey!

-Un Rey débil debe ser lo que han sido los demás reyes; un Rey fuerte es él mismo y desde ese preciso instante el significado de la palabra Rey deja de ser el que era antes.

Las palabras podían haber sido dichas por Berry, ya que Berry comprendía estas cosas, y Asineth apenas adivinaba lo que querían decir.

-¿Qué importa? -dijo el Rey con pesar-. Tú pronunciaste las palabras, el Rey las escuchó y tuvo que actuar. Berry debió morir y ahora la echo de menos. Ojalá hubieses muerto al nacer, llevándote a tu madre contigo. Juro por el Venado que eso es lo que siento. Lo juro por las Dulces Hermanas. Y ahora márchate, niña.

Ella se fue. Hasta ese momento había sido la única persona en todo Burland que no temía al rey Nasilee. Ahora ya no quedaba nadie que no le temiese, ya que era el Rey, y con una palabra podía acabar con cualquiera.

La Lección De Asineth Sobre La Injusticia Y La Misericordia

Era el tiempo de Palicrovol.

El terrible rebelde había alzado a todo el pueblo de Burland contra el Rey. Con ese traidor de Zymas había derrotado a ejército tras ejército, no en batalla abierta sino cortándoles los suministros, separando las formaciones, seduciendo a los soldados, a las tropas, a los ejércitos enteros para que desertaran y sirvieran a Palicrovol. Ahora, por fin, después de quince años de una contienda que jamás había llegado a las armas, el ejército de Palicrovol estaba a las puertas de Esperanza del Venado, la ciudad principal sobre el Burring, la capital. Y Nasilee alzó la mirada y no encontró ayuda.

Durante los últimos diez años las recaudaciones de tributos habían decaído constantemente. Primero cesaron en las regiones distantes, y finalmente se redujeron a la nada. El comercio de la misma capital había menguado, ya que Palicrovol había construido una carretera en el oeste y obligado a todo el tráfico fluvial a viajar por tierra, pese a subir los precios. Esperanza del Venado pasaba hambre, y la gente huía. Ahora Nasilee aguardaba tras los muros impenetrables; observaba a Palicrovol, un Enviado de Dios, congregando sus blancos pabellones rodeado de cien hombres cada uno, hasta que la tierra pareció la névea espuma de las olas en el mar.

Asineth también esperaba. Observaba a su padre consultar a los hechiceros, a los pocos que quedaban. Lo observaba merodear por las semivacías habitaciones de palacio, asaltado por el conocimiento de su propia muerte. Todos sabían que los muros de Esperanza del Venado no podían ser franqueados. Tenían kilómetros de largo, metros de altitud y grosor; los pocos soldados que Nasilee había dejado podían resistir al ejército de Palicrovol; aun con el traidor Zymas a la cabeza.

Pero Asineth tenía miedo. Ya tenía edad suficiente, doce años, y la feminidad brotaba fresca en ella. Suficiente para saber que su padre era un hombre malvado, que el pueblo tenía razones para odiarlo. Asineth sabía que Palicrovol era amado por todos, ya que incluso los sirvientes de palacio, cautos como eran, hablaban en voz baja y con anhelo de la libertad y la prosperidad que Palicrovol llevaba a las tierras que conquistaba. Asineth temía que los soldados de su padre lo traicionaran y abrieran las puertas a Palicrovol. Y por eso oraba a las Dulces Hermanas. Llevó la sangre de la luna consigo al altar de las mujeres en el lugar secreto, y dijo:

-Que el corazón de estos hombres sea leal a mi padre, para que nos salvemos del enemigo.

La mañana que siguió a la noche en que quemó sangre a las Dulces Hermanas, las puertas de la ciudad se abrieron de par en par y los soldados de los muros exteriores alzaron la bandera blanca del Dios de Palicrovol. Corría la voz de que Zymas se había presentado ante ellos por la noche, solo y desarmado, y que con sus palabras estremecedoras se había ganado sus corazones.

Asineth fue con cuatro guardias fornidos al altar de las Hermanas, donde ningún hombre había posado los pies anteriormente, y les ordenó que hicieran añicos el santuario. Lo destrozaron de cuatro mazazos. El sólido altar de roca estaba hueco. Como un cuenco pequeño, contenía aguas antiguas que habían estado allí desde que el mundo brilló por vez primera sobre la punta del Asta del Venado. El agua se derramó sobre el suelo, y Asineth pisoteó el líquido y lo embarró con su zapato.

-Os odio -dijo a las Dulces Hermanas.

Ahora el ejército de Palicrovol había tomado la mismísima ciudad de Esperanza del Venado. Corría la voz que Palicrovol había cambiado el nombre de la ciudad. Ahora se llamaba Inwit, y la mitad de sus soldados estaban construyendo un inmenso templo a su Dios. Prohibió ofrendar sangre al templo del Venado.

Esto proporcionó a Asineth alguna esperanza. Aun cuando el Venado fuera un dios extraño para ella, como para todas las mujeres, estaba segura de que el Ciervo la escucharía. ¿No eran aliados, ahora? ¿Acaso Palicrovol no era su enemigo común? Entonces oró al Venado, para que fuera un escudo en torno de los muros del castillo. Ya

no había peligro de traición: sólo quedaban unos pocos guardias y el rey Nasilee tenía las únicas llaves que abrían las puertas desde donde se podía levantar la reja o liberar el portón trasero. Pero Palicrovol tenía a Furtivo, el mago más grandioso del mundo, y él era capaz de hacer lo que a cualquier hombre le resultaría imposible. Por eso Asineth oró al Venado para que los protegiese.

Y por la noche, mientras oraba al Venado para que protegiera a su padre y a si misma, escuchó un ruido imponente, como si mil árboles se partieran durante la tormenta, y supo de inmediato lo que significaba. El inmenso portal del castillo había sido derribado por hechizo de Furtivo, y ya no había nada que pudiese detener a Palicrovol.

Asineth corrió por el laberinto de palacio en busca de su padre. Se fijó en todos los recovecos, pero no conocía a su padre tan bien como creía. No estaba en ningún escondite. De modo que lo encontró al mismo tiempo que los soldados, en la Cámara de las Preguntas.

-¡Padre! -exclamó.

-¡Imbécil! -le gritó-. ¡Huye!

Pero los soldados la reconocieron de inmediato y la atraparon, y la retuvieron hasta que llegó Palicrovol.

“Te odio, Venado”, dijo Asineth sin palabras.

Entraron en la Cámara de las Preguntas antes de que transcurriera una hora: Palicrovol, alto y fuerte, con la luz de Dios en el rostro, o al menos con la luz del triunfo. Zymas, el traidor, con los brazos y las manos de un buey y el reflejo de la batalla en los ojos negros. Furtivo, macilento y espectral, de piel blanca, cabello blanco y ojos rosados, deslizándose como la neblina sobre el suelo.

-Debe morir como murieron miles de personas -exclamó Zymas-. Sentadlo desnudo sobre una estaca y que la gente escupa sobre su rostro mientras grita en su agonía.

-Debe ser quemado -dijo Furtivo-, para que el poder de su sangre regrese al mundo.

-Es un rey y morir como tal. -Palicrovol desenvainó la espada-. Dale la tuya, Zymas.

-Palicrovol -advirtió Zymas-, no debes asumir este riesgo.

-Palicrovol -avisó Furtivo-, no debe manchar tus manos con su sangre.

-Cuando los trovadores canten que he derrotado a Nasilee -dijo Palicrovol- será verdad.

Asineth vio cómo su padre tomaba la espada que le daban. No intentó luchar, habría sido indigno. En cambio, se puso en pie con la punta de la hoja en lo alto. Palicrovol blandió su espada dos veces contra la del contrincante, tratando de hacerle retroceder, pero Nasilee no cedió un palmo. Entonces Palicrovol tiró una estocada al pecho del rey y le atravesó el corazón. Asineth vio cómo la sangre de su padre corría jubilosa por la espada de Palicrovol y humedecía sus manos, y escuchó los vitores de las huestes.

En ese momento ella avanzó un paso.

-Soy la hija del Rey -dijo con una voz que, por ser tan endeble e infantil, sonó aún más poderosa.

Todos enmudecieron y la escucharon.

-Mi padre el Rey ha muerto. Según todas las leyes de Burland, a partir de este momento soy la Reina. Y el Rey será el hombre a quien despose.

-El Rey -dijo Zymas- es el hombre a quien obedecen las tropas.

-El Rey -aseguró Furtivo- es el hombre claramente favorecido por los dioses.

-El Rey -afirmó Palicrovol- es el hombre que te despose. Y yo me casaré contigo.

Asineth se armó de desdén, y le respondió:

-Te desprecio, conde de Traffing.

Palicrovol asintió, como si hiciera honor a su veredicto a costas de su honra.

-Como quieras -concedió-. Pero jamás pedí tu consentimiento. -Se volvió a uno de los sirvientes que se inclinaba bajo la mirada de los soldados-. ¿Esta niña es ya mujer?

El sirviente vaciló, mientras Asineth replicaba por si misma.

-¿Por qué no me lo preguntas a mí? No he de mentirte.

Al oír estas palabras, el rostro de Palicrovol se iluminó, como si recordara a alguien.

-Conocí a otra mujer que no mentía. Dime, entonces, Reina Asineth. ¿Ya eres mujer?

-Desde hace tres meses -contestó Asineth-. Ya tengo edad para desposarme.

-Entonces, te casarás.

-Pero jamás contigo.

-Ahora. Y conmigo. No permitiré que digan que reino sobre Burland sin derecho.

La vistieron con un traje de novia confeccionado para una doncella ocho generaciones atrás. Jamás había sido usado, pues la niña había fallecido de una peste antes de la boda. Llevaron a Asineth en un carro de prisioneros por las calles de Inwit, y rezó mientras diez mil personas se burlaban de ella y la maldecían, aunque jamás les había hecho el menor daño.

Oró al único dios que le quedaba, al Dios de Palicrovol, cuyo templo se elevaba en el extremo sudeste de la ciudad.

-Dios -le dijo-. Tu triunfo es absoluto. Yo también desprecio a las Hermanas y al Venado. Ten misericordia de mi, Dios. Déjame morir sin desposar a este hombre.

Pero no ocurrió el milagro: ningún cuchillo inadvertido estuvo a su alcance; ningún precipicio se abrió ante sus pies; no cruzó aguas más profundas que las del contenido de una urna. No podía cortarse el cuello, ni saltar, ni ahogarse. Dios no tenía misericordia para con ella.

La imagen del Venado había sido derribada de su sitio en el Templo y ahora se alzaba destartalada frente al Salón de los Rostros. Miles de generaciones de magos habían montado el lomo del Venado para orar por Burland y ofrecer la sangre del poder. Ahora sólo Palicrovol estaba allí, esperándola, vestido con la corta túnica del desposado. No habría Danza de la Descendencia, nada de ritos. Estaba claro a los ojos de cualquiera que Palicrovol pensaba consumir su matrimonio ante la vista de diez mil testigos, para que luego nadie pudiera decir que no había sido el esposo legítimo de la hija del Rey.

Asineth había sabido durante toda su vida que como hija del Rey, el Reino era su cuerpo, y que el hombre que la poseyera poseería Burland. Lo que no había pensado era que como hija del Rey, por encima de todas las leyes y costumbres, ahora no tenía protección. No había ley que señalara que una niña de doce años no podía ser deshonrada públicamente por un esposo al que no amaba, si era hija del Rey. No había usanza según la cual la gente pudiera volver la mirada avergonzada ante semejante crueldad para con una niña... no si la pequeña era la hija del Rey.

Introdujeron por la fuerza un anillo en el pulgar de su mano izquierda: fue el único gesto amable hacia ella de parte de Palicrovol en ese momento, nombrarla Belleza el día de su boda. También vio que él tenía su anillo en el pulgar de la mano derecha, lo cual significaba fortaleza.

-Ahora todos sabrán lo poderoso que eres -le dijo-, al conquistar a un enemigo tan peligroso como yo.

El no respondió. Sólo la miró.

Ataron a sus manos tablillas acolchadas, y quedaron tan pesadas e inmanejables que apenas podía levantarlas. Le pusieron una mordaza con espinos en la boca, de modo que apenas la tocaba con la lengua o trataba de apretar los dientes en ella se lastimaba dolorosamente. Luego la alzaron y la montaron sobre el lomo del Venado, y delante de todos los ciudadanos y soldados de Inwit su esposo pronunció las palabras del juramento, y luego hizo jirones su ropaje. Asineth sintió la brisa sobre su piel desnuda como si fuera el dardo de diez mil miradas. Soy la hija del Rey, y tú me has desnudado indefensa entre el vulgo. A mi padre le has concedido la dignidad de morir como un Rey, pero a mi me degradarás como ni siquiera se deshonra a la peor de las prostitutas. Asineth jamás había conocido semejante vergüenza en toda su vida, y deseaba morir. Pero su virginidad era Burland y Burland sería de él. Zymas el traidor tomó las ropas de Palicrovol. Furtivo lo ungió para el tálamo nupcial. Y mientras lo ungían, Palicrovol miró a la niña a quien

pensaba despojar de cuanto tenía y vio en su angustia qué terrible era lo que debía hacerle, pero por el bien del reino no rehusó su deber.

Porque era la hija del Rey, ella le sostuvo la mirada. Esos imbéciles boquiabiertos verían como se mancilla a una princesa, mas no la verían someterse. Mordió salvajemente los espinos de su mordaza, con la esperanza de ahogarse en su propia sangre, pero eran demasiado delgados para abrir el flujo caudaloso que necesitaba, y muy a su pesar se encontró tragando su propia sangre.

Entonces ella vio la compasión en su rostro y comprendió por vez primera que él no era ningún monstruo de poder sino un hombre; y si era un hombre, entonces era un animal; y si era un animal, era prisionero de su cuerpo. Palicrovol no tenía el poder de un dios, ya que los dioses no son misericordiosos, aunque si débiles o maliciosos. Palicrovol tenía el poder de asegurar que ella estuviese viva cuando él irrumpiera en su recinto secreto y dejara su huella de baba. Pero ¿acaso ella no tendría el poder que Berry le había enseñado: hacer que este hombre la recordara? Comenzó a mover su cuerpo de niña como había visto moverse a Berry. Vio la sorpresa de Palicrovol y luego sus ojos, llenos de... deseo. Su movimiento era tan sutil que no podía ser visto por nadie excepto Palicrovol; pero una vez que reparó en él, no pudo ver nada más. Asineth no se sorprendió de su fascinación: había aprendido de Berry y Berry era la perfección.

Palicrovol tembló al poseerla, y Asineth ignoró el dolor y trató de valerse de él como Berry le había dicho que una mujer debe usar a un hombre si desea ser recordada. Cuando él terminó por fin, se puso en pie, con la sangre de ella brillando en su cuerno triunfal, y Asineth vio cómo depositaban sobre su cabeza la Corona de Asta, y sobre sus hombros, el Manto del Venado. Su mirada era distante, y sus rodillas flaqueaban. Y ella supo que lo había conmovido. Pensó que él temblaba por el recuerdo de su cuerpo, tal como los hombres se habían estremecido por Berry.

-El Ciervo ha montado a la Cierva -declaró. Se desembarazó del Manto del Venado y se puso el atavío de un Enviado de Dios. Y fue Rey. La gente gritaba alborozada.

El rito concluyó, y los pocos participantes se retiraron de la multitud rumbo al Salón de los Rostros.

-Mátala ahora -dijo Zymas-. Ya tienes lo que necesitabas de ella. Si la dejas con vida, no será más que un peligro para ti.

-Mátala ahora -repitió Furtivo-. Las mujeres son capaces de venganzas incomprensibles para los hombres.

“Mátame ahora si te atreves”, lo desafió Asineth, con la lengua aleteando dolorosamente contra los espinos. “Todos los dioses me han abandonado. He hecho lo poco que podía, y ya no deseo vivir. Mátame ahora, pues si no hechizaré el rincón más íntimo de tu corazón”.

-No la mataré -anunció Palicrovol.

Y Asineth creyó, por un momento, que era la verdadera discípula de Berry, que él había encontrado su cuerpo demasiado hermoso, demasiado deseable para ser asesinado. Desde luego los demás, los que no habían conocido su cuerpo, no podían comprender su necesidad.

-Ser misericordioso con ella es ser injusto con Burland -dijo Zymas-. Si ella vive, nos aseguramos un futuro de sufrimiento y guerra.

Los ojos de Palicrovol destellaron de ira, y durante largo rato permaneció en silencio. Asineth aguardó a que hablara de su amor por ella. En cambio, él la miró y de sus ojos brotaron lágrimas, y entonces razonó:

-Puedo matar a un Rey, puedo mancillar a una niña, todo en el nombre de Dios y de Burland, pero en nombre de Dios, Zymas, ¿no fue para detener la matanza de niños que acudiste a mi por primera vez?

Furtivo tocó el hombro del Rey.

-Ella es la hija de Nasilee. Imagina cuánta misericordia tendría si alguna vez ella tuviera en su poder a la Princesa Flor.

Ante la mención de la Princesa Flor, el rey Palicrovol inclinó la cabeza.

-Recuerdo a la Princesa Flor, Furtivo. No la he olvidado. Esta niña es hasta tal punto hija de Nasilee que aun cuando la poseía, trató de seducirme. Esta es la clase de bestia engendrada en el palacio de Nasilee.

Asineth se quedó helada, ya que él parecía horrorizado ante el recuerdo. Había tratado de ser Berry, pero este hombre sólo la compadecía, y los demás la miraban con desprecio. Primero su vergüenza había sido la de una princesa deshonrada; pero ahora era la de una mujer despreciada, y se aborreció por haber intentado que él la amara. Y aborreció a Berry por ser mucho más hermosa que ella, y aborreció a Palicrovol, a Zymas y a Furtivo por conocer su lamentable intento de feminidad. Y sobre todo a quien más odió fue a esa desconocida Princesa Flor, que jamás sería deshonrada sobre el Venado. Gritó por detrás de la mordaza y Palicrovol ordenó que la desamordazaran.

-¡Si soy un animal, mátame! -exclamó. Ahora que no había multitud que la escuchase, ahora que ya no tenía dignidad, estaba dispuesta a mendigar-. ¡Mátame ahora! ¡Como a mi padre!

Palicrovol se limitó a sacudir la cabeza.

-No es su culpa ser lo que es. De haber nacido en otra casa, de cualquier otro padre, no sería quien es. De haber nacido del otro lado de las aguas meridionales, podría haber sido la Princesa Flor...

-Pero jamás Enziquelvinisensee Evelvinin -recordó Furtivo.

-No -convino Palicrovol-. Pero en una vida pedimos un solo milagro a los dioses.

-La has humillado y deshonrado -dijo Zymas-. La hija de Nasilee no lo olvidará.

-La he dominado y humillado -repitió Palicrovol- y he asesinado a su padre delante de sus propios ojos, me he apoderado de su reino y de herirla más aún me despreciaría por encima de lo tolerable. Si no mitigo mi victoria con un acto de misericordia, incluso con uno que pueda serme peligroso, ¿cómo podré mirarme en el cristal y decir a Dios que ahora la corona de Nasilee descansa sobre un hombre mejor que él?

Se hizo un instante de silencio, y luego Furtivo dio un paso adelante y tomó a Asineth de una de las toscas tablillas que obstruían sus manos.

-Si insistes en que esta criatura permanezca con vida, entonces ponla a mi cuidado. Sólo yo tengo el poder necesario para custodiarla en el destierro y ocultarla de las miradas de todos tus enemigos, que darían cualquier cosa por encontrarla y valerse de ella para destruirte.

-Te necesito a mi lado -protestó el nuevo Rey.

-En ese caso, mácala.

Palicrovol no vaciló más.

-Toma a la Reinecita, entonces, Furtivo. Y sé amable con ella.

-Seré tan amable con ella como me permitas ser con alguien cuyo único deseo es morir -respondió Furtivo-. Por mi sangre, que ojalá hubieses sido verdaderamente misericordioso.

Furtivo la envolvió con los pliegues de su propio manto, para que nadie pudiera ver desnudo el cuerpo de la Reinecita. "Reinecita", pensó Asineth. "Recordaré el modo en que me llamó", se dijo.

"Algún día sabrá quién es pequeño y quién fuerte. ¿Eres tú el más fuerte de los hombres? ¿Tú, que tienes compasión por mi, por una débil mujer? He aquí la ruina de tu fortaleza: no soy una débil mujer. No soy una Reinecita. Y tu misericordia es tu ruina. Lamentarás haberme dejado con vida, y algún día recordarás haberme poseído y desearás tenerme otra vez".

¿Cuál fue la tercera lección que aprendió Asineth? Ella misma me la contó, muchas veces, cuando habitaba en tu palacio mientras tú vagabas sin esperanzas por los bosques de Burland.

Asineth aprendió que la justicia puede ser cruel, y la necesidad todavía más, pero que nada hay más cruel que la misericordia. Eso le sería útil. Lo recordaría. Por eso te dejó vivir tres siglos aunque tenía el poder de matarte en cualquier momento. Como dicen los Enviados de Dios, ningún acto de misericordia queda sin recompensa. Ah, Palicrovol, ¿no aprenderás que la misericordia es tan buena como la persona a la cual se concede? Salvaste a Asineth, quien debía haber muerto; ahora no salvarás a Orem el Carniseo, llamado el de Banningside, cuyo buen corazón debiera nacer cien veces sobre la tierra. ¿Eres como Asineth? ¿Aprenderás todas las lecciones cuando ya sea demasiado tarde?

## LA APARICION DE BELLEZA

*Así es como Belleza apareció en el mundo, luchando por hallar su verdadera imagen entre tantos rostros.*

### La Sacerdotisa De Brack

El mago pescador llegó en una embarcación más bien pequeña y sin darse a conocer levantó su choza en un lugar poco frecuentado en el extremo más distante de la bahía. Los demás pescadores de Brack lo observaron con cautela: su nave era demasiado lenta para ser la de un pirata, lo cual era bueno, ya que un pirata viviría de lo que pudiera robar de los botes pesqueros. Su embarcación estaba aparejada para un sólo hombre, y no tenía aspecto de marinero. Así que no eran los celos la causa de su temor. Era la forma en que se resguardaba de todos los cambios meteorológicos, como si temiera el sol. Era el cabello blanco, el destello rosado de sus ojos como el de un enloquecido camarón; y también su comportamiento reservado. Sabía más que ellos; sabía más que el viento que sacude el mar; sabía más que el pulpo que se esparce sobre las aguas para aspirar el aire; sabía más que la sacerdotisa de las Dulces Hermanas que cuidaba de sus piedras ardientes en el otro extremo de la bahía.

-¿Qué es? -los pescadores preguntaban a sus esposas.

-¿Quién es? -preguntaban las esposas a la sacerdotisa.

Esta tocó la obsidiana caliente; la piel de su dedo chisporroteó; y se observó el dedo al decir:

-Su poder es el de la sangre. Encuentra abrigo de las tormentas en el océano abierto. Halla cardúmenes que no se distinguen sobre el mar. Puede sumergirse en la sal y encontrar agua potable. Y los peces lo siguen como en un sueño, como en un sueño...

Entonces, era un hechicero, pero no había por qué temerle. De modo que lo consideraron con respeto, y en unas pocas semanas supieron que pretendía ser amable. Si lo seguían al mar temprano, antes del alba, navegaba con su estilo inexperto durante una hora o dos y luego se detenía para arrojar las redes. Si los pescadores arrojaban la red en ese mismo momento no encontraban nada. Pero si esperaban hasta que la suya estuviera llena y lo observaban mientras la recogía laboriosamente a bordo, entonces, cuando él partía de regreso, ellos podían hundir las redes en el mar y obtener buena pesca. Cada día que lo seguían regresaban con peces, a veces incluso con los barcos repletos, y jamás volvieron con las redes vacías.

Fue así como la llegada del hechicero de ojos rosados trajo fortuna a Brack. No quiero decir con esto que llegaran a entablar amistad con el hombre. Nunca es bueno alternar con gente que obtiene su poder de la sangre viva. Además, si bien habían perdido todo temor al pescador hechicero aún quedaba su hija.

Al principio ella apenas parecía saber que era mujer. Jamás se apartaba de su lado, y cuando él arrastraba las pesadas redes ella estaba a su lado, tirando del otro cabo, y tiraba bien. Cuando los pescadores todavía creían que se trataba de un mozo lo alababan en sus conversaciones Por su dura labor, y por su destreza. Pero pronto supieron que se trataba de una mujer. Si el mago se vestía demasiado bajo el cálido sol del mar del sur, su hija apenas si lo hacía: vestía pantalones de loneta como un hombre, y cuando el día resplandecía se quitaba la camisa hasta que senos y espalda se bronceaban por igual. Al principio parecía que a ella nada le importaban sus miradas; pero el tiempo pasó y comenzaron a creer que tenía algo de impúdica y que se despojaba de las ropas deliberadamente, para que la mirasen. Veían cómo los senos abultaban cada vez más y colgaban perezosamente mientras ella trabajaba. El vientre se le hinchaba. A lo más haría uno o dos años que era mujer, y sin embargo estaba preñada.

¿De quién? Cuando por fin la hija del pescador se recluyó a parir no fue difícil adivinarlo. El pescador hechicero había llegado a fines del otoño, sólo semanas después de la coronación del Rey, y el niño nacía ahora, ya iniciado el nuevo otoño. Diez meses. El niño debía haber sido concebido después de la llegada de la pequeña embarcación a la bahía de Brack, y el padre de la criatura sólo podía ser su propio abuelo. Era terrible, pero no debe cuestionarse el comportamiento de los que obtienen su poder de la sangre viva.

Sin embargo, la sacerdotisa de las Dulces Hermanas sabía que no era así. Ella también sabía contar los meses, pero cuando vertió lágrimas, sudor y gotas de agua marina sobre la piedra pómez caliente, formaron cuentas y permanecieron allí y luego se deslizaron por la piedra áspera como una flotilla de naves pesqueras en la bahía, llevándole el mensaje de las Dulces Hermanas al observador del mar. No sería un hijo incestuoso el que naciera, sino una hija cuya sangre contenía un poder sobrecogedor: una diezmesina regida por la luna desde su nacimiento.

-¿Qué debo hacer? -preguntó aterrorizada la sacerdotisa.

Pero el agua se evaporó por fin, dejando huellas salobres sobre la roca. No era su misión hacer, sino observar, saber.

Algunas de las esposas vieron el miedo en su rostro cuando la sacerdotisa miró hacia las aguas, en dirección a la choza donde la criatura yacía sobre la arena.

-¿Debemos alejarnos de aquí? -preguntó una.

-Los magos van y vienen según su voluntad -respondió la sacerdotisa-. Las Dulces Hermanas no expulsan; sólo aceleran lo que encuentran en el mundo.

-¿Entonces debemos irnos? -preguntó otra.

-¿Vuestros hombres regresan a casa con las redes vacías o repletas? -replicó a su vez la sacerdotisa-. ¿El hechicero os hace bien o mal?

-Entonces -quiso saber otra-, ¿por qué tienes miedo?

Y la sacerdotisa acarició el cristal de cuarzo contra su garganta y declaró no saberlo.

Pero por último la sacerdotisa ya no pudo aguantar más. Trepó a su endeble embarcación y se abrió camino por las plácidas aguas de la bahía hasta varar ante la choza del mago. La hija del pescador jugaba con la niña en la tarde fresca de la primavera reciente. Alzó la vista, curiosa al ver a la sacerdotisa avanzar por la arena cubierta de algas. La niña también alzó la vista. La sacerdotisa esquivó los ojos de la criatura: un extraño no debe mirar a una diezmesina. En cambio, examinó a la madre. Era más joven de lo que había creído observándola a distancia. Podía haber sido la hermana de la niña. Sus ojos eran cálidos y desafiantes, fríos y curiosos, y la sacerdotisa pensó por primera vez que la madre podía ser más peligrosa que la propia hija.

Pero había ido a ver al hechicero, no a las mujeres, de modo que la sacerdotisa de las Dulces Hermanas se encaminó hacia la puerta de la choza, hizo a un lado la cortina y entró.

-¡Cierra eso! -aulló el mago-. Podría quedarme ciego por la repentina luz del sol.

Cuando la cortina estuvo en su lugar, el pescador de ojos rosados dejó de parpadear.

-Usas tu dulce tiempo para venir hasta aquí... -dijo.  
-Necesito pasar un buen día en el mar -repuso la sacerdotisa-. No suelo viajar.  
-Vosotras, las brujas, las que usáis la sangre muerta, no parecéis tener mucha vida dentro de vosotras.  
-De la muerte surge vida nueva -replicó-. Y de la sangre viva brota muerte vieja.  
-Tal vez sea verdad. En realidad, no me importa mucho. Vosotras las mujeres nunca nos enseñáis vuestros ritos, y ten por seguro que es un tonto quien enseña a una mujer los nuestros.  
Eché un vistazo a la choza y vio que estaba mejor provista de libros que de aparejos.  
-¿Dónde remiendas tus redes? -quiso saber.  
-Jamás se rompen -respondió-. Juego de niños.  
-La criatura debe morir-dijo la sacerdotisa.  
-¿Debe morir?  
-Una diezmesina es demasiado poderosa para permanecer en el mundo. Deberías saberlo.  
-Nunca he estudiado la ciencia de los nacimientos y las obligaciones -confesó el hechicero-. De todas formas, no es mucho lo que un hombre puede aprovechar de ello. Me fijaré, ahora que lo has mencionado.  
-He venido para hacerlo por ti.  
-No -la detuvo el mago.  
-No puedes utilizar la sangre. Te consumiré.  
-No pienso usar ni dejar de usar la sangre. No pienso hacer que la criatura muera.  
-Mis lágrimas permanecieron sobre la piedra pómez...  
-No es mi derecho decidir. El padre de la criatura extiende su protección sobre la niña y sobre la más pequeña. Ambas vivirán.  
-¿Eres un hechicero que atrae a los peces del mar, y dejarás que el padre de la criatura te impida actuar por la seguridad del mundo?  
-La madre de la niña la quiere.  
La sacerdotisa vio entonces que no la escucharía, y no dijo más. Se marchó. Al salir de la choza miró el sitio donde la niña madre y su hija anciana habían estado jugando. Se habían ido. Y entonces oyó la voz de la niña a su espalda, y la sacerdotisa supo que había escuchado toda la conversación.  
-¿Las mujeres podemos usar sangre viva? -preguntó la niña.  
La sacerdotisa consideró la pregunta y se estremeció.  
-No -dijo, y se alejó deprisa. Y todo el trayecto de regreso se maldijo por haber ido a verlos: ya que la niña había formulado la pregunta que ninguna mujer honesta podría haber hecho, y la sacerdotisa temió que la niña fuese lo bastante sabia para saber que su respuesta había sido mentira. Había cierta sangre viva que una mujer podía usar, pero ninguna mujer lo haría jamás a menos que fuese una víbora. Que no la use, oró toda la noche, lavándose los cabellos una y otra vez en las aguas de la marea que mojaban sus faldas. Perdón por haber hecho surgir la posibilidad en su mente, y que mis actos de este día sean olvidados.

### El Hechicero Cauteloso

Advertido por la bruja, Furtivo observaba a la criatura con más cuidado. A lo largo de su vida apenas había tratado con niños, y por ello no había reparado en lo rápido que la niña aprendía y de lo aguda que parecía ser su mente hasta ahora. Y comenzó a encontrar los pasajes en sus libros y a abalanzarse sobre ellos, tratando de aprender qué era lo que atemorizaba tanto a la bruja. Los indicios eran vagos y oscuros, y Furtivo se sentía cada vez más impotente ante sus libros. Decían muy poco de la magia de las mujeres, acaso porque sólo hombres escribían y leían esas obras. Le temían a una criatura nacida de

diez meses. Eso estaba claro, y decían que la niña debía morir al nacer, y que su sangre debía ser vertida sobre vegetación pulverizada. Pero no se molestaban en explicar por qué la niña era tan peligrosa. No lo suficiente.

Y mientras tanto, la niña crecía. A pesar de sus temores, Furtivo veía que la pequeña le agradaba, y lo más sorprendente: también le agradaba Asineth. No sólo parecía tolerar su cautiverio sino que prosperaba en él. Su costumbre de pescar junto a él con el torso desnudo era irritante, ya que sin duda albergaba el propósito de desacreditarlo delante de los pescadores del lugar, pero ahora que tenía a la niña parecía viva y alerta, y el odio desaparecía de su rostro durante horas, y a veces durante días. Asineth no se mostraba amistosa con Furtivo pero jugueteaba con la niña.

-¿Cómo la llamarás? -preguntó Furtivo.

-Que su padre le ponga nombre -respondió fríamente.

-Jamás lo hará.

-Pues que no lleve nombre -dijo. Fue la única señal de que no había olvidado sus desdichas. Por mucho que le alegrara el amor que sentía por su hija, no le pondría nombre.

-¿Es justo castigar a una hija porque odias al padre? -preguntó Furtivo. Entonces escuchó sus propias palabras, comprendió que era una pregunta que la hija de Nasilee bien podía haberle hecho a él, y dejó languidecer la conversación.

En verdad, la visita de la bruja lo había trastornado, aunque sin duda la mujer pensaba que su misión había sido un fracaso. Furtivo se había sentido cada vez más satisfecho allí al borde del mar. Aun cuando Asineth casi nunca le hablara y los pescadores lo evitaran, su vida era menos solitaria de lo que siempre había sido. Las flotillas de barquitas que zarpaban por la mañana le producían bienestar. Si bien su piel frágil no podía soportar la luz del sol, y siempre debía permanecer cubierto ante los ojos de los otros hombres de mar, había cierta amistad en ello: sus brazos sabían lo que sabían los de ellos; vivía como ellos, con el aroma a pescado, a sal y a madera recalentada bajo el sol. Por primera vez en su vida se sentía unido a otros hombres, y aunque no podían compartir su saber, al menos eran hermanos de carne. Asineth y la niña también le proporcionaban bienestar: casi había llegado a comprender el sentimiento de hogar que siempre había despreciado porque debilitaba a los demás hombres.

Y bueno, también le debilitó a él. O al menos le hizo menos cauto. No es que no estuviera alerta a ciertas cosas. Leía todo el día hasta que le dolían los ojos, tratando de descubrir la amenaza de una hija diezmada. Y entonces dormía, y dejaba que su mente siguiera estudiando en sueños. Y luego partía antes del alba, mientras madre e hija dormían, y dejaba la olla del pescado hirviendo a fuego lento. Ahora navegaba solo, y arrojaba y recogía las redes sin ayuda. Él creía estar analizando el problema todo el tiempo, pero en realidad sólo pensaba en ello a ratos. Casi todo el tiempo su mente estaba puesta en las cosas en que piensa un pescador. A veces incluso se preguntaba si no habría sido mejor para él nacer como pescador que haber llevado la existencia que vivió, siguiendo la sangre del Venado.

Jamás advirtió que Asineth pasaba todas y cada una de las mañanas dentro de la choza, leyendo cuanto él había leído, estudiando también para aprender la magia de las mujeres de los libros escritos para hombres. Lo que nunca adivinó fue que ella sabía lo suficiente de la ciencia de las Dulces Hermanas para encontrar mucho sentido en lo que nada significaba para él. Cada libro comenzaba con una página de advertencias: había que guardar los secretos, especialmente de los ojos voraces de las mujeres. Pero a Furtivo no le preocupaban las mujeres ya que sólo los hombres habían intentado robarle sus conocimientos. Ni se le ocurrió pensar que Asineth pudiese comprender esos escritos.

Un día, ya avanzado el verano, cuando la niña se acercaba a su primer cumpleaños, Furtivo entendió por fin un pasaje que se le escapaba desde hacía tiempo. Sucedió mientras se hallaba en el bote, sintiendo el ritmo del viento y la corriente en los pies, en

las nalgas y en los brazos. De pronto el descubrimiento le hizo temblar y casi lo arrojó por la borda cuando el foque se hinchó. Sólo una persona debía temer a una hija diezmolina, la misma madre de la criatura. Furtivo viró de inmediato y amarró en el puerto, justo entre la flotilla de pesqueros que se apresuraron a maniobrar sus botes alejándolos de su camino. No le pidieron explicaciones, y tampoco las ofreció. En verdad, la niña no había causado problemas hasta ese momento, pero ahora que Furtivo sabía la verdad, no demoraría en tomar precauciones. No sería bueno informar a Palicrovol que Asineth había muerto porque Furtivo tuvo que terminar su jornada de pesca antes de regresar para salvar su vida.

Furtivo no sabía que Asineth seguía sus lecturas día a día, y que ella también había descubierto lo mismo que él. Sin embargo, había comprendido más, mucho más, y cuando Furtivo regresó a la choza, Asineth y la niña se habían marchado.

Trató de seguirlos a pie, pero ella se perdió de vista en las colinas rocosas detrás de la costa. Derramó su sangre copiosamente para obtener suficiente poder y encontrarla mágicamente, pero su ojo inquisidor no logró verla. Supo así que se había movido con mucha lentitud. La niña ya comprendía algunos de sus propios poderes.

Entonces y sólo entonces advirtió que faltaban cuatro de sus libros. Y por primera vez sospechó que la que obstaculizaba su búsqueda no era la niña, no era la hija de Asineth y Palicrovol, sino la misma Asineth, puesto que la niña aún no sabía leer. Se maldijo por haberla dejado estudiar lo que era su deber ocultar. Pero ya no podía hacer nada. Excepto esperar, y juntar fuerzas para cuando su adversaria regresase. Aún no sabía con certeza qué poder podía alcanzar la magia de las mujeres, y quería asegurarse de la victoria en caso de que la contienda resultara ardua. Casi le agradaba la posibilidad: hacía décadas que no libraba una batalla, ya que no conocía en el mundo a ningún mago que pudiera igualarlo.

La décima noche de su espera una mujer lo llamó desde el exterior de la choza. No reconoció la voz de inmediato, pero al ver su rostro supo quién era aun bajo la luz del fogón.

-Berry -dijo-. Pensé que estabas muerta.

Ella sonrió y alzó las cejas.

-Y yo no tenía ni idea de que la conocieras.

De modo que esta mujer vestía la piel de Berry, pero no lo era en absoluto.

-Asineth -murmuró-. Era mala señal que tuviera la facultad de cambiar de forma hasta el punto de ponerlo en ridículo.

-¿Asineth? -preguntó-. No la conozco.

-¿Quién eres, entonces?

-Soy Belleza -respondió-. La más poderosa de todas las deidades. -Con un movimiento gracioso y preciso quedó desnuda-. ¿No soy perfecta, Furtivo?

-Lo eres -admitió con toda libertad. Volver a ver el cuerpo de Berry tan perfectamente recreado... Asineth no podía saber que él había sido amante de Berry mucho antes de que Nasilee la poseyera. Ver a Berry allí en la playa lo perturbaba más que cualquier otro truco. Pero así y todo Furtivo no era de los que se dejan distraer totalmente por sus recuerdos de amor.- Eres perfecta, pero no eres una diosa.

-¿No lo soy? Vengo a ti desde la batalla, Furtivo -dijo-. He aprendido mucho, y tuve que demostrarlo. Primero desafié al rudo Venado, ya que pensé que sería el más fácil de conquistar. Me equivoqué, ya que mi primer combate fue el peor, y casi fui vencida: de hecho, todavía le temo un poco. Pero no importa: está encadenado en el fin del mundo, y no obtendrás ayuda de él.

Estaba loca, desde luego. Desafiar al Venado y vencer... ¡qué absurdo!

-Luego las Dulces Hermanas, ya que tenía una disputa pendiente con ellas. Me sorprendió la facilidad con que se dan por vencidas: no tienen armas con qué hacer frente

a la clase de guerra que libro. Han tenido que nacer en los cuerpos más divertidos, y permanecerán allí sujetas mientras se me antoje.

-¿Y Dios? -preguntó Furtivo, entretenido.

-Es escurridizo. Debo mantenerlo en su sitio desde el cual vigilarlo a lo largo de los años. Pero a ti, Furtivo... A ti no te temo en lo más mínimo.

Su amor por el histrionismo le habría hecho responder con algún epigrama heroico, pero él había aprendido a temprana edad que la teatralidad no es sustituto de la victoria segura. De modo que enterró los dientes de su mano izquierda en el corazón de la mujer para derribarla de un solo pase mágico. Aunque lo soportara se sentiría demasiado conmovida para luchar contra él después de eso.

Pero ni siquiera parpadeó y mientras la estrujaba con su cruel mano hacia adentro se sorprendió de ver que sentía la agonía en su propio pecho. Se detuvo, pero el dolor prosiguió y en un instante de angustia comprendió que las palabras de ella no habían sido mero alarde. Tampoco obtuvo ayuda del Venado, y la presencia de los dioses que siempre había sentido como parte de su poder había desaparecido.

-¿Qué has hecho? -exclamó.

-Te cogí por sorpresa, ¿verdad? -dijo-. Oh, no te aflijas, Furtivo. Si los dioses no pudieron ofrecerme resistencia, ¿cómo creíste poder hacerlo tú?

El dolor en su corazón se atenuó y se encontró tendido en la arena, mirándola a través de sus ojos empañados.

-¿No me ves bien? -inquirió. Y de pronto las lágrimas se evaporaron. Eso fue lo que más lo atemorizó. Una magia capaz de destruir el poder de los dioses eran sin duda terrible, pero una magia tan delicada como para quitar las lágrimas de los ojos de un hombre... eso era algo de lo que no había oído hablar en toda su vida.

-Mírame -dijo nuevamente-. Berry fue la mujer más hermosa que conocí, pero yo soy Belleza, y pensé en mejorarla aún más. Veamos, ¿esto te parece mejor? ¿Y esto?

El yacía sobre la arena.

-Sí, sí, mucho mejor -dijo.

-Bien -concluyó ella, mientras se vestía-, ahora, Furtivo, supongo que querrás venir conmigo.

-¿Adónde vas? -quiso saber.

-¿Adónde? A ver a Palicrovol. ¿No soy su esposa acaso? ¿No me desposó ante muchos, muchos testigos?

-Le dije que debió haberte matado.

-Lo recuerdo -replicó-. Pero no lo hizo, y aquí estoy. ¿Crees que me encontrará hermosa?

Era imposible que quisiera vivir junto a él como esposa.

-Oh, no me refiero a eso -aclaró-. ¿Vivir con él? Absurdo. Pero he oído que piensa traer a la Princesa Flor desde las islas del sur. He oído que ya está en edad. Y aparentemente cree que podrá casarse con ella. Yo estoy viva, y él cree que podrá casarse con ella. Cuando me vea, ¿seguir pensando que es hermosa?

A Furtivo le produjo cierta satisfacción decirle, a pesar de su miedo:

-Asineth, podrás superar a Berry cuanto desees, pero ninguna mujer de carne y hueso ha podido ser tan hermosa como Enziquelvinisensee Evelvinin, jamás.

De pronto la lengua se le endureció en la boca y sintió que entre sus ropas culebreaban serpientes y que una lengua bifida le punzaba la garganta.

-Nunca vuelvas a llamarme Asineth -susurró.

-Sí, Belleza.

-Vendrás conmigo a ver a Palicrovol. Te conservaré como animal doméstico.

-Como quieras -dijo él.

Se echo a reír y las serpientes desaparecieron.

-Ponte de pie -ordenó.

Se levantó y al hacerlo notó que no se había dado por satisfecha con cambiar su propia forma sino que también había alterado la de él.

-Dime la verdad -le dijo-. ¿No te agradas más así? ¿No estabas cansado de ser un pálido gigante entre los hombres?

No respondió. Se miró las manos y asintió. Esto debe ser la derrota, pensó, pero supo que no era cierto. Sólo era el comienzo de la derrota. Supo que Asineth tenía sus planes, y compadeció a Palicrovol, ya que ahora no había esperanza. Sin duda todas las advertencias acerca del poder de una hija diezmada eran naderías comparadas con el peligro de su madre, y ahora era demasiado tarde para pensar cómo podía oponerse a ella. El poder de Asineth estaba más allá del suyo hasta tal punto que podía destruir sus mayores esfuerzos con una mera risotada. Lo que podría vencerla ahora era algo más allá del poder de la sangre viva, si es que ello existía. Jamás había sentido tanto temor en toda su vida.

Sólo cuando empacó sus libros y se los echó a la espalda, sólo cuando ella lo alejó de Brack arrastrándolo de una cadena de oro sólo entonces se inventó un papel que lo mantuviera con vida. Enrolló la larga cadena alrededor de sus propias piernas para cojear y la siguió tambaleándose como un crío pequeño y cantando a viva voz:

*He capturado a Belleza,  
ni a sol ni a sombra la dejo,  
la guardo en el armario  
y la escarbo con mi aparejo.*

Ella lo miró con indignación y tironeó de la cadena. Cayó de inmediato contra las rocas y se lastimó el hombro. Ignorando el dolor, se sentó erguido, introdujo el dedo en la herida y lamió la sangre.

-El vino es fuerte, pero no es la vendimia correcta -declaró con solemnidad.

Ella lo miró con desdén, pero muy a su pesar esbozó una sonrisa. Lo había dotado de una forma ridícula; y ahora él representaba el papel que le había adjudicado. Le complacía.

-¿Cómo se llama el vino? -le preguntó, siguiendo el juego.

-Tinto Bilioso, de los campos de Urubugala.

-Urubugala -repitió y se echó a reír-. Urubugala. Eso es el idioma de Elukra, ¿verdad? ¿Qué significa?

-Gallíto -respondió Furtivo.

-Mi gallíto -dijo-. Mi Urubugala. -Era un buen nombre para la criatura en que se había convertido. Y a Furtivo no le desagradaba. Bienvenido el nombre si le permitía seguir con vida. Furtivo no era de esos hombres débiles y altivos que se dejan controlar por la amenaza de la humillación. Había veces en que incluso disfrutaba de la libertad que obtenía representando el papel de tonto.

*La hija de Belleza  
cerca de la orilla:  
¿qué fuera un pez  
desearías?*

Y al escuchar eso Belleza frunció el ceño, pero Furtivo de inmediato alzó la túnica y se pavoneó ante ella, mostrándole sus grotescos genitales.

-¡Si madre quieres ser, haré mi parte con sumo placer!

-No siempre eres gracioso -interrumpió Belleza-. No me agradas cuando pierdes la gracia.

Furtivo se acercó a ella y musitó:

-¿Dónde está la niña?

Al instante sintió un dolor que le trepanaba la cabeza, como si los ojos se le salieran de las órbitas a causa de cierta presión interior. El dolor cesó al cabo de unos minutos. Se negaba a ser tan fácilmente derrotado.

-¡La niña está muerta, vive en mi cabeza!

-Cállate, Furtivo.

Furtivo se puso de pie cuan largo era, o cuan largo había quedado.

-Mi nombre, señora Belleza, es Urubugala. -Volvió a susurrar-. Aprendes muy rápido. ¿Todo esto estaba en los libros que leíste?

Asineth sólo tenía catorce años. Era susceptible a las adulaciones. Sonrió y dijo:

-¡Los libros! Nada son. Nada saben. Lo único que aprendí es cómo obtener poder. Una vez que pagué el precio que correspondía, el poder fue su propio maestro. Hasta ahora sólo necesito pensar en una cosa, y puedo hacerlo. Y lo mejor de todo es que el mismo Palicrovol me dio este poder. Me dio el poder, pero sólo a una mujer le es posible tenerlo.

-Un hombre puede conseguirlo... -sugirió Urubugala.

Vio que el temor se apoderaba del rostro de Belleza. Aún no se sentía segura de su poder.

-¿Cómo puede tenerlo un hombre, si no es capaz de crear un hijo de su propio cuerpo? Nuevamente él le respondió en rima:

*Si apretamos los huevos contra un muro  
y si de la simiente nos alimentamos  
el poder llegar en segundos:  
mear como el mar, pedorrearnos como marranos.*

-¡Qué desagradable eres! -exclamó-. Ningún hombre puede ostentar poder alguno que se compare con el mío. Y ninguna mujer, ya que no hay otra que odie tanto como para hacer lo que yo he hecho. -Lo dijo con orgullo, y una vez más Furtivo ocultó su temor tras la máscara de la bufonada.

-Tú eres mi monstruo y yo tu juglar. ¿Dónde está la niña, la tiña, la piña?

-Oh, tuvimos un enfrentamiento. -Belleza inclinó la cabeza negligentemente y sonrió-. Gané yo. -Furtivo creyó ver aún la sangre de la pequeña sobre su lengua.

## LA PROMETIDA DEL REY

*De cómo la Princesa Flor perdió su cuerpo, su consorte y su libertad en una hora, el día de su boda.*

### La Marcha Real

Llegó a la desembocadura del Burring con la flota de altas naves de su padre. Palicrovol había dispuesto que en el puerto la aguardasen miles de cantores. Tan perfecto era el canto que el marinero más sordo a bordo de la embarcación más lejana podía escuchar todas las voces.

La condujeron por el río en la única galera que su padre llegó a construir, pero los remeros eran hombres libres, no esclavos, y cada uno de ellos llevaba un manto de flores. Cada día de la travesía cien mujeres se sentaban debajo de la cubierta a entrelazar flores frescas en los mantos para que siempre parecieran nuevos. Y cuando ella llegó a la gran ciudad de Inwit a lo largo de las riberas se arrojaron mil sacos de flores y todo el Burring, de orilla a orilla, fue un estanque de pétalos para dar la bienvenida a la Princesa Flor.

El mismo Palicrovol la recibió en el Portal del Rey, rodeado de los niveos sacerdotes de Dios. Y las vírgenes del convento, también de blanco, condujeron a la Princesa desde la nave de su padre. Palicrovol se arrodilló ante ella, y el carruaje que fue a su encuentro comenzó la Danza de la Descendencia.

La Danza concluyó en el palacio, en la Cámara de las Respuestas, que no se había abierto durante un siglo por ser demasiado perfecta para ser utilizada. El techo, las paredes y el suelo de la Cámara de las Respuestas eran de marfil y alabastro, mármol y jade, ámbar y obsidiana. Y allí la Princesa Flor escogió llevar la sortija en el dedo corazón de su mano izquierda, pero a mitad del dedo como promesa de fidelidad y fecundidad, y ¡he aquí por todos los milagros que Palicrovol también se puso su sortija en mitad del dedo corazón de su mano derecha, para prometer adoración y lealtad inquebrantable! La multitud que les observaba estalló en júbilo.

Y entonces una mujer arrogante avanzó caminando, llevando un enano negro y grotesco de una cadena dorada, y Enziquelvinisensee Evelvinin volvió el rostro a la mujer y la boda concluyó en ese mismo instante.

### El Conquistador Derrotado

-Ya veo -dijo la desconocida.

El enano cantó una tonadilla con voz aflautada.

*Ten piedad de mi, Estrella,*

*No eres tan hermosa como ella.*

Palicrovol habló desde detrás de la Princesa Flor.

-¿Quién eres? ¿Cómo entraste en el palacio?

-¿Quién soy, Urubugala?

-Esta dama es Belleza, la más grande de todas las deidades -respondió el enano-. Primero encadenó al Venado en el fin del mundo. Luego capturó a las Dulces Hermanas y las atrapó en cuerpos que mueven a risa. Entonces doblegó a Dios y lo encarceló. Y por último vino en busca del pobre Furtivo y lo derrotó, lo derroto, lo derrotó.

-¡Furtivo! -exclamó Palicrovol-. Fue a buscar a Furtivo.

-¿Me conoces, Palicrovol? -preguntó la extraña mujer.

-Asineth -suspiró.

-Si me llamas por ese nombre, aún no me conoces -dijo. Entonces se volvió hacia la Princesa Flor-. De modo que tú eres lo que él más ama en el mundo. Veo que eres hermosa.

Nuevamente el enano cantó con su voz deforme:

*Belleza es hermosa, Belleza es un agrado*

*pero eligió apropiarse del cuerpo inapropiado.*

-Veo que eres muy bella -dijo la desconocida- y no puede ser sino apropiado que Belleza tenga ese rostro y esa figura.

Enziquelvinisensee vio que la mujer se transformaba ante sus ojos en un rostro que le era conocido y a la vez desconocido. Lo conocía porque era su propia faz. Y no lo conocía porque no era el reflejo de un espejo, como la Princesa Flor siempre lo había visto, sino exactamente como los demás lo habían visto.

-Esto es lo que los demás han visto en mi -murmuró.

-¿Sientes veneración? -preguntó Belleza-. ¿No soy perfecta, Princesa Flor?

Pero Enziquelvinisensee había jurado decir sólo la verdad, y no tenía a su lado ninguna de sus doncellas que mintiera por ella, así que se autodestruyó diciendo:

-No, señora, ya que has llenado mis ojos de odio y triunfo, y yo jamás sentí tales cosas en toda mi vida.

La nariz perfecta de Belleza aleteó apenas de ira, mas luego sonrió, y dijo:

-Eso se debe a que no has contado con los maestros adecuados. Déjame enseñarte, Princesa Flor, tal como me enseñaron a mi.

La Princesa Flor no sintió cambio alguno, pero vio cómo los que la rodeaban posaban la mirada en ella, contenían el aliento y apartaban la vista. Sintió miedo de lo que pudiera haberle sucedido y se giró en busca de su esposo, el agraciado Palicrovol, quien la amaba. Pero Palicrovol también sintió repulsión ante lo que vio y se alejó un paso de ella. Fue sólo un momento, y luego se acercó suavemente y la estrechó contra su cuerpo, pero en ese instante Enziquelvinisensee Evelvinin supo la verdad: Palicrovol consideraba su belleza como parte de sí misma, igual que el resto del mundo; sin su rostro él no la conocía. Y así y todo se sintió aliviada cuando la abrazó y se enfrentó a Belleza con coraje:

-¿Creíste que podrías engañarme tan fácilmente, Asineth? -preguntó-. Podrás sobresaltarme, pero mi corazón no pertenece a un rostro sino a otro corazón.

Belleza se limitó a sonreír una vez más. De pronto la Princesa Flor sintió que Palicrovol la tomaba brutalmente por la cintura y que la arrojaba al suelo. Horrorizada, levantó la vista hacia él y vio la angustia en su rostro, al tiempo que le gritaba:

-No fui yo. -Entonces quiso seguir hablando y su voz enmudeció. Pero la Princesa Flor había escuchado lo suficiente para comprender. Había sido Asineth, había sido Belleza la que se valió de los brazos de su amado para arrojarla a un lado.

-Échate al suelo, Comadreja -dijo Belleza-. Échate al suelo y observa qué hace tu esposo cuando encuentra un cuerpo virgen al cual deshonrar. Tu cuerpo, Comadreja. Qué lástima que ya no lo luzcas cuando tu maravilloso recién desposado se sacie en ti.

Al principio Palicrovol se movió bruscamente, mientras Belleza aprendía a controlar su cuerpo. Eso fue lo que más le costó; más que ninguna otra cosa: luchar contra el Rey para obtener el control de su cuerpo y vencer. Fue el más difícil de todos los poderosos actos que realizó. Pero era hábil, y pronto logró imponerse. Luego el cuerpo del Rey se movió naturalmente, y los demás se olvidaron de que Palicrovol no estaba actuando por voluntad propia. Pero la Princesa Flor, ahora apodada Comadreja, conocía la verdad como ningún otro, ya que sus labios jamás habían pronunciado una mentira y recordó fácilmente que Palicrovol actuaba con otra voluntad. Por entonces Belleza tenía poder, mas no sabiduría. No era más que una niña y creía cobrarse venganza al precio de un espectáculo burdo y fácil.

Y así fue como las manos de Palicrovol desgarraron las vestiduras del cuerpo de Belleza, que era el de la Princesa Flor. Y Palicrovol, acto por acto, la mancilló tal como había hecho con Asineth dos años atrás. Sólo que esta vez él no desdeñó su intento de seducirlo. Ahora, cuando el cuerpo de la Princesa Flor se insinuó tan sutilmente para él, gritó conmovido por el placer. Cuando sus brazos se apartaron del cuerpo, gimió de desdicha. Que no se termine, clamaba su piel. Que no termine. Y mientras miraba el cuerpo desnudo ante él y recordaba el placer que su figura y su poder le habían brindado, Palicrovol se retorció de placer una y otra vez; incluso después de haber vertido su simiente y aun cuando el placer se tornó agonía, se retorció ante la imposibilidad de tenerla, el recuerdo de haber poseído y el deseo de conservarla para siempre.

-¡Matadla! -gritó, pero sus guardias habían huido tiempo atrás.

-Ayúdame -dijo a Urubugala en voz baja, pero el enano sólo respondió con una pequeña rima:

*Por la mañana  
no escuches consejo;  
por la noche,  
no te des sosiego.*

-Comadreja -exclamó la Reina Belleza-, ahora sabes cómo fui utilizada. Dime, ¿es justa mi venganza?

-Fuiste agraviada -repuso la Princesa Flor.

-¿Es justa mi venganza?

-Eres justa al haberte vengado.

-¿Pero es justa mi venganza? -Belleza sonrió como una virgen prodigando bendiciones.

-Sólo si te vengas de los que te hicieron daño, y sólo si tu venganza es igual a la ofensa que has sufrido.

-Bueno, bueno. He oído que puedo fiarme de Comadreja Bocatiznada para saber la verdad. Te lo pregunto por cuarta vez. ¿Soy justa?

-No -dijo la Princesa Flor.

-Bien -dijo Belleza-. Fui tratada injustamente, y a menos que mi venganza sea monstruosamente injusta no me daré por satisfecha.

-Yo soy quien te deshonoré -intervino Palicrovol-. Véngate de mi.

-¿Pero no te das cuenta, Palicrovol, que parte de mi venganza contra ti es que sepas que tu mujer y tus amigos sufren injustamente por tu causa?

Palicrovol inclinó la cabeza con abandono.

-Mírame, Palicrovol -ordenó Belleza.

Contra su voluntad alzó la vista y se retorció nuevamente de pasión por ella.

-He aquí mi venganza. No te mataré, Palicrovol. Te desprecio más aún que lo que tú me despreciaste cuando yo era débil. Puedes quedarte con tu ejército. Con cuantos soldados quieras. Puedes llenar el mundo de guerreros y enviarlos a todos contra mi. Los derrotaré con un mero pensamiento. Puedes conservar tu Corona de Asta. Para gobernar aquí, no necesito corona. Puedes gobernar en todo Burland fuera de esta ciudad... yo podré gobernarte a ti cuando me plazca. Debes enviarme tributos, pero no al punto de perjudicar al pueblo: mi codicia no es la de mi padre. No destruiré tus leyes ni tus obras. Esta ciudad seguirá llamándose Inwit. El nuevo templo que eriges para tu Dios podrá seguir construyéndose. Me complacerá cuanto hagáis para venerar a Dios, pues yo también gobierno a Dios. Te dejaré todo salvo esto: jamás volverás a entrar en esta ciudad mientras yo esté con vida, ni volverás a estar solo, ni tendrás jamás un momento de paz mientras yo esté con vida. Ah, Palicrovol: y viviré eternamente.

Urubugala dio un salto mortal y cayó en el suelo entre ellos.

-¡Hay límites en la vida de una hija y de una esposa! -exclamó.

-Lo sé -respondió Belleza-. Pero cuando mi poder mengüe tendré otro hijo simplemente. La próxima vez, creo que será docemesino. A ver si encuentras algunos hechiceros, Palicrovol, y les haces estudiar eso en sus libros.

Entonces se echó a reír, y obligó a Palicrovol a mirarla, y a retorcerse en un paroxismo de éxtasis hasta que quedó tendido en el suelo, exhausto y nauseabundo. Y mientras ella reía, un hombre de aspecto portentoso entró en el recinto a grandes pasos, llevando una espada y una pesada armadura, aunque sin casco.

-¡Zymas, huye! -gritó Palicrovol.

-Oh, Zymas, quédate -dijo Belleza-. El día no habría sido completo sin ti.

Zymas no se detuvo a escuchar a ninguno de los dos. Siguió caminando implacablemente hacia Belleza, con la espada en lo alto. Estaba casi sobre ella y todos sintieron la fugaz esperanza de que tal vez la acción directa de Zymas fuera el antídoto contra esta repentina enfermedad que se había cernido sobre el mundo. Pero no. De pronto su cabello se tornó gris plata, y el rostro se colmó de años y arrugas. La espada cayó de sus dedos sarmentosos y artríticos y el hombre se tambaleó endeble bajo el peso de la armadura.

-Zymas, tan temerario, tan valiente, ha muerto -anunció Belleza-. En su lugar, el capitán de la guardia de mi palacio, Pusilánime. Lo llamaré así, y para todos ser Pusilánime. Porque fue tan cobarde que tuvo miedo de una mujer.

Belleza miró a su alrededor, a todos los que había detestado durante tanto tiempo y sonrió. En su gesto había genuina hermosura, y la Princesa Flor supo que cuando ese rostro había sido suyo jamás tuvo tal expresión de éxtasis.

-Pusilánime, Urubugala y Comadreja. Mi fortaleza, mi ingenio y mi hermoso rostro. Siempre os tendré a mi lado, Capitán, Bufón y Doña Doña. Seréis las gemas de mi corona. Y fuera de Inwit, donde deberá morar eternamente, estará Palicrovol, rey de Burland, siempre recordándome, siempre deseándome. Y si alguna vez comienza a sentir pena de si mismo, puede acordarse de vosotros, e imaginar lo que os estaré haciendo, y eso le alegrará inmensamente.

Fue hasta el tembloroso Palicrovol, y posó su mano delicadamente sobre su cintura. Él lanzó un grito, se arrojó hacia ella y cayó sin sentido.

-Lleváoslo de aquí -dijo Belleza.

Y los horrorizados e impotentes testigos de la escena la obedecieron y lo retiraron de palacio. Lo sacaron de Inwit por el Portal del Oeste.

Fuera de la ciudad aguardaban unos pocos de sus hombres más valientes, quienes vistieron su cuerpo desnudo y lo llevaron lejos de allí. Una monja que pasó por el lugar predijo que el hombre que mataría a Belleza entraría por la misma puerta. Y por esta razón Belleza hizo sellar el portal, y nunca más lo volvió a usar.

Al cabo de un tiempo notablemente breve, la ciudad de Inwit regresó a su vida normal y llegó a estar aún mejor que antes. Todas las leyes de Palicrovol siguieron vigentes, y todas las libertades por él conferidas permanecieron intactas. Belleza gobernó en su ciudad con tal gracia que la gente no reparó en el cambio de monarcas. Y su corte se convirtió en un sitio resplandeciente, que los reyes de otras naciones visitaban con gran placer. Pronto aprendieron que no debían visitar a Palicrovol en persona, ya que si le rendían los honores que se le debían en calidad de Rey de Burland, desarrollaban las infecciones más molestas. De modo que debían enviar embajadores, que pronto aprendían a maldecir a Palicrovol cada vez que hablaban de él para eludir las pestes que de otro modo les azotarían.

Belleza gobernó en Inwit, y así comenzó el exilio de Palicrovol. Pero a medida que los años pasaron supo que su venganza era hueca e incompleta. Porque a pesar de todos sus insultos no logró cambiarte a ti, ni pudo cambiar a tus tres amigos cautivos. Pudo alterar nuestra carne, y llenar nuestras vidas de humillación y miseria, pero seguimos siendo nosotros, y a menos que nos matase no podía conseguir que fuésemos distintos de lo que éramos. Siempre estuvimos fuera de su alcance, aun cuando siempre nos tuvo en sus garras.

## EL REY CAUTIVO

*Aquí se contará cómo un hombre puede ser esclavo, aun cuando sea libre de ir a cualquier sitio menos a uno.*

### Los Tormentos De Belleza

¿Enunciaré para ti los sufrimientos de tu exilio, Palicrovol?

Los embajadores extranjeros te denostaban, pues de lo contrario a vejiga les ardía al orinar.

Tus propios soldados escupían cuando te acercabas, si no se infestaban de piojos.

Por mucho que se esforzaran los cocineros, todo lo que te sirvieran de comer se cubría de moho y todas las bebidas quedaban cubiertas de fango.

Te rodeabas de hechiceros para poder tener un momento de respiro de vez en cuando, pero Belleza derribaba sus endebles barreras cuando le venía en gana y a partir de ese momento el mago que te ayudaba era incapaz de copular.

También llamabas a los sacerdotes, pese a que Dios había perdido todo poder ya que permanecía mudo sobre la Tierra; los sacerdotes que te honraban y consolaban caían víctimas de bocios descomunales y de tumescencias en el cuello y la cabeza.

Durante una semana entera te dejaba estreñado sin remedio. Y a la semana siguiente padecías disentería e ibas de cuerpo en lugares públicos de modo que te veías obligado a llevar pañales por respeto a los que te acompañaban.

Despertabas presa de una comezón insoportable en mitad de la noche. En verano te congelabas y en invierno no tolerabas la ropa a causa del calor que te obligaba a sufrir. Durante días enteros los sueños más espantosos no te dejaban descansar, y luego durante semanas te dormías en las reuniones con tus generales o mientras dictabas sentencia.

Uno de sus peores trucos era intercambiar la visión contigo. Miraba a través de tus ojos y veía cuanto sucedía a tu alrededor, y al mismo tiempo tú veías lo mismo que ella dentro de palacio. No lo hacía para espiarte: tenía su Visión mágica que le permitía percibir a voluntad el reino entero de Burland. Lo hacía para obligarte a ver cómo azotaban a Comadreja por alguna que otra ofensa. O cómo Pusilánime cargaba pesos imposibles con paso tambaleante, o hacia reverencia ante un lacayo. O cómo Urubugala hacía cabriolas ante un divertido auditorio de nobles y herederos de ricos mercaderes.

Tus amigos, sufriendo por tu causa, y tú, incapaz de ayudarlos.

Por eso mandaste hacer cálices de oro y con ellos te cubriste los ojos, para que no entrara el menor rayo de luz. Y así diste lugar a uno de tus tantos nombres: el Hombre de los Ojos de Oro. También te llamaban el Hombre de la Cornamenta, el Hombre que no puede estar solo, y el Consorte de la Distante Belleza. Y a tu pueblo no lo embaucaban: podrías ser el juguete de Belleza, pero eras un buen rey, y tus súbditos prosperaban y vivían libres en general, y pagaban sus insignificantes tributos con buena disposición, y se sometían a tu juicio con confianza.

Y sin embargo, irónicamente, las pestes te hicieron tanto mal como bien. Sabías que si un hombre permanecía a tu lado para servirte no era por honor ni por placer, ni siquiera porque tuviera lástima de ti o porque odiara a la Reina Belleza. Los que estuvieron a tu lado en esas épocas duras, los que vivieron cerca de ti y conocieron tus más íntimos pensamientos, te servían o bien por que sabían de tu corazón y te amaban, o bien porque amaban tu buen gobierno y te soportaban a ti y a la vida que debían llevar a tu lado por el bien del pueblo de Burland. Gozabas de un don que se concede a pocos reyes: podías confiar en todos los que tenías cerca.

Ese bien se equiparaba con el mal. Con amarga injusticia, tu misma justicia te hacía sumamente difícil formar y mantener un ejército ya que ¿quién querría derrocar a Belleza de Inwit, siendo que las cosas marchaban tan bien para Burland? A tu ejército sólo acudían los aventureros, y los Enviados de Dios que la detestaban por haber silenciado al Señor. Y los marginados que no tenían otra clase de esperanzas. Para llenar las tropas y regimientos debías reclutar soldados, lo cual no hacía más que darte hombres débiles y mal predispuestos. Eran suficientes para mantener a raya a los enemigos de Burland, pero no bastaban siquiera para alimentar tu esperanza de derrotar a la Reina.

Y así fue durante días, semanas, años, décadas y centurias. Tus fieles seguidores llegaban, te servían, envejecían y morían, pero tú seguías vivo, igual que Urubugala y Pusilánime. Y Comadreja seguía viva porque Belleza, destruida de niña, no lograba crecer por muchos años que viviera; pasaría eternidades infligiendo venganza por una crueldad fugaz y no deseada, acontecida tantos años atrás...

Tres veces llevaste tu ejército a las puertas de Inwit. Tres veces la Reina Belleza te dejó albergar vanas esperanzas. Y entonces infundió terror en el corazón de tus huestes, y a cada soldado lo enfrentó con lo que más temía en el mundo, y todos menos un puñado de valientes huyeron de tu ejército, y así te retiraste de la ciudad que habías ganado a su padre hacia tanto tiempo, obligado a comenzar de nuevo, y una vez más avergonzado ante las otras naciones del mundo.

### La Hora Del Venado

Después de más de tres siglos de exilio, un día en que llevabas sobre los ojos los cálices de oro, una visión llegó hasta ti. Al principio creíste que la enviaba Belleza, pero en un instante supiste que no era así. Viste al Venado, al gran ciervo velludo, el que había visto Zymas. El águila se aferraba a su vientre, sosteniendo la herida con firmeza. Y el Venado se detuvo y volvió la pesada cabeza para mirarte, y entonces viste un collar de hierro alrededor de su cuello, las patas atadas y encadenadas. Y él te hizo señas de que lo siguieras y lo liberaras.

No puedo, le respondiste.

Ven, te dijo, aunque no oíste sus palabras.

De nada servirá, replicaste. Belleza me verá e impedirá todos mis actos.

Ven, repuso. Ya que durante esta hora no ve, y no ve que no ve. De modo que quitaste de tus ojos los cálices de oro y saliste rumbo al bosque y armado de tu arco seguiste la senda de un ciervo en la espesura y fuiste hacia donde el venado escogió conducirte.

Fue todo el poder de que pudieron armarse los dioses, desplegado para ti, ese día en el bosque, no lejos de la aldea de Banningside. ¿No te preguntaste por qué te guiaron hasta allí, por qué hiciste lo que hiciste? ¿Acabarás ahora con lo que surgió de esa hora? Fue tu salvación, Palicrovol. Fue tu único hijo varón.

### LA ESPOSA DEL GRANJERO

*Ahora bien, la vida de Orem el Carniseco, el Reyecito, comenzó así: con un hombre que seguía a un venado por el bosque, y con una mujer que se bañaba en el arroyo.*

### Ella Era Una Poetisa De Todas Las Cosas Que Crecen De Si Mismas

Molly, la esposa del granjero, tenía seis hijos varones y no deseaba más. Seis varones y tres niñas: demasiados hijos entre quienes dividir la granja; demasiadas hijas para casarlas con algo parecido a una dote. No era en otro hijo en lo que pensaba la mañana en que fue a su escondite a orillas del Banning. Partió con un pase mágico de sus dedos, de modo que nadie pudiese seguirla. Pero la siguieron. Mejor dicho, la encontraron.

Era un lugar oscuro y silencioso, donde el río se angosta y corre profundo y rápido; tanto, que una rama se pierde en sus aguas en un instante; tan silenciosamente que se escuchan todas las melodías y se advierten todos los pasos. Los árboles se extendían por sobre el río para encontrarse en un denso techo que impedía al sol danzar sobre las aguas Aquí hacia frío, aun durante el verano. Una caverna de hojas y agua; todas las cosas terribles y frías de una mujer; era el verdadero hogar de Molly, el sitio donde osaba llamarse Por su nombre más secreto.

-Capullo -susurró, llamándose.

Silencio, habló el río en respuesta. Silencio, que ya llega el fin de tu vida, tras los pasos de un ciervo.

### El Venado Alcahuete

En la otra orilla, frente a ella, había un inmenso venado gris. Molly lo conocía bien; sabía que en el venado y la cierva había magias fuera del alcance de las tontas granjeras de Waterswatch. Incluso del suyo, pese a que ella era la mejor de todas. Dicen que la sangre del Venado mancha el mundo entero. Por eso observó cómo el venado condescendía a beber las aguas de la corriente; observó cómo el agua caía plateada de su boca y regresaba al río; vio cómo por detrás de la bestia se acercaba un cazador con el arco vuelto al suelo y la flecha sin tensar, pero listo para tirar en un instante.

No te atrevas a hacer daño a esa cornamenta, clamó en silencio.

Y, como si obedeciera a sus palabras, el cazador se detuvo y miró cómo bebía el ciervo, dejando que la flecha cayera de la cuerda y que el arco quedara adormecido. Hoy no moriría ninguna cabeza de cien puntas.

Molly estudió al cazador mientras éste estudiaba al ciervo. Tenía aspecto poderoso. No era alto, pero sí moreno, como los hombres del oeste. Iba vestido con el tono verde de la guardia del Rey. Soldado, entonces. Pero no como la mayoría de los soldados, ya que Molly jamás había visto un luchador que tuviese la sabiduría de reconocer la belleza de un ciervo; ni conocía tampoco hombre alguno capaz de posar su atención sobre una cosa durante tanto tiempo. Los ojos del hombre resplandecían en la oscuridad de la cueva verde y silenciosa. Estaba inmóvil, pero incluso en reposo sus brazos tenían poder. Aun en silencio sus labios exigían atención. Y supo, o creyó saber, o lo soñó aún mientras sucedía: supo que no se trataba de un mero soldado del Rey. Era el mismo Palicrovol. Si. Palicrovol el Exiliado, el Consorte de la Distante Belleza. así se entiende, pensó, así se entiende que mire al ciervo con semejante anhelo. Desea que algún dios pueda ser liberado para tener un poco de paz. Bueno, Reina Belleza, si hoy estás mirando, observa cómo le daré reposo, pensó Molly, la fecunda Hija Capullo, ya que tendré a este hombre y llevaré su vida dentro de mí.

Soy una mujer casta, gritó una parte de ella. Y de su simiente nacen monstruos.

Pero su otra parte respondió, con una paz que sólo las Dulces Hermanas pueden irradiar: de mí no nacen monstruos, y una mujer no es verdaderamente casta si rehúsa al hombre que el Venado le trae. Su vientre, tantas veces colmado, ansiaba crecer una vez más.

-Hombre -murmuró. Era tal el silencio del lugar que él la escuchó y no sintió temor.

-Mujer -replicó, y su rostro reveló fría diversión.

-¿Eres tú fuerte como este río?

-¿Eres tú tan profunda? -preguntó él.

En respuesta se tendió sobre la ribera tapizada de hojas y hierba y sonrió. Ven hacia mí, si en ti tienes tanto de hombre como de rey.

Como si oyera su chanza, cruzó el río, sin más atavío ahora que su cuchillo, ya que jamás iba desarmado. Luchó con ánimo contra la corriente, pero puso pie en tierra más abajo que donde ella lo esperaba. La mujer lo observó mientras llegaba chorreando agua y exhausto. El río Banning era considerado imposible de vadear, y poco seguro para nadar. Pero el Rey lo había cruzado por ella y a Molly le temblaron las piernas.

El se detuvo de pie a su lado, con el fango y la hierba adheridos a sus piernas. No era hermoso, pero mientras levantaba la vista hacia él sintió un hondo estremecimiento en su vientre.

-¿Mujer, cómo te llaman?

En su mirada no había afecto ni deseo. No fingiría que era hermosa ni joven, pues no era ni lo uno ni lo otro. El vientre caía flojo por debajo de sus faldas, los muslos eran macizos y los senos colgaban vacíos como las ubres de una vaca vieja. Lo que el Venado une es lo que jamás se uniría sin su intervención. Hermosa o no, sin duda él deseaba lo mismo que ella y tanto como ella.

-Soy Capullo -le dijo, dándole su nombre secreto de mujer, aun cuando él era un hombre: el Venado lo había conducido hasta allí.

-¿El bosque te ha entregado a mi?

-Tengo esposo -respondió-. No he de ser tuya.

- Para su sorpresa, él se mostró irritado, y retrocedió un paso, como si su condición de desposada fuese un obstáculo para él.

-Hombre -lo detuvo-. Yo no he de ser tuya, mas ¿acaso tú no serás mío?

-Si -repuso-. Si lo seré. Si.

La poseyó como el ciervo monta a la hembra, y ella gritó con el placer y el dolor que causa tomar y entregarse. El depositó en ella la simiente de un hijo, y luego le besó la espalda, por detrás de la matriz.

-Sólo Dios dirá qué ha de salir de todo esto -le dijo.

Pero ella apenas gimió y quedó tendida sobre la ribera, desnuda, sin siquiera volverse para mirarlo mientras él se hundía otra vez en la corriente y se alejaba nadando. Dios no lo había traído hasta allí. ¿Acaso no lo sabía? No, no sería Dios sino el Venado quien dijese qué saldría de eso; la sangre del Venado, la sangre que fluía de su vientre aunque no era virgen, como si él la hubiese perforado secretamente con su cuchillo. Oh, Palicrovol, yo haré que lo que hayas sembrado en mi sea más fuerte que tú. más grande y más fuerte. Nueve hijos he parido con vida, y los nueve han sido de mi esposo. Pero este no es de él. Es mío. Lo llamaré Orem, ya que la mañana en que fue concebido el agua cayó como plata del cuerpo de su padre.

## EL NACIMIENTO DEL HIJO DE PALICROVOL

*Estos son los signos que se produjeron cuando nació Orem el Carniseco, llamando el de Banningside, llamado el Reyecito.*

### Los Signos De La Madre

Mientras yacía en su lecho de parto, y sus ojos se mecían con ese dolor que jamás se atenuaba por más veces que lo hubiera experimentado, Molly vio a la comadrona alzar al niño, y bajo la luz de la primera mañana que fluía por la ventana de su casa que miraba al este, el pequeño refulgió con un tinte plateado ante sus ojos, cubierto por la sangre y la viscosidad del alumbramiento. Plateado como el agua que cayó de la boca del venado.

Lo sostuvo, le canturreó y le habló mucho antes de que el pequeño siquiera pudiese comprenderla. En silencio, le dijo de todas las formas posibles: "Tú eres el hijo del Rey, pequeño mío; has nacido para ser grande." Las palabras jamás fueron pronunciadas, mas el crío comprendió. A los ocho meses ya sabía caminar, y eso porque no se le ocurrió que fuese incapaz de hacerlo. Habló claramente desde su primera palabra, esperando ser comprendido dijese lo que dijese. Qué niño más listo, le decían a Molly todas las vecinas.

Pero por dos razones no le agradaba lo que decían. En primer lugar, sabían que también se comentaban otras cosas, ya que el niño no se parecía al gigante rubio que tenía por esposo. Y en segundo lugar, estaban sus propios miedos y temores. Pronto supo que cuando su séptimo hijo estaba a su lado perdía todos sus sutiles poderes. Sus hechizos para preparar los alimentos de nada servían cuando él se hallaba en la casa, por muchos ratones muertos que desangrara sobre el fogón. Su magia con la rueca no formaba ningún motivo en los hilados cuando el niño observaba su labor. Allí estaban libres los picaros espíritus del hogar, allí donde antes habían estado bien atrapados con la rienda más firme de todo High Waterswatch.

Pero lo peor era cuando ella hacia las señales que ocultaban sus pasos de los ojos mortales mientras se encaminaba hacia el bosque. Él siempre la seguía, siempre podía

verla a pesar de la sangre que derramaba de su propio dedo. ¿Qué me han enviado las Dulces Hermanas?, se preguntaba atemorizada. Pero no era Dios ni las Hermanas; lo sabía pues el Venado también la había encontrado en su escondite y Orem era hijo del Venado. Estos fueron los signos de la madre y en lugar de sentir amor por su hijo no tardó en sentir miedo, ya que él la había hecho ser débil, y antes había sido poderosa a su manera, menuda y vegetal.

## LOS SIGNOS DEL PADRE

Cuando Molly estaba en su lecho de parturienta, su esposo Avonap aguardó impacientemente en la otra habitación. Otras nueve veces había aguardado de ese modo, con sus seis varones y sus tres niñas. En nueve ocasiones había sentido idéntica impaciencia. Mujer, los campos aguardan, quería gritarle. La tierra me llama. ¿No sabía acaso cómo era la labor del granjero?

Con la tierra, como con la mujer, su tarea era arar, plantar la semilla, cuidar y cosechar. Pero el maíz no le exigía sentarse y aguardar en la otra habitación hasta que el grano madurara en silencio. No. Madurar, dar fruto, esas eran cosas que dependían de Dios dador de vida, o de las Dulces Hermanas, después de las señales de la mujer, que no se atrevía a despreciar. Su quehacer concluía con el suelo sin abrir, con el maíz sin madurar, con las mazorcas sin atar. Pero nada tenía que ver con esperar... ¿con esperar qué esta vez? ¿Una hija a quien casar? ¿Un hijo a quien criar en el desencanto? Cinco veces había tenido que decirle a un hijo de sus entrañas que los campos jamás serían suyos, y cada una de las veces había sentido odio a sus espaldas, con la hoz en la mano y desasosiego. No era que les temiese; pero en el corazón de Avonap había una debilidad oculta: amaba a sus hijos y quería ser amado por ellos. Nada que no se hubiera escuchado antes en un hombre, pero tampoco algo de lo que uno pudiese enorgullecerse. A nadie le hablaba de esto, pero cuando sentía el calor de su ira como el aliento sobre la espalda sudorosa pensaba: Si, si, me odian; si, estoy perdido.

De modo que cuando la partera salió de la habitación y anunció "Un varón", se quedó atónita por la expresión sombría de su rostro. Sin embargo, supo que faltaba lo peor. Ya que Avonap era uno de los gigantescos granjeros rubios de High Waterswatch que había hecho ganar al lugar el apodo "Tierra de los Hombres de Paja", y el niño que le acercaron no tenía la cabeza blanquecina de todos los demás hijos de Molly. El niño era rojo y amarotado, más largo y delgado que los demás, y lo peor fue la conmoción del copete negro en la coronilla. El niño gemía lastimosamente, pero al verlo Avonap no sintió compasión.

-Es una criatura suplantada -murmuró Avonap, y la comadrona hizo un círculo sobre la tela del pañal.

¿Suplantada? Oh, no, no era obra de los duendes ni de Sebastit el merodeador. Temió que fuese algo peor. Vio al niño y soñó con las torres del oeste, donde los hombres son delgados y de cabello oscuro, y donde las mujeres son de tez nívea y cabellos de ébano. Soñó con uno de estos occidentales llegando de algún modo al oeste. En el ejército, sin duda. Soñó con una torre que miraba al oeste, y con Molly encaramada en lo alto, peinando su larga cabellera rubia para que pendiera y ocultara el rostro del soldado que trepaba hacia ella. Soñó con el volcán que había visto en erupción durante su juventud, en su único viaje a Scravehold. Y odió al niño. Dejárselo a su madre, pensó. Sea lo que fuere, y sea quien fuere su progenitor no es nada mío, nada de mi, y por una vez me alegra no compartir mis tierras con él.

Pero el tiempo vence todas las cosas, incluso a los hombres rubios y gigantescos que labran las tierras, los valles y las riberas de High Waterswatch.

En primer lugar, pronto comprendió con claridad que Orem sería su último hijo de Molly y recordó el dicho:

*El último de diez, si tiene vida plena  
es la abeja más rica de la colmena,  
quien la tumba del mendigo abre,  
y el ladrón del amor de su padre.*

En segundo lugar, estaba la cuestión del cabello del niño. Desde luego, era un niño criado por mujeres, y por ello había cierta tontería en que lo lavasen y peinasen más de lo que debe serlo un varón. Pero a veces, cuando Avonap veía al pequeño durante la cena, con el ceño fruncido ante el plato, veía bajo la luz de la fogata un destello de oro rojizo en el cabello oscuro del niño y advertía en el rostro blancuzco y pálido lo que había estado ausente en todos sus otros hijos e hijas: la gracia de la joven Molly, el premio más grande que había conseguido en toda su vida. Y de pronto, un día se encontró queriendo al niño.

En tercer lugar y esto sí fue importante, pronto notó que a pesar de que Molly se ocupaba por completo del pequeño, también lo apartaba. No le permitía jugar cerca del hilado, no le permitía ayudarla con el fogón. Con frecuencia lo veía entreteniéndose con juegos extraños durante el verano, al socaire de la casa. No estaba en los recintos protegidos de la madre ni afuera, en los campos del padre, donde los hombres sembraban trigo y centeno torrado bajo el fuego del sol.

Fue así que un día, por azar el cuarto cumpleaños de la joven vida de Orem, Avonap dejó caer su azada al ver al niño y se encaminó hacia donde estaba jugando.

-¿Qué haces? -quiso saber el padre.

-Hago ejércitos en la tierra -respondió el hijo.

-¿Qué ejércitos?

Y el niño señaló con la punta de su vara el sitio donde se alzaba el ejército de Palicrovol, una serie de círculos ocultos tras las malezas o atrincherados en lo alto de montículos de dos centímetros de altura.

-Y aquí -señaló el pequeño- está la ciudad de Inwit, la capital de Palicrovol, que hoy reconquistará.

-Pero no son más que círculos sobre la tierra -razonó Avonap-. ¿Por qué no estás dentro con tu madre?

-Me manda afuera cuando tiene cosas que hacer. Trabaja mejor cuando no hay niños a su alrededor.

¿Qué vio Avonap en el rostro del pequeño? El rostro de Molly, sin duda; y tal vez sintió el viejo anhelo por su mujer joven. Pero más que eso, pues Avonap tenía corazón sensible. Vio a un niño que no era bien acogido en ningún lado. Ni en el mundo suave, apacible y protegido de las mujeres, ni en el mundo de trabajo escabroso y áspero de los hombres. Avonap sintió lástima del pequeño. Un niño debe ser fuerte, rubio y vigoroso; y este niño extraño no era nada de eso. Pero un niño también debe tener una sonrisa a flor de piel. Cuando su hijo era muy pequeño había sonreído así, pero ya nada quedaba del tierno gesto. Y sin duda algo debía poder hacer para remediarlo.

-Entonces, ya que no tienes nada que hacer aquí, ¿por qué no vienes conmigo?

Y el regocijo en la mirada del niño fue suficiente para el padre. Desde ese momento en adelante ni su cabello oscuro ni su fragilidad fueron barreras entre ellos. Ni pensó más en niños cambiados, ni en hijos bastardos. Avonap hizo con Orem lo que no había hecho desde que el mayor era pequeño. Algunos decían:

-El Pequeño Orem es el hijo de la vejez; miren cómo surge el retoño amado de la corteza del árbol añoso...

Y es que eso parecía: que Orem crecía del hombro de su padre, o que brotaba de la tierra al lado de él, enlazado por el tallo, enlazado por la mano. En follaje y raíz fue hijo de su padre.

Estos fueron los signos del padre.

### El Signo Del Hijo

¿Y qué hay de los otros cuentos que contaba el populacho? ¿De cómo la Reina Belleza lloró toda la noche cuando nació Orem? ¿Y de cómo Enziquelvinisense Evelvinin despertó y por esa única noche vio hermosa su imagen en el espejo? ¿De cómo el mismo Palicrovol se sintió henchido de poder la noche en que nació Orem, y se plantó de pie a las puertas de su tienda, desnudo y cuan largo era, pleno en el alumbramiento de su hijo bastardo? ¿De cómo las estrellas cayeron, y los lobos se aparearon con las ovejas y los peces echaron a andar, y las Dulces Hermanas se aparecieron ante las monjas del Gran Templo de Inwit?

Tales relatos fueron concebidos para que el Relato tuviera más magia. Ni Orem, ni Molly, ni Avonap sospecharon qué había sido fraguado en el mundo. Sólo hubo estos signos: los signos de la madre quien primero amó al niño y luego le temió; los signos del padre, quien primero odió al niño y luego lo amó. Y el signo del niño.

Este fue su signo: a menudo seguía a su madre hasta su caverna a orillas del río, donde los árboles eran tan altos que se arqueaban a ambos lados del Banning, que allí corría hondo y veloz, de tal forma que sólo una luz verdosa tocaba las aguas, y todo rebosaba por el poder que las mujeres llamaban Hermandad, y los hombres, Dios. Y allí, una vez la observó bañarse a orillas de la corriente encabritada, y vio hundirse en las aguas sus senos y su vientre caídos y flojos y vio aparecer un gran ciervo, con una cornamenta de cien puntas, escudriñando por entre las hojas, mirando. Lo vio por un instante. Y luego apartó la vista y cuando volvió a mirar el venado ya no estaba. Entonces no se preguntó qué significaría; entonces sólo temió por un instante que su madre desnuda y vulnerable pudiese estar en peligro ante la bestia. No sabía que el Venado ya la había penetrado una vez, tan hondo como podía penetrarse a una mujer. Y ése fue el signo del hijo.

### LA CASA DE DIOS

*He aquí el relato del único milagro auténtico de la niñez de Orem, y de cómo llegó a ser clérigo.*

### El Séptimo Hijo Varón De Avonap

Debido a que Avonap amaba a su séptimo hijo varón, trató de alejarlo de la granja tan pronto como le fue posible. No era bueno para un hijo tardío quedarse mucho tiempo en la granja, ya que cuanto más crecía más comía, y más sentían los hijos mayores que la herencia se malgastaba, o acaso que era amenazada por ese hijo a quien el padre amaba más. Estos hijos de la vejez solían morir de extraños accidentes. Avonap no tenía motivos para pensar que Orem estaría a salvo.

Intentó que Orem ingresase como soldado por intermedio de un hombre tuerto de la aldea que una vez había sido sargento en el ejército de Palicrovol, pero Orem era de constitución muy endeble, demasiado bajo de estatura para portar las armas. Y no quedó más remedio que entregar el niño a Dios.

Orem tomó la noticia con agrado. Veía que a su padre le afligía el hecho de su partida, y eso le hacía sentir bien. También veía que a su madre le aliviaba su marcha y esto le hirió tanto que ya no deseó quedarse.

De modo que a los seis años se llevaron a Orem a lomos de un burro hasta el pueblo de Banningside, y le pusieron en manos de los clérigos de la Casa de Dios.

-Aprenderás a leer y escribir -dijo Avonap, si bien no tenía noción de lo que eso significaba.

-No quiero aprender a leer ni a escribir -susurró el chico.

-Aprenderás a contar dinero -añadió Avonap, que nunca en su vida había tenido una moneda en sus manos.

-Aprenderás a servir a Dios -dijo el sacerdote Dobbick, haciendo pasar al niño por la puerta del edificio.

Y entonces Avonap se tocó la frente e inclinó las rodillas, pues Dios era tratado con respeto en todas las tierras del rey Palicrovol.

Orem lloró cuando se cerró el inmenso portal de madera, pero no por mucho tiempo. Los niños saben resistir. Por mucho que se les apalee, tienen su modo de sobreponerse.

## Amigos Y Enemigos

La casa de Dios era oscura y muerta; colmada de las blancas figuras de hombres adustos y niños asustados. Jamás se escuchaban grandes estallidos de risa en los pasillos y celdas de la Casa de Dios, como había escuchado en la taberna de la aldea o a través de las altas columnatas de los bosques. Los niños reían entre dientes con la misma sutileza con que tragaban el vino oblatorio. Pero Orem no tardó en sentirse como en el hogar. El hogar es cualquier sitio en donde uno sabe cuáles son sus amigos y cuáles sus enemigos.

Sus enemigos eran los niños mayores, los más fuertes, que tenían la costumbre de ejercer su poder por las noches, en las habitaciones en penumbra. Orem había crecido con cierta convicción de que la injusticia no debía ser soportada sino corregida. Así que cada vez que veía alguna injusticia la corregía. No se lo decía a los sacerdotes: sabía que los adultos jamás toman en serio las guerras y luchas de los chicos. Pero si les enseñó a los más pequeños a organizarse en la oscuridad. La segunda vez que Orem venció a los matones nocturnos los niños ya comenzaron a sentirse más seguros y más libres que nunca. Los mayores no lo olvidaron. Orem los había derrotado cuando habían creído ser poderosos y con esa determinación tan propia de los niños se conjuraron para tramar la muerte de Orem.

No obstante, los amigos de Orem no eran tampoco los niños de menor edad. Una vez que se sintieron seguros, se mantuvieron lo más lejos posible de Orem. Se contentaban con permitir que el odio de los mayores cayera sobre él y a la vez permanecían al margen del asunto. Orem soportó su traición con calma. No esperaba que fuesen mejor de lo que eran. Él era hijo de su padre.

En realidad, sus amigos eran los sacerdotes y párrocos que reconocían su mente aguda y sagaz y que lo amaban por ello. Los demás niños se sentían apabullados ante las letras y números. Pero para Orem eran algo mágico y misterioso que de algún modo representaba sonidos y valores, que tenía nombre pero no lo decía, que se presentaba en filas que significaban distintas cosas en distintos momentos. Si dispones las letras verticalmente son números, le enseñaba su maestro. Horizontalmente, son palabras. Orem memorizó todas las runas en un día, leyó palabras en una semana y en un mes descubrió que los escribas más inteligentes ordenaban sus números para que formaran palabras, y sus palabras para que fueran números, de tal forma que en este libro toda la astronomía del universo se representa matemáticamente en la historia de Azasa y el disidente, y en este otro todas las cuentas del tesoro del Rey durante una década se

representan en acrónimos y cifras que relatan los pecados de los cortesanos cuya condensación específica aparece en las sumas. Mientras los otros niños se esforzaban por comprender el significado llano de las cosas, Orem aprendía las lecciones más sutiles y sin intentarlo, de modo que para su propia sorpresa se encontraba haciendo sus ejercicios con una elegancia que superaba la de muchos de sus maestros.

-¿No ves lo que has hecho? -preguntaba el sacerdote Dobbick-. Aquí, donde haces la suma de los soles del invierno, también se lee “nieve tibia”.

-Lo siento -decía Orem, pensando que había sido sorprendido en una falta secreta. Pero pronto notó que el sacerdote Dobbick estaba complacido con él, y en muchas ocasiones Orem advirtió que cuando los sacerdotes venían a observar a los alumnos durante su estudio se quedaban todo el tiempo mirando sobre su hombro, siendo que jamás miraban a otro con interés particular.

Cuando Orem descubrió que los maestros eran sus amigos, se inclinó hacia ellos con gratitud, escapó de la peligrosa soledad del patio de juegos y pasó sus horas libres dentro, leyendo y conversando con los maestros. Sólo uno de los instructores de Orem comprendía lo que estaba sucediendo. El sacerdote Dobbick.

-Aún no conoces el costo de tu poder -le dijo.

-¿Poder? -preguntó Orem, ya que no creía tener ninguno.

-Actuaste valientemente y con sabiduría apenas llegaste a este lugar. Debes actuar valientemente y con sabiduría delante de los otros niños ahora, si es que piensas convivir amistosamente con ellos alguna vez.

-No son mis amigos -adujo Orem.

-¿Te amarán más si te alias con nosotros, los maestros, los opresores, los enemigos de todos los niños?

-¿Qué me importa a quién quieran o por qué? Estoy más feliz aquí en la oscuridad, con los libros, que allí en la luz con ellos. Si no desea enseñarme, déjeme solo en la biblioteca.

Pero el sacerdote Dobbick no era fácil de disuadir, y se encargó de que se obligara a Orem a jugar afuera, y a intervenir en los juegos. Con los otros niños arrojó piedras y las golpeó con palos. Orem aprendió a ser diestro en esquivar las piedras que le disparaban justo a la cabeza. Cuando nadaba con los otros niños en el foso de agua, aprendió a contener el aliento largo tiempo y a ser ágil como una anguila para que no pudieran retenerlo bajo el agua más de lo que aguantaba la respiración. Cuando los demás dormían, Orem aprendió a moverse en silencio y con seguridad en las sombras, y cada noche se tendía en un sitio distinto de la Casa de Dios, lejos de su cama, para que no lo asesinaran durante el sueño. Odiaba al sacerdote Dobbick por obligarlo a vivir y jugar junto a los demás niños, pero contra su voluntad sus manos, sus pies y sus ojos adquirieron destreza, sus puños se fortalecieron y su ingenio se aguzó. Y su cuerpo se endureció y fue capaz de soportar grandes adversidades. Nadie en la Casa de Dios podía correr tanto ni tan rápido como Orem, nadie podía vivir con menos horas de sueño, y nadie podía leer ni escribir como él. Creía ser desdichado, pero luego miraría hacia atrás y recordaría esta época como la más feliz de su vida.

## El Fuego Y El Agua

Los niños que más odiaban a Orem eran Cressam, Morram y Hob. No detentaban el poder antes de la llegada de Orem, pero a causa de la despiadada tortura que infligían a los más pequeños, solían ser valiosos instrumentos de los más astutos que ejercían el mando. Ahora no tenían lugar alguno en la Casa de Dios: eran torpes en sus tareas escolares y ninguno de los juegos infantiles recompensaba la crueldad y la falta de misericordia. De modo que tramaron la muerte de Orem, en parte por no tener mejor cosa

que hacer, y una vez que trazaron su plan lo practicaron hasta estar seguros de que podía ser llevado a cabo con rapidez y sin que nadie lo advirtiera.

Fue el día en que llegaron las ofrendas de heno. Orem estaba junto a los demás niños observando cómo crecía y se engrosaba la pila a medida que los granjeros acercaban sus divas a la Casa de Dios. Orem ansiaba ver a su padre, si bien sabía que había escasas posibilidades de que su propia familia hiciera el trayecto para traer el presente de la aldea.

De pronto Orem notó que lo asían muchas manos y que lo arrojaban por debajo del heno. Se retorció y trató de zafarse, pero no estaba en el agua, y ellos lo habían practicado bien. Orem alcanzó a ver que Cressam tenía una antorcha en la mano. Entonces, el heno lo cubrió y comprendió el plan de inmediato. Cressam tropezaría y la antorcha caería. Contarían a los niños cuando el fuego se hubiese extinguido y sólo entonces descubrirían que faltaba Orem. Si alguno de los críos veía el incidente, no se atrevería a contarlo: si Cressam, Morram y Hob habían matado una vez no vacilarían en hacerlo de nuevo.

De modo que no intentó salir de la pila de heno, donde las llamas estallarían primero. En cambio se echó hacia atrás y se internó entre la paja hacia las profundidades del montículo. A sus espaldas escuchó un rugido repentino, el grito del Fuego. No veía la llamarada pero sí la oía; el calor y el humo no tardaron en llegar. No tenía que pensar. Sus brazos sabían cómo cavar entre el heno; sus pies sabían cómo patear la paja detrás de sí para que el humo no encontrara el camino por donde pensaba ocultarse.

Dentro del heno estaba oscuro como la boca del lobo, y puesto que sus ojos no podían ver, su mente lo hacía en su lugar: recordó vividamente las piras de heno que había visto anteriormente. Las llamas siempre tardaban un par de segundos en recorrer todo el trayecto, pero no morían antes de uno o dos minutos. Dentro del heno siempre había un sitio sin encender, un lugar al que no llegaban las llamas. Esa era su esperanza.

Pero también recordó haber rastrillado los restos de un fuego de heno en una ocasión, y haber encontrado el cadáver de un ratón en un sector que no había ardido. No tenía ni un pelo quemado, ni señales de fuego, pero estaba muerto, con los ojos bien abiertos. Con fuego o sin él, el calor del humo había alcanzado el centro mismo de la pila, y Orem se preguntó qué forma tomaría su muerte y cuánto dolor le causaría.

Y entonces, sucedió el único milagro de su niñez. La pila había sido levantada sobre tierra firme y seca, pero ahora su mano se extendió hacia adelante en busca de sostén y no halló en qué apoyarse. Fue a dar a un estanque de agua que no debía estar allí. Tuvo suficiente presencia de ánimo para tomar una profunda bocanada de aire antes de sumergirse y luego se dejó hundir más y más en las aguas, sin moverse, sólo tratando de recordar el arriba y el abajo y de estimar cuánto tardaría el fuego en extinguirse.

De pronto sintió la tierra bajo sus pies y se levantó. Cuando su cabeza irrumpió en la superficie del agua no lo hizo entre una pila de heno sino en un mar de cenizas que flotaban en la superficie y le cubrieron el rostro. Tomó aire: en sus pulmones fue como humo cálido, pero al menos era aire. Luego lo sacudió el dolor del calor y la humareda, y cayó al agua. Sin duda moriría, pensó. Pero no bien se había zambullido unas manos fuertes lo aferraron, lo levantaron y le oprimieron los pulmones. Unos grandes labios masculinos se posaron sobre su boca para insuflar vida en él, pero Orem hizo al sacerdote a un lado.

-Estoy bien -le dijo.

Los sacerdotes lo miraron atemorizados y el sacerdote Enzinn expresó lo que todos pensaban:

-Secamos esta ciénaga hace un siglo y sólo para ti el agua volvió a brotar y formó una fuente debajo del heno. Dios debe amarte, Orem. No ha querido que mueras.

Desde ese momento los sacerdotes y el resto de los niños supieron que Orem estaba protegido, y no volvieron a alzar la mano en contra suya.

Descolló en sus estudios. Su mano era tan diestra a los doce años que lo separaron de la clase de caligrafía y lo pusieron a hacer manuscritos. Dejaron que transcribiera de nuevo las profecías del presbítero Cork, y cuando concluyó lo alabaron por haber descubierto siete nuevos significados ocultos en las rimas y diagonales. Pero cada vez que los elogios tentaban a Orem a ser jactancioso, a hablar con arrogancia ante los demás niños o a presumir de su amistad con algún sacerdote, se sentía caer irremediablemente en un estanque de agua, sentía que sus pulmones se le comprimían en un desesperado afán por respirar, y no le salía palabra.

Y así pasaron los años en la Casa de Dios, en Banningside, hasta el día en que le encontró su verdadero padre.

## EL HOMBRE DE LOS OJOS DE ORO

*Aquí se narra cómo casi conoces a tu hijo, aun cuando no sabías siquiera que tuvieras un vástago, y cómo lo pusiste sobre la senda que lo condujo a los hechos por los cuales lo quieres matar.*

### El Fin De La Educación

Orem estaba sentado durante una clase. El sacerdote Dobbick estaba frente a él, estudiando la copia de la Resurrección de los Vinos. Siguiendo un impulso, Orem había escrito las palabras “brote”, “capullo”, “flor” y “sangre” en los márgenes de las copias y otras figuras análogas en el resto del libro. Dobbick fruncía el ceño de cuando en cuando, y Orem temió haber hallado demasiados significados en el texto. Quería hablar, disculparse, explicarse. Pero sabía que el silencio era la mejor estrategia.

De modo que se dedicó a observar las calles por la ventana. Allí estaba sentado el sordo Yizzer, donde siempre, ante el portal de la Casa de Dios, gritando con una voz que podía escucharse desde el último rincón del edificio.

-¡Oh señor, amable señor, en su rostro posee usted el don de Dios, oh señor, bienaventurado sea, Dios le sonrío por sus dádivas y Dios nombrará sus más secretos nombres con una bendición a sus más secretos nombres!

Y seguía y seguía en un eterno monólogo que era singularmente eficaz para conseguir que los desconocidos transeúntes le arrojaran monedas. Los novicios estaban convencidos de que Yizzer no era más sordo que ellos, pero ningún intento de tomarle el pelo desde el patio podía interrumpir sus gritos o conseguir que se enfureciera o se echara a reír; Si sólo simulaba ser sordo, lo hacía muy bien.

Si yo tuviera hambre de verdad, ¿me haría mendigo?

Dobbick apoyó el libro sobre la mesa.

-Te has superado a ti mismo.

Orem no sabía cuán tenso había estado hasta que sintió que se relajaba.

-¿Entonces lo he hecho bien?

-Oh, sí. Certificaré que es tu obra maestra.

Orem se quedó atónito.

-¿Mi obra maestra? Pero si sólo tengo quince años...

Dobbick permaneció en silencio, obligando a Orem a aguardar pacientemente sus palabras, y por fin dijo:

-Tu educación ha concluido, Orem.

-No puede haber terminado. No he llegado a la mitad de la biblioteca y mi trabajo aún es burdo...

-Tu trabajo es lo mejor que hemos visto en Banningside desde que Dios fue mostrado en estas tierras por vez primera. ¿Quién crees que escribió los manuscritos que copiaste de la Resurrección de los Vinos?

-No lo sé. Nunca firmaban.

-El presbítero Abrekem.

-¿Él?

-El profeta que enseñó a Palicrovol por primera vez el camino de Dios. Y tú has superado su trabajo. No apenas, sino muy notablemente. ¿Qué más te enseñaremos en Banningside? Los libros que no has leído no contienen nada que necesites... ya has escogido las obras más difíciles y las devoraste por completo.

Orem había supuesto que su trabajo era bueno, pero jamás sospechó que su educación hubiese concluido.

-No soy un hombre.

-Eres un hombre -replicó Dobbick-. Eres la criatura más sobresaliente de la Casa de Dios. ¿Acaso podemos seguir llamándote niño?

-No soy sabio.

-Jamás dijimos que pudiésemos enseñarte sabiduría. Sólo que podíamos enseñarte lo que escribieron los hombres sabios.

-No puedo tomar los votos.

Ah. Allí estaba lo que tanto había temido decir, lo que pensó que no tendría que decir en muchos años.

-¿Por qué no? -preguntó Dobbick en voz baja-. La vida no es mala aquí. Has sido feliz junto a nosotros.

Orem miró por la ventana.

-¿Es el ancho mundo? ¿Es eso lo que te atrae? No tienes que quedarte dentro de la Casa. Puedes ser mendicante...

-No. Yo...

-O incluso un monje viajero u ocuparte de las compras, o te podríamos enviar al Gran Templo de Inwit. Estarían contentos de tenerte allí, y nosotros estaríamos contentos de verte regresar.

-No lo entiende...

-¿Crees que no? -repuso Dobbick-. Te preocupas porque piensas que no crees lo suficiente para ser sacerdote. Es una enfermedad propia de los quince años. Cuando la carne se estremece, el espíritu parece irreal.

-Si mi carne se estremece, pues, no lo sé -dijo Orem-. Mi problema no es la falta de fe. Mi problema es creer demasiado.

Los ojos de Dobbick se entrecerraron.

-Eras un niño cuando llegaste aquí. ¿No te has librado aún de la necia superstición?

-En el mundo hay magia. Las mujeres que aman a las Dulces Hermanas no niegan a Dios. ¿Por qué los hombres de Dios niegan a las Hermanas y al Venado?

-El mundo es más complicado de lo que crees.

-No, sacerdote Dobbick. El mundo es más complicado de lo que usted cree. No viviré en un tercio del universo cuando puedo andar por todas partes.

-De modo que dejarás los salmos, la bendición y la oración para rendir culto a algún duende doméstico...

Orem se echó a reír. No podía evitarlo cuando Delbbick apelaba a la ironía y Dobbick lo sabía.

-Ven, Orem. No hay elección alguna que hoy podamos tomar. Mientras no te aburra, hay miles de copias por hacer. Cuando un hombre recibe la certificación de clérigo maestro, por lo general toma los hábitos o se marcha, pero podemos hacer que seas un hermano sin juramentar: es un lugar honorable, y te reconoce si no como un par en santidad, como igual en sabiduría. Pero ya no pretenderé ser tu maestro. No leo tus

manuscritos para corregirlos... Los leo para aprender las cosas nuevas y brillantes que les has hecho significar.

Entonces Orem dijo la cruda verdad, aunque sabia que lastimaría a Dobbick.

-¿Cómo puede observar mi trabajo y hallar verdad en él cuando no hice más que jugar? Si mis chanzas, mis acertijos y mis enigmas parecen verdad a sus ojos, ¿qué puedo pensar si no que todas sus otras verdades son chanzas, enigmas y acertijos?

Dobbick calló una vez más y finalmente dijo:

-Tal vez eres demasiado joven para saber que la única verdad que poseemos son enigmas y acertijos, y que por eso nos son tan preciados.

Avergonzado por haber herido a su maestro, Orem fue nuevamente hasta la ventana y miró hacia afuera. No era día de mercado pero así y todo había entre la gente que iba y venía una cierta agitación, cierta prisa. Y luego se escucharon trompetas en la distancia, cada vez más fuertes. ¿Entonces era el ejército, que llegaba más temprano? ¿Y cabalgaría el rey Palicrovol al frente de las tropas? Era lo único que realmente interesaba a Orem en esa época: la sola mención del nombre del Rey despertaba algo en el niño. ¿Qué clase de hombre es el Rey, se preguntaba Orem, qué clase de hombre es quien habla y las tropas obedecen, quien da su orden y mil sacerdotes oran por el?

-Parece que la ventana te atrae.

-Las banderas llaman mi atención. Puede cerrar la ventana.

-Lo cual significa que quieres dejarla abierta. ¿Crees que no te conozco?

-No, no me conoce.

-No eres distinto de los otros niños. Sueñas con Palicrovol y con su perversa y vana aspiración por una ciudad que él mismo comenzó por robar.

-Es un Enviado de Dios, ¿no es así? -replicó Orem.

-Solo de nombre. Mantiene unos pocos sacerdotes para conservar las apariencias. Es con hechiceros que se protege de la Reina, con lo cual se pone aún más en ridículo.

Más allá de la ventana se abría el portal de la aldea: sí, se acercaba el Rey, ya que al otro lado de la cerca había soldados montados y a pie, resplandecientes con sus corazas y cascos de acero. Era un espectáculo cautivante, pero no eran los soldados los que atraían a Orem. Era la magia lo que cautivaba sus sueños. No la de las Dulces Hermanas sino la magia de la cabeza de cien puntas, de la Corona de Asta. Era el rey Palicrovol, cuyos magos libraban diario combate contra la Reina. Y mientras pensaba una vez más en el Rey, Palicrovol cruzo a caballo las puertas de Banningside, sobre una alta montura en un gran corcel gris y sobre su cabeza lucía la dorada Corona de Asta de Burland. Era un rey de pies a cabeza. No giraba el rostro en lo más mínimo: miraba hacia adelante mientras la multitud vitoreaba y le arrojaba rosas.

Se fue acercando, y Orem parpadeó cuando el sol reverberó en los ojos del rey Palicrovol. Es decir, en los dos cuencos de oro que los cubrían y que brillaban bajo la luz del sol. El rey no podía ver nada.

-Hoy la reina ve a través de los ojos de Palicrovol -dijo Orem-. ¿por qué lo hace, si tiene su Ojo Inquisidor?

Dobbick se mostró sorprendentemente enfurecido al responder:

-Si has aprendido algo de Dios, sabrás que su Ojo Inquisidor no puede penetrar los templos ni la Casa de Dios, ni el séptimo círculo de los siete círculos. ¿Por qué crees entonces que Palicrovol no se rodea de sacerdotes para mantenerla alejada? Porque él también posee un corazón negro. Porque es la clase de hombre que deshonra a una niña sobre la escalinata del Salón de los Rostros para usurpar la corona que era el único don que podía ofrendar. Dios no es parte de él, Orem. Y Dios no será parte de ti si te apegas a la magia del modo en que...

Pero ahora fue Dobbick el que interrumpió la conversación y se volvió para mirar por la ventana, ya que la multitud había enmudecido. Cuando Orem dirigió la vista al sitio que

contemplaba el sacerdote, vio que el rey Palicrovol se había detenido, se había quitado la Corona de Asta y la sostenía ante él.

El Rey paseó sus ojos ciegos de un lado al otro como si pudiera ver lo que buscaba.

-¡No! -gritó una voz extraña y gimiente, y Orem tardó un instante en comprender que era el Rey quien hablaba con tal dolor-. ¡Oh, Inwit, no aquí, no a través de mis ojos!

Y luego el Rey alzó la vista y sus cálices de oro parecieron posarse sobre Orem, y el Rey señaló el corazón de Orem y gritó:

-¡mío, mío, mío!

Los soldados rompieron filas, y de pronto Orem se sintió arrastrado por una mano que lo hacía entrar en la Casa de Dios. Era Dobbick, y su voz estaba transida por el miedo.

-¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, siete veces siete los oscuros días que provoca el descuido! ¡Oh, Dios, Orem, te quiere a ti, quiere que...!

Orem estaba confuso, pero no se resistió cuando Dobbick lo hizo salir de la sala. Orem estaba tan acostumbrado a la obediencia que no tenía estrategia con que escapar del puño del sacerdote que lo arrastraba arriba y abajo por las escaleras, a través de puertas que siempre habían estado cerradas, hasta que llegaron a una puerta oculta que conducía a un sendero escondido.

-La Casa de Dios es antigua -dijo Dobbick-. Data de los oscuros días antes de que Dios lograra Su victoria sobre todos los extraños y todos los poderes. Este camino desemboca cerca del río, bien lejos de la empalizada. Ve a tu casa. ¡Ve a la granja de tu padre, di adiós a tu familia y luego huye. Lejos, al mar, a las montañas, a cualquier sitio donde el Rey jamás pueda hallarte!

-¿Pero qué significa esto?

-Significa que el Rey quiere valerse de ti de algún modo en su batalla. Y esto tenlo por seguro: será a tu costa. Un hombre como Palicrovol no ha vivido tres siglos pagando sus propias penas. En los juegos del poder, hay sólo dos jugadores; el resto es carne de cañón. Oh, Orem... -El sacerdote estrechó al niño en la puerta secreta-. Orem, si hubieras dado un solo paso dentro de los siete círculos, sólo uno, no habrías tenido qué temerle. Dios sabe que no deseo dejarte ir.

-¿Qué está sucediendo conmigo? -preguntó Orem, atemorizado por la súbita expresión de amor y remordimiento de Dobbick y por lo acontecido con el Rey.

-No lo sé. Sea lo que fuere, no es lo que tú quieres.

Pero en ese instante Orem comprendió que si lo deseaba. En ese instante supo que la seguridad de la Casa de Dios era en sí lo que más odiaba. En la Casa de Dios jamás se haría un nombre, jamás encontraría un lugar, ni se haría acreedor de un poema. Aquí en la puerta escondida estaba al borde de ir rumbo a estas tres cosas, y así lo sintió en el temor de su vientre y en la claridad de su visión.

-Tienes quince años. Eres sólo un niño -dijo Dobbick. Pero Orem sabía que era la edad en que los soldados ingresan en el ejército, en que un hombre puede tomar esposa. Sólo en la Casa de Dios se era joven a los quince años.

-Ah, si -continuó Dobbick, trazando con dedo afectuoso los siete círculos sobre la frente de Orem-. No me equivocaba. Tú no eres instrumento de la guerra de Palicrovol, Orem. Eres instrumento de Dios.

Orem se enfureció.

-No soy ningún instrumento.

-Oh, todos somos instrumentos. Todos. No quieres servir a Dios, ¿verdad? Bien, entonces sírvete a ti mismo, Orem, y creo que de todas formas terminarás por servir a Dios.

Y luego vino el Dios-sea-contigo y la despedida, y la puerta se cerró tras él. Orem bajó un corto trecho de lo que parecía ser una alcantarilla pero no lo era, y luego salió por el final de la tubería, donde quedó enredado entre malezas y arbustos. Escuchó que el sacerdote le gritaba desde el otro extremo del tubo:

-¡A cualquier parte menos a Inwit, Orem!

¿A cualquier parte excepto Inwit? Oh, no, respondió Orem en silencio. Para mi ser sólo Inwit. El dedo del Rey apuntando hacia él sólo podía significar esto: Orem tenía un poema en el Rey y su decisión era ganárselo. Y si el hombre de Dios decía que no debía ir a Inwit, Orem supo que era Inwit la ciudad que le llamaba. Primero a casa, había dicho Dobbick, para decir adiós y no afligir a su padre. Luego a Inwit, hacia donde fluían todas las aguas del mundo.

Soy veloz como una gacela, se dijo Orem mientras corría por las sendas del campo. Corrió y corrió sin cansarse, y luego anduvo hasta que volvió a sentir el aire y luego volvió a correr. Las piernas no le dolían; pero si el costado y el dolor en el abdomen se hizo más intenso, hasta casi matarlo, y luego desapareció, sin más. Y mucho antes de lo pensado llegó a su casa. Tantos años deseando regresar y pensar que quedaba tan cerca...

-¿Por qué no quedarte aquí? -preguntó su anciano padre-. Me sentiré feliz contigo.

Pero era un ofrecimiento vacío, ya que Avonap no viviría eternamente. Sus hermanos lo miraban con ceño fruncido, y Molly se limitaba a contemplar el fuego. Orem se echó a reír.

-Contigo me quedaría para siempre, padre. ¿Pero tú te quedarías para siempre conmigo?

-¿Qué harás entonces? Puedo indicarte el camino hacia Scravehold. Fui allí una vez, con mi padre.

-No es ese el fuego que busco.

El hermano mayor de Orem se rió al escucharlo.

-¿Qué sabe del fuego un ceniciento como tú?

-Más que la paja -replicó Orem, ya que no temía a su hermano, quien nada sabía de números y astronomía, ni era capaz siquiera de escribir su propio nombre.

-Inwit -dijo la madre de Orem.

Orem la miró sorprendido, y por primera vez su entusiasmo se enfrió. Su madre no podía desearle nada bueno. ¿O era realmente posible que su madre compartiera un sueño con él?

-Es a Inwit -dijo Molly- adonde debe ir el décimo hijo y el séptimo varón.

-Calla, Molly -ordenó el padre, angustiado.

-Inwit -insistió Molly-. Inwit.

De modo que Orem no partió volando como había llegado a su casa, sino que echó a andar, a paso lento y con hondos pensamientos. ¿Qué podía significar que su madre también quisiera un poema para él?

Se detuvo a orillas del río, en el sitio secreto de su misma madre, a la espera de algún bajel que viniera y lo llevase lejos por la corriente. Y mientras aguardaba escribió en el fango de la orilla, preguntándose qué haría su madre con esos extraños signos cuando regresara a bañarse:

*Orem en Banningside*

*Libre y volando.*

*Palicrovol*

*Viendo, suspirando.*

Y hacia abajo la suma de los números decía:

*Viéndome ser grande*

No advirtió lo que Dobbick habría visto, que los números sumados hacia arriba decían:

*Mi hijo muriendo*

Aún no sabía que un hombre puede estar jugando a los acertijos y accidentalmente dar con la verdad.

Casi anocheecía cuando apareció la balsa de un mercader, manteniéndose tímidamente cerca de la orilla del Banning, en un tramo traicionero donde la corriente era demasiado rápida. El mercader iba por el margen opuesto, con aspecto temeroso y luchando con las aguas. Orem lo detuvo.

-¿Quieres una mano que te ayude durante la travesía?

-¡Sólo si sabes nadar! -fue la respuesta dada a gritos.

De modo que Orem se quitó la camisa y se la ató alrededor del pecho. Sostuvo la bolsa de arpillera entre los dientes y nadó de espaldas atravesando la corriente. Calculó bien, y su mano golpeó el borde de la balsa en una brazada. Arrojó los bultos por encima de su cabeza y trepó a bordo. El mercader lo observó, hizo una mueca y dijo:

-Tu voz me engañó. Pensé que eras un hombre.

Orem se limitó a sonreír. Tomó el pequeño remo mientras el mercader se mantenía en la pértiga, y juntos guiaron la nave por entre la caverna de hojas hasta que el río se ensanchó y la corriente se hizo más lenta y segura. Entonces Orem dejó el remo, se desató la camisa y se cubrió de nuevo. Volvió el rostro al mercader y le dijo:

-Bueno, si no he hecho el trabajo de un hombre, entonces dilo y me marcharé ahora mismo.

El mercader frunció el ceño pero no le dijo nada. Ha comenzado mi aventura, pensó Orem. Ahora soy mi propio amo, y puedo hacer que mi nombre signifique lo que yo quiera.

## EL CANTO DEL MERCADER

De cómo Orem el Carniseco navegó río abajo hasta llegar a Inwit, donde obtendría un nombre y un poema, mas no un lugar.

### Las Aguas De Su Padre

-¿Hasta dónde vas? -preguntó Orem de buen humor. El mercader lo miró escépticamente durante un momento y luego se dedicó a estudiar el río, utilizando la pértiga mayor para mantener la nave en el centro de la corriente. Orem sabía por las conversaciones de los viajeros de Banningside que las aguas del Banning eran muy peligrosas, pero que donde el río se hacía más lento el peligro era mayor, ya que había piratas, allí donde el ejército de Palicrovol no andaba cerca y donde si lo estaba había saqueadores y ambos se valían de las mismas estrategias con los mismos fines, sólo que los hombres de Palicrovol no mataban con tanta frecuencia.

-El Rey está en Banningside -arriesgó Orem. Si el mercader lo escuchó, no lo dio a entender. En verdad, iba tan silencioso y con aire tan suspicaz que Orem se preguntó si debería haber subido a la embarcación de un hombre tan poco amistoso.

La noche no tardó en llegar por detrás de los árboles del este, y cuando desapareció el último resto de luz el mercader impulsó lentamente la balsa hacia la orilla pero no más allá de los cien metros que la separaban del banco. Entonces tomó las tres pesadas piedras que le servían de ancla en sus fuertes sacos de tela y las arrojó al agua por detrás de la nave. La corriente los alejó rápidamente de las rocas hasta que las sogas los sostuvieron con firmeza. Orem observó en silencio mientras el mercader hurgaba en su tienda y cogía un gran cuenco de arcilla. En él encendió un fuego de ramas y carbón. Y encima ubicó una vasija de bronce donde preparó una sopa de cebolla y zanahoria con agua del río. Orem no estaba seguro de que lo invitase a compartir la comida, y prefirió no preguntar.

Después de todo, si su anfitrión escogía el silencio él no era quién para insistir en la charla.

De modo que abrió su bolsa y extrajo dos salchichas.

El mercader les echó un rápido vistazo. Orem le extendió una blanca, delgada y rígida dentro de su envoltorio. El mercader cogió su cuchillo y lo acercó y Orem hincó la salchicha en la punta. El hombre gruñó -¡al fin un sonido!- y Orem le observó cortar la carne en lonjas tan delgadas que parecía no acabar nunca. El mercader no dio señales de querer la otra salchicha, de modo que Orem la devolvió a su bolsa. Habría carne en la sopa y Orem había cumplido su parte para preparar la comida. Ahora podría quedarse en la balsa tanto como le viniera en gana, ya que es costumbre de la región que todo aquel que prepara una cena con comida compartida no puede rehusar la compañía del otro.

Comieron juntos en silencio, trinchanto los trozos de carne y zanahoria con los cuchillos y turnándose para beber el caldo de la olla de bronce. Finalizada la cena, el mercader enjuagó la vasija en el río, y luego extendió la mano para llevarse agua a la boca.

Orem le tendió la botella.

-De la fuente de mi padre.

El mercader lo miró gravemente y por fin habló:

-Entonces guárdatela, niño.

-¿No hay agua adonde nos dirigimos?

-Cuando uno llega al Templo Pequeño, vuelca el agua de su casa y se lleva el agua de Dios.

-¿Para beber?

-Para verter en la fuente del padre. ¿Qué, en la granja de tu padre no les importa Dios?

Dobbick a menudo había querido contarle los ritos del Templo Grande y del Templo Pequeño de Inwit, pero Orem nunca había manifestado deseo de escucharlo. Pero de nada serviría hacerle creer al hombre que su familia era pagana.

-Oramos las cinco plegarias y los dos cánticos.

-Que te guardes el agua. Por tu vida.

Permanecieron sentados en silencio, mientras el viento soplaba encendiendo las brasas dentro del cuenco de arcilla. De modo que vamos a Inwit, pensó Orem. Después de todo, era el sitio más probable a donde podía encaminarse un mercader. En verdad, casi todo el tráfico fluvial iba hacia allí, ya que todas las aguas conducen a la ciudad de la Reina.

-Yo también voy a Inwit -dijo Orem.

-Pues qué bien -repuso el mercader.

-¿Por qué?

-Porque hacia allí conduce el río.

-¿Cómo es Inwit?

-Eso depende, ¿no? -respondió el hombre.

-¿De qué?

-De la puerta por la que entres.

Orem estaba desconcertado. Conocía puertas... Banningside tenía una empalizada y había los muros de la Casa de Dios.

-¿Pero acaso todas las puertas no conducen a la misma ciudad?

El mercader se encogió de hombros y luego rió entre dientes.

-Si y no. Me pregunto por cuál entrarás tú.

-Por la que quede más cerca, supongo.

El mercader rió en voz alta.

-Me temo que no, hijo. Sin duda que no. Hay puertas y puertas, ¿es que no lo ves? La Puerta del Sur, esa es la puerta privada de la Reina, y sólo los desfiles, los embajadores y el ejército emplean ese portal. Y luego está la Puerta de Dios, pero si entras por allí sólo

te dan un pase de peregrino, y si te llegan a atrapar fuera de la zona de los Templos te herran la nariz con una O, y te echan y nunca más vuelves a entrar.

-No soy peregrino. ¿Por qué puerta entras tú?

-Soy mercader. Entro por la Puerta de los Puercos, por el Camino de los Carniceros. Consigo un pase de mercader, pero es todo lo que quiero. Me permite ir al Gran Mercado y al Pequeño Mercado, al Pueblo Inmundo y a las Tabernas. Ah, las Tabernas, sólo eso vale todo el viaje.

-En Banningside hay tabernas -dijo Orem.

-Pero no tienen la Calle de las Putas, ¿no? -El mercader sonrió-. No, en ningún otro sitio del mundo hay otra Calle de las Putas. Por dos monedas de cobre hay damas que te recostan contra la pared, se subirán las faldas, y en tres minutos las llenas hasta los ojos. Y si tienes cinco monedas de cobre hay damas que te llevan a las habitaciones y te dan quince minutos, y si eres robusto te alcanza para hacerlo dos veces, como es mi caso. -El mercader frunció el entrecejo-. ¿Eres virgen, verdad, niño?

Orem apartó la mirada. Ni su padre ni su madre jamás le habían hablado de ese modo, y sus hermanos eran unos puercos. El mercader no parecía mal intencionado, pero Orem comenzó a pensar que el viaje había sido más grato antes de que el hombre comenzara a hablar.

-No lo seré por mucho tiempo, una vez que llegue a Inwit -repuso Orem.

El mercader soltó una carcajada y lanzó una mano por debajo de la camisa de Orem para pellizcarle el muslo peligrosamente cerca de los testículos.

-¡Esto son las pelotas, hijo! ¡Las pelotas!

No olvidaría fácilmente ese pellizco, y con cierto desprecio escuchó cómo el mercader le obsequiaba con relatos de sus hazañas sexuales en la Calle de las Putas. Aparentemente Orem había pasado una especie de examen, y el hombre lo consideraba de algún modo como un amigo, interesado en todo lo que él tuviera que decir. Orem se sintió aliviado cuando por fin el mercader bostezó, se puso en pie de repente y se quitó la ropa. La lió para improvisar una almohada y la empujó ante sí mientras se introducía en la tienda.

Orem alcanzó a ver el interior mientras el hombre se metía. No había sitio para él. El mercader no reparó más en Orem, y éste se acurrucó sobre la cubierta, al socaire de la carga del comerciante. Hacia frío, y la camisa de Orem todavía no se había secado después del cruce a nado. Pero podría haber sido peor.

## El Premio De Corth

Por la mañana, reinó otra vez el silencio. Pero ahora Orem no hizo nada para interrumpirlo. Ayudó con los aparejos de la embarcación, acercó agua para que bebiera el mercader mientras manipulaba la pértiga y de vez en cuando hundía el remo en el agua para colaborar cuando la corriente se embravecía o cuando pasaban por bancos arenosos. Orem compartió su trozo de pan para el almuerzo, que el mercader aceptó sin palabras. Pero esta vez, cuando llegó la noche, él hizo señas a Orem de que arrojara las piedras, y la conversación se inició así que terminó la cena. El mercader cada vez se ponía más alegre, aunque no había probado cerveza, y le hablaba más y más de Inwit.

-Está la Puerta de los Culos, pero es para los demás comerciantes. Y la Puerta Trasera es sólo para los que viven en las Granjas Altas, que no es tu caso ni lo será jamás; esas familias son más antiguas que el propio clan de la Reina, y casi tan mágicas, dicen. No, chico. Para ti solo queda la Puerta de las Meadas y el Hoyo. En la Puerta de las Meadas sólo te dan un pase de pobre de tres días y si no encuentras trabajo en ese tiempo debes volver a marcharte o te cortan las orejas. La segunda vez que te atrapan con el pase vencido o sin pase te dan a elegir. O te venden como esclavo o te cortan las pelotas. Y no hay tantos eunucos libres como esclavos intactos, ¡te lo aseguro!

Tres días. En tres días conseguiría trabajo de sobra.

-¿Qué es el Hoyo?

El mercaderer enmudeció de pronto.

-Es el Hoyo, niño. No un hoyo cualquiera. Está cerrado y no dan pases. La guardia no los da. Aunque hay formas de entrar al Hoyo, y formas de andar por la ciudad desde allí, pero yo no las conozco. No, yo soy hombre de Dios, lo soy, y las formas de pasar por el Hoyo son todas mágicas, si no criminales. No, aventúrate por la Puerta de las Meadas y consigue un pase de tres días y si no encuentras trabajo regresa a casa. Nada bueno viene del Hoyo. Es magia negra y Dios la aborrece.

Magia. Allí está, pensó Orem. Dicen que la Reina Belleza es bruja, y que en Inwit flota la magia, aunque los sacerdotes hagan todo lo que puedan para acallar la brujería y las leyes se le opongan. Tal vez vea la magia, pensó Orem, aunque sabía que Dios no se mezcla con los magos y que hay siete demonios extraños que se apoderan de tu alma si haces los hechizos corruptos. Los hechizos transparentes de las Dulces Hermanas, la magia que las mujeres hacían en las granjas, eso era otra cosa, desde luego. Pero la magia del Hoyo no era de esa clase. Orem estaba seguro. Y se encontró cautivado por la idea de pasar por el Hoyo, de encontrar la ciudad que quería ver.

-No me agrada la expresión que tienes en el rostro -dijo el mercaderer-. No estarás pensando en brujerías, ¿verdad?

Orem sacudió la cabeza, avergonzado de inmediato por haber traicionado al sacerdote Dobbick en su corazón.

-Voy en busca de un lugar para mi, de un nombre. Y de un poema, si es que puedo ganármelo.

El mercaderer se distendió.

-En Inwit uno puede encontrar su poema. Yo conocí un hombre allí cuyo poema era largo como su brazo. En serio, lo tenía tatuado en la piel. Qué poema tan bello. -De pronto dijo con gran timidez:-

Yo también tengo un poema, que me dieron tres trovadores en High Bans. No será un poema de Inwit, pero me pertenece.

Entonces, la noche se puso solemne. Orem se acuclilló sobre los duros troncos de la balsa y extendió las manos abiertas.

-¿Me dirás tu poema?

-No sirvo mucho para cantar -se excusó el mercaderer. Pero posó la mano izquierda en las de Orem, y la derecha sobre su cabeza. Y entonó:

*Glasin el Mercaderer va y viene por doquier,  
remonta el río, cruza los vados,  
se dirige al norte, al pueblo de Corth,  
y entrega su carne al Sabueso Sagrado.*

-Tú... -dijo Orem mudo de estupor.

Glasin el Mercaderer asintió con pudor.

-Aquí, en mi hombro -dijo, descubriéndose para que Orem pudiera ver las heridas-. Tuve suerte. Era el primer día del Sabueso, y tomó lo suficiente para regresar a su Guarida.

-¿No tuviste miedo?

-Me meé encima -confesó, riéndose entre dientes.

Orem también sonrió. Pero pensó cómo debía ser eso de que el inmenso Sabueso negro se acercara por los bosques sin un solo ruido y clavara los ojos en uno y lo paralizara en su lugar. Y luego arrodillarse y orar mientras el Sabueso se acercaba e hincaba los dientes en uno, y comiera toda la carne que le venía en gana, sin tener el poder de correr ni aliento para gritar.

-Soy un hombre de Dios -dijo Glasin el Mercader-. No grité, y no sentí dolor. así fue. Me llevaron a la ciudad y los trovadores compusieron esa canción para mi. Ese año fue la mejor cosecha de todas las épocas.

-Oí hablar de ese año. Decían que el Sabueso había dado con la carne de un ángel. Glasin lanzó una risotada y se palmeó el muslo.

-¿Un ángel? ¡Jamás!

Cada vez que Glasin reía, llegaba hasta la nariz de Orem su aliento cargado de olor a dientes podridos, y Orem no se atrevía a volver la cabeza para no faltarle el respeto. Y Glasin lo merecía ahora: un solo mordisco del Sabueso Sagrado y una buena cosecha.

-Fuiste el premio de Corth -dijo Orem, sacudiendo la cabeza.

Glasin dio un manotazo al hombro de Orem.

-¿Conque un ángel, eh?

-De veras... -aseguró Orem, y Glasin repitió la canción. La entonó muchas veces mientras descendían por el río, esas dos semanas durante las cuales el Banning se convertía en el Burring, y en que pasaron por los grandes castillos de Runs, Gronskeep, Curva Santa, Sturks y Pry. Cuanto más se acercaban al sur, más balsas y embarcaciones había y el río se tornaba cada vez más hediondo a medida que recibía los desagües de los pueblos que crecían a sus orillas. Pero los olores, los ruidos y las disputas con los demás viajeros no apagaban la excitación de saber que Inwit se aproximaba hora a hora. Lo único que amargaba los días de Orem era el mismo Glasin. En verdad, en muchas ocasiones Orem deseó devotamente que él y Glasin no hubieran entablado amistad y echó de menos el viejo silencio. Después de todo, la vida de Glasin era demasiado insignificante y en unas pocas noches ya se habían agotado todos los relatos posibles. Orem debía obligarse a no decir: "Pero tu poema se debe a que el Sabueso Sagrado te encontró por casualidad y sólo por esto fuiste limpio. Pero ser limpio es justamente una de las tantas cosas que jamás has hecho en tu vida." Orem pensó que se trataba de una existencia vacía. Yo conseguiré un poema tan largo y hermoso que nunca tendré que cantarlo con mi propia voz sino que todos los demás lo harán y se lo aprenderán de memoria.

Una mañana, Glasin comenzó a hablar apenas impulsó la nave hacia la corriente.

-Apuesto a que piensas que no puedo tener la lengua quieta. Pero ya verás como sé guardar un secreto, escucha. ¿Te dije que hoy es el día de Inwit, y que se puede arribar desde el Puerto del Granjero? Si te lo hubiese dicho, no habrías podido cerrar un ojo en toda la noche, y hoy necesitarías descansar. Me dije: "Hoy necesitará estar descansado." Pero mira allí, los Bosques de Ainn, y esa colina que hay por aquel lado es Punta Ainn, y más allá está Ensenada Ainn.

No sólo en la balsa de Glasin cundía la excitación.

-¡Bahía Clake! -gritaba una mujer en una barcaza cercana.

-¡Isla del Bote! -anunciaba otro.

Y entonces doblaron la curva del río y allí, sobre la ladera izquierda estaba Inwit, un alto muro de piedra lleno de brillantes estandartes y por debajo, los muelles del Puerto del Granjero, y por detrás, se elevaba la muralla del Pueblo del Rey... no, Pueblo de la Reina, y más alto que todo lo demás, el Viejo Castillo. Glasin nombró todos los lugares hasta que casi perdió su turno antes de amarrar en uno de los últimos embarcaderos de Puerto del Granjero.

## LA PUERTA DE LAS MEADAS

*De cómo el Reyecito ingresó en la ciudad por vez primera cruzando la Puerta de las Meadas, con un pase de pobre, sin que nadie adivinase quién era.*

## Entre Ladrones

El marinero más cercano ató la cuerda a un poste del embarcadero, y Orem se disponía a saltar a la costa cuando vio que Glasin le miraba con el ceño fruncido y le ordenó estarse quieto. Aguardaron, y pronto varios hombres con pantalones del sur, de colores chillones, se aproximaron para echar un vistazo, a ellos y a la embarcación.

-Nave enclenque -dijo uno.

Glasin apartó la mirada de él y se dirigió a otro.

-Puro roble -dijo desafiante.

-¿Atada con tripa y rocío? -replicó el hombre.

-Sólo sirve para leña -adujo un tercero-. Y para poder cargar algo encima hay que dejarla secar tres días. Te la cambio por un carro.

-Un carro y veinte monedas de cobre -dijo otro.

Glasin hizo un gesto desdeñoso y les volvió la espalda.

-Un carro y un burro -dijo el hombre que la había llamado nave enclenque.

Glasin se volvió hacia él con el ceño fruncido.

-Por eso y cuatro monedas de plata te llevas balsa y tienda.

-¡De plata! ¿Y para qué quiero una tienda?

Glasin se encogió de hombros.

Otro hombre asintió. El tercero se marchó, sacudiendo la cabeza. El primero, el que tenía ojo de águila, se quedó con la mirada bien abierta aun cuando el otro casi había cerrado trato, y levantó la mano.

-Dios envía ladrones por el río disfrazados de mercaderes -comentó-. Dos monedas de plata, el burro y el carro, pero por Dios que puedes quedarte con la tienda.

Glasin miró al otro comprador, pero no quiso subastar más. La operación se cerró. O casi.

Ojo de Águila miró a Orem.

-¿Vendes al niño? -preguntó.

¿Si lo vendía? Orem estaba aterrado. ¿Cómo podía suponer que era un esclavo? No tenía anillos en el rostro, ¿o sí? ¡No tenía marcas! Pero allí estaba el hombre preguntando y el mercader no decía que no. Pensaba, de pie.

-Soy un hombre libre -dijo Orem, pero Ojo de Águila no pareció detenerse a escucharlo. No quitaba los ojos de Glasin. Finalmente, el mercader sacudió la cabeza.

-Soy un hombre de Dios, y este niño es libre.

El comprador no dijo más, arrojó las dos monedas bruñidas a Glasin, quien las asió firmemente para que no cayeran por entre los troncos al río. El comprador hizo un gesto y aparecieron cuatro hombres, uno con un burro de triste aspecto y un carro mientras los demás rápidamente descargaron la balsa, pusieron en el carro todo lo que cupo y dejaron el resto sobre el puerto. Cuando terminaron, el hombre asintió, hundió un clavo rojo en el poste y se alejó.

Orem caminó por la orilla y se detuvo cerca de los bultos del mercader. No es que éste se lo hubiese pedido; en verdad, Glasin debía haber olvidado que él seguía allí ya que no le prestó atención alguna. Sencillamente, Orem no sabía adónde ir ni qué hacer. El amplio espacio que daba al río estaba cubierto de carros, hombres y algunas mujeres que gritaban y maldecían. En los demás embarcaderos descargaban otras balsas, y no bien había puesto pie en tierra, Orem vio que los hombres de Ojo de Águila desataban la balsa del varadero y la internaban en el río.

-La llevan a Isla del Bote -explicó el mercader-. La parten en tablones y con ellos construyen embarcaciones más grandes. Los grandes barcos llegan a Isla del Bote y zarpan de allí. La mitad de mis ganancias proviene de la balsa. El burro solo me dará el doble que la madera en el norte, y el carro vale por todo mi cargamento cuando estoy de compras en los mercados rurales. Ahora, chico, hablemos de negocios.

Orem no comprendía.

-Si te quedas y cuidas de mis cosas, si no dejas que se lleven nada por mucho que te ofrezcan, te daré cinco monedas de cobre cuando regrese.

-¿Adónde vas?

-Al mercado, a conseguir un puesto. Si voy ahora, mientras todos los demás mercaderes de la mañana todavía están cargando los carros, conseguiré un buen lugar, ¿ves? Pero ¿podré confiar en ti?

Orem le miró enfurecido. Preguntarle a un hombre si se podía confiar en él era como preguntarle a una doncella soltera si era virgen. Era un asunto importante, pero preguntarlo equivalía a un insulto grosero.

-Muy bien, entonces -concluyó el mercader-. Regresaré. No hables con nadie, no hables.

Orem asintió y el hombre se alejó de inmediato a grandes zancadas y se perdió entre la multitud.

A su alrededor, Orem veía cómo los demás mercaderes peleaban, comerciaban y despreciaban las mercancías de los demás. Había unos cuantos marineros que cuidaban mercancías de pie, al igual que Orem. Sospechaba que a ellos se les pagaba mucho más que unas pocas monedas de cobre. No importaba. Había aprendido el valor abstracto de las monedas en la Casa de Dios, pero jamás en su vida se había visto obligado a aprender cuánto se podía vivir con determinado dinero. Y aunque lo hubiera aprendido, en Inwit los valores cambiaban. En Banningside con seis monedas de cobre una familia numerosa podía mantenerse durante un mes. Aquí era diferente.

Pero había otras diferencias. Orem no era tan ingenuo como para no darse cuenta de lo que estaba sucediendo cuando un hombre de pantalones dorados dio una pesada bolsa a otro que hacía guardia.

El cuidador volvió la espalda mientras acercaban dos vagones a los bultos del mercader ausente y cargaban en ellos las mercancías. Orem aguardó a que dieran la voz de "al ladrón", aguardó a que la multitud diera la alarma, mas nada sucedió. Ni siquiera Orem abrió la boca: temía delatar a un ladrón en un sitio donde los crímenes se cometían tan abiertamente. Presumió que el soborno sería sólo la mitad de la transacción; en los hombres de rudo aspecto que hacían la carga había cierto aire de violencia, y se preguntó qué habría ocurrido si el cuidador se hubiese resistido. ¿Habría terminado nadando para salvar su vida? Pronto vio que se le acercaba un hombre de pantalones rojos y brazaletes de oro.

-Aquí tengo una bolsa de monedas de cobre -dijo en voz baja- que le daré a un niño de mirada distraída para que se dedique a contemplar el río. Veinte monedas de cobre, niño.

Orem no sabía qué decir. Sin duda era una buena oferta, y le daba una idea de lo mezquino que había sido Glasin con su paga. Se le ocurrió pensar que Glasin confiaba mucho en él, o bien que lo creía un tonto sin ninguna noción del dinero.

El hombre extraía conclusiones del silencio de Orem.

-Entonces me iré a cincuenta monedas de cobre. Cincuenta, pero te advierto, niño, que los peces del río son voraces y que tratamos de saciarlos con la carne de los obstinados...

Allí estaba: el soborno y la amenaza. Y él, que no era más que un niño de quince años. Los cargadores de aire torvo aguardaban en los vagones vacíos. ¿Qué oportunidad tendría Orem si lo arrojaban al río? Se llevarían las mercancías quisiese o no; conque ¿por qué no aceptar las monedas?

Pero en cien monedas de cobre no había poema alguno. Ni nombre, ni lugar.

-¿Qué, eres sordo? Bueno, ¿sabes qué significa esto? -Y el hombre mostró una daga en la mano. Durante un instante Orem estuvo tentado de probar un truco que el sargento le había enseñado largo tiempo atrás. Pero no, ya hacía demasiado tiempo de eso. El era muy pequeño, y no sabía si contaría con la fortaleza o la rapidez necesarias para hacerlo

con un hombre tan fuerte. ¿Quién podía decir de qué era capaz un hombre vestido con pantalones? Pero le había preguntado si era sordo y se le ocurrió una idea.

-¡Oh, generoso señor! -gritó Orem a todo pulmón-. ¡Oh, sabio y gentil es usted! -No tenía los pulmones del viejo Yizzer en la puerta de la Casa de Dios, pero su voz era sonora de tanto cantar los salmos y las oraciones-. ¡Oh, señor, su rostro es afable y Dios conoce sus nombres más ocultos! ¡Dios y yo conocemos sus nombres secretos y los diremos! -Y entonces Orem extendió la mano y posó ligeramente la palma sobre el filo de la daga. Fue un dolor agudo que hizo aflorar la sangre, pero Orem sabía lo que eso significaría por la magia que solía observar en la granja de su padre. Levantó la mano y dejó que la sangre manara por el brazo hasta tocar las mangas-. ¡Yo enunciaré sus nombres!

Fue suficiente. Si. El hombre salió disparado y se escuchó el roce de sus pantalones mientras las piernas entrecrocaban una con otra. Con todo, Orem no sabía si había hecho bien; era algo terrible simular tener magia. Era algo terrible derramar sangre sin propósito, pagar un precio sin petición; pero era lo que se le había ocurrido allí en ese momento. El hombre se marchó. Volvió la mirada hacia Orem, pero él y sus rudos sirvientes se alejaban. Para Orem fue algo esclarecedor. Si, se dijo para sus adentros una y otra vez. Si, era un sitio profundo y elevado, pero incluso aquí siguen temiendo a la magia. En la propia ciudad de la Reina Belleza no saben distinguir un mago sordo de un niño perdido y desesperado.

Pero no sólo el supuesto ladrón se había atemorizado. Los demás mercaderes lo miraban con ojos sospechosos. Sólo el cuidador más cercano pareció comprender. Hizo un guiño y trazó un círculo en sus pantalones. ¿Pero el círculo era para felicitarlo o para defenderse del poder que pretendía tener? Orem se inclinó por lo primero. Y también comprendió que los cuidadores portuarios debían cobrar sumas muy elevadas, ya que ningún ladrón se molestaba en acercarse cuando el que hacía guardia era uno de ellos. Con cien monedas de cobre no los tentarían, y rodeados de cientos de hombres de blusa verde, Orem supuso que ni aun el más desesperado osaría arrojar a nadie al río, herido o no. La vida en Inwit era más abiertamente delictiva, pero había protecciones y una buena forma de protegerse era estar en compañía de hombres leales. Orem se preguntó al pasar qué tal se vería ataviado con las verdes ropas de los cuidadores portuarios.

Glasin regresó casi al mediodía, sonriendo.

-Conseguí lugar en el Gran Mercado -comentó- y no he tenido que dar dinero a nadie. - Orem sintió el aliento a cerveza. El mercader había confiado en él, sin duda, para permitirse un alto antes de regresar por sus mercancías-. Tengo demasiada carga para que quepa en un solo viaje. Quédate una hora más y te daré otras tres monedas de cobre. -El hombre le miró con una ceja alzada.

Pero ahora Orem ya tenía idea de lo mucho que ganaba el mercader gracias a sus servicios. Glasin no había tenido que pagarle a uno de los cuidadores de verde, ni había tenido que pagar para conseguir un puesto ni que compartir ganancias con otro mercader que le cuidara los bultos en el Gran Mercado. Y Orem recordó que Glasin había pensado detenidamente en venderlo como esclavo. Glasin bien podría ser el Premio de Corth, pero era muy mezquino. ¿Que pasaría si dejaba en el puerto las mercancías que no necesitaba vender? ¿Y si Orem aguardaba todo el día a que viniera y no regresaba jamás?

-Primero mis cinco monedas de cobre -exigió Orem.

Era un riesgo; un hombre honesto lo habría enviado a paseo en ese mismo instante, enfurecido. Pero Glasin se limitó a reír.

-Entonces seis monedas de cobre por volver a esperar.

Conque pensaba estafarlo.

-Primero las cinco que ya me he ganado.

Y entonces Glasin entrecerró la mirada.

-¿Y si regreso y veo que te has marchado con mis cinco monedas de cobre y mis mercancías? Sólo te pagaré cuando termines la labor.

Orem no pudo tolerar que lo acusaran de ladrón después de haber arriesgado su vida para salvar los papas de Glasin.

-¡Un hombre me ofreció cincuenta monedas de cobre y estuvo a punto de matarme! Lo ahuyenté por ti, y todo por cinco monedas de cobre.

Pero Glasin no le creyó.

-¿A quién ahuyentarías tú? No me engañarás con un cuento tan burdo...

Por costumbre, Orem se volvió a los guardias que había cerca y a los mercaderes esperando que confirmaran su relato.

-Ustedes me vieron, ¡claro que lo hice! -gritó. Pero ni uno dio señales de haber escuchado.

-¿Por qué habrían de ser tus testigos? -preguntó Glasin-. ¿Qué es lo que podrías pagarles?

-Podría pagarles con mis cinco monedas de cobre -replicó Orem.

-¡Márchate!, entonces. ¡De nada me sirves! ¡Habrás visto, tratar de engañarme! ¡Después de haber dejado subir a mi balsa a un niño tan inútil sin pedirle paga! Aquí tienes tus cinco monedas de cobre, que no te has ganado. ¡Ahora vete, antes de que llame a los guardias y les diga que eres un ladrón! ¡Que te marches digo!

Y entonces, para sorpresa de Orem, los demás mercaderes parecieron prestarle atención.

-¿El niño te está engañando? -gritó uno.

-¡Al agua con él! -dijo otro-. ¡Líbrate de semejante crío!

¿Qué otra cosa podía hacer, si no marcharse? Le enfurecía la injusticia de la situación, pero era natural que los mercaderes se protegieran entre sí, tal como los guardias portuarios hallaban seguridad entre ellos. Era natural que se alzaran contra un niño como Orem para defender a otro mercader. Era una compañía nada fiable, ya que no habían abierto la boca ni hecho nada cuando el ladrón se llevó las mercancías de uno de los suyos, pero al fin y al cabo era una compañía. ¿Cuál era la compañía de Orem? ¿Quién le protegería? Nuevamente era como estar en la Casa de Dios, cuando sus enemigos le arrojaron al fuego porque no tenía amigos.

Entonces huyó del mercader, con las monedas en la mano. Pero atemorizado o no, quería estar seguro, y se quedó a observar, y sin lugar a dudas Glasin puso en el carro toda la carga y sólo dejó en el puerto las mercancías podridas. Para proteger comida podrida, Orem habría aguardado todo el día y se habría quedado sin su paga. En Inwit no se conocía el honor. En absoluto. Y eso le infundió aún más temor que la daga del ladrón apuntando a su estómago. Las dagas tienen una sola punta, pero el tajo del traidor proviene de cualquier sitio. Eso es lo que había escuchado y sólo ahora Orem comprendía en qué medida era verdad.

## Orem Ve La Puerta Prohibida

¿Y ahora adónde? Durante las largas charlas que habían sostenido mientras descendían el río, Glasin había dicho que existían muchas formas de entrar en la ciudad. Orem sentía poco deseo de seguir el consejo de Glasin, ¿pero qué otra guía tendría en ese sitio? Glasin no tenía mucho que ganar contándole mentiras de la ciudad. A Orem no le quedaba otra salida que confiar en sus indicaciones. ¿Qué había dicho Glasin? Desde luego, la Puerta de las Meadas, y a conseguir trabajo en tres días, antes de que te echen. Y bien, no había otro sitio adónde ir, había dicho Glasin, ya que los caminos que pasaban por el Hoyo eran muy peligrosos. ¿Y cuáles serían esos peligros, si el puerto abierto estaba lleno de trampas como las que había conocido?

-No compres nada fuera de las puertas -había dicho el mercader-. Y no compres nada de alguien que te ofrezca cosas en venta. Al momento se darán cuenta de que eres granjero y multiplicarán el precio por diez.

Esa era toda la sabiduría con que contaba Orem ahora; era la única armadura con que protegerse al entrar en el Camino de los Carniceros, donde cuatro grandes filas de carros, animales y hombres aguardaban para pasar por la Puerta de los Puercos.

Los guardias lucían faldones de metal plateado y petos de bronce. Se veía que no eran los soldados que defendían la ciudad, ya que los hombres de Palicrovol vestían malla de acero y llevaban espadas que podían morder ese bronce con la misma facilidad con que una vela atraviesa el papel. Y si bien las murallas de la ciudad eran altas, y las inmensas puertas de madera parecían sólidas, Orem se preguntó cómo era que el rey Palicrovol jamás había podido franquear o trasponer esos muros siendo que su ejército era el más poderoso de todo el mundo. O que ni siquiera, como decían, había podido derribar a un solo soldado de la Reina Belleza. Sin duda la Reina debía tener oculto algún temible ejército y estos guardias vestidos a la antigua usanza eran meras apariencias.

Puras apariencias, salvo que para impedir la entrada a Orem eran tan eficaces como cualquier hombre de cota de malla y espada de acero. Se detuvo a observar; los guardias no permitían que la muchedumbre de mercaderes y carniceros los apresuraran a fuerza de imprecaciones. Cada pase era inspeccionado minuciosamente, y más de un hombre debió hacerse a un lado mientras los demás le pasaban por delante. Y por encima estaban los arqueros, pertrechados en lo alto de las torres del muro, siempre alertas a lo que sucedía abajo. Orem no habría tenido forma de colarse sin ser advertido, aunque hubiese sido su propósito.

-De nada sirve que mires, granjero -dijo una voz a sus espaldas.

Orem se volvió y posó la mirada sobre un hombre con aspecto de comadreja, unos diez centímetros más bajo que él, que le sonreía. Sonrisas como esta, pensó Orem, son las que tienen los puercos cuando acorralan a su presa.

-No soy granjero -repuso Orem.

-En ese caso no pasarás por la Puerta de los Puercos, ¿no es así?

-Estoy buscando la Puerta de las Meadas.

El hombre asintió con la cabeza.

-Allí van a parar todos, niño. Todos. Bueno, cuando te des por vencido en la Puerta de las Meadas, encontrarás aquí al viejo Brasa, que te hará pasar. Te hará entrar en Inwit por el módico precio de cinco monedas de cobre, y un favor lo hará.

Y entonces Brasa desapareció y como era muy bajo Orem le perdió de vista enseguida en el mar de cabezas que se movían en todas direcciones en el Camino de los Carniceros.

Pero por poco amistosa que fuera la ciudad, Orem debía encontrar su camino. Hizo preguntas, y entre las esquivas respuestas consiguió la información necesaria para llegar a la Calle de la Mierda, que atravesaba los hediondos establos hacia el norte, rumbo al Pueblo de los Mendigos.

-Encontrarás las torres de la Puerta de las Meadas con mucha facilidad si mantienes la vista en alto y no te apartas de la pared a tu derecha -dijo un hombre con sangriento delantal de carnicero.

Pero la Calle de la Mierda no tardó en hacerse más angosta y alejarse del flujo de tráfico. Cuanto más se alejaba menos señales había: después de todo, ¿quién sabría leer en un sitio así? El Pueblo de los Mendigos estaba compuesto de gente que no había encontrado trabajo con su pase de pobres y que no podía seguir permaneciendo dentro de los muros de la ciudad. Era un sitio humilde, con modestas tiendas de madera que gradualmente cedían paso a construcciones hechas de tablas, habitadas a pesar de la roña y del deterioro, e incluso éstas parecían buenas al lado de los cobertizos que brotaban en cada espacio libre que dejaban las viejas edificaciones entre sí. Los tinglados

se internaban en las calles; la gente que escudriñaba desde las sombras del lado este de la calle parecía hambrienta. Orem comenzó a temer a los ladrones, ya que en este sitio cinco monedas podían ser motivo suficiente para acabar con la vida de un semejante.

No tardó en perderse. Lo único que seguía sin variar era el muro, alto y gris, extendiéndose más allá del pueblo infecto, que ya triplicaba las dimensiones de Banningside. Orem no se atrevía a pedir orientación a ninguna de las personas que encontraba por el camino. Se mantenía lo más lejos posible de las casuchas. Y cuanto más andaba, menos personas veía, hasta que ya no hubo nadie a su alrededor cuando divisó las dos altas torres gemelas que flanqueaban un portal.

Las calles cercanas al portal estaban totalmente vacías. Las casuchas estaban tapiadas, o, lo que era más inquietante, abandonadas, con las puertas abiertas y sin techos, como si hubieran quedado a medio terminar. No se veía persona alguna; ni siquiera el golpeteo de una puerta quebraba el silencio. Sabía que este sitio no podía ser la Puerta de las Meadas, por donde los pobres ingresan en la ciudad de Inwit. Pero eso no le detuvo, ya que sabía ante qué puerta debía de estar, y lo que más deseaba era poder verla.

Se detuvo al pie de las torres del portal, y levantó la vista. La calle se había convertido en una plaza, para desaparecer luego. Allí donde las inmensas puertas de madera debían haber estado abiertas, se alzaban casas escarpadas que se reclinaban contra las torres. Cubrían el espacio de tal forma que sólo en lo alto se vislumbraba el maderamen de las puertas. La visión era de lo más extraña: por momentos parecía que el portal sostenía los edificios; y al instante eran las casas las que soportaban el peso de las puertas, para impedir que cayeran sobre Orem y lo aplastaran.

-¡Hey, niño!

Orem se quedó atónito, ya que había creído estar solo.

-¡Hey! ¿Qué haces aquí?

Allí, a la sombra de uno de los edificios tapiados, había dos guardias. El bronce parecía menos bruñido que en los petos de los guardias que controlaban la Puerta de los Puercos. Pero les hacía más amenazadores, no menos.

Sin pensarlo, Orem decidió que sin duda era el mejor momento para aparentar ser lo que realmente era: el hijo de un granjero perdido en las afueras de la ciudad.

-Estoy buscando la Puerta de las Meadas -dijo Orem-. Es la primera vez que vengo aquí. ¿Han cerrado las puertas?

Los guardias se miraron, y luego sonrieron. En su gesto había sorna, y Orem se sintió incómodo.

-No. No es la Puerta de las Meadas. Tenlo por seguro. Uno puede saber que está en la Puerta de las Meadas por el hedor de los ladrones y granjeros que llegan por el río esperando hacerse ricos en la ciudad. -Los guardias se le acercaron, y ahora Orem vio que había más de una docena; habían estado ocultos en las sombras o, sospechaba, dentro de los edificios que no estaban totalmente tapiados.

-Yo no espero hacerme rico -dijo Orem, tratando de mostrarse atemorizado y lográndolo mejor de lo que esperaba.

-¿De dónde vienes, niño?

-De una granja. De la granja de mi padre. Remontando el río, cerca de Banningside.

Ahora los guardias se mostraron más alerta, y Orem advirtió que las manos se habían posado sobre las hachas.

-Hay una persona ilegal cerca de Banningside -habló uno de los guardias.

-¿Persona ilegal? -El Rey, Por supuesto. Y durante un momento terrible Orem temió que lo tomaran por espía. Sabía que a los espías los desollaban vivos y los obligaban a comer su propio corazón. ¿Debía pretender que ignoraba que Palicrovol había estado en el lugar? No, no le creerían. Era imposible no saber que un inmenso ejército se acercaba marchando por una zona rural.

-Lo único que sé es que los sargentos estaban reclutando soldados, y yo no quería ingresar en el ejército.

El guardia que parecía estar al frente lo miró de arriba a abajo y luego se echó a reír.

-Si tú corrías peligro de ser reclutado, entonces los rebeldes deben estar en peor situación de lo que pensábamos...

Ante la risa, Orem intentó algo parecido, esperando unirse a su camaradería. Pero el gesto les ofendió. El comandante no lo cogió de las ropas sino del pellejo de su cintura, y el pellizco hizo salir un grito involuntario de la garganta de Orem.

-¿Sabes cuán cerca estás de la muerte?

-No, señor.

Un guardia había abierto la bolsa de Orem. No había más que el botellín, aún lleno del agua de la fuente de su padre, y el último mendrugo de pan, que para entonces estaba duro como la roca. Sus monedas de cobre estaban en un sitio mejor.

-Se ve que es un ricachón -dijo el guardia, mientras le arrojaba nuevamente el bolso.

Orem se atrevió a formular una pregunta.

-¿Por qué está cerrada la puerta?

-Mejor será que no sepas nunca la respuesta a esta pregunta.

Entonces, en voz baja, habló un guardia de cabello blanco con cara de haber cometido todos los pecados posibles y de no sentirse satisfecho aún.

-Es un idiota campesino. Se ve a la luz del día.

-Digo que lo interroguemos -dijo otro.

-Digo que esa mierda te la tragues. Todos los espías saben cómo entrar en la ciudad, y no vienen al Hoyo a media tarde.

El comandante empujó a Orem, pellizcándolo de nuevo al hacerlo.

-Vete de aquí, niño, y no regreses. Si quieres ir a la Puerta de las Meadas, sigue el muro hacia el norte y mantente siempre pegado a la pared.

-O regresa a tu hogar -dijo el de cabello cano-. En Inwit no hay nada para ti. ¿No sabes que esta ciudad devora a los niños y despelleja vivos a los hombres fuertes?

Orem sonrió como si no comprendiera y se alejó de ellos.

-Gracias, señores. Buenos días a todos. Jamás volveré a pasar por aquí.

-Tu nombre, niño -gritó el comandante-. ¡Y no mientas!

-¡Orem ap Avonap!

El de cabello gris se echó a reír.

-¡Vaya nombre! ¡Sólo un granjero podía pensar en algo así!

Los demás guardias se miraron y también rieron de él. Pero no dejaron de observarlo hasta que se perdió de vista y Orem llegó a sospechar que uno lo siguió gran parte del trayecto que hizo hacia el norte.

A Orem le enojó que se rieran de él, pero lo que más le irritó fue que él se había ganado sus risotadas. Un tonto, eso era lo que había sido, y no fue una mera pose, en absoluto.

## La Ruta De Mendigos De Los Muertos En Vida

Cuanto más al norte iba, menos muerto parecía el lugar; un niño jugueteaba en la calle, luego un mendigo se revolcaba en sueños, y por fin comenzó a ver basura en las aceras, y la cloaca que corría por el centro de la calleja empezó a oler a desperdicios fétidos. El Pueblo de los Mendigos volvía a vivir, ahora que se alejaba del Hoyo, y los rostros que antes le habían parecido amenazadores esta vez eran una visión reconfortante. Orem comenzó a ver no ya su extravagancia, no ya su carácter mugriento y sombrío sino su debilidad y su dolor. La mayoría llevaba ropas elegantes, pero tan gastadas y sucias que el color otrora brillante había quedado reducido a un opaco tono de gris o marrón. En los

ojos también había cierta opacidad, como si algo en el Pueblo de los Mendigos extraviara la mente, como si la gente transcurriera los días sin nunca terminar de despertar.

Orem empezó a compadecerlos, y casi a perder su temor, cuando un hombre de rostro tan vacío como el de los demás fue hasta otro que había cerca de Orem y con toda calma le atravesó un ojo con su daga. La víctima cayó sin proferir sonido, mientras la sangre manaba de la herida por su rostro y se vertía en el camino. Orem sintió más angustia que temor, ya que si un hombre con semejante rostro de muerto era capaz de asesinar, ya que si los muertos podían extender la mano y arrastrar a los vivos a sus sepulturas, ¿qué posibilidad tenía él de conservar la vida en dicho lugar?

Sobre el puerto, un ladrón había podido robar sin que los testigos de su delito molestaran, pero aquí el código era otro. Mientras el asesino despojaba a su víctima, cinco o seis hombres se agruparon a un lado y con la misma calma comenzaron a apedrear al criminal. El asesino esquivó las pedradas indiferente y finalmente renunció a tratar de quitarle la camisa al moribundo. Y mientras se alejaba de la víctima, los hombres le atraparon, le patearon, le arrojaron al suelo, y le golpearon en silencio, sin decir palabra. El ladrón al principio trató de cubrirse, pero por fin no opuso resistencia a los golpes. No estaba inconsciente; Orem lo veía con claridad. Ni los hombres que lo zurraban estaban movidos por el odio. Simplemente le pateaban y le azotaban, hasta que uno de ellos saltó en el aire y dio con ambos pies en el cuello y la cabeza del asesino. El cuello se partió y la quijada pendió inerte mientras los huesos crujían. Pero los ojos no parecían más muertos que antes. Los hombres que habían matado al asesino lo dejaron tendido en la calle al lado de su víctima. Las ratas ya se acercaban, y nadie se molestó en cubrir los cadáveres. Orem creyó haber visto cuanto había que ver sobre la rueda de la vida en ese lugar. No había nacimiento allí: sólo muerte, sólo el mordisqueo de las ratas.

El cuchillo se alzaba en el ojo de la víctima. En un impulso, Orem se dirigió al cuerpo y tendió la mano para tomar el arma; y en ese mismo momento una mano larga y delgada también se tendió hacia el cuerpo. Orem pensó por un instante que era alguien que le disputaba la posesión del arma. Pero no: era una vieja mujer que sostenía una vasija y que trataba de recoger lo que quedaba de sangre. Una bruja, entonces, capaz de aprovechar incluso la sangre inmerecida. Mientras daba un paso atrás y la dejaba hacer Orem se preguntó qué clase de magia inmunda podía hacerse con los muertos encontrados.

Terminó. Levantó la vista y le sonrió. Se inclinó y besó el cuchillo. Orem pensó entonces en dejarlo allí: ¿quién sabía qué podía significar ese beso? Pero luego lo pensó mejor. Incluso un niño instruido como monje podía valerse de una daga si se presentaba la necesidad y en semejante sitio no tenía intención de someterse pasivamente a lo que esos cadáveres en movimiento quisieran decidir por él. De modo que dio un paso adelante y levantó el cuchillo, dejando salir un último borbotón del ojo del muerto. Limpió el cuchillo en las ropas del hombre a falta de lugar mejor, y luego lo puso en su bolsa.

La mujer habló y su voz fue como el último suspiro de un cerdo sacrificado.

-Hay tres cosas en la naturaleza que no conocen moderación, en el bien o en la vileza. -Sacudió la cabeza y aguardó.

Orem se estremeció. Conocía la letanía y sabía tan bien como ella que no podía quedar incompleta. Si ella había elegido detenerse y esperar, él debía proseguir en su lugar.

-Cuando están gobernadas por la bondad -dijo Orem en voz baja- sobresalen en virtud.

-La lengua -dijo la mujer-. Y el hombre clerical.

-Pero cuando son corruptas, su viaje hacia el infierno no conoce fin. -¿Bastaba con eso, o debía nombrar la tercera de ellas?

-Y la mujer. -La vieja sonrió y asintió sabiamente, como si hubieran compartido algo hermoso. Luego tomó un cuenco de sangre coagulada y se alejó.

Orem sentía en su bolsa el cuchillo como un fuego, que le quemaba la piel aun sin tocarlo directamente. ¿Qué había querido decir al hacerle recitar la Ambivalencia? ¿Le

advertía que doblégará su propios deseos corruptos? Pero no tengo deseos imposibles de confesar, pensó, y además ya no soy hombre clerical. ¿Por qué preocuparme por las advertencias de una mujer tan corrupta como para usar sangre encontrada? Y así y todo se estremeció. así y todo el cuchillo le quemaba la espalda. así y todo el cuchillo le congelaba la espalda. Hasta que se alejó lo suficiente y pensó en otras cosas, y entonó otros cánticos que alejaron de su mente la letanía de los tres enemigos y amigos ilimitados de Dios, y llegó a olvidarse hasta del cuchillo que llevaba consigo.

### De Como Orem Llego A Ser Llamado El Carniseco

Por fin la Puerta de las Meadas. De lejos parecía igual que la Puerta de los Puercos y que el Hoyo. Pero a medida que se acercó fue encontrándole un carácter propio. Este no era sitio que perteneciera a los residentes permanentes. No era silencioso ni desesperante. La fila era larga y se alborotaba con rudeza, y sólo la presencia de numerosos guardias impedía que las discusiones devinieran en peleas. Y en cuanto a los guardias, eran sombríos y se mostraban atareados. Seis de ellos iban a caballo, pasando revista a la hilera Entre los que aguardaban no había rostros de muertos en vida. Parecían ofuscados, necios, atemorizados, mudos de asombro, o chistosos, pero no muertos. Orem se reconoció en muchos de los que formaban cola, avergonzado de la burda puerilidad de los que tenían su edad y aliviado de que fuera posible conservar las esperanzas allí. Gente de las granjas; gente con sueños de hallar algún tesoro en la ciudad; Orem ocupó su lugar en la fila y se sintió más pequeño, pero más seguro que en las calles del Pueblo de los Mendigos.

No bien se había puesto en fila la hilera creció unas cien personas por detrás de él. Los guardias que hacían pasar a los mercaderes se apresuraban a dejarlos avanzar de tres en tres, pero aquí no tenían prisa. Las inmensas puertas no estaban abiertas. Sólo una estrecha entrada a un costado servía para el paso de los pobres. Y la gente sin embargo tenía la misma imperiosidad que los mercaderes y los carniceros. Existía la firme creencia de que si uno lograba adelantarse a alguien en la cola podía conseguir el empleo que iba a obtener ese hombre. Dentro del muro estaban todas las preguntas, si uno lograba trasponer la puerta y hacer sus preguntas. Un trabajo, un pase de obrero, el derecho a permanecer en la ciudad; esta era la puerta del paraíso y los ángeles vestidos en sus armaduras de bronce sostenían las cadenas de la salvación. Orem no pudo evitar ver el mundo como lo contemplaban los sacerdotes; tampoco podía evitar que le divirtiera pensar en esos soldados de vil rostro como ángeles. ¿Son estos el puente de plata y las puertas de oro y las cadenas de acero? Intente esa doctrina, sacerdote Dobbick.

-¿Primera vez?

Era el hombre que tenía por delante, que llevaba tres cicatrices en la mejilla: dos de ellas, blancas y viejas. La otra algo rosada. No parecía muy amistoso, pero al menos había hablado.

-Si -replicó Orem.

-Bien, aquí va un consejo. No aceptes trabajo de los hombres apostados justo del otro lado de la puerta.

-Pero quiero tener trabajo.

La boca del hombre se retorció.

-Te prometen tomarte por un año, pero a los tres días te llevan de vuelta a la Guardia sin tu pase permanente. Y además tampoco te pagan. Consiguen tres días de trabajo gratis y te hacen salir. Los verdaderos trabajos están más allá.

-¿Dónde?

-Si lo supiera, ¿estaría en esta cola nuevamente?

Y por fin, cuando el sol caliente y rojizo atravesaba la puerta llegaron los guardias inquisidores. El hombre que había hablado con Orem respondió a regañadientes las

preguntas: nombre, ocupación, ciudadanía. Rainer el Carpintero, tallador de madera en busca de empleo, ciudadano de Cresting. El guardia tomó a Rainer de la mandíbula y ladeó el rostro para poder ver la mejilla herida. La cicatriz rosada hizo entrecerrar los ojos del guardia en un gesto de enfado.

-Aún está roja, Rainer, maldito seas, ¿no lo ves?

-No tengo espejo -respondió Rainer-. Mi mujer me dijo que estaba blanca.

-Como pensaba, sólo podías tener una mujer que fuera ciega. Lárgate y regresa cuando el tiempo se haya cumplido.

Y ahora Orem quedó al frente de la hilera, sólo vagamente consciente de que Rainer el Carpintero seguía de pie cerca de él.

-¿Nombre?

-Orem.

El guardia esperó, y luego dijo impacientemente:

-¡Nombre completo!

Orem recordó cómo se habían reído los guardias del Hoyo al escuchar su patronímico. Rainer había utilizado su oficio como sobrenombre, al igual que Glasin. Y bien, Orem no tenía oficio. ¿De qué se habían reído? Tal vez aquí no se aceptaban los nombres del padre.

-No tengo otro. Sólo Orem.

El guardia parecía divertido.

-¿Tan pequeña es la aldea de donde vienes? -Miró el cuerpo de Orem y su sorna fue mayor. Orem maldijo su delgadez y su falta de altura-. Te pondremos Orem el Carniseco, ¿eh? ¡Carniseco! -Lo dijo en alta voz y los demás guardias se echaron a reír-.

¿Ocupación?

-Busco trabajo.

-¿Qué clase de trabajo?

-Cualquier clase, supongo...

-¿Cualquier clase? Nadie contrata a un hombre que no sabe hacer nada. ¿O qué? ¿Crees que allí dentro hay granjas donde se necesita otro asno que cargue fardos?

¿No lo dejarían entrar sin ocupación? ¿Qué sabía hacer? Puedo decir de memoria todas las plegarias. Puedo nombrar las epístolas principales, las epístolas corporales, las epístolas espirituales, los números reales, los números enteros, los números variables...

-Sé leer y escribir.

El guardia hizo un gesto de burlona sorpresa.

-¿Conque un erudito, eh? -Pero la diversión había concluido. El guardia extendió la mano y tomó la bolsa de Orem. La abrió y sacó el mendrugo de pan, el botellín y la daga con un poco de sangre adherida. No el seguro cuchillo de comer que Orem llevaba en la cintura: ese era para cortar queso. Este era obviamente un cuchillo para asesinar, largo y afilado. El guardia lo sostuvo en alto.

-Leer y escribir. Oh, ya lo he oído antes. ¿Y qué es esto? ¿Tu pluma?

Orem no sabía qué decir. La daga le había parecido algo importante mientras caminaba por el Pueblo de los Mendigos; ahora podía ser lo que le impidiera entrar a la ciudad, o tal vez algo peor.

Pero entonces se escuchó la voz de Rainer el Carpintero por detrás.

-Es mía -dijo.

-¿Tuya? -preguntó el guardia.

-La última vez que estuve aquí me robaron, y juré que jamás volverían a hacerlo. No creí que revisaran la bolsa del niño. El ni siquiera sabía que la daga estaba allí.

El guardia paseó la mirada de Orem a Rainer y viceversa. La expresión de asombro del rostro de Orem era suficientemente sincera, y en los ojos de Rainer nada podía leerse. Finalmente, el guardia se encogió de hombros.

-Rainer, eres un tonto. Sabes que te habríamos hecho azotar por esto si hubieras conseguido entrar.

-Hacerme azotar o que me partan la cabeza para asaltarme, ¿dónde está la diferencia?

-dijo Rainer. Y el guardia volvió a escribir sobre el pase de Orem.

-¿Ciudadanía?

-Banningside, en High Waterswatch.

El guardia volvió a mirarlo suspicazmente. Orem repitió una vez más que huía de los que reclutaban soldados para el ejército de Palicrovol. Y nuevamente se rieron de su cuerpo, y quiso golpear a los guardias y quebrarles sus sonrisas burlonas y falsas. Pero por fin logró entrar, al menos con el pase en la mano. Y todo gracias a Rainer el Carpintero, un hombre a quien no conocía. Justo cuando Orem llegaba a la conclusión de que en ese sitio no existía la gentileza, un extraño mentía para hacer que ingresara en la ciudad. Orem no se atrevió a volverse para darle las gracias: eso lo habría estropeado todo. Pero parte de su nombre y su poema consistiría en la retribución a tales favores. Rainer descubriría que ayudar a Orem ap Avonap valía la pena. Fue conducido al otro lado de la puerta por las manos eficientes y rudas de los guardias. Y no terminaron con él apenas traspuso el portal. Allí había otro guardia con una navaja, y antes de que Orem supiera qué estaba sucediendo, dos guardias lo aferraron. Le sostuvieron la cabeza mientras el otro hacía un tajo en su mejilla. Era una herida superficial y delgada, pero la sangre no tardó en manar y mancharle la camisa.

Una boca habló en su oído.

-Te lo recuerdo: sabemos por experiencia que cuando esta herida ha comenzado a cerrar ya debes estar afuera otra vez. Todo guardia que vea esta herida controlará tu pase y si tu tiempo está vencido te cortará la oreja. ¿Comprendido? Si te atrapan dos veces, te cortarán las pelotas. Tienes tres días. Hasta la puesta del sol, ¿está claro? Y una vez que salgas, la herida debe estar completamente blanca antes de que te dejemos volver a entrar. Y no te acerques al Camino de las Piedras. Andando. -Con un empujón en la espalda, Orem tambaleó e hizo su entrada en Inwit.

## LAS DULCES HERMANAS

*Esta es la historia de cómo Orem, llamado el Carnisecho, llamado el de Banningside, fue a la Calle de las Putas y se marchó insatisfecho.*

### La Prostituta Y El Joven Virgen

Cuando uno ingresa a Inwit por la Puerta de las Meadas, a la izquierda está el conjunto de casuchas de las Ciénagas, y a la derecha están las escandalosas tabernas. Y a lo lejos se vislumbra el Viejo Castillo. Los recién llegados no tienen mucha elección. Orem fue hacia la derecha, a las Tabernas, y deambuló por las calles entre la penumbra que se cernía, preguntándose cuánta comida y albergue podría conseguir con sus cinco monedas de cobre.

En las Tabernas, todos los caminos conducen a la Calle de las Putas, y sin saber adónde se dirigía, Orem acabó allí. Al principio no supo que se trataba de ese lugar. Le pareció la ciudad más rica que había visto en su vida, ya que los edificios eran limpios y altos, y había árboles en medio de la calle, muchos árboles y arbustos, de modo que era como andar por un bosque. Las casas eran sencillas, graciosas, y bien proporcionadas, y más de una estaba construida de tal forma que recordaba la Casa de Dios.

Comprendió la naturaleza del lugar cuando un puñado de jóvenes enmascarados, algo ebrios y alegres detuvo a dos mujeres y le dio una moneda a cada una. En pocos minutos todos los jóvenes se dieron por satisfechos, chillando mientras apoyaban a las mujeres

contra los árboles y les estampaban besos embriagados y levantaban sus faldas bien alto mientras discutían cuál de las dos estaba mejor. La cópula fue como cuando los niños se ponen a mear y se ríen mientras comparan su armamento y cuentan en voz alta para ver quién acaba antes. Orem no era ignorante: había sido criado en una granja. Pero jamás lo había visto entre un hombre y una mujer, y no podía apartar los ojos de la escena. Sólo cuando todo concluyó miró el rostro de las prostitutas. Las vio cuando los jóvenes se marchaban, precisamente cuando las sonrisas de las mujeres se desvanecían, suspiraban, se acomodaban la ropa y guardaban el dinero. Retomaron una conversación que había quedado interrumpida por la mitad; el interludio con los jóvenes nada había significado para ellas. Como me dijo Orem al hablarme de esa noche, seguía sorprendido de que un hombre pudiera sumergirse en la fuente de las Hermanas y que las mujeres no se mostraran arrepentidas.

Una hora más tarde, Orem se recostó contra un árbol, observando una de las más elegantes orgías, donde durante largo rato los hombres y las mujeres sostuvieron una conversación sobre tópicos filosóficos entre los árboles antes de que comenzaran a aparearse. No advirtió a la mujer que se había acercado a él hasta que posó la mano sobre su hombro.

-A menos que tengas más dinero del que aparentas tener -dijo- será mejor que te marches a casa. Cuanto más te internas en la Calle de las Putas, más caro se pone.

Era todo dientes y senos. Al menos es lo que fue para Orem, ya que lo único que atinaba a ver cuando miraba su rostro era la hilera de dientes que mostraba al sonreír, y cuando no era el rostro lo que miraba, sólo veía la forma en que los senos pendían provocativamente dentro de su blusa.

Tal vez fuera una de esas pocas prostitutas que no habían perdido el gusto por la belleza o el amor. No es que Orem fuera hermoso; pero tenía una especie de gracia enjuta, como la de un potrillo que echa a correr por vez primera, y sabía parecer a la vez pueril y peligroso. (Acaso sólo yo vi el peligro en su rostro; mejor destino habría tenido Belleza si lo hubiera visto antes. Pero cualesquiera fueran sus razones, la cuestión fue que aceptó un ofrecimiento que él no hizo. Fue tan confiado cuando ella se lo preguntó, que le confeso tener únicamente cinco monedas de cobre. Tenía escrúpulos: sólo le cobró cuatro.

Su prostituta recién adquirida le condujo por delante de un guardia de aspecto feroz apostado ante la puerta de una casa cercana, y anunció a todo pulmón a quien quisiera escucharla que había encontrado un jovencito virgen al cual desplumar. Y lo empujó por las escaleras. Caminaba detrás de él, y dos veces metió la mano por debajo de la camisa y le bajó la ropa interior. Y cada vez él saltó sorprendido y ella lanzó una risita.

Al llegar al rellano de las escaleras él se dirigió a los pasillos alfombrados, pero ella lo retuvo por la camisa.

-Eso cuesta una moneda de plata; no hay regateo: es lo que cobra la casa y no tengo elección. -Y siguieron subiendo otro tramo de las escaleras. Esta vez la alfombra terminaba en los peldaños, cuando estos ya no eran visibles desde el otro salón.

-Es como cien casas en una, según lo que uno pague.

El tramo siguiente crujía. Y el otro hasta se tambaleaba.

-Son las habitaciones baratas. Disculpa las moscas, pero cuatro monedas de cobre no son lo que se dice una fortuna.

Anduvieron con cuidado por un oscuro corredor, iluminado únicamente por una antorcha al final. Orem miraba las habitaciones abiertas. Sólo miraba, hasta que lo que vio le hizo detenerse.

Estaban sentadas una al lado de la otra. Eran dos mujeres, sentadas, rígidas como árboles. Estaban vestidas como cualquier otra prostituta, y sus cuerpos acaso fueran más hermosos que los de otras mujercuelas. Pero sus rostros... ¿cuál era más terrible? ¿El que tenía un solo ojo, una boca que se abría sólo por un lado, y una nariz retorcida de tal

forma que una fosa apuntaba más hacia arriba que hacia abajo? ¿O el otro, que era un rostro sin rostro? No tenía cejas, ni ojos, ni nariz, ni labios. Sólo una circunferencia de cabello y una superficie de piel en blanco interrumpida sólo por una hendidura delgada que no podía ser llamada boca a falta de labios, y que pendía abierta formando una O de la cual goteaba un constante flujo de saliva.

-Son gemelas siamesas -dijo la prostituta de Orem en un susurro, tras lo cual le apartó. Y pese a no poder tolerar la visión de las mujeres, se resistió a partir. Ella tuvo que tironear con más fuerza hasta que finalmente se alejaron-. Son hermanas siamesas. Nacidas de una noble familia, se dice. Llamaron a los mejores médicos y a los mejores hechiceros, por no hablar de los sacerdotes, quienes las bendijeron tanto que casi les brotan alas. Y luego las separaron. Eran hermanas siamesas, unidas por el rostro, salvo que una miraba ligeramente a un lado y tenía un ojo y media nariz y media boca, pero la otra no tenía más que un delgado agujero que dejaba pasar el aire de la boca de la otra hermana. Agrandaron el orificio. Las bendiciones surtieron efecto, ya que lograron sobrevivir. Y los hechizos también surtieron efecto, ya que les creció la piel sobre las cruentas heridas. ¿Pero qué les quedaba por delante? ¿Y cuál de las dos tiene peor castigo para ti? ¿La que no puede ver? ¿O la que puede mirarse en el espejo? Las llamamos las Dulces Hermanas. Es una broma, ya sabes...

En toda su vida Orem jamás había sabido de una mujer que osara bromear con las Dulces Hermanas.

Su prostituta abrió una puerta pequeña y agachó la cabeza para entrar. Orem también se agachó, pero no pudo evitar golpearse.

-El techo es bajo -dijo ella.

La prostituta se levantó la blusa desde los hombros y los senos también lo hicieron, para pender luego cuando dejó caer los brazos. Orem la veía, pero no podía pensar en otra cosa que en el rostro vacío con el orificio que goteaba y goteaba. La prostituta lo desvistió, pero lo único en que podía pensar era en el rostro con el único ojo y la nariz retorcida y la media boca. Su prostituta le acarició y le besó, pero de nada sirvió. Orem temblaba, frío e impotente sobre la delgada alfombra del suelo. Lo hubiese querido o no mientras subía por las escaleras, la prostituta no consiguió nada de él, ya que había visto a las hermanas siamesas, unidas por el rostro y no podía pensar en nada más.

-Quince años -dijo su prostituta con desprecio-. Daba lo mismo que fuesen cinco. ¿Qué pensabas hundir aquí dentro? ¿La rodilla? Dios sabe que es tan huesuda que podría entrar. Tienes las bolas de un ratón y la verga de un mosquito, eso es lo que tienes, conque no andes por allí diciendo que fue mi culpa. Soy todavía muy bonita. No te oí decir que fuera fea cuando andabas allí abajo entre los árboles, ¿verdad? -Se vistió deprisa, luego se inclinó y tomó cuatro monedas de cobre de donde estaban, sobre el suelo-. Me pagarás por mi tiempo. No es mi culpa si no has sabido usarlo. Y tienes suerte de que no me lleve la otra como restitución por el insulto. -Escupió sobre la ropa interior de Orem, patética y vacía sobre la alfombra, y luego la pisoteó-. Esto y una meada es lo único que encontrarás en ella por la mañana durante el resto de tu vida. Encuentra la salida por ti mismo, piojo. Cuando cumplas los diez ven a verme y veremos qué se puede hacer. -Y se marchó.

## Unidas Por El Rostro

Avergonzado, Orem trató de limpiar el escupitajo de los paños menores frotándolos contra su camisa. ¿Comenzaría así su poema?

Se vistió y agachó la cabeza una vez más para salir del lugar sombrío y desvencijado. De inmediato vio un haz de luz proveniente de la habitación desde la cual aguardaban su paso esos monstruos que llamaban las Dulces Hermanas. Se sintió a la vez aterrorizado y atraído por ellas. Avanzó con cuidado, le temblaron las rodillas, tambaleó y dio contra una

pared. A pesar de todos sus esfuerzos por hacer silencio, no podía haber hecho más ruido.

-¿Quién anda allí? -dijo una voz aguda, delgada y vacilante.

No abrió la boca, arrodillado sobre el suelo del pasillo oscuro. No salgáis. No me veáis. Quedaos donde estáis. Id a dormir, a morir. Dejadme pasar.

-Responde. Sabes que mi hermana se enfurece cuando alguien no responde.

Lo último que quería hacer Orem era enfurecer a una hermana. En nombre de Dios, dijo Orem sin palabras, que no se enfurezcan conmigo.

-Me caí -repuso.

-La voz de un niño, ¿verdad? La voz de un niño torpe, ¿verdad? La voz de un niño que ha pagado cuatro monedas de cobre y que no ha obtenido nada. Pero piensa, piensa, ella tampoco se llevó nada de ti. Por el ínfimo precio de cuatro cobres sigues siendo un lago al cual ningún arroyo sustrae las aguas. -Y luego una risa ligera que lo irritó. Su prostituta había hablado en voz demasiado alta; sabían su fracaso.

-Entra -dijo la voz.

-No.

-¿Debo ir a buscarte? -Se puso de pie y caminó débilmente hacia adelante, y se dio la vuelta ante la puerta. El único ojo de la mujer le observaba, pero si él decidía apartar la vista, el otro sitio que le quedaba por mirar era el rostro mudo y en blanco y el hilo de baba. Se obligó a pasear la mirada por la habitación. Había una única silla al lado de las dos en las que se sentaban, vieja, frágil y a punto de desmoronarse. Había un pequeño telar, con un lienzo a medio terminar, un trozo de tela raído en estado de descomposición. El telar se veía tan cubierto de polvo y telarañas que no cabía duda de que hacía años que no se utilizaba. Y la alfombra que había sobre el suelo era como la de la habitación donde había estado vanamente con la prostituta, sólo que esta brillaba bajo la luz y Orem notó que había sido tejida con hilos de oro.

-Siéntate.

No quiso arriesgarse con la silla y optó por sentarse en el suelo.

-Cuatro monedas de cobre. ¿Valía la pena pagar ese precio para ver un par de tetas colgando? -Creyó ver una sonrisa en el rostro deforme-. Es una vieja ramera infame... debes ser nuevo en la ciudad para no saberlo. -La mujer del único ojo miraba a su plácida hermana-. ¿Qué edad crees que tiene?

Para horror de Orem, la boca sin labios trató de responder. Un gemido, un gemido modulado como un canto de dolor, y la hermana del único ojo asintió.

-Sí, quince, pero es escuálido. Mi hermana dice que tu voluntad es como la piedra: tal vez tiembles bajo el martillo, pero mucho después de que éste se haya destruido tú seguirás en pie. ¿No es bello? ¿Cuál es tu nombre?

-Orem. -Aún no había aprendido a mentir.

-Orem. ¿Quieres recuperar tus cuatro cobres?

No se le había ocurrido que fuese posible.

-Sí.

-En ese caso debes entretenernos.

-¿Cómo?

-Cuéntanos la historia de dos hermanas, ambas gemelas siamesas, unidas por el rostro, que fueron separadas a fuerza de oraciones, hechizos y cirugía. Una con un solo ojo, y la otra sin rostro, salvo un orificio que gotea permanentemente y deja caer un hilo de saliva por entre los senos hasta el vientre.

-Oh, no. No. No puedo contar esa historia.

-Pero no la creeremos, no te preocupes. Semejante cosa no puede ser cierta. Cuéntanos qué hacen estas criaturas patéticas en un prostíbulo.

-Están... sentadas. En una habitación, en el piso de arriba.

-¿Y qué hacen estas mujeres mientras están sentadas?

-Escuchan...

-¿Y qué crees que escuchan?

-Los sonidos de...

-¿Del amor?

Orem asintió. La hermana de un solo ojo negó con la cabeza.

-No del amor -dijo Orem.

-¿Y entonces qué sonidos?

-Los de... los pájaros.

-Sí. Los de los pájaros. ¿Y por encima del de los pájaros?

¿Qué había sobre los pájaros? ¿Qué se supone que significaba esta historia?

-El sonido del viento que corre por encima del tejado de la casa.

La del rostro en blanco gimió, y la otra lanzó una risa.

-Sí. Él sabe. Él sabe. Tiene muchos oídos dentro de la cabeza, sí. ¿Y qué más escuchas?

Ahora comprendía. Era un juego de acertijos y enigmas, como los de los manuscritos.

-El sonido del sol que se eleva y se pone. El sonido de las estrellas que surcan el cielo. El sonido de Dios que cierra sus ojos al mundo. El sonido del Venado que sacude su cabeza y arroja los planetas.

El único ojo se abrió bien grande; el orificio dejó de gotear enfáticamente durante un instante, y el hilo de saliva se interrumpió por la mitad y la gota superior volvió a introducirse en la boca como el cuerpo de una araña que estuviese trepando.

-La boca se abre y habla -dijo la hermana de un solo ojo.

-Nnnnng -dijo la otra.

-Estamos sujetas a un hechizo de magia -dijo la de un solo ojo- y aún así tú puedes hablar con nuestras lenguas. Belleza nos ha silenciado pero nuestros dones provienen de la boca del niño. Ah, Venado; tú tienes más ingenio que nosotras...

-¿Qué significa eso? -preguntó Orem.

-Nada para ti. Olvídalo. Olvídalo. No le digas a nadie que nos has visto, ya que ello no te hará ningún favor. Eres sólo un niño común.

Su estómago se contrajo ante la fuerza de sus palabras.

-Nosotras también somos prostitutas, ¿lo sabías? Partimos de la casa de nuestro padre y vinimos aquí ya que sabíamos que sin rostro sólo nos quedaba nuestro cuerpo. ¿Sabes cuánto cuesta estar con nosotras? Mil monedas de oro, o cuatro hectáreas de tierra. Por una sola noche. Y tenemos trabajo veinte noches al año. Oh, las hermanas siamesas, somos ricas, las bellas hermanas. Hemos sido bendecidas. Y no todos los que vienen son hombres. También vienen mujeres que pasan la noche explorándonos, tratando de descubrir qué es lo que nos hace tan hermosas. No consiguen adivinarlo. Pero tú sí sabes, ¿verdad?

-No. No lo sé.

-Es cierto. No puedes saberlo si crees que lo sabes. Nosotras escuchamos otra cosa, oímos otra cosa, no sólo las estrellas. No sólo el latido del corazón del gran Venado de mil astas que sostiene el mundo sobre la punta de sus cuernos. No sólo la gran erupción del sol que eyacula sus ráfagas de luz para inseminar al mundo. También escuchamos esto.

Y se detuvo.

Y después de un largo, largo silencio, en el cual Orem no oyó nada más que su propia y pesada respiración, ella dijo:

-¿Lo escuchaste tú también?

-No.

-Es por eso que pagan tanto por estar con nosotras.

La que tenía un solo ojo abrió el cajón de un pequeño mueble que había a su lado. Estaba lleno de joyas que brillaban bajo la luz de la antorcha como un millar de pequeñas fogatas.

Y la que tenía el rostro de niebla se puso de pie y con un solo movimiento se quitó las ropas y quedó desnuda. Su rostro brillaba como el mismo sol. En su cuerpo no había un solo cabello, y su piel era profunda como el ámbar y era tan hermosa que Orem no pudo contener las lágrimas y éstas fluyeron y fluyeron hasta que le nublaron la vista.

-Es como pensaba -dijo la que podía hablar-. Sus ojos sólo pueden cerrarse por su propio llanto y por su propia confianza.

La mujer del rostro en blanco se sentó otra vez, tan repentinamente como se había puesto de pie. ¿Cómo podía haberse vestido tan deprisa?

-Hunnnnnng -gimió-. Ngiiiiunnnnh.

-Cuatro cobres, dice mi hermana, y un beso.

No fue por las monedas que Orem las besó, sino por el temor que le inspiraban. Las besó en la boca, tal cuales eran, y los cobres cayeron en su mano, y se marchó de la habitación.

Y mientras corría por la Calle de las Putas escuchó por primera vez el sonido que más había amado su madre: el constante susurro de la savia que remontaba los troncos de los árboles, el cántico de la capilaridad. Ah, qué hermoso era. Y lloró hasta que la baba de la boca de la mujer con rostro de niebla se borró de sus labios.

En la hostería La pala y la sepultura se conseguía una cama por dos noches al precio de una moneda de cobre. No era tan caro como había supuesto. Se tendió durante un rato con las manos oprimidas entre las piernas, a causa del gran dolor que latía en la base de su vientre. Podía escuchar el correr de la savia incluso dentro de sí mismo. ¿Por qué he venido a Inwit, gritó para sus adentros. Pero sabía que la pregunta misma era una mentira. El no había venido. A él!o habían empujado hasta allí.

Y así fue cómo Orem se mantuvo virgen hasta que Belleza necesitó de él.

## LADRONES

*De cómo Orem aprendió cuánto valía la vida en la ciudad de Belleza.*

### El Canto De La Cisterna

Orem despertó en el lecho superior de la última cama que había en La pala y la sepultura. El techo estaba a centímetros de su rostro, pero después de las angostas celdas de la Casa de Dios no temía a sitios como ese. Se deslizó cuidadosamente hasta el extremo de los tablones y bajó por las siete filas de camas. Había un fuerte olor a vómito. Cada uno de sus pasos sacudía el tablón sobre el que dormía algún otro; unos maldecían, otros refunfuñaban y otros daban manotazos.

Mientras pasaba por el escritorio del mesonero, éste le extendió un vale. Orem lo miró.

-No quiero andar con esto encima todo el día.

El hostelero se encogió de hombros.

-Como quieras. Pero te lo advierto. Si me lo permites, te engañaré.

Orem puso el vale en la bolsa.

-Gracias. ¿Todos los ladrones de Inwit son tan considerados que avisan antes?

El hombre le observó con calma.

-Soy un hombre de Dios. Sólo estafo a los que quieren ser estafados.

Nada había preparado a Orem para andar de día por las calles de Inwit. El flujo de la muchedumbre le condujo hasta el Gran Mercado y durante cierto tiempo se vio arrastrado y retenido en el remolino de transacciones. Nunca antes en su vida había visto tanta gente como había ese día en el mercado: arpillera y terciopelo, librea y uniformes; todo junto en la batalla de conseguir mucho por poco. Orem iba como un palurdo con la boca abierta, y así se delató como fácil blanco para los ladrones.

Un niño se arrojó contra él y una mano pequeña se introdujo por debajo de su camisa. Antes de que Orem pudiera advertir qué era lo que sucedía, ya le habían quitado los cobres del calzón. Sin pensarlo, Orem salió disparado y descargó un golpe sobre la mejilla del pequeño. El niño cayó sin proferir sonido, y con el mismo silencio se puso de pie, pero Orem había aprendido a ser ligero en la Casa de Dios. Antes de que hubiera terminado de incorporarse, Orem le agarró por un tobillo. El niño trataba de arrojar feroces puntapiés al rostro de Orem. ¿Valía un ojo la contienda? Las pocas monedas de Orem eran su vida y su esperanza, y a pesar de los golpes siguió luchando.

Nadie parecía notar la cruel batalla que transcurría en la calle, si bien habían dejado un espacio libre para que se revolcaran sobre la arena. Por fin Orem atrapó al ladronzuelo en una mala posición, con las piernas dolorosamente dobladas, y la mano del joven atrapó los testículos del niño, lista para inflingir el insoportable dolor.

-Quiero mis monedas, bastardo -gritó Orem.

-¿Monedas?

-¡O en nombre de las Hermanas te arranco los huevos!

-En nombre de Dios, ¡no tengo tu dinero! -El aullido del niño era lastimero y sonoro. Ahora que la pelea estaba resuelta, la gente comenzaba a prestar atención.

-Vete -le gritó una voz en la multitud-. Es de cobardes pegar a un niño.

El pequeño marrano estaba ganándose el favor de la gente. Orem se inclinó y le susurró al oído:

-Soy granjero, niño. Con mis propias manos he convertido toros en bueyes más de una vez.

Fue suficiente. Los ojos del niño se agrandaron y escupió cuatro monedas de cobre sobre la tierra.

Orem liberó al niño y rápidamente tomó el dinero. Por el rabillo del ojo alcanzó a ver al ladrón en posición de lanzar un puntapié. Sí. Orem esquivó el golpe justo a tiempo y luego se puso de pie de un salto, preparado para el siguiente embate.

Pero no hubo contraataque. El niño le miró con ojos inocentes y echó a reír.

-¿No sabes que todos los pobres guardan los cobres en el mismo sitio? Y la mitad de ellos tienen sucios los paños menores. Es un trabajo bastante sucio tener que metérmelos en la boca.

-Si no te gusta -dijo Orem, sosteniendo sus cobres con firmeza- encuentra otra cosa en qué trabajar.

-Cuando tú encuentres trabajo, contrátame.

A Orem le irritó que el niño dudase de su capacidad de conseguir empleo.

-Te tomaré a mi servicio -dijo Orem desdeñosamente-. Encontraré trabajo en unos días y te iré a buscar.

-Oh, sí, tan seguro como que la Reina está dotada como un hombre. -El niño dio la vuelta y se agachó para mostrarle el trasero a Orem un instante. Luego desapareció en la multitud.

Orem siguió andando rumbo al norte, donde el Gran Mercado desemboca en el Camino de la Reina. Se maravilló al ver las casas inmensas, echó un vistazo a los carruajes con finas ruedas, observó a las damas, vestidas lo más impudicamente que les permitía el límite de la decencia, de cintura para arriba, y a los caballeros, ligeros de ropa por debajo, como lo demandaba la moda. Y se detuvo al pie de la pirámide de cien peldaños que conducía al Salón de los Rostros, donde Palicrovol había deshonrado a la hija pequeña de Nasilee, y había vertido su sangre más íntima para convertirse en su esposo y así en Rey, para luego repudiarla. El comienzo de todos los males del mundo: el Salón de los Rostros.

-¡Maldito seas! ¡Que las águilas te devoren las entrañas! -Un guardia le agarró por el hombro y lo sacudió-. ¿Acaso no te dijeron en la Puerta que no pasaras por el Camino de la Reina? ¿Por el Camino de las Piedras? ¿Estás sordo? ¿Tienes cabeza de chorlito?

Más golpes y puntapiés mientras el guardia lo llevaba por una callejuela y lo aplastaba contra una y otra pared hasta que Orem por fin dio con el rostro contra la tierra de una calle trasera.

-¡Y no vuelvas por el Camino de la Reina o te haré colgar de las orejas hasta que se te partan en dos! -Orem quedó tendido en la calle, escuchando mientras se alejaba el guardia. Le dolía todo el cuerpo, pero no sentía tanta furia como alivio de que la paliza hubiese terminado. Se alegraba de que no hubiese sido peor. De un respingo se puso de pie.

-¿Suaves, verdad?

Orem se volvió a pesar del dolor para ver quién le hablaba. Era el niño que le había robado, sonriendo de oreja a oreja, con las manos en las caderas y las piernas abiertas, como Dios ante el mundo.

-Se te ve muy mal, ¿sabes? -El niño le sonrió maliciosamente-. Me cogiste de las pelotas y te creíste rico y todo un señor...

-Te estabas llevando todo lo que tenía -dijo Orem sin brillo. El dolor que le causaba respirar le hizo dar un brinco.

-Y tú me quitaste todo lo que yo tenía.

-Pero si era mío...

-No mientras estaba en mi poder.

Orem se dio cuenta de que la disputa no los conduciría a ningún sitio.

-¿Dónde estoy?

-¿De qué te sirve saberlo?

-De nada. -Orem miró a su alrededor. Todo lo que podía ver era, a un lado, la pared trasera de edificios comunes, y al otro, los altos muros de los jardines de unas casas gigantescas, con crueles cercas de hierro afiladas. Salvo el callejón que conducía al Camino de las Piedras, había un solo sitio por donde ir, y Orem echó a andar por la calle de tierra. El ladrón venía a la zaga.

-Aléjate de mí -dijo Orem.

-Te he seguido todo el rato.

-Nunca podrás quitarme mis monedas.

-Dijiste que me contratarías.

-Si conseguía trabajo. -Pero de pronto el niño ya no encajaba en el rótulo de pícaro ladrón-. ¿Me creíste?

-Pareces demasiado tonto para mentir.

-¿Entonces qué te hace pensar que conseguiré empleo?

-No me dejaste ir cuando te pateé el rostro. -El niño se echó a reír-. Peleas muy mal, sabes. Una niña podría vencerte.

Orem se sintió enrojecer de ira, pero no dijo nada. El camino se ensanchaba, y ahora se veían algunos escaparates de tiendas de baja estofa que daban a la calle. En mitad de la calzada había una pared baja y redonda, como los muros de una fuente, hecha de ladrillos irregulares. Orem se disponía a rodearla, cuando escuchó un sonido. Una canción que provenía de la fuente. Se detuvo.

-Es la cisterna -dijo el pequeño-. Canta todo el tiempo. No tiene ningún significado. La cisterna está vacía.

-¿Por qué? ¿Una sequía?

-Es por si sitian la ciudad. Jamás han sitiado Inwit. Además, estás ahogando el sonido.

Orem avanzó hasta el borde de la cisterna y se inclinó a escuchar.

Junto con el sonido, recibió un olor tan fétido que tuvo que dar un paso atrás, boqueando y cubriéndose la nariz.

-Como está vacía -explicó el niño- todo el mundo arroja aquí los desperdicios. Y hace sus necesidades. -Y como para demostrarlo, el niño saltó y se sentó sobre la pared, con

la espalda peligrosamente reclinada lejos del borde. Sin más ceremonia se puso a defecar, y luego aguardó con la cabeza gacha.

-¿Oyes la salpicadura? Debe tener unos ochocientos metros de profundidad...

-¿Y las voces?

-Probablemente sea un coro de ratas. Viven bien de los desperdicios. ¿No eres granjero? ¿No conoces las propiedades mágicas de los excrementos? -Y al hablar, se limpió con la mano izquierda, luego escupió sobre ella y la frotó sobre el suelo hasta que se secó-. Oye -dijo a Orem-. Compartamos un poco de agua.

Orem sacudió la cabeza.

-¿Qué? ¿Ni siquiera el agua compartes?

-Es del manantial de mi padre. Es para la fuente del Templo Pequeño.

-¿Qué eres? ¿Peregrino? Tienes cara de sacerdote. Cara de rata hambrienta.

-Estudié con clérigos.

-¿Conque sí, eh? -El niño asintió gravemente-. Estaba seguro de que sabías leer. Yo también sé leer un poco. Aprendí solo.

-¿Cuánto hace que se escuchan las voces de la cisterna?

El niño se encogió de hombros.

-De toda la vida, que yo sepa.

Orem recitó la Séptima Advertencia del Presbítero Zenzil:

-No aprendas los cánticos de las voces que emergen de cisternas vacías ni de fuentes secas.

El niño le miró burlón.

-No podrías aprenderlos. No tienen letra. Y de todas formas, nadie los entiende.

Orem se bajó los paños menores y se sentó sobre el borde del muro para aliviarse. Las voces le llegaron con más claridad: era un eco de aullidos y notas agudas que de pronto le llenó de temor. ¿De qué temer?, se preguntó. Entonces miró al joven ladrón y creyó ver la muerte en sus ojos. Sí, la muerte, y qué mejor momento que ese, ahora que Orem pendía indefenso sobre un hoyo que se hundía en lo profundo de la tierra, donde nadie encontraría su cuerpo aun cuando alguien se tomara la molestia de buscar a un joven escuálido con pase de pobre. Al niño le bastaría con correr y empujarle, y él sería hombre muerto. Y sí, sí, el niño estaba haciendo equilibrio, ¿verdad? ¡Y se inclinaba!

-¡Quédate en tu sitio, o por Dios...! -Y entonces fue de cuerpo y saltó de la cisterna y se alejó del ladrón.

-Era una broma, nada más -dijo el niño sonriendo-. No pensaba hacerte daño. Sólo asustarte.

Orem hizo lo que había visto hacer al niño: se limpió con la mano y luego frotó la mano en el suelo. Y luego se subió los paños menores. Temblaba, no porque el niño hubiese querido matarlo, sino porque la voz en la cisterna había parecido ponerlo sobre aviso. ¿Habría allí algo de magia verdadera? ¿Lo habría tocado algún hechizo por primera vez en su vida?

-Lo siento -se disculpó el niño viendo el rostro de Orem-. Era una broma.

Orem no replicó; sólo se alejó de la cisterna y salió al camino. Le bastaron unos pasos para saber dónde se encontraba: en el Camino de las Meadas, al final del cual se encontraba la Puerta del mismo nombre.

-No te marches -rogó el niño.

Orem le miró con enfado.

-¿No sabes darte cuenta de cuándo no eres bienvenido?

-Mi nombre es Zumbón, Zumbón Moscardón.

-No me interesa tu nombre.

-Te lo diré de todas formas. Es el nombre que me dio mi madre. Venía de Brack, que queda muy lejos, al este. La robaron unos piratas y terminó aquí, entrando por la Puerta de las Meadas. Tiene un pase. Allí a los hijos les ponen nombres como el mío, porque lo

primero que vio y escuchó cuando yo nací fue el zumbido de una mosca. Su marido yace muerto en el fondo del mar. En lugar de ojos tiene perlas.

-¿Qué te hace pensar que todo eso me interesa?

-Bueno, estás escuchando, ¿no? De todas formas, son puras mentiras. Mi padre está vivo. Él me llama Pinchazo de Alfiler, y cosas peores cuando se enoja. Él no tiene pase, de modo que tiene que esconderse en la Ciénaga cuando vienen los guardias. Yo no puedo tener pase hasta que mi madre no se case con otro hombre con pase. De modo que robo. Lo hago bien. Si quieres, lo haré para ti.

-No quiero que robes para mí.

-Lo cierto es que mi padre está muerto. Mi madre le mató cuando él se le acercó con una cachiporra. Le enterramos en el jardín. Si los perros no lo desentierran, pronto tendrá flores por encima. Fue ayer por la noche.

-Mientes.

-Sólo en parte. Déjame ir contigo.

-¿Por qué? ¿Qué tengo yo que tú puedas querer? Si crees que te daré una moneda de cobre con tal de que te marches, te pondrás a llorar al escuchar lo que tengo que contarte.

-Mi madre se ha marchado. Con pase y todo.

-¿Y con eso qué?

-Su amante se la llevó una vez que dieron muerte a mi padre.

Amante. Qué extraña palabra. ¿Qué papel jugaba el amor en Inwit? Pero el niño parecía estar atemorizado; sus ojos eran débiles y estaba listo para saltar, para correr con solo oír una palabra. ¿Sería verdad, entonces? ¿No tendría padres?

-No tengo nada -dijo Orem-. Apenas me alcanza para mí, y no sobra nada para ti.

-Conozco la ciudad. Seré útil.

-Encontraré mi propio camino.

-Si el guardia te atrapa, puedo decir que eres mi hermano, y no me cortaran una oreja por no tener pase.

No se le había ocurrido a Orem. Le cortarían una oreja a un niño...

-No lo harían...

-Por Dios que sí.

¿Qué ganaría con un niño a cuestas? Lo hacía sentir como si tuviera que mantener una familia, como si no fuera libre. Lo más probable era que no pudiese conseguir trabajo así.

-Ven conmigo.

Zumbón sonrió, y de pronto todo el patetismo desapareció. ¿Era un farsante? Orem se maldijo por ser tan tonto. Pero así y todo no lo echó.

-¿Cuál es tu nombre? -preguntó el niño.

-Me llaman el Carniseco.

-Por Dios, ese nombre sí que es peor que el mío.

-Yo te llamaré Zumbón. No me parece mal nombre.

-Y yo te llamaré Carni.

-Tú me llamarás señor.

-Como quieras. Vamos. Todos los que han conseguido trabajo lo hicieron en la Calle de las Tiendas. -Y se internaron junto con la multitud en el Camino de las Meadas.

Zumbón fue un compañero como Orem nunca antes había tenido. Era tan vivaz que incluso la frialdad de los tenderos era causa de risa. Zumbón hacía una reverencia y con lujo de adornos alababa a los comerciantes que se encontraban -a los que no les sacaban a empellones-. Zumbón parodiaba y gesticulaba.

-Oh, os amo como a un hijo, pero si tuviera un hijo tendría que pedirle que se marchara sin trabajo, amigos, debéis comprender, los tiempos son tan difíciles que si esto sigue así veinte años más no podré sobrevivir, y terminaré muerto. ¡Me moriré!

Zumbón hacía reír a menudo a Orem, y con él recorrió largo trecho, ya que el niño conocía bien la ciudad, pero al caer la tarde no cabía duda de que en la Calle de las Tiendas no encontrarían trabajo. Necesitaba descansar, y Zumbón le condujo al inmenso cementerio. Los árboles fueron un refugio para Orem; le hicieron recordar su hogar, aunque allí no hubiera hierba y las ramas estuvieran podadas. Había algo de hogar, aun cuando no hubiera pájaros. Orem lo advirtió y se lo comentó a Zumbón.

-Los muertos los atrapan y montan en ellos -replicó-. Van a todas partes montados sobre las aves. Por eso nunca se debe matar un pájaro. Puede haber un espíritu sobre él que ya no podrá regresar a su reposo y te perseguir de por vida.

-Los muertos se reúnen en las redes de Dios -dijo Orem.

Zumbón le miró inexpresivamente.

-Pensé que no eras sacerdote.

-No seré nada si no consigo trabajo -dijo Orem-. Un hombre es lo que hace para ganarse la vida. Carpintero, granjero, sacerdote o mendigo.

-¿O ladrón? -aventuró Zumbón. Había un deje de ira en su voz.

-¿Por qué no, si es tu forma de vivir?

-Yo robo, Carni, pero no es lo que soy.

-¿Y entonces qué eres?

-Un hombre es lo más grandioso y lo más osado que se atreve a hacer. Yo juego con serpientes.

Orem se encogió de hombros.

-No sé qué significa eso.

Zumbón sonrió con una mueca.

-Ah, en ese caso tendrás que verlo, Carni. Tendrás que verlo.

## En El Foso De Serpientes

Orem adivinó que se acercaban a la ciénaga cuando el olor del pueblo se convirtió en un vapor fétido y cuando notó que las chozas estaban erigidas sobre pilotes.

-Tendrás que pegarte a mí -anunció Zumbón-. En este sitio hay arenas movedizas y la arcilla te arrastra hasta el fondo si pisas donde no debes. No te separes de mí.

Orem se mantuvo a su lado, imitando lo mejor que podía el intrincado camino que seguía el niño por entre los árboles de inmensas raíces y las espadañas. Después de andar casi dos kilómetros sin sentido, Zumbón se detuvo sin más y Orem chocó contra él.

-Quédate a unos pasos -dijo Zumbón-. Nunca se sabe qué hará la serpiente.

Zumbón tomó una vara con un trinquete corto en un extremo. Parecía como si la hubieran cortado de ese modo. Hurgó con ella en la tierra, apartando malezas de una tabla oculta en el suelo. Luego levantó un extremo de la tabla y del hoyo provino un agudo silbido. Orem se encogió involuntariamente. Hasta el último niño de Burland sabía que el silbido de una mordedora significaba la muerte si uno no se alejaba. Sólo vivían en sitios como este, donde no se sabía bien si se trataba de tierra o de un lago. Era tan buena razón para mantenerse lejos de las ciénagas como cualquier otra.

Zumbón se echó a reír, pero no de Orem.

-Tres días, y no se asfixió. ¡Eso sí que es tener suerte!

Orem observó fascinado mientras Zumbón apartaba el tablón unos centímetros, siempre con la vara. Cuando las mordedoras se movían, lo hacían como los pájaros, rápidas e invisibles hasta que se detenían nuevamente. Y allí estaba: un destello verde deslizándose sobre la tierra, en línea recta hacia las aguas más cercanas. No avanzó más que unos pocos metros, y allí quedó atrapada, con el cuello debajo de la horquilla de Zumbón.

-¿Puedo confiarte mi vida? -preguntó Zumbón.

-Digamos que sí...

-Entonces sostén esta varita y no aflojes la presión en lo más mínimo.

-Bueno.

-Basta que la mordedora se hunda en el agua y beba para que seamos dos cadáveres.

-Es un cuento para atemorizar a los niños.

-Cuéntaselo a los niños muertos de la Ciénaga.

Orem dio un paso y aferró la rama. Con el cambio de presión la serpiente dejó escapar un agudo silbido, pero Orem se mantuvo firme. Zumbón reía nerviosamente.

-Así es, así es, sostenla fuerte; dicen que es como una mujer: mucha música pero cuando te hinca los dientes, te mata.

Orem sabía que Zumbón hablaba sólo para escuchar el sonido de su propia voz. La serpiente comenzó a sacudir la parte del cuerpo que la rama dejaba libre, dando latigazos con la cola. Zumbón no dio señales de prestar atención a eso: extendió la mano y cogió a la mordedora precisamente por debajo del sitio donde la horquilla le sostenía el cuello, y luego tiró hasta que la cabeza quedó firmemente apretada contra la rama. La serpiente hizo un ruido como si se asfixiara, pero Zumbón no reparó en él. Ahora se atrevió a asirla justo por detrás de la mandíbula, con mucha, mucha firmeza.

-Aún no -murmuró. La serpiente silbó. Zumbón deslizó su mano izquierda hasta que atrapó la cola del reptil-. Ahora déjala.

Orem aguardó otro segundo, temeroso.

-Suéltala, ¿o acaso quieres asfixiarla?

La soltó. De inmediato la serpiente se sacudió ferozmente en terribles temblores y espasmos. Zumbón la retuvo. La serpiente gemía, silbaba, se lamentaba como si se hubiera muerto su hijo. Zumbón rió aliviado.

-Tramposa, tramposa. Eso es lo que eres. Si uno no sostiene bien la cola, te da un latigazo en el ojo, y cuando la sueltas te atrapa. Ahora vamos. Para llegar al foso falta un trecho.

En opinión de Orem atrapar la serpiente había sido proeza suficiente para un solo día. Con gusto habría dejado allí a Zumbón si hubiese sabido cómo salir de la Ciénaga.

El foso de serpientes no era profundo: no podía haber fosos hondos en la Ciénaga, ya que el agua se filtraba por la menor cavidad. Al poco rato comenzaron a aparecer otros niños, y cada uno traía un ofidio del cuello.

-¡Zumbón! -gritaron unos.

-¡Moscardón! -dijeron otros.

El niño dirigió la cabeza de la serpiente hacia ellos a modo de broma. Algunos miraron a Orem.

-El es Carni -dijo Zumbón, a modo de presentación-. Va con pase de pobre, pero servir.

Uno tras otro los niños se acercaron al borde del hoyo y arrojaron las serpientes. Cada una salió disparada hacia las aguas y sació la sed. Y entonces trataron de salir, en dirección a los pequeños. Cada serpiente que se acercaba al borde era devuelta a las aguas con una varita en horquilla. El claro se convirtió de pronto en un funeral, con los gemidos y lamentos de las víboras.

-Tú, Carni -dijo un niño-. Tú no tienes palo, conque tendrás que ocuparte de las ratas.

¿Ratas? Zumbón se apresuró a informarle de lo que ignoraba.

-A tu derecha, allí, en el castillo.

El castillo era una cerca de piedra, techada con tablas de madera. Dentro había ratas, escurridizas y lloronas. A Orem no le agradó la perspectiva de tener que meter la mano para atrapar uno de los roedores. Nuevamente llegó el consejo de Zumbón:

-Toma la bolsa y tenla lista. Luego abre una de las piedras de la pared.

Al principio Orem lo hizo con torpeza y la primera rata se escapó; luego entraron dos en la bolsa y pudo encajar la piedra en su sitio para que el resto no huyera. Las ratas luchaban dentro del saco y se movían de un lado para el otro. A Orem le costaba aferrar el bulto.

-¿Trajiste dos?

Orem asintió al niño que le había hablado, el único que parecía tener su misma edad.

-Supongo que no querrás atrapar sólo una.

Orem se encogió de hombros. No era bueno que a uno lo tuvieran por cobarde.

-Como quieras.

-Una entonces. Y arrójala justo en el centro. -El niño no se molestó en mirarlo. Debía seguir manteniendo a raya las serpientes para que no salieran del foso.

Orem sostuvo con una mano la boca de la bolsa y con la otra estrujó la tela entre las dos ratas. A la que estaba lejos de la boca la aisló aferrando la bolsa entre las rodillas. Y luego estrechó la bolsa cada vez más hasta que la otra rata quedó atrapada justo al borde, sin poder moverse. Con cuidado, Orem manipuló la rata hasta que la cola del animal quedó del lado de la abertura. Es mejor una meada en los dedos que un mordisco.

Con cautela abrió la boca contra la resistencia de los dedos de la otra mano y tanteó el cuerpo de la rata hasta localizar una pata trasera. Entonces soltó la abertura y tiró de la pata simultáneamente, y con un solo movimiento la arrojó a las serpientes. Si había esperado un murmullo de admiración, tuvo un desengaño. La rata dio en mitad del foso, pero de inmediato los niños se pusieron a observar la actuación de sus serpientes. Se habían quedado mudas, y la rata pendía entre las bocas de una docena de mordedoras, y todas habían conseguido dar un mordisco. La rata no tuvo tiempo de moverse: demasiado veneno; de su boca salía sangre, expulsada desde lo más profundo de sus entrañas. Y no quedó más que piel, carne y sarna. Las serpientes luchaban y tironeaban y la rata se deshacía. Algunas se quedaron sin su parte, otras se iban con un trozo de piel, y finalmente quedaron dos prendidas del animal, ambas tragando furiosamente hasta que quedaron colmillo contra colmillo, con las mandíbulas distendidas por el grosor de la rata.

Los dos niños cuyas serpientes quedaron unidas se felicitaron por haber ganado la primera parte de la confrontación. Aquí terminaba la actuación de sus víboras en el asunto, porque ahora el resto de las serpientes comenzaba a aullar y a atacarse entre sí. No era fácil que las mordedoras se envenenasen entre sí, pero tras una docena de mordiscos comenzaban a debilitarse, y al cabo de cien mordeduras morían. Ahora las otras serpientes empezaban a morder y a tratar de devorar lo primero que se les cruzara. Algunas morían con medio cuerpo de otra serpiente dentro del vientre. Otras morían sin nada. Y finalmente, cuando todo quedó en calma, los niños se acercaron para dar el veredicto. ¿Cuál de las serpientes había tragado más de las otras?

Orem trató de descifrar el sentido del juego. Aquellos cuyas serpientes estaban solas, sin haber comido ni ser comidas, aparentemente estaban fuera del asunto; rezongaban y se marchaban. El resto de los niños estimaba hasta qué punto había sido devorada cada serpiente antes de morir y se agrupaban de a dos según las parejas de víboras, y siempre uno de los dos salía triunfal y el otro con rostro compungido. Por primera vez se le ocurrió pensar a Orem que ninguno de los niños tenía dinero. ¿Cuál sería el precio de la derrota, entonces? ¿Qué debían pagar los que perdían?

-La tuya está más comida -dijo un niño mayor a otro más pequeño.

-Vete a cagar -replicó el perdedor-. Era una serpiente más corta.

-Te digo que perdiste.

-Te digo que te vayas a cagar. La tuya está más comida.

Orem miró las serpientes y pensó que tal vez el más pequeño tuviera razón. También pensó que a menos que el precio fuera muy desagradable, no valía la pena discutir por ello, ya que el niño más grande tenía un aire de jovialidad que infundía temor.

-Y yo digo que no.

El menor parecía asustado, pero seguía con aire desafiante.

-No he venido aquí para que me estafara un tramposo como tú -dijo en voz alta. Los demás niños comenzaron a retroceder.

-Ni yo -dijo el mayor-. Yo no. Digo que no he venido para eso. Tú también lo dijiste. Yo no.

-¡Yo no!

Hubo un empujón en el pecho, luego un paso atrás, un golpe, otro paso atrás. Orem ya había visto antes la expresión que tenía el mayor en el rostro: era la misma que la de Cressam, Morram y Hob cuando lo arrojaron a la pila de heno para quemarlo vivo.

-¡Oye, Hop, no es nada! -dijo Zumbón.

¿Quién sería Hop? ¿Acaso Zumbón trataba de aplacar al mayor o de serenar al menor diciéndole que no era tan grave darse por vencido? Orem no podía decirlo, ya que ninguno de los dos dio señales de haber escuchado. La pelea ya no era por las serpientes. Era para ver quién podía imponer su voluntad sobre el otro.

Y luego se acabó. El menor dio un empujón y el mayor lo agarró por las manos y lo arrojó al foso de un solo movimiento. Al principio Orem se sintió asqueado a pesar que el niño caería sobre los cadáveres de las serpientes. Pero luego descubrió que no estaban muertas. Solo yacían adormecidas, inmóviles. Cuando el niño cayó al agua sobre las serpientes, algunas se reanimaron con suficiente rapidez para que el pequeño se pusiera de pie con cinco o seis colgando de él. Orem no pudo contenerse, y dejó escapar un grito junto con el terror del niño. Ya era terrible que los colmillos le horadaran la piel como agujas de coser, pero una de ellas colgaba de un ojo, como si hubiera nacido de allí. El niño se dobló en dos y pareció vomitar toda la sangre de su cuerpo. Luego cayó inmóvil como la rata, mientras las serpientes trataban en vano de abrir la boca para poder tragárselo entero.

Por alguna razón, lo único en lo que pudo pensar Orem fue en el Sabueso atrapando el hombro de Glasin entre sus mandíbulas y desgarrando la carne. Pero este sacrificio no valía la pena. El niño yacía tendido, envuelto por los cuerpos cimbreados de las serpientes que lo punzaban con sus lenguas, pero Orem no podía apartar la vista.

-¿Has visto suficiente? -preguntó Zumbón en voz baja.

Orem era incapaz de hablar.

-Marchémonos ya -dijo Zumbón- o no saldremos de la Ciénaga con vida. Así de sencillo. ¿Vienes?

-En High Waterswatch -dijo Orem- luchábamos cuerpo a cuerpo y hacíamos girar trompos. Así jugábamos.

-En eso no hay nombre para un hombre -dijo Zumbón-. Pero te recuerdo que fuiste suficientemente rápido para retorcerme los cojones con tal de salvar tus cobres.

Orem siguió a Zumbón por la Ciénaga, sin poder dejar de escuchar a sus espaldas los silbidos de las serpientes. Sólo cuando llegaron a las casuchas Orem se dio cuenta de que aún sostenía entre sus manos la bolsa con la rata. Impulsivamente la golpeó contra la pared de una casa.

-¡En nombre de Dios! -gritó Zumbón-. ¿Qué haces?

-¿Tanto te importa la rata? -preguntó Orem.

-No la rata Carni: la casa. Si abres un hoyo en la pared, cuando llegue el invierno los matarás de frío si no han podido encontrar con que arreglarla.

Una casa era sagrada, pero en la Ciénaga un niño podía morir sin razón. Orem tendió la bolsa a Zumbón. Este la abrió boca abajo y dejó escapar al animal. No estaba muerta, pero el golpe contra la pared la había dejado aturdida. Caminaba hacia adelante, mareada. Zumbón le dio un puntapié y la hizo volar y dar vueltas por los aires antes de que cayera otra vez.

-¿Cuál era la prenda que debían pagar los que perdían? -preguntó Orem.

Zumbón se encogió de hombros.

-Un jueguito de ven-que-te-la-meto. Hop no tendría que haber peleado. Tiene una hermana que pagará por él.

-¿Y tú? ¿Tienes alguna hermana?

-No -replicó Zumbón-. Pero yo nunca pierdo. -Sonrió-. Soy buen Juez de serpientes.  
-¿Por qué lo haces? -preguntó Orem-. ¿Por qué juegas tan cerca de la muerte?  
Zumbón hizo un gesto indiferente.  
-Yo soy así.

## El Secreto De La Fuente

Orem insistió en hallar solo el camino de regreso desde el Camino del Bosque, y allí se separaron, tras convenir en que se encontrarían por la mañana para proseguir con la búsqueda de trabajo de Orem. Antes de regresar a la hostería, Orem tenía algo que hacer. A través de las callejas sombrías y despobladas llegó hasta el Pequeño Templo, y un sacerdote le mostró la fuente adonde siempre acudían los extranjeros.

No era gran cosa. Nadie le pidió ofrendas ni paga; fue hacia la fuente y allí derramó el agua de manantial de su botellín. No estaba seguro de cuál era la oración que cabía decir allí, de modo que oró por su padre, y luego hundió el botellín de nuevo para llevar las aguas sagradas que según Glasin eran tan valiosas.

Antes de partir, miró dentro del agua para ver por dónde llegaba el surtidor del manantial. Pero miró largo rato y finalmente descubrió que no había surtidor alguno: no era una fuente sino un estanque. Vertió el agua del botellín sin probarla. La fuente se llenaba gracias a todos los visitantes que llegaban a Inwit, que dejaban el agua de sus hogares y no se llevaban nada de la ciudad sino los restos algo evaporados de las ofrendas de los otros incautos. Un fraude, desde luego. Una engañifa. Orem casi escupió en el agua, pero se contuvo al recordar que el siguiente visitante no se merecía ningún daño. Podía haber compartido el agua con Zumbón, de haberlo sabido. Eso es lo que más le enfureció: haber sido mezquino con el agua de su botellín.

De regreso en La pala y la sepultura, el hostelero le exigió otro cobre.

-Pero ayer por la noche pagué por dos días.

-Lo sé. La otra moneda es por mañana.

-Pero mañana es una sola noche. Debería ser medio cobre.

-Quédate, y usa la cama dos noches. -Y eso fue todo. El pase era por tres días; las habitaciones por dos y otros dos. Tómalo o déjalo. Al menos le permitieron tomar un cuenco de sopa. Se ve que tenían conciencia.

## SIRVIENTES

*Jamás supe qué era ver, salvo salir de la niebla. Es lo que me decía Orem, el Reyecito. Es lo que me decía cuando creía que no era sabio.*

## Las Aguas De La Reina

Tan espesa era la niebla, que cuando Orem salió de la hostería no parecía de día. Sólo cuando estaba a mitad de camino podía distinguir los edificios. Los otros transeúntes que poblaban la mañana se aparecían de pronto, casi topándose con él. Debía caminar lentamente y observar con cuidado. Cada tanto se escuchaba una imprecación; y aquí y allá alguna pelea: ¿es usted ciego o imbécil? Orem temía perderse y desperdiciar el último día que pasaría por entero en la ciudad, pero Zumbón le encontró.

-¿Qué es la niebla? -preguntó Zumbón-. Si en Inwit dejáramos que la niebla nos recluyera no sería mucho lo que se habría hecho hasta ahora. Para mí estos son días de oro. Ya he hecho tres monedas de cobre sin siquiera tener un cuchillo con que abrir bolsillos.

A Orem le inquietaba saber que iba en compañía de un ladrón. Pero no tenía otra guía, y en un día como ese necesitaría del pequeño más que nunca. Ayer habían ido hacia el norte. Hoy iban hacia el este, tratando de hallar trabajo para Orem en una casa de escribientes, en algún sitio donde su instrucción pudiera serle útil.

Pero en el sector oriental de la ciudad no eran escribientes, ni letrados ni duchos en contabilidad lo que querían, sino niños, para los crueles deportes de las casas de juego, para los lechos de los pederastas. Niños que pudieran desaparecer sin que nadie se molestara en reclamarlos. Dos veces Orem se metió en un sitio donde no debía haber entrado. Dos veces Zumbón tuvo que sacarle de allí, y no precisamente conversando. Dejaron a un jugador con un par de huevos rotos. En la Gran Bolsa se las vieron peores, pues cuando rehusaron la lucrativa oferta del proxeneta de un banquero este dio voces de que estaba ante dos ladrones. La niebla fue su salvación. La niebla, y la aptitud de Zumbón para abrirse camino por sitios insospechados para un adulto. Se detuvieron al caer la tarde, cansados de tanto correr, cerca del final del acueducto.

Los grandes arcos que llevaban el agua terminaban antes de cruzar la calle. Al pie del arco había un pequeño estanque de agua custodiado por guardias y rodeado por hileras de personas que aguardaban para beber y llenar botellines, jarras o cantimploras.

-¿Tienes sed? -preguntó Zumbón.

-¿No ser peligroso esperar tanto tiempo aquí? ¿Estás seguro de que no nos vienen siguiendo?

Zumbón sonrió.

-Veamos qué puedo hacer para que la cola se acorte. -Caminó entre las hileras hasta un lugar bastante cerca del estanque y luego con un amplio gesto, dijo a viva voz-: Por gracia de la Reina...

Algunos de los que estaban cerca le pidieron que se callara, pero el resto fingió no escuchar.

-Agua -dijo Zumbón- de la gran Casa de las Aguas del Castillo. Una vertiente que corre durante todo el año, sin cavar. Sólo fluye y por su gentileza la Reina permite que la mitad de las aguas recorran la ciudad. Y después de que el agua fue vertida en todas las casas ricas a ambos lados del Camino de la Reina y después de que el Templo se abasteció de agua y que las Hermandades se aprovisionaron de agua, y que esta recorrió el Parque, entonces este chorrito que cae aquí llena el estanque para el pueblo de Inwit.

El discurso surtió efecto. Se quedaron solos en el estanque, ya que todos los que aguardaban por delante y por detrás de ellos se apartaron a raíz de la sonora disertación sobre la Reina. Pero, sin embargo, no se había dicho ni una palabra de traición. Los guardias fruncieron el ceño mientras Orem hundía el botellín en las aguas y lo alzaba desbordante. Con todo, no bebió. En lugar de hacerlo extendió el agua a Zumbón, dejando caer deliberadamente un chorro sobre las manos del niño mientras éste las acercaba para asir el frasco. Zumbón le miró sorprendido, y entonces le salpicó a su vez, seriamente. No había más remedio que compartir el agua, aunque Zumbón fuera un pillo y Orem casi un Enviado de Dios.

### El Sirviente Del Sirviente

Se encaminaron al norte del estanque, por la boca de una amplia calleja que corría entre dos inmensas casas. Dentro y fuera del callejón se veía un intenso tránsito de sirvientes de librea. Orem les observaba, tan ocupados, tan importantes, pero sin que les faltara tiempo para hacerse una sonrisa o un guiño, sin que importara la librea. Oh, había algunos que pasaban bien tiesos, Orem lo veía, pero aun en esos casos era una frialdad tan marcada que sin duda delataba alguna rencilla: entre los sirvientes no había extraños.

-Olvídalo -dijo Zumbón.

-¿Olvidar qué?

-Jamás conseguirás que te contraten en alguna de las grandes casas. Jamás conseguirás trasponer la vigilancia del portero.

-Entonces no pasemos por la puerta principal...

Zumbón se negó a ir.

-Si vamos por allí sin duda pensamos que somos ladrones.

-Una vez escapamos... -propuso Orem.

-Pero casi no lo logramos, maldito sea... -respondió Zumbón.

-¿Juegas con serpientes y tienes miedo a los lacayos?

Fue así como Zumbón marchó con él, pero esta vez a la zaga, dejando que Orem llevara la delantera. La calle pronto se angostó, y si bien la niebla se resistía a desaparecer, sólo teñía de gris los edificios a diestra y siniestra. Al principio todavía se veían cercas, ya que algunas de las casonas, cada vez menos frecuentes, en lugar de dar a la calle principal daban frente al callejón. Luego las cercas desaparecían y de pronto la calle se transformaba en una plaza entre las casas de altos muros. Dentro de la plaza, una maraña de callejuelas y a lo largo de ellas, pequeñas casas de madera, perfectas réplicas en miniatura de las inmensas mansiones de piedra. Allí donde en las casonas había grandes peristilos de piedra aquí había postes de madera con intrincados ornamentos. Allí donde las mansiones tenían muchísimas ventanas enrejadas, aquí los pequeños hogares estaban festoneados de ventanitas y barrotes de madera remedaban el bronce y el hierro de sus amos. Los sirvientes imitaban a sus señores tanto como les era posible, aunque sus casitas eran tan grandes como las cocinas de aquellos.

Ahora que había llegado hasta allí, Orem no tenía ni idea de adonde ir. Había esperado que alguien le detuviera, pero nadie lo hizo. De hecho, había otros sin librea, vestidos con la misma sencillez que él. Eso le dio esperanzas. Seguramente habría trabajo en ese sitio.

-Es como una ciudad en miniatura -murmuró Zumbón.

-Vamos -replicó Orem. Avanzó sin vacilar por la cerca trasera de una casona, donde las chimeneas de las cocinas dejaban salir un humo caliente y espeso que teñía la luz de amarillo.

-¡Eh, niños! -Un anciano los observaba desde el pórtico de una casa de madera.

-¡Hola, anciano! -replicó Orem.

-¿Buscáis trabajo? -preguntó.

-Ni más ni menos -dijo Orem.

-Ah, sí, queréis trabajo, todo el mundo busca trabajo salvo los que ya lo tienen. Y salvo yo. Yo tengo una maravillosa pensión y me siento todo el día en el jardín a saludar a los niños como vosotros, que se pasean vestidos con ropas lamentables. ¿Sabéis que dentro de la casa los que limpian, los que bruñen, y los que cocinan, y los que amasan y los que aguardan, todos saben que veníais?

-¿Lo saben? ¿Pero cómo?

-El olor de un niño de las granjas y el de otro de las Ciénagas puede sentirse a millas de distancia. El burdo golpeteo de tus sandalias sobre nuestros senderos de piedra puede escucharse aún desde más lejos, y lo que más os delata es el rudo acento de vuestra conversación. Os han visto mientras bajabais de la fuente pública. Os observaron cuando mirabais por los portales de nuestra humilde callejuela. Y ahora os examina un anciano que no tiene mejor cosa que hacer que ahuyentar a los patéticos extraños que creen poder conseguir trabajo aquí.

Pero a estas alturas Orem ya había sido rechazado muchas veces y había perdido el temor a los ahuyentadores.

-Aquí hay trabajo. ¿Por qué no habría de poder hacerlo?

El hombre rió con voz cascada.

-Oh, podrías, podrías... pero no puedes. Cualquier hombre puede aprender a ser mendigo o noble, pero para ser un verdadero sirviente hay que nacer siéndolo.

-Yo nací para ser soldado o clérigo -dijo Orem-. Pero no soy ni demasiado fuerte para lo primero ni demasiado sumiso para lo segundo. ¿Por qué no podría aprender a hacer la labor de los sirvientes? Alguien tuvo que ser el primer lacayo. ¿Quién le enseñó a servir?

-Bueno, ahí está lo primero que debes perder: esos modales insolentes.

-Vámonos -dijo Zumbón-. Sólo quiere conversar.

El anciano le escuchó y gritó furioso:

-¡Iros, entonces! ¡Si no queréis lo que tengo que ofrecer, retiraros! ¡No obtendréis de mí una segunda oportunidad!

-¿Qué es lo que nos ofreces? -preguntó Orem.

-Un trabajo y un pase. ¿No significa nada para ti?

De modo que se quedaron y le escucharon. Les hizo señas de que pasaran al otro lado de la cerca y pronto estuvieron de pie ante él. El viejo les sonrió, y vieron que sus dientes eran de bronce. Parecía una estatua, al menos su boca. Verle hablar era como un milagro.

-De pie, sí. Esto es lo que hace un sirviente cuando le habla su amo: estar de pie. Quedaos de pie y miradme con respeto, y no rehuyáis la mirada, no. Escuchad cada palabra, por si os hago alguna pregunta. Jamás podéis ser sorprendidos en una falta de atención hacia las palabras del amo. Y estad en posición erguida, con un pie hacia atrás, así, y la reverencia siempre lista, y la respuesta presta en los labios. Al propio amo se le llama honrado señor, a su hijo nuevo amo, al segundo hijo y a todas las hijas se les llama bienaventurados y el tercer hijo o los que vengan después son señor desesperanzado, siempre dicho con el debido respeto y un toque de ironía para que sepan que uno es su amigo. Y si se está ante el amo de otra casa, se le llama estimado señor, a menos que él y tu amo no estén en buenos términos, en cuyo caso pasa a ser elevada y noble eminencia, lo cual se dice sin la menor ironía no sea que lo tome por su significado fálico; y a su esposa la llamaréis estimada señora si es una amiga, pero si vuestro amo la desprecia la llamaréis fecunda madre de noble linaje, y si vuestra ama la desprecia, entonces enviada de las naciones, y si los dos la desprecian no la llamaréis de ninguna forma, sino que haréis una reverencia hasta tocar el suelo con la frente, lo cual es un reverendo insulto que no se atreverá a responder. ¿Lo habéis comprendido? ¿Podéis hacerlo?

-Para mí es pura mierda, si me lo pregunta... -dijo Zumbón.

-Pero tú, joven, alto y delgado como el último humo de un incensario, tú no piensas lo mismo.

Orem sonrió.

-En la Casa de Dios era igual de difícil. Si uno le habla a Dios con pecados sombríos en el corazón, pero hay otra compañía y uno no quiere preguntas, hay que dirigirse al señor llamándolo Divino Padre que Estás en los Cielos. Si uno está dispuesto a confesar sus pecados y a arrepentirse, entonces se le llama Santo Padre que Amas a los Débiles. Si estás orando por una compañía de tus pares, el nombre de Dios es Maestro de los Hermanos. Pero si uno ora por la gente común o por una compañía mixta, lo llama Creador de Todas las Cosas, Supremo y Poderoso. Y si el Rey está en tu presencia...

-Ya basta, ya basta -exclamó el hombre-. ¿De modo que te han educado para ser sacerdote?

-Lo suficiente para saber que jamás lo seré.

-Y tampoco ser s sirviente de una de las grandes casas. No es que te desee lo peor. En absoluto. Te deseo el bien. Pero la labor de un sirviente es ser invisible, hacerlo todo en silencio; el trabajo del sirviente consiste en hacer todo sin mostrar que está haciéndolo. Un sirviente camina como un bailarín. Es todo un arte. Un arte, eso es lo que es. Y hemos nacido para ello y nos han criado en esto, y no hay posibilidad de que un advenedizo pueda aprenderlo. ¿Qué hay que hacer si el amo nos pide más vino y ya ha bebido demasiado?

Orem sonrió apenas y se encogió de hombros. ¿Cómo saberlo?

-¿Echas agua en el vino? Jamás. ¿Le das medio vaso o te niegas? Nunca No, uno añade la ginebra más fuerte que pueda encontrar, y al siguiente vaso cae redondo. Entonces uno se pone graciosamente de pie a su lado y despide a los invitados, uno por uno, en su nombre, y todos le dan la mano al marcharse, de tal forma que a la mañana siguiente tú le digas: Usted le dio la mano a todos antes de que partieran. Nadie pensar mal de él puesto que todo ha sido hecho con la mayor gracia y aunque él sepa la verdad no le importar porque esa es la forma en que debe hacerse. Nosotros somos los responsables de que todo ande bien en Inwit. ¿Quién crees que sirve en el palacio? Nosotros. Las cincuenta familias. Somos los únicos sirvientes de Inwit, y lo hemos sido desde el principio. Cuando Dios enseñaba su nombre a los extranjeros, nosotros ya asábamos las carnes y servíamos el pan. ¿La Casa de Grell necesita un lacayo para las escaleras? Yo tengo un sobrino. ¿La Casa de Bran necesita una mujer que se ocupe de los niños? Mi esposa cría niños y también les enseña a bailar. Mi familia es la familia Dyer, y tenemos un hombre o una mujer en cada casa de alcurnia, y con responsabilidad. Nada sucede en el Camino de la Reina sin que lo sepamos.

Me duelen los pies, pensó Orem. ¿Cuál es su oferta?

-¿Crees que estos señores lo gobiernan todo? Tonterías. Somos nosotros quienes lo hacemos. Uno de nosotros es el mayordomo, el que gobierna en la casa. ¿Quién administra sus tierras sino nosotros? Oh, el amo toma las decisiones, pero ¿quién le da toda la información de que se vale para decidir? Nosotros somos los amos de Inwit, somos el comienzo y el fin de todo. ¡Nosotros les hacemos concesiones, y son ellos los que creen que nos pagan! ¡Incluso creen que nos contratan!

-¿Pero la oferta de la que habló? ¿Para qué habría de necesitarnos?

El hombre se inclinó hacia adelante y sonrió.

-Bien, como verás, nosotros estamos fuera cuidando de sus casas, pero mientras tanto ¿quién atiende las nuestras? Sin contar las de nuestros amos, las casas que poseemos son las más bellas de Inwit. Son realmente hermosas. ¿Quién sirve en las casas de los sirvientes? Para eso os queremos.

Sirvientes de sirvientes. Allí estaba mi pase. Allí estaba mi entrada en Inwit.

Orem no se sentía triunfador por haber conseguido trabajo. En cambio, trataba de pensar si alguna vez había escuchado un poema sobre un sirviente.

-¿Cuánto? -preguntó Zumbón.

-Dos cobres a la semana -anunció el anciano-. Dos cobres a la semana y una tarde libre y otra los días santificados si sois creyentes. Una habitación y dos comidas.

-Dos cobres -dijo Zumbón sorprendido.

-Es lo mejor. Aquí os casaréis. Aquí dormiréis y tendréis hijos. Y vuestros hijos e hijas harán lo que vosotros no habéis podido hacer: ellos vestir n la librea y aprender n las palabras y los momentos, y aguardar n al lado de los grandes hombres y serán parte de nuestra familia. De la familia Dyer, y nos enorgullecer n para siempre. Seréis progenitores de miembros de las cincuenta familias, aunque vosotros nunca lleguéis a formar parte de ellas.

Orem supo que debía rechazarlo. No comprendía por qué. Era trabajo, era una forma de permanecer en Inwit, pero era insoportable Sus hijos e hijas sirvientes y sus nietos y nietas, por toda la eternidad, todos sus hijos inclinándose y desapareciendo, cocinando y desapareciendo, limpiando y desapareciendo.

-No -dijo Orem-. Se lo agradezco señor, pero no.

Zumbón le aferró por la camisa y dio semejante tirón de ella que la tela casi se rompe en el cuello.

-En nombre de Dios, Carni, ¿qué dices? Uno no regatea con un pase y dos cobres por semana.

-El niño es crudo pero tiene razón -dijo el hombre-. No regatearé. Sé que estoy siendo generoso.

-No estoy regateando -se defendió Orem.

-¿Y entonces? -preguntó el anciano.

-Estoy declinando la oferta.

-En ese caso, eres un tonto -dijo con desprecio.

-Sí. De eso no cabe duda.

-¿Y qué hay de mí? -preguntó Zumbón-. ¿Me tomará sin él?

El anciano sonrió débilmente.

-Un cobre por semana. Éste sabía leer. Los dos a la semana eran por él, porque venías con él.

-Por uno o por dos, para mí está bien.

-Quédate entonces, Zumbón -dijo Orem-. Gracias por todo. Dios sea contigo. -Inclinó la cabeza y se alejó del jardín. Su padre había sido apenas un granjero, demasiado pobre para compartir sus tierras con un séptimo hijo varón, pero había sido libre y su hijo también lo era, y no traería hijos al mundo menos libres que lo que él mismo había nacido.

Salía por la calleja, rumbo a la niebla oscura y espesa, cuando escuchó pasos a sus espaldas. Sabía de quién eran.

-Zumbón -dijo.

-¡Qué idiota! -se lamentó.

-Tal vez sí.

-Dos comidas por día y además dos cobres. ¿Por qué no, en nombre de la sangre de mi madre?

-Vine a Inwit en busca de un nombre, de un lugar y de un poema.

-Pensé que viniste a buscar trabajo.

-¿Para qué el trabajo? Para subsistir. Pero ¿para qué subsistir? No para eso. No me eches la culpa. Pudiste haberte quedado.

-¡Qué imbécil! Pensé que sabías lo que estabas haciendo. ¡Un poema! ¡Por la cachiporra de mi padre! -Y Zumbón lanzó un escupitajo al suelo como para que no quedaran dudas.

-Entonces regresa.

-Lo haré.

-Muy bien.

-Pero mañana.

Siguieron andando en silencio y se detuvieron ante la puerta de La pala y la sepultura. La niebla era densa; la noche se cernía sobre ellos, como un débil brillo sobre los tejados. Los faroles brillaban patéticamente, como si no tuvieran posibilidad de alumbrar un aire tan húmedo.

-¿Qué clase de poema? -preguntó Zumbón en voz baja.

-Un poema verdadero.

-¿Para ti, Carniseco, un poema verdadero?

-¿Por qué no?

-Los héroes hacen grandes cosas.

-Yo pienso hacerlas.

-¿No me digas?

-Y el sirviente de un sirviente no tiene esperanzas de hacerlas.

-¿Y ahora qué, Carni? Mañana se te termina el pase.

-Me iré. Y regresaré.

-¡Cuando se te cure la mejilla! ¡Pasarán meses!

-Regresaré de otro modo.

Zumbón sacudió la cabeza.

-No conozco esa parte de la ciudad. No conozco a nadie que haya entrado por allí.

-Buenas noches, Zumbón -dijo Orem-. Sin duda soy un tonto. Regresa con el anciano y vive bien.

-Jamás he escuchado mejor consejo. Que Dios te ayude. -Y Zumbón se internó en la niebla.

## El Regateo

Orem durmió bien esa noche, para su propia sorpresa, y al día siguiente bajó las escaleras y alegremente anunció al hostelero que se jodiera, sin saber bien lo que significaba. Luego se marchó hacia otra hostería, y desayunó por un cobre: le provocó dolor de estómago, pero no más que antes. Era un gesto de rebeldía y desafío después de haber ayunado durante casi tres días para ahorrar sus monedas.

Y cuando se largaba del lugar, con la panza llena y satisfecho, pasó al lado de un niño que estaba recostado contra la puerta, sin advertir quién era hasta alejarse unos pasos. Entonces se volvió y exclamó:

-¡Zumbón!

Zumbón parecía disgustado.

-¡Podías haberme guardado algo de semejante desayuno!

Y caminaron juntos, hacia el norte, rumbo al Camino de las Meadas.

-Pensé que desayunarías con el anciano -dijo Orem-. Creía que te habías separado de mí.

-Es lo que debí haber hecho -admitió Zumbón-. Pero soy tan estúpido que creí lo que me dijiste ayer por la noche. Si tú puedes conseguir un poema, Carni, ¿por qué no yo? Cuando crezca seré el doble de alto que tú. Mi padre alzó un hacha para el Rey, mi madre me lo contó. Me dijo otras cosas, también, ¿pero quién sabe? Tal vez...

-Tal vez.

-Cuando vayas a ganarte un poema llámame. Prométemelo.

-Te lo prometo por mis esperanzas de conseguir nombre y poema -juró Orem con solemnidad.

Zumbón no respondió. En silencio tocó la mano de Orem un instante, y dejó tres monedas en la palma.

-No -dijo Orem.

-No son mías. Puedes quedártelas.

-No puedo llevarme tus cobres.

-¿Porque los robé? Te mentiré y diré que los encontré si eso te place.

-No me debes nada.

-Vas a incluirme en tu poema. Conque déjame ayudarte a iniciarlo. -Y tras decir estas palabras Zumbón salió corriendo hacia la muchedumbre del Camino de las Meadas.

Orem le observó hasta que se perdió de vista y siguió mirando mucho tiempo después de que se hubiera ido. Dentro de Inwit estaba en deuda con un ladrón, y fuera de Inwit, con un carpintero mentiroso. Eran lo más cercano a un hombre honorable que había encontrado.

La hilera ante el portal era casi tan larga como la que había ingresado, pero se debía a que era de mañana. Esta vez la fila se movía con rapidez. Nombre, devolver el pase, mostrar la cicatriz morada sobre el rostro y luego salir. Por un instante casi dio la vuelta, casi corrió hasta la calle de los sirvientes a aceptar la oferta del anciano, dispuesto a olvidar su sueño infantil. Pero entonces la hilera se movió y le empujaron hacia adelante, y eso le alivió.

Reclinado contra la puerta, observando a los hombres desalentados que se marchaban dejando su pase de pobre, estaba Brasa, el tipo con cara de comadreja. Orem caminó resueltamente hacia él.

-Cinco cobres -dijo Orem.

-Vaya alegre saludo. Cinco era todo lo que tenías hace tres días. ¿Qué tienes ahora?

-Cinco.

Brasa lo miró, con una ceja enarcada.

-El jovenzuelo tiene recursos, ¿eh?

-Cinco. Quiero pasar por el otro lado. Si hay trabajo allí.

-No te prometo nada. Diablos, ni siquiera te prometo todo el trayecto. Conozco los primeros portales y los nombres de los que tienen nombre, más de lo que tú sabes, de todas formas. Y te cobro cinco de cobre.

-Vayamos entonces.

-¡Qué ansioso estás, bastardo! -Brasa frunció los labios-. Te digo que tal vez sea mejor aguardar aquí hasta que se te cure la mejilla.

-¿Qué? ¿Intentas subirme el precio?

Brasa le estudió un instante y luego sonrió con ancho gesto. Si hubiese tenido más dientes a Orem le habría resultado una sonrisa amenazadora.

-Muy bien, entonces. Cinco cobres. Ahora.

-Uno ahora, uno en la primera puerta, el resto cuando llegues hasta donde puedas llevarme, si considero que es lo suficientemente lejos.

-Dos ahora, tres en la puerta.

-Uno ahora, dos en la puerta, dos al final.

-Hecho. Pero muéstramelos todos ahora.

Orem dio un paso atrás y dejó ver las monedas a distancia prudencial para que no pudiera arrebatárselas.

-Veo que has aprendido lo que es la cautela.

-Una ahora.

Y arrojó la moneda. Brasa la atrapó diestramente, la sospesó en un dedo y la introdujo en su camisa, bajo el brazo. Debe tener un bolsillo allí, pensó Orem. Yo también necesito uno. Para estar más seguro. Hay ladrones que saben cómo robar monedas de los fondillos de un hombre.

Y fue así como Orem violó la ley para ingresar por la Puerta del Oeste, en lugar de elegir la seguridad de ser el sirviente de un sirviente. Dime, Palicrovol: ¿crees que tu hijo podía haber escogido otra cosa?

## EL HOYO

*De cómo Orem el Carniseco fue reconocido por primera vez al ingresar a Inwit a través del Hoyo.*

### La Sombra No Lo Conoce

Brasa le condujo por un tortuoso periplo a través del Pueblo de los Mendigos que finalmente acabó en una taberna, lejos de las torres gemelas del Hoyo. No era una taberna pintada de tonos chillones como La pala y la sepultura, sino un sitio derruido y descascarrillado por fuera, sucio y corrupto por dentro. Brasa dejó ver una moneda y el mesonero asintió. La moneda giró en el aire Antes de que el mesonero pudiera atraparla, Orem notó que era de plata. No cobre sino plata. Fue entonces cuando se asustó. Si el primer soborno que pagaba Brasa era tanto mayor que todo el precio que Orem le pagaría, sin duda eso significaba que había alguien más que estaba pagando a Brasa para que hiciera pasar a Orem.

-Necesito ir a hacer pis -dijo Orem.

-Ahora no -respondió Brasa. No se escaparía tan fácilmente. Con un doloroso apretón en el brazo le hizo subir las escaleras deprisa y trasponer una puerta abierta.

A través de los tablones resquebrajados de un postigo se filtraba una débil rendija de luz. En la habitación había otra persona. Estaba demasiado a oscuras para poder ver más que una sombra contra los postigos. La sombra respiraba pesadamente y de su boca se escapaba un fétido aliento.

-Nombre. -Era un susurro, y Orem no podía asegurar si se trataba de un hombre o de una mujer, si era joven o viejo, amable o cruel.

-Orem.

-Nombre.

-Me llaman el Carniseco.

-Nombre.

-El de Banningside. Orem el Carniseco, el de Banningside.

Más respiración. La sombra no le creía.

-Por Dios que es cierto -dijo Orem.

Un suspiro como el más leve silbido de una serpiente.

-No puedo decir si es verdad o mentira.

-¿Le azoto, entonces? -preguntó Brasa.

Orem se dispuso a correr, no moriría en un sitio semejante. Pero Brasa era fuerte, más que lo supuesto en un hombre tan pequeño. Y luego la mano seca de la sombra, ligera y frágil como el papel, que le acarició el brazo.

-Tranquilo, tranquilo -escuchó el suspiro-. Tranquilo, tranquilo. -Y entonces un pequeño pinchazo en el brazo, algo con filo como una navaja o una piedra plana que raspaba la sangre que manaba y la sombra se alejó.

-Dulces, dulces Hermanas, hermanas, hermanas -se oyó el susurro desde un rincón de la habitación-. Nada, nada.

-¿Y qué entonces? -preguntó Brasa. Su voz fue casi un grito, de tan silenciosa que estaba la sala.

-Pasa o se queda, se queda o pasa, es lo mismo. ¿Qué puedo decir?

Vacilación.

-Necesito ir a hacer pis.

La mano de Brasa le estrechó el brazo con más fuerza.

-Ahora no, no ahora. Estoy pensando. ¿Qué eres, niño?

-Tengo miedo de morir. Soy un miedoso. Eso es lo que soy. ¡En nombre de Dios, han tomado mi sangre! Déjenme ir.

-Orem ap Avonap -dijo-. Intente con ese nombre.

La sombra replicó en seguida:

-¿Hijo de Avonap? Pero eso no es cierto. Es una mentira, mentira. En ti no hay una sola gota de simiente dorada como el trigo.

-Se lo juro por Dios.

-Está la palabra de un docto sabio -dijo la sombra.

-¿Le será útil este niño?

-¿Quién lo sabe? Seguid el camino bajo, bajo hasta Segrivaun, y preguntad por el cristal de la muerte pública.

-Mierda -musitó Brasa.

-O nada.

-Mierda digo. Pero sí. Sí, el camino bajo, maldito seas.

-Y maldito seas tú -se oyó el suspiro.

Brasa lo arrastró a un rincón lejano de la habitación donde sobre la negrura de la pared aguardaba una oscuridad más negra aún. Brasa se detuvo allí y le dio un empujón. Durante un instante pavoroso creyó estar cayendo por un foso. Luego su pie tocó un peldaño en mala posición. Tambaleó tres escalones más y cuando logró tomar control el pie le ardía de dolor y estaba despavorido.

-Cuidado, niño -dijo Brasa.

-No veo nada.

Una puerta se cerró suavemente sobre ellos. Sólo entonces Brasa intentó encender una luz. Clic. Chispa. Clic. Chispa. Clic. Luz. Una pequeña llama en una estopa de lana seca. Con las manos desnudas, Brasa acercó suavemente la mecha en llamas a un farol diminuto.

Encendió. La escalera descendía escarpada, y sin curvarse. El ancho de los escalones era de centímetros, la altura, de medio metro. Conducía a un sitio mucho más profundo que los posibles cimientos de la casa. El camino bajo.

Y si escapo, ¿qué? Debo recordar el camino de regreso. Subir las escaleras, salir por la puerta que quién sabe cómo se abre, pasar por la sombra que susurra, a la izquierda del salón, bajar las escaleras y afuera. Construyó un hilo en su mente: un hilo de palabras que se convertían en número y de números que se hacían palabras. El truco mnemotécnico daba como resultado Camino de Piedra Camino de Hueso. Las escaleras terminaban en un túnel de tierra que no seguía en línea recta más de quinientos metros, con curvas, hoyos por encima, hoyos por debajo y corrientes de agua sucia que cruzaban el camino.

Los muros de tierra pasaron a ser de ladrillo, y a cada paso presentaban rendijas, espacios angostos de un cuarto de ladrillo de ancho. De algunos de ellos salía un delgado hilo de fluido. ¿Estaría lloviendo por encima? ¿Por qué construyeron este lugar? Vuela perro, perro de niebla, agua de hielo, debajo del agua. El hilo del camino recordado se hacía cada vez más largo y Orem dudaba de ser capaz de retenerlo en su memoria. Y a lo largo de todo el muro, las pequeñas rendijas.

El pasillo se inclinaba hacia abajo y a la izquierda, y el suelo era de un fango espeso y pegajoso, y sobre él corría un delgado hilo agua. Orem resbaló. Se sostuvo contra la pared. Su dedo se introdujo en una de las rendijas de los ladrillos. El agua corrió por su brazo.

-En nombre de Dios -le detuvo Brasa-. Quita la mano de ahí.

Orem retiró el dedo de la ranura.

-Mírate el brazo.

Estaba húmedo. Brasa sostuvo la lámpara por encima, estudió el sitio por donde el agua había corrido.

-Debería estar negro. Debería estar negro, niño. Es donde ponen las cenizas de los muertos. Llenan las rendijas con las cenizas de los muertos y si uno se moja con el agua, uno... pero tú no has quedado negro. ¿Quién eres, niño?

Llegaron hasta una escalera que descendía. El agua formaba una cascada por los escalones. Bajaron, de peldaño en peldaño. De los ladrillos arqueados que tenían por encima comenzó a caer agua. De vez en cuando el farol chirriaba si alguna gota caía sobre él. Brasa parecía dar un respingo cada vez que salía humo del farol.

-Silencio aquí -dijo Brasa en voz baja-. Los guardias tienen túneles por este sitio y andan a la pesca de gente como nosotros, que busca entrar por el Hoyo. Y si piensas pedir ayuda, niño, recuerda esto: todos los que son atrapados en los túneles del Hoyo dicen que les obligan a venir, siempre alegan haberse perdido en las Tumbas. De todas formas los guardias les cortan en pedazos, niño. Les cortan en pedacitos. Piénsalo antes de gritar pidiendo ayuda.

Las escaleras terminaron y ahora había un manto de roca por encima de sus cabezas. No de mampostería. Aquí y allá había postes que sustentaban el techo del túnel. El agua corría perezosa. ¿Dónde desembocaría, después de todo: en el abismo del mundo?

-¿Qué piensas hacer conmigo? -susurró Orem.

-Cierra la boca -respondió Brasa.

Más vueltas y curvas, y Orem sintió que el suelo del túnel comenzaba a inclinarse. Ahora estaban trepando, y el agua se hacía más superficial y comenzaba a correr en contra del camino, hacia abajo. Finalmente se encontraron trepando un trayecto en

caracol que atravesaba la roca. Cuando el camino pasó sobre sí mismo tres veces, las paredes de piedra y los escalones dejaron paso a una estructura de madera.

-Espacio -advirtió Brasa-. Que no cruja ni haga ruido.

De escalón en escalón, pisando con cautela los bordes de los peldaños, fueron ascendiendo y reptando. De pronto se golpeó la cabeza contra algo que hacía las veces de techo. Había una estructura de lado a lado de las escalinatas que imponía fin a la ascensión.

-Vaya golpe -murmuró Brasa-. ¿Por qué no saludar a gritos? No pasaríamos por listos, ¿eh?

Brasa tanteó por encima torpemente y extendió el dedo hasta dar con un agujero en una de las planchas. Pasó el dedo por alrededor y luego acercó la llama del farol. Esta se redujo un instante y luego ardió con fuerza. Durante más de un minuto mantuvo la lámpara en ese sitio y luego se levantaron dos tablas a cada lado, hasta que quedó un lugar por el cual trepar. Las planchas de madera giraron silenciosamente sobre sus goznes.

-¿Tratabas de quemarnos vivos? -preguntó una inmensa mujer gruesa. Su voz era suave pero tenía cierto acento hostil.

-¿Quieres armar un incendio? ¿Se supone que debíamos asar una rata por el orificio? Brasa, eres un cretino, eso es lo que eres. Vamos, sube de una vez.

## Segrivaun

La mujer tendió una mano a cada uno y les ayudó a ascender a una habitación que, para sorpresa de Orem, estaba iluminada por luz natural. ¿No era de noche? ¿Había estado horas en la oscuridad? ¿Ya era la mañana del día siguiente? No, tan cansado no estaba. No había ninguna ventana abierta. Sólo unas pocas rendijas en la pared de madera, con un rollo de pesada tela negra atado por encima. De noche lo desenrollarían y encenderían velas. Orem se preguntó si la mujer vivía siempre allí. Tal vez. Al parecer, era rentable: Brasa le extendió dos monedas de plata.

-Ah -dijo la inmensa mujer.

Los senos pendían por debajo de la cintura, como si pasara sacos de grano de contrabando por debajo de la blusa. La panza iba para un lado y para el otro mientras caminaba. El rostro también era un envoltorio de carnes: hasta la frente caía floja sobre los ojos, y en realidad, para poder mirar el rostro de Orem, tuvo que levantársela con la mano.

-¿Quién es? ¿Por qué por esta ruta? ¡Seguramente no ser para él!

-Una sombra dijo que te lo trajera, Segrivaun, y que nos condujera al cristal de la muerte pública.

Segrivaun apartó la mirada y dejó que sus cejas cayeran nuevamente sobre los ojos.

-¿Qué os llevara hasta él?

-Dijo que lo quería.

-Ah, sí, lo quería. Hace una hora trajeron aquí lo que él quería, una pezuña hendida y dos hombres fajados. Sólo cuatro cuernos, pero suficiente. Poco, pero suficiente. No quiero nada de él. Venid, por aquí.

Les mostró el camino hasta un pasaje cavernoso. Obligado a inclinarse en el bajo túnel y a seguir a la mujer por detrás, Orem no podía esquivar el fétido olor que emanaba de ella. Pero el camino no fue largo. Llegaron a una habitación con un orificio redondo en el techo y dos pesadas cuerdas que descendían por él. Una cuerda estaba tirante y atada a un sólido anillo de hierro sujeto al suelo. La otra también estaba tensa pero caía libre a través de un orificio cercano a la anilla para internarse más profundamente en la casa.

La gruesa mujer se situó frente a ellos y les indicó que se apartaran de las cuerdas, mientras arrollaba la soga fija a su vientre y tiraba de la otra con ambas manos. El suelo se levantó por debajo de ellos.

No todo el suelo, sino un círculo y se sacudió enloquecidamente. Subieron un piso, otro piso y finalmente se detuvieron en el tercero. Segrivaun los levantó unos centímetros por encima del suelo, y luego comenzó a balancearse adelante y atrás. El movimiento era terrorífico y Orem no lograba hacer suficiente equilibrio para no caer. Pero cuando cayó, también lo hizo la plataforma, sobre un lado del agujero, donde Segrivaun le retuvo apoyando el peso de su cuerpo.

Brasa apartó rápidamente la lámpara unos pasos, hacia donde unos tablones de madera descansaban sobre el suelo. Levantó uno, y lo extendió para franquear el orificio que había quedado libre. Segrivaun salió del círculo de madera y ahora aparentemente ya no había necesidad de hablar a media voz.

-Levántate -dijo Brasa con impaciencia.

Orem se puso de pie, apartándose velozmente del círculo y del agujero. Fuego chamuscado, libertino lascivo, dedo de los números, Camino de Piedra, Camino de Hueso. El hilo estaba completo. Orem sabía que esta era su oportunidad: si se arrojaba por el orificio y caía hasta el piso inferior y luego descendía por la soga libre hasta el fondo. Si entonces volvía sobre sus pasos...

La mano gigantesca de Segrivaun se cerró sobre su brazo. Orem trató de zafarse.

-Algunos lo han intentado -dijo Segrivaun-. Pero todos han muerto. Se perdieron en las catacumbas.

-Yo no me perdería.

-Pero Brasa ya pagó tres monedas de plata y no quiere uno muerto, ¿no? No quiere uno muerto. Ven.

Segrivaun abrió una puerta y pasaron a una diminuta cámara. Brasa cerró la puerta por detrás y apoyaron el farol sobre un estante alto. Respiró hondo.

-Desnúdate -dijo.

Y lo dijo en serio, ya que él mismo comenzó a quitarse la ropa. Orem se desabotonó la camisa y la pasó por la cabeza, sin estar muy seguro de lo que sucedería después. Segrivaun también se estaba desvistiendo. Pudorosamente les dio la espalda para quitarse sus hectáreas de tela. Orem vio que las nalgas eran tan flojas como los pechos, y que casi llegaban hasta el suelo.

-Quítate también los paños menores. Y las sandalias -ordenó Brasa.

Orem se desató las sandalias de las piernas, y las dejó caer al suelo. Brasa las apartó a un lado de un puntapié. Luego, como Orem tardaba demasiado con los calzoncillos, el hombre se los bajó de un tirón. Las últimas monedas de Orem cayeron al suelo. Brasa atrapó los cobres antes de que acabaran de rodar.

-Es lo que me debías.

-Jamás pierdes tajada, ¿eh? -La mujer rió entre dientes. Cruzaba las manos sobre el pecho en una parodia de castidad: los inmensos pezones negros de las ubres colgaban por debajo, donde sus manos no podían llegar-. Ya están listos allí. Seguro que ya están listos.

Orem se agachó a recoger sus cosas, hizo con ellas un fardo y las cargó bajo el brazo. Brasa las tiró de nuevo al suelo de un manotazo y luego abrió la puerta.

Adentro el lugar resplandecía. Era una sala redonda, con paredes de piedra y sin ventanas. Una escalera de caracol ascendía por uno de los muros. Todas las paredes estaban iluminadas con velas, y en un cuenco de arcilla ardía una pequeña fogata, de la cual emanaba un olor dulce e intenso que hizo picar la nariz de Orem. Las piedras de las paredes eran tan inmensas que Orem supo de inmediato dónde estaba: en una de las torres del Hoyo. En una de las torres y seguramente las torres estaban custodiadas por los guardias; seguramente le habían traicionado.

Entonces vio al venado de cuatro cuernos en medio del suelo y ya no pensó en paredes ni soldados.

## El Ciervo En La Torre

El venado estaba vivo, con los ojos mudos de terror. Yacía de espaldas, en posición indefensa y contraria a su naturaleza, con las cuatro patas atadas y estiradas en las cuatro direcciones, fijadas al suelo. Le habían hecho un tajo en la articulación que unía el ijar con el vientre y la sangre del venado manaba a borbotones lentos para caer en una olla de bronce que sostenía un anciano. Un anciano que no tenía otro atavío que un pellejo de ciervo echado sobre los hombros. De ante, ya que la cabeza sin cuernos descansaba sobre su cabello gris y desgrefinado.

-¡Asesino de venados! -gritó Orem en un susurro. Y en el preciso momento en que su lamento por el crimen pendía en el aire pétreo y silencioso, el venado murió. La cabeza cayó inerte, y su lengua se aflojó sin fuerzas.

Por debajo de la piel de ante se escuchó una voz profunda.

-Un niño -dijo-. Y de High Waterswatch, donde conservan la memoria del Venado. ¿Qué me habéis traído?

-Su nombre es...

Pero Brasa se vio silenciado por el movimiento de una mano. La mano del viejo, de largos dedos, parecía tener demasiados nudillos, demasiadas articulaciones. Un dedo se alzó en el aire, pero desde el dorso de la mano, en un ángulo que producía dolor de solo mirarlo.

Todos los demás dedos apuntaban al suelo y éste, erguido, apuntaba hacia arriba.

Y aguardaron. La mano no vaciló.

La gruesa mujer se inclinó hacia adelante. El anciano hundió un dedo de su otra mano en el recipiente de cobre y llevó a la lengua el dedo tinto en sangre. Brasa probó el líquido y Orem también vio que el dedo buscaba su lengua. La sangre era dulce, dulce, y le hizo arder la garganta.

Brasa y Segrivaun lo miraron con enormes ojos atemorizados. ¿Qué sucedía? Orem se sintió invadido por el miedo y miró a sus espaldas, pero nada había detrás. Era a él a quien temían. ¿Qué cambio había impuesto sobre él la sangre del venado para que lo observaran con semejante horror?

-¿Cuál es el precio? -preguntó Segrivaun con voz aguda-. ¡Oh, Dios, caímos en la trampa de un peregrino!

Brasa rió nerviosamente.

-No me lo dijiste, niño. Tramposo. Tramposo. Dios odia a los mentirosos.

Orem no comprendía. ¿Qué tenía que ver esta charla sobre Dios y peregrinos, con un ciervo desangrado en el suelo y con el sabor de su sangre en la boca de todos?

Algo tocó su pierna. Orem bajó la vista. Era la mano del hechicero, que le aferraba abierta y encorvada como la mandíbula de una mordedora.

-¿No eres peregrino? -dijo la voz profunda. Sonaba gentil-. No eres peregrino y sin embargo te vemos. Todos nos vemos, y debíamos haber desaparecido al probar la sangre del venado...

Desaparecido. Se suponía que debían desaparecer, y le culpaban a él del fracaso.

-Perdóname, Horca de Cristal -se disculpó Segrivaun.

-¿Perdonarte? Te perdono con doce monedas de plata, así te he de perdonar. ¿Qué me has traído? ¿Tantas molestias por este niño miserable? Doce de plata, Segrivaun. No sabes quién guió tus pasos por la ruta baja, Brasa. No sabes quién te ayudó a ascender por el hilo de la araña, Segrivaun.

Horca de Cristal se puso de pie. Era alto para ser anciano. Miró a Orem directo a los ojos.

-Y tan temprano. Tan joven. Qué prisa.

Orem no sabía de qué hablaba el anciano. Sólo sabía que los ojos de Horca de Cristal estaban colmados de lágrimas, y que, al mismo tiempo, su rostro era codicioso.

-¿Cuánto tiempo te dejarán quedarte? ¿Qué crees? -preguntó en voz baja, como para sus adentros-. Tal vez el tiempo suficiente. Tal vez demasiado. Pero vale la pena, sí. Siempre y cuando puedas aprender... y yo enseñar.

De pronto la mano de Horca de Cristal voló por el aire y se detuvo directamente frente al rostro de Orem, y el dedo levantado lentamente se posó sobre el globo ocular del niño. Pero Orem no parpadeó. Sólo contempló el negro rosáceo de la yema del viejo, ligeramente consciente de que el dedo estaba caliente. De pronto adquirió una nitidez imposible. Podía ver cada línea de las huellas digitales, y en ellas podía ver, como a cien metros por debajo, en lo vertiginosamente profundo del dedo, miles de personas amontonadas, gritando, tendiendo las manos por entre la maraña de espirales, rogándole que las liberara.

-No puedo -susurró.

-Oh, pero sí puedes -dijo el hechicero. Y ahora su voz no era profunda y cascada. Era una voz juvenil, adolescente. Era la propia voz de Orem, que hablaba por la boca del mago-. Puedes. Es todo lo que puedo hacer con sangre de venado para retenerte, incluso este tiempo. ¿Qué me has robado por el solo hecho de estar en esta habitación?

-Nada -repuso Orem.

¿Qué podía haberle robado, desnudo como estaba? El hechicero retiró el dedo del ojo de Orem. Ahora sentía un agrio dolor y tuvo que llevarse las manos a los ojos y frotarlos hasta que las lágrimas corrieran por el vidrio empañado de su visión.

-¿No sabes, Segrivaun, que los peregrinos solo pueden hacer visibles a la propia persona, pero no a la de los demás? Y sin embargo, tanto tú como Brasa, y como yo y el ciervo estamos aquí. No es peregrino. Sino algo que es mío. Mío sin duda. Una bolsa llena de plata, Brasa. Y diez de plata para ti, señora Segrivaun. ¿Es suficiente? ¿Suficiente?

-¡Oh, suficiente, Horca de Cristal! -exclamó Brasa.

-¿Suficiente para que no tengáis memoria de haber traído aquí a este muchacho?

-Ya lo he olvidado.

-¿Suficiente para que no tengáis memoria de que fracasó la sangre caliente de un ciervo?

-Ya lo olvidé, mi señor -repuso Segrivaun.

Horca de Cristal se echó a reír.

-Ambos sois capaces de perjurar cien veces en un mismo día. No, juraremos por el Venado, ¿sí? Por el Venado. -Y fue así como todos, incluso Orem, se inclinaron alrededor del ijar del ciervo, hundieron el dedo en la herida tierna y sangrienta y todos, incluso Orem, juraron. Fue un juramento terrible, y Orem supo que en ese momento se cortaba su hilo. Recordó todo el encantamiento, pero ya no había camino de regreso.

Una bolsa de monedas pasó de mano en mano. Orem supo lo que estaba sucediendo. Lo habían vendido. Lo daban en posesión. Se había marchado de Inwit sin su pase por no querer ser el sirviente de un sirviente. Ahora sería... algo... de este Horca de Cristal. Y no libre, precisamente.

Y sin embargo, no le importaba.

Los demás se marcharon y Horca de Cristal devolvió las ropas a Orem. Se vistieron juntos, Orem con sus sucias ropas de viaje y el anciano con un manto verde oscuro.

-¿Qué ha sucedido conmigo? -quiso saber Orem.

-Has sido empleado.

-¿Por cuánto tiempo?

-Por toda la vida, supongo, sea cuan larga fuere. Pero no desesperes. Tendrás toda la libertad de la ciudad y los pases mejor falsificados que el dinero pueda comprar, ya que

contigo no puedo usar mis hechizos para cegar a los guardias. Y lo único que tienes que hacer, mi niño, es servirme.

-Sólo quería entrar en la ciudad.

Horca de Cristal le arrojó su cinturón.

-Y ya lo has hecho. O lo harás en un instante.

-¿Qué le hace pensar que deseo servirle?

Horca de Cristal se limitó a sonreír amablemente y palmeó el motivo circular que adornaba el frente de su manto. Al principio parecían ser los siete círculos que señalan al hombre de Dios. Pero eran ocho. Dos pares dobles. Daba miedo pronunciarlo, porque hacia arriba quería decir mi sangre, y hacia abajo, agua seca. Y si se tomaban los cuatro grupos de a dos, decía no hay esperanza.

-No tendrás miedo, ¿verdad niño?

-Sí, tengo miedo.

-Dime, ¿cuánta magia has visto en tu vida?

-Muy poca.

-¿Pero cuánta magia ha obrado realmente ante tus ojos?

Ninguna. Por eso la deseaba tanto. La magia era algo de lo cual hablaban los demás, que todos habían visto desde que él era pequeño, pero nunca en toda su vida había presenciado la ocasión en que sucedía. Ya que cada vez que él estaba allí, por mucho que lo intentaran la magia no se producía.

-Eso es, niño. Ninguna. Nunca en tu vida. ¿Tu madre hacía magia?

Asintió con la cabeza.

-Pero te hacía salir cada vez que se entregaba a la tarea, ¿verdad? Cuando tejía, cuando cocinaba, hacía que te marcharas.

Sintió la amenaza de un desborde de amargura.

-Sí -dijo.

-Siempre te hacían salir. ¿Por qué, niño? ¿Por qué? ¿Cuando te hicieron los hechizos de la fortaleza no resultaron, no es así? Jamás llegaste a ser fuerte, jamás desarrollaste músculos. ¿Ningún sargento de la aldea te reclutó, verdad? Ya que donde estás tú, niño, donde estás tú se produce un agujero en la trama del mundo. Eres un Sumidero, amigo. Un Sumidero.

No tenía noción de qué es lo que podía significar semejante cosa.

¿Sería algo bueno o malo? Si piensa castigarme por ello, no lo aceptaré sin discutir.

-Soy Orem el Carniseco.

-¿Qué crees que es la magia, Carniseco?

-Poder. Poder adquirido con sangre.

-Adquirido. Sí, supongo que eso es todo lo que has podido aprender. Pero no se adquiere como compran los mercaderes, con dinero. Ellos dividen lo que es ganar de lo que es adquirir, poniendo el dinero de por medio, tal que el precio puede subir y bajar y perder relación con el trabajo. Es así como a uno le pueden engañar. Pero los precios no cambian cuando se trata de la sangre.

-Bueno. Entonces digamos que se gana.

-Tampoco se gana. Pues uno no puede hacer más para ganar más. Está allí, en ti. Sólo está. En cada ser viviente, según la sangre. La sangre de la vida es una red, una trama que trazamos con nosotros, en la cual atrapamos la vida del mundo mientras andamos. Y la sangre viviente entraña poder, y lo conserva, de tal forma que cuando uno como yo, que sabe utilizar dicho poder, cuando yo, digamos, extraigo la sangre caliente puedo dar forma, puedo construir, puedo crear y puedo matar. Pero no con tu sangre, Orem el Carniseco. Oh, tú atrapas la vida cuando pasa, sí, el poder fluye en ti como en ningún otro. Mejor que en los demás, ya que tu red es grande, se teje en ti y alrededor de ti, y extraes vida y poder de todos. ¿Pero te llenas de poder? ¿Hay más poder en ti?

-¿No?

-Tú sustrae la magia que hay en la sangre, pero luego se escurre de ti, regresa a la tierra, a la espera de que la absorban los árboles y la hierba, de que se fusione con el aire, que la incorpore el rebaño, que se asiente nuevamente en la sangre de los demás hombres. No puedes utilizarla. Se escurre de ti y desaparece.

-¿Hasta qué punto?

-En un solo instante escurriste la sangre de todo un venado, Carniseco. Eso es poder, hijo. Para ti no hay límite. Oh, Hermanas, no hay otro límite que la forma de tus redes, Señor Pescador, que el sitio donde se emplazan tus redes, Maestra Araña. Yo te enseñaré.

-¿Me enseñará?

-Cómo emplazar tus redes. Cómo absorber poder cuando y donde lo desees. Tú robarás para mí, tú desharás la magia donde yo te lo indique. ¿Quién podrá resistirse, entonces? ¿Quién competirá con Horca de Cristal? Desafiadme, todos, y mi Sumidero, mi Carniseco horadará la médula de vuestro poder y os agotará.

-¿Por qué a usted?

-Porque es a mí a quien has acudido. No fue accidente. El poder va hacia ti, y tú vas hacia el poder. Soy el más grande de todos los doctos sabios de la Calle de los Magos. Viniste hacia mí en busca de poder. Oh, es un riesgo que asumo. Es un sacrificio el que hago. ¿Cuán rápido aprenderás? Hasta que lo hagas, no habrá magia en mi casa. Eres un peligro para mí. Por supuesto, si te tornas demasiado peligroso tendré que matarte. Conque aprende rápido, niño. Aprende rápido.

-Lo haré.

-Durante toda mi vida he leído historias de Sumideros, pero jamás pensé que viviría para ver alguno. Sígueme, amigo.

El camino de salida era tan difícil como el de entrada, pero ahora Orem no se molestó en tratar de memorizar el camino. Había llegado al Inwit que siempre soñó, al Inwit de la antigua magia de la época anterior al mismo Dios.

Por fin se detuvieron ante una casa en penumbras, y a distancia vislumbraron la silueta de dos torres lejanas.

-La Puerta del Oeste -dijo Horca de Cristal-. Belleza la cerró sólo un año después de que Palicrovol abandonara la ciudad. Pero Puerta del Oeste no era su verdadero nombre ni siquiera entonces. Antes de Palicrovol era la principal puerta de la ciudad. La Huella de la Cierva, ese era su nombre y la antigua ciudad no era Inwit sino Esperanza del Venado. Esperanza del Venado, ya que mucho antes de que los siete círculos fueran tallados sobre el Portal de Dios encendían el candelabro de cien puntas en los salones de las grandes casas. Y entonces no iban al Gran Templo. Los peregrinos venían a la Calle del Altar, al pequeño árbol partido que jamás ha de morir. Incluso Palicrovol, quien cree ser un Enviado de Dios, incluso él sabe la verdad. ¿Crees que en trescientos años ha olvidado que abandonó al Venado?

Entonces el hechicero le envió a la calle mientras mágicamente ocultaba la entrada del pasadizo. Y le envió con una advertencia: no tienes pase. No trates de escapar. Pero Orem no quería escapar. Mientras caminaba por la calle crepuscular se sentía dichoso. Esperanza del Venado. Huella de la Cierva. El árbol partido que no habría de morir. La Calle del Altar. La ciudad que existía antes de que llegara Dios. La ciudad que Orem había venido a encontrar.

## EL SABOR DEL PODER

*De cómo Orem llegó a conocer la muerte que desgarró el corazón del mundo.*

En Casa Del Hechicero

Como todos los magos de Inwit por esa época, Horca de Cristal vivía en la Calle de los Magos. Su casa era bastante corriente y modesta vista desde el exterior. Su único anuncio era una herradura que pendía de un clavo, ya que en algún momento había sido la tienda de un herrero. Los goznes estaban tan mal ajustados que más que cerrarse las puertas parecían inclinarse hacia adelante. La brisa que suspiraba por las calles hacía aletear un burdo toldo. En el porche se veía una capa de polvo que parecía no haber conocido la limpieza durante años. Pero el mago no se perturbó en lo más mínimo al subir los peldaños y abrir la puerta para que ambos pudieran pasar.

-Adentro, adentro -susurró. Orem pasó, agachando la cabeza para evitar una espesa tela de araña: su dueña sin duda se sentiría molesta por la indeseada interrupción. Dentro la habitación estaba a oscuras, y lo estuvo más aún cuando el hechicero cerró la puerta tras de sí.

-La lámpara... la lámpara -dijo, tanteando en la penumbra.

-¿Qué es este sitio?

-El crisol celestial, el fuego gentil, el sostén del corazón, el lugar del descanso y el reposo. En una palabra, mi domicilio.

Horca de Cristal encontró una cerilla. La frotó una, dos veces, pero no se encendió. Las cerillas tenían hechizos, todo el mundo lo sabía, y ahora Orem comprendía por qué razón su madre le hacía salir de casa cada vez que debía encender el fogón de la cocina.

-Debemos enseñarte pronto, sin duda.

Encendió una llama sin apelar a la magia.

-Pedernal y yesca, piedra y mena, sí, sí, aquí.

Horca de Cristal era mucho menos diestro que Brasa en esos menesteres. Por fin se encendió una pequeña llama con chispas, no sobre estopa de lana sino sobre un trozo de papel. Era la primera vez que Orem veía encender fuego con papel. El papel era demasiado valioso en la Casa de Dios de Banningside. Pero daba luz, y Orem paseó la mirada por el lugar mientras Horca de Cristal encendía el farol.

Era una habitación atestada de cosas. Sobre los estantes que pendían de las paredes había pilas de objetos desordenados. Y también sobre el suelo, y en los peldaños de la escalera estrecha y empinada que conducía al piso superior. Contra la pared del norte había tres inmensos barriles, sin marcar, pero húmedos y fangosos. Y todo tenía tres dedos de polvo.

-¿No ha podido hallar mejor lugar? -preguntó Orem.

Horca de Cristal le miró con enfado.

-No suele verse con este aspecto. Pero tú estás aquí, y tendré que verme privado de mi mobiliario habitual durante un tiempo. -Y mientras hablaba el farol se extinguió-. ¡Maldito seas! ¿Quieres irte arriba un rato mientras me ocupo de esto?

Orem subió las escaleras dando tumbos, enredándose con las telas de araña. Entonces escuchó que Horca de Cristal deambulaba por el piso inferior. Pronto se encendió un fuego en la chimenea, si bien antes no había visto fogón alguno en la sala. Y escuchaba que el hechicero iba de una habitación a otra, abriendo y cerrando puertas, aunque antes sólo había visto una sola sala. Con magia, el sitio era un palacio. Pero con un Sumidero presente, volvía a ser un sitio inmundo. En verdad, el mago jamás se había ocupado de mantener la casa en condiciones, ya que todo el tiempo vivía rodeado de magia.

Entonces le escuchó hablar.

-No pude evitarlo -dijo Horca de Cristal quejumbrosamente. ¿Se oyó acaso el murmullo de una respuesta? Nadie había llegado con ellos. Orem aguardó y trató de escuchar, y finalmente, después de lo que le pareció horas, se puso impaciente.

-¡Horca de Cristal!

-¡No bajes las escaleras o te partiré el gaznate!

-¡Pero si no me he movido!

-¡Bien! ¡Es lo único que te mantendrá con vida!

-¡Tengo hambre! ¡Y aquí está oscuro!

Abajo, escuchó que el mago ajustaba la tapa de un barril golpeándola con una maza. Pronto Orem oyó los pasos del mago por las escaleras. Al principio eran pasos que se posaban sobre una superficie alfombrada, pero luego, de pronto, lo que escuchó fue el golpeteo del cuero sobre la madera pelada.

-Que los huesos de tus ancestros se conviertan en hongos. -La voz era tenue, pero clara, porque ahora la cabeza del mago se asomaba por la puerta. Levantó el farol para que iluminara la diminuta habitación.

-Oh, qué espanto -exclamó el hombre.

Orem convino en silencio. Era un sitio mugriento, nauseabundo y decrepito, lleno de cosas. A su lado, las habitaciones de La pala y la sepultura eran un edén.

-Sírvete -dijo el mago, ofreciéndole un plato de pan muy seco.

-¿Esto es todo lo que me darás de comer?

-Cuando lo conjuré abajo era pavo asado, pero ¿qué culpa tengo de que en tu presencia el hechizo se estropee?

-Yo tampoco tengo la culpa -dijo Orem-. Pero no puedo vivir a base de esto.

-Entonces aprende rápido -advirtió el mago-. Estaba preparado para el peligro que representaba tenerte. ¡Pero para los inconvenientes...! -El hechicero escarbó entre los restos y tironeó un catre desvencijado con la tela desgarrada-. Es lo mejor que puedo encontrar -se disculpó-. Pero aquí tienes. Hasta que aprendas.

-¿Mi cama? -se escandalizó Orem.

-¡Hasta que aprendas, maldito enclenque! ¡No te quejes ya que todo esto es por tu culpa!

-En ese caso, enséñeme.

-No puedo enseñarte, no del modo en que piensas. -Horca de Cristal chasqueó los dedos ante el rostro de Orem-. Sólo puedo sugerir, responder, informar... tú tienes que aprender. Está dentro de ti, si sabes reconocerlo y controlarlo. ¿Cómo podría enseñarte, si yo nunca he sido un Sumidero?

-Sean cuales sean sus planes, comience ahora mismo -urgió Orem.

-¡Vaya con el bastardo imperioso!

-Tengo hambre. Eso es todo.

El mago lo hizo tender sobre el suelo con un bulto de tela bajo la cabeza. Y entonces comenzó a proferir órdenes suaves y extrañas: extiende los dedos, cierra los ojos y dime el color del aire sobre tu cabeza. Escucha a ver si puedes oír el ruido que hace mi barba al crecer. Sí, escucha, extiende los dedos, trata de sentir el sabor de tus lágrimas dentro de los ojos...

Orem no lograba comprender ni una sola palabra.

-No puedo -musitó.

El mago no le prestó atención. Siguió con sus órdenes. Mientras estás allí tendido duermes, me escuchas y duermes mientras piensas que estás despierto y despiertas sólo cuando adviertes que te has dormido. Siente cómo el aire se torna más cálido, siéntelo detrás de la nuca, mira cómo brilla el sol, obsérvalo desde el suave lugar que hay detrás de tus rodillas. Sí, tú tienes ojos secretos allí, mira qué blanco se ve desde allí.

Había algo poderoso y urgente en el ritmo de las palabras del anciano, en sus cadencias. Por momentos sonaba como una plegaria, por momentos como una canción, a veces como el ladrido de un perro ofuscado. A Orem se le confundieron los sentidos. Dejó de ver a través de sus ojos y aun así tenía conciencia de su visión o de algo parecido a ella. A su alrededor había algo gris, como la niebla de anteayer. Podía escuchar el paso presuroso del tiempo. Ya no sentía dentro de él dónde tenía los dedos sino que percibía su sabor y la lengua le ardía en la boca y luego se enfriaba, y luego se marchitaba y se

agrietaba hasta que perdía rastros del sitio donde debía estar la boca, la lengua, donde debía estar el mismo Orem

Trató de hablar y sus rodillas se flexionaron, y sintió que en el pecho le estallaba una luz. Orem trató de mover su mano y un murmullo agudo provino de su garganta, pero lo percibió como un gran peso que le aplastaba los testículos y lloró de dolor.

Y entonces, cierta orden que dio sin saberlo hizo que la niebla gris se disipara a su alrededor. Una rápida contracción. No sabía qué había hecho, pero allí estaba. Allí estaba otra vez, y otra vez. Como espasmos, pero aprendió a dispersar el color gris y atraerlo, y acercarlo a él y a mantener la presión. Se deslizaba, quedaba suspendido y Orem comenzó a cansarse y a sentir el agotamiento como un verde oscuro dentro de sus muslos, pero supo que eso era lo que quería de él. Mantenlo, mantenlo, no lo dejes ir, mantenlo, mantenlo, y ahora pudo abrir los ojos y ver. No a un anciano sosteniendo un frágil farol en una habitación asquerosa sino a un joven, rubio y hermoso: como a su padre le hubiera gustado que fuese Orem, alto y fuerte. Y en sus manos no había un farol sino una estrella resplandeciente. La habitación no era pequeña ni sucia: yacía sobre un lecho en unos aposentos recubiertos de oscura caoba y de tapices de brocado marrón y el joven maravilloso le contemplaba con diamantes en los ojos.

-Este será mi hogar, Orem, cada vez que lo permitas -dijo el joven enjoyado que sostenía la estrella.

Y entonces fue demasiado para él, y Orem sintió que algo se quebraba adentro, y que de su interior fluía algo gris y que sus sentidos revoloteaban enloquecidamente por la habitación y por dentro de su cabeza. Se retorció en su catre miserable hasta que por fin quedó tendido como una araña, exhausto, rodeado nuevamente por la sordidez. El anciano asintió.

-No está mal para ser tu primera lección. A medida que pase el tiempo lo harás mejor. Si logras resistirlo.

Lo hizo. Cada vez adquirió más fuerza y maestría, hasta que en unas semanas fue capaz de contener la niebla dentro de su cuerpo durante todas las horas del día, para alivio del hechicero. Ahora podían comer juntos. Y en dos meses ya era un acto reflejo, al punto que controlaba su poder incluso durante el sueño. Salvo en contadas ocasiones, en que se le escapaba y despertaba nuevamente en el camastro en lugar de sentir el lecho mullido. Le contó al hechicero estos lapsus. El viejo se encogió de hombros y dejó brillar sus ojos de diamante.

-Probablemente de niño fuiste de los que mojaban la cama, también.

## Las Mujeres Del Mago

Una noche, mientras leían libros en su biblioteca, Horca de Cristal le dijo:

-Al parecer, mis barriles han llamado tu atención.

-Le deben... gustar mucho las aceitunas -aventuró Orem.

Horca de Vidrio dejó escapar una sonrisa hermosa y brillante. Entonces abrió una de las tapas con la palanca que descansaba sobre el barril de la izquierda.

-Lo que más amo en el mundo -dijo el mago-. Y no lo conservo con magia, no, en absoluto. Es por eso que no desapareció cuando entraste tan torpemente y arruinaste el lugar. Es lo que aparenta. -La tapa salió, salpicando agua. Orem se puso de pie para ver. No eran conservas lo que flotaba en el agua, ni cebollas, ni zanahorias, al parecer. Ya que el hechicero tendió la mano, aferró un puñado de cabellos que flotaban y levantó la cabeza arrugada de una mujer.

Cabeza, cuello y hombros desnudos. Los párpados caían flojos, la boca colgaba abierta y la piel estaba arrugada como una pasa de cien años; arrugada y blanca. Bien blanca como la clara de un huevo, blanca como el ojo del pez ciego de las cavernas de Watermount.

-Mi amor, mi vida, mi tesoro, mi esposa. La más amada de todas las mujeres. El polvo del morral de mi cinturón, el polvo de su sangre, aquí... una pizca de polvo, no mucho, solo una pizca, y mira.

-La mano de Horca de Cristal vertió sobre la mujer un polvo negruzco y Orem vio que el cuerpo temblaba bajo su mano. Los ojos temblaron y se abrieron laxos.

-Nnn -dijo el cadáver.

-Mi dama -dijo el hechicero.

-Nnnn.

-Tengo un aprendiz que desea conocerte.

-Nnnn.

-Es un chico listo, a su modo. No tiene modales, come como un cerdo y huele peor, y no hay otro remedio que bañarlo, ya que ahuyenta los hechizos como la grasa ahuyenta el agua de lluvia. Pero, sí, tiene un corazón compasivo. ¿Crees que se conmovió con tu historia, amor?

La voz seguía siendo un gemido, pero ahora Orem advertía que la lengua perezosa intentaba articularse; había palabras. Déjame dormir podía haber dicho. O tal vez Hondo morir. Era difícil escucharla. Y Horca de Cristal no hacía más que sonreír.

-Vienes de muy lejos, ha sido un camino largo y penoso, ¿verdad, amor? Y aunque la travesía es larga, sabes que te amo. Eso debe ser un alivio para ti en tu muerte, tal como a mí me reconforta estar en tu compañía.

-Nnnn -dijo la cabeza empapada. De la boca salió un borbotón de bilis, y luego todo volvió a estar laxo. Suavemente, el hechicero dejó hundir la cabeza. Cuando se volvió hacia Orem, sus ojos eran esmeraldas, verdes como el musgo de los barriles.

-¿Te dije que soy el más grande de los hechiceros de Inwit? Es cierto, pero menudo honor, menudo honor. ¿Crees que la Reina Belleza me dejaría quedarme si fuera realmente poderoso? Un hechicero poderoso no deja que su mujer y sus hijas mueran de una ridícula enfermedad. No tiene que ver cómo empeoran cada día hasta morir. Un mago fuerte no es tan débil de corazón para dejar que mueran con su sangre. Furtivo no lo habría hecho, ¿sabes? Furtivo les habría deparado la muerte, y luego, con toda calma habría retirado su sangre aún caliente, henchida de poder. Pero yo, como un hechicero aguardé, y la retiré cuando estaba fría. Tomé sangre fría y encontrada. Aquí está, hecha polvo, y su poder sólo basta para revivirlas cada tanto y conversar con ellas. -de sus ojos brotaron lágrimas-. Me estoy poniendo sentimental, más no he de ocultar mi corazón al discípulo. Oh, Carniseco, mi niño, mi amigo, mi esposa era la más bella de todas las damas de poder, sin contar a Belleza. Mi esposa era adorable, y sus encantos no menguaron incluso tras dividirlos entre mis dos hijas. ¡Míralas!

Horca de Cristal destapó los otros barriles y levantó a sus hijas, y Orem las contempló, aunque no sentía deseos de hacerlo.

-¡Mira la curva de los senos! ¡Ahora están flojos, pero imagínalos!

Orem no podía imaginarlos, pero murmuró un asentimiento. Para él la hija era tan anciana como la madre, pues lo que no habían hecho los años lo había hecho el agua salobre.

-Cabellos de oro, y su hermana morena, como el día y la noche caminando por la ciudad. No hice hechizo alguno para embellecerlas: era propio de ellas. Ellas eran así. ¡Y los hombres que me las pidieron en matrimonio! Pero yo las guardaba para un amante que superara a cualquier hombre. -Nuevamente las lágrimas brillantes asomaron a sus ojos color esmeralda-. Las reservaba para la Muerte, que entró sigilosa y las sedujo mientras yo observaba impotente. Las marchitó y las arruinó delante de mis ojos. Pero tengo suficiente poder para despertarlas. Puedo hacer que regresen.

-Sí -dijo Orem.

-Oh, por las Hermanas, por el Venado, por ese deleznable Dios que acabó con nuestro poder y nos encerró, ¡si tan sólo supiera lo que sabían los maestros! Maté al ciervo en la

torre, para que mis competidores vean el cuerpo y piensen que acaso tengo más poder que ellos... pero nada sé hacer con su sangre salvo estúpidos trucos de invisibilidad, y eso puede hacerse con ovejas! Extraigo la sangre del venado, ¡y qué consigo con ella? Reafirma mi debilidad. -Cerró los barriles, y encajó las tapas con la maza-. Mi vida está aquí, encogiéndose en salmuera. Pero con tus dones seré el más poderoso de Esperanza del Venado, el más grande de todos. Y sin embargo... -Deambuló hacia la escalera, hablando para sus adentros-. Seré el más poderoso de todos y sin embargo demasiado débil para poder salvarlas.

Esa noche Orem no durmió mucho. Despertó perturbado y sobre el camastro, no en los aposentos de caoba. En su sueño la cabeza sumergida de la esposa del mago lo había llamado, y él iba hacia ella pues no podía negarse.

En la biblioteca había una pálida luz. Venía del musgo verdoso y fosforescente de los barriles. Se sentó sobre una pila de residuos en la habitación revuelta y sin magia. Observó.

El barril que contenía a la esposa del hechicero tembló primero. Luego lo hicieron los demás, como si los cuerpos sufrieran silenciosas convulsiones y agitaran las aguas. Entonces una de las tapas se levantó con fuerte ruido; otra se partió por la mitad y una tercera se hundió en el tonel, desbordando el agua.

En el sueño no había sentido peligro alguno, pero ahora Orem tenía miedo. Las cosas muertas debían quedar inmóviles; todos lo sabían. Pero cuando los muertos llaman, sólo un tonto les ignora. Y por eso se quedó y observó mientras una mano se levantaba de uno, de dos, de todos los barriles. Eran manos de largos dedos, y por ellas corría lenta una luz verdosa, que se deslizaba por las muñecas hasta llegar al agua, como si fuesen orugas.

-No me hagáis daño -murmuró Orem.

Abruptamente, las manos se lanzaron hacia él. Contuvo la respiración, extendió su poder mágico de negación para tratar de detenerlas, pero esto no era magia, no era la magia cruenta que un Sumidero es capaz de absorber. Las manos no se dejaron interrumpir por sus más tenaces esfuerzos. Se deslizaron sobre los barriles y con un dedo comenzaron a escribir sobre el musgo. Orem podía leer las líneas oscuras sobre el destello verdoso. Cada mujer escribía su palabra, temblando como si un poder incoercible la controlara.

HERMANA, escribió la esposa.

DIOS, escribió la hija morena.

CUERNO, escribió la hija rubia.

Y luego más deprisa, a medida que las manos adquirían más seguridad:

HERMANA  
PROSTITUTA  
DEBES  
VER

DIOS  
ESCLAVO  
DEBES  
SERVIR

CUERNO  
PIEDRA  
DEBES  
SALVAR

Entonces las manos se sacudieron con violencia, volaron en el aire y se hundieron salpicando agua. Luego volvieron a asomarse, pero con cierta resistencia, como si quisieran seguir escribiendo o alejarse de los barriles para siempre pero hubiese algo que se lo impidiera. El deseo de escribir fue más fuerte: los dedos trazaron con rasgos apenas legibles palabras que solo tenían sentido si se leían juntas.

DEJA QUE MUERA

Y luego todo terminó. Las manos se hundieron ruidosamente en el agua; las tapas regresaron a su sitio, y la que se había roto pareció soldarse en el acto. El musgo perdió

brillo, y las letras de las últimas palabras se desvanecieron en una oscuridad uniforme. Orem salió disparado escaleras arriba.

HERMANA PROSTITUTA DEBES VER.  
DIOS ESCLAVO DEBES SERVIR.  
CUERNO PIEDRA DEBES SALVAR.  
DEJA QUE MUERA.

No comprendía nada y pasó toda la noche entre el sueño y la vigilia, tratando de entender y de no pensar. Si el último mensaje era el que las mujeres del hechicero enviaban por sí mismas, ¿entonces quién había enviado la primera parte? ¿O no tenía ningún sentido? ¿Quién podía levantar las manos de los muertos aun cuando el poder de un Sumidero había sustraído toda la magia?

Sólo al asomar la primera luz de la mañana pensó en hacer lo más obvio, lo más instintivo: sumó las palabras hacia arriba, y las sumó hacia abajo, concibiéndolas como hileras y columnas. La suma de las hileras hacia arriba daba Palicrovol. La suma de hileras hacia abajo daba Belleza. Y las columnas sumadas para cualquiera de ambos lados decían: Dar todo, y nada recibir.

### Travesuras

Durante todo el invierno y la primavera Orem aprendió a valerse de sus nuevos sentidos. No tenía lenguaje en el cual describir aun para sus adentros lo que sentía, por lo que adaptó el idioma de que disponía. Cuando me lo describió, fue un relato de lenguas y sabores, de pinchazos y aporreos, aunque por lo general durante todo el tiempo permaneció inmóvil como un muerto sobre su camastro.

A fines de la primavera, Horca de Cristal convino en que estaba listo para comenzar a ganarse la subsistencia. De modo que empezó a salir, a abrirse camino por la Calle de los Magos. Descubrió las magias de los otros hechiceros como si fueran pequeñas llamaradas, calientes o frías, según su poder. Y entonces las saboreaba, o las pinchaba, o alguna otra palabra inadecuada para describir lo que hacía, y todo el poder adquirido con sangre desaparecía.

Desde el comienzo, el experimento fue un éxito.

-¡Orem! ¡Mi Carniseco! ¡Tendrías que haber escuchado los lamentos! ¡Por toda la Calle de los Magos! Dos edificios erigidos por arte de magia se derrumbaron. Un viejo hechicero que sólo mantenía vivo su pajarito a fuerza de hechizos pasó tal humillación que tardará años en volver a pisar la Calle de las Putas. Y sin saber si sus pases mágicos volverán a surtir efecto o no. La de ratas y ovejas que han vertido su sangre en vano estas semanas... Ah, si sólo pudieras escuchar las quejas de los matarifes. En las tabernas que frecuento me siento a escuchar y me lamento con ellos. Creen que los hombres de Dios deben haber hallado algún encantamiento formidable. Y algunos creen que es la Reina que les pone en su lugar, aunque hace tiempo que dejó de preocuparse por nuestros pálidos poderes. Algunos creen que se trata de las Dulces Hermanas, y que es hora de que las mujeres ocupen su sitio de poder en el mundo. ¡Ninguno de ellos sospecha, ninguno de ellos sueña que aquí en mi miserable tienda de herrero he hallado y entrenado a un Sumidero!

-¿Entonces resultó? -preguntó Orem.

-Digamos que sí. En la Gran Bolsa hubo un asesinato, una muerte por encargo. ¿Fuiste tú el que deshizo ese hechizo?

-No lo sé. Ese estaba lejos. No sé distinguirlos a todos.

-Era veneno. Anulaste el poder del brebaje, pero el sabor subsistió. Por suerte el asesino se mató antes de decir quién le había contratado -tipo fiable, cosa rara de

encontrar por estos días- pero te puedo asegurar que hubo un hechicero que se las vio de frente con la muerte durante un largo momento angustiioso.

-¿Quién era?

-Yo. Esto no ha de funcionar bien si no aprendes a distinguir entre mi magia y la de ellos.

Y así conversaron de todo lo que había hecho Orem, y Horca de Cristal le mostró todos sus hechizos y poderes, y Orem gradualmente comenzó a discernir entre la llama de un hechicero y la de otro por su gusto, textura y color.

Y por eso llegó a conocer a la Reina Belleza. Y lo que primero conoció de ella fue su magia.

### De Como Orem Libró Batalla Contra La Reina Por Primera Vez

Era a fines del otoño, y Orem extendía su poder a lo ancho y a lo largo, siguiendo todos sus sentidos adonde quisieran conducirlo. Sabía por entonces qué puntos de luz eran hombres y cuáles mujeres. Ya había aprendido la diferencia entre la blancura de un hombre despierto y el brillo argentino de un alma dormida. Había aprendido también que las cosas que acaecen en un sitio permanecen en él aun cuando los hombres han partido. Así, podía saborear un largo y apasionado romance y decir cuando el amor había sido comprado; podía oler la diferencia entre una casa en la que había amor y otra en la que moraba el odio; podía sentir en la tierra qué clase de hombre había traspuesto una determinada puerta. Estaban los fuegos de los magos, que ya sabía reconocer con toda facilidad. Estaban los estanques de agua amarga donde los Hombres de Dios construían islas en la dulzura que los rodeaba. Orem podía seguir la vida del mundo como si hubiera un mapa tendido ante él. Derrotaba a los otros magos con tal naturalidad que ya no hallaba desafío alguno en eso. Fue el hastío de una fría tarde de verano lo que le condujo a buscar al rey Palicrovol. Fue un juego para ver si podía igualar, a su manera, al Ojo Inquisidor de la Reina.

Comenzó dando con el río y remontando su curso, buscando cada puntito que le indicara la mente de algún granjero que descendía. Indagó largo rato hasta llegar al primer pueblo. Sólo entonces advirtió la vastedad de las tierras de Burland. Había vivido demasiado tiempo en Inwit, había llegado a sentir, como tantos otros, que Inwit era la mitad del mundo y que todo lo que había afuera era pequeño y cercano. En cambio, era distante, y si seguía rastreando por el río con tal ociosidad en una semana llegaría a Banningside.

De modo que se elevó por los aires, para ver si era capaz de percibir desde lo alto, como las aves. Y mientras ascendía el mar de dulzura en que siempre se había movido cesó de pronto, y en lugar de la visión oscura y el olor suave que había sabido detectar, sintió como si pudiera percibir todas las cosas para siempre. Salvo que cada vez que descendía encontraba de nuevo la dulzura, como la niebla de la ciudad, que hacía sus movimientos más lentos y su vista más oscura.

Trató de pensar qué podía ser. Se preguntó si habría alguna capa en el aire, o si allí donde comenzaban las nubes su vista mejoraba Pero la dulzura se adhería a la tierra y no ascendía mucho, jamás superaba la altura de los edificios más altos. Y de pronto Orem comprendió. El dulce mar de niebla no era un fenómeno natural. Era el Ojo Inquisidor de la Reina Belleza. Era su magia, que todo lo atravesaba. Desde luego, no se molestaba en mantenerla muy por encima del nivel al que un hombre era capaz de ascender. Con que era a los hombres a quienes quería espiar.

¿Me ver? ¿O los Sumideros podemos consumir la magia de la Reina Belleza? Con osadía se hundió en la dulce niebla y en lugar de moverse por ella la paladeó como saboreaba el fuego de los demás magos. No tenía centro, no había ningún sitio potente que pudiera extinguirse, pero descubrió que fácilmente podía borrar amplios trozos, como

se elimina la pizarra de una teja, sin el menor esfuerzo, y que lo que borraba permanecía claro.

Al principio sus actos le alarmaron. Seguramente la Reina Belleza notaría los espacios en blanco en su visión y vendría en su búsqueda. Pero mientras yacía sobre su cama, sintiéndose algo indispuerto de temor, comprendió que si podía obstruir su visión a millas de Inwit también podía hacerlo allí. Y eso fue lo que hizo. Borró su visión de la Calle de los Magos, de los bordes de la isla amarga del Gran Templo y de otros lugares también, para que no pudiera identificar una brecha como fuente de su ataque.

¿Ataque? ¿Soy acaso enemigo de la Reina Belleza?

Recordó a Palicrovol. Recordó cómo había levantado los ojos de oro en la Casa de Dios de Banningside. ¿Acaso él o algún dios había llamado a Orem para realizar esta misma tarea, para cegar a la Reina Belleza? Jamás había oído que mago alguno se atreviera a desafiar a su Ojo Inquisidor; jamás había oído hablar de algún hechicero que comprendiera cómo lo hacía. Por primera vez se le ocurrió a Orem que su poder como Sumidero no le había sido concedido para hacer travesuras sobre los magos de Inwit sino para librar batalla contra la misma Reina Belleza. Su padre le había encontrado jugando a los soldados en la tierra. Eran juegos de niños, ¿pero acaso no podía servir al rey Palicrovol como ningún otro podía hacerlo? ¿No podría en verdad obstruir el poder de la Reina Belleza merced al cual los hombres de Palicrovol se volvían cobardes, y permitir que su ejército tomara la ciudad indefensa?

Ahora Orem buscó a Palicrovol con todas sus fuerzas, alzándose por encima de la nube de la Reina Belleza hasta que halló un sitio donde su dulce magia brillaba y centelleaba. Era allí donde asaltaba a los hechiceros del Rey, donde abatía sus defensas, donde los atravesaba, combatía y destruía, con la misma diversión con que un gato desgarrar un papel tenso. Y allí estaba el Rey: un solo punto de vigilia solitaria dentro de un mar de clerical amargura, dentro del círculo de paredes elegantes e impotentes erigidas por los magos del Rey. Palicrovol, el buen Rey, castigado por un pecado de siglos, quien jamás había transmitido su sufrimiento al pueblo. Puedo darte tranquilidad al menos por una hora de una sola noche, pensó Orem.

Pero antes de actuar recordó a la Reina. Era el aliento mudo que recorría las espaldas de todos los oradores que callaban, de todos los amantes que miraban por encima de sus hombros, de todos los pensadores que vacilaban antes de que su mente profiriera un pensamiento peligroso. Recordó que era la niña indefensa que había sido deshonrada sobre el lomo del venado. ¿Quién era él para juzgar que su venganza debía ser interrumpida, que era hora de acabar con su poder?

Tú sabes qué decidió Orem, Palicrovol. Recuerdas esa noche. De pronto entró un mago con el rostro blanco de terror, a decirte que la Reina había destruido todos sus hechizos. Y luego entró otro para anunciarte que el poder de la Reina también había desaparecido. No osaste creer que su magia había sido tan perfectamente deshecha hasta que la comezón que atacaba tus ingles dejó de acosarte durante unas horas, hasta que tus entrañas funcionaron normalmente y sin dolor durante unas horas, y hasta que pudiste dormir sin soñar por primera vez en trescientos años. Entonces lo creíste.

¿Pero por qué Orem decidió librar batalla contra la Reina? Él no sospechaba que era tu hijo. No le habías concedido ninguna gentileza. La Reina tampoco le había causado mal alguno. Fue sencillamente por esto: si Orem hubiera estado vivo cuando tú violaste a Asineth sobre el lomo del Venado, y si hubiera tenido el poder de detenerte, lo habría hecho. Él instintivamente luchaba contra el poderoso para ayudar al indefenso. Ésa era su naturaleza. Él era así. El no concebía la crueldad necesaria, como hiciste tú. Y por eso desafió a la Reina Belleza, en parte porque era valiente y porque ella era su único adversario de interés, pero casi totalmente por lástima hacia su Rey débil y acosado. No olvides eso cuando lo juzgues. Existió una época en que estuviste indefenso, y él acudió en tu ayuda.

Esa noche Orem atacó incesantemente, durante horas, no sólo devorando toda la magia que había a tu alrededor sino esparciéndose por el rea más extensa que podía, borrando la visión de la Reina con la esperanza de desalentarla, de distraerla, de ganar más tiempo para ti. No albergaba posibilidad de luchar con ella en su propio castillo, ya que su poder consistía en negar pero no podía hacer nada para herir a su persona. Y sin embargo podía deshacer su trabajo, y por ello destruyó las redes de su visión mientras tuvo fuerzas durante esa noche.

Por fin se durmió, exhausto, y tras varias horas de búsqueda la Reina Belleza volvió a encontrarte, Palicrovol, y tu sufrimiento comenzó otra vez, y mayor que antes. Muchos de tus hechiceros murieron. Orem era joven y no sabía adónde podía conducir su ira, m que tú deberías pagar el precio de su rápida venganza. Él dio por supuesto que ella sabría quién era, y que le buscaría. Pero aún así, lo sucedido te hizo reflexionar. Sabías que si Belleza se enfurecía tanto era porque había una fuerza en el mundo capaz de paralizarla, aunque por corto tiempo. No sabías si uno de los dioses se había liberado de ella, o si Furtivo habría logrado escabullirse y operar cierta magia, pero sentiste que era un buen presagio, y que podías volver a intentar otro ataque a Inwit con tu ejército. Admítelo, Palicrovol. Fue Orem quien te llevó a iniciar tu combate con la Reina.

Y en lo que respecta a la Reina, también recuerdo esa noche en el Palacio. Despertó a todos con un torrente de órdenes insistentes. Los guardias fueron alertados para vigilar los muros, y Urubugala fue torturado hasta el límite de lo soportable, momento en que confesó que nada sabía. Pusilánime se limitó a sonreír ante la noticia... ella sabía que él no contaba con ningún poder para hacer semejante cosa. Y Comadreja Bocatiznada dijo a la Reina la más cruda verdad, como de costumbre:

-Te estás haciendo vieja, y el poder que adquiriste se está desvaneciendo.

Así fue como comenzaste a guarnecer nuevamente a tus ejércitos, y como Belleza comenzó a buscar un padre adecuado que engendrara en ella un hijo de doce meses. Una vez que volvió a encontrarte, y que se aseguró de que ninguno de los dioses ni de sus poderosos amigos se había liberado, obligó a las Dulces Hermanas a que tejieran un sueño para ella en su vieja rueda inutilizada. Mostradme el rostro del consorte que procrear a mi hijo poderoso, exigió. Y las Dulces Hermanas sabían el rostro que debían enviarle en su sueño.

## La Herida Del Venado

Quería dormir hasta tarde esa mañana, pero Horca de Cristal le despertó cuando irrumpió el alba.

-¿Qué has hecho? -preguntó el hechicero.

-¿Hecho? -repitió Orem.

-Ayer por la noche la casa tembló y esta mañana desperté para escuchar los lamentos de cien mil pájaros. Miré por la ventana y el cielo estaba cubierto de ellos y volaban en círculo, y de pronto se dispersaron, se alejaron. Y luego todos se zambulleron y dieron una vuelta a esta casa. ¿Fue real o una visión? ¿Tú los llamaste?

-No sé cómo se llama.

-No. Fue una visión. Sé que lo fue. No puede haber sido magia. Conozco la magia. No puedo equivocarme tanto. ¿No sientes cómo tiembla el suelo?

Sí, había un murmullo grave que le sacudía en su lecho. Ahora tenía miedo. Recordaba su insensata osadía de la noche anterior. No se atrevió a dejar al hechicero al margen de cuanto había sucedido, ya que sólo Horca de Cristal podía saber cómo actuar en ese momento. De modo que le contó la batalla nocturna que había librado contra la Reina por el bien de Palicrovol.

-¡Oh, Orem! -musitó Horca de Cristal-. No bien logras un poder ya quieres superarlo... ¡Jamás toques nada de la Reina!

-¿Es ella la que sacude esta casa?

-¡No! No es la Reina Belleza. No tiene forma de saber dónde estás. Es suficiente tragedia con que sepa que existes.

-¿Sabrá que soy un Sumidero?

-Sabrá que en algún lugar de Burland hay un mago capaz de deshacer su magia. Eso la afligirá. Buscará, preguntará y luego sabrá que aquí en la Calle de los Magos también hay alguien que deshace los hechizos, y entonces comenzar a preguntarse qué ocurre en el mundo.

Caminaba de un lado para otro, golpeando la palma de la mano con el otro puño.

-¡Hay que ser imbécil para tratar de oponerse al poder de la Reina! Podría aplastarnos en un instante. Nos deja en paz porque sabe que los hechiceros no hacemos daño. Podemos curar verrugas y otros males menores. Podemos hacer embrujos de amor y venganzas para los enemigos, travesuras y pequeñas intromisiones. Incluso podemos mantener caliente la sangre de un ciervo dentro de la ciudad y hacernos invisibles a la luz del día cuando hay necesidad de ello. Pero no oscurecemos los cielos ni movemos los corazones de las masas en la ciudad. No cuestionamos a las Dulces Hermanas ni hacemos temblar la tierra. El curso del río escapa a nuestro alcance, y no debe hablarse del viento, ni envenenamos la leche que contienen los senos ni secamos el semen del vientre de un hombre.

Orem no respondió, ya que justo detrás de Horca de Cristal, hollando intermitentemente en el suelo, había un venado con una cornamenta de cien puntas, y el cuello erguido para soportar semejante peso. El hechicero escuchó a la bestia casi al mismo tiempo que Orem la vio, se dio la vuelta y se arrodilló, y dijo:

-Oh, Venado, ¿para qué has venido?

El Venado lo observó y no se molestó en responder.

-¿Eres de verdad o sólo una visión? -gritó Horca de Cristal.

El hechicero tenía miedo, pero Orem no. Era la bestia que había visto antes, entre los setos de la ribera de Banningside, observando a su madre mientras se bañaba. Contempló sus ojos brillantes y supo que no tenía por qué temer. El Venado no había venido movido por la furia. Orem apartó las mantas y avanzó hacia el inmenso ciervo.

-No hagas nada que le atemorice -le advirtió el hombre.

-No ha venido por ti -dijo Orem-. Te perdona por todos los venados que has desangrado contra el muro. -Ahora Orem veía que el pecho se agitaba con respiraciones hondas y silenciosas, y que el ciervo estaba transido de sudor, y su pellejo húmedo. - ¿Dónde has estado esta noche? ¿Por qué corriste tanto?

Orem se acuclilló y tendió la mano hasta la pezuña del animal. El venado levantó la pata y se la ofreció al joven de buena gana. Pero no estaba allí. Orem no sintió nada, no tenía peso alguno en su mano. Y a pesar de que no sentía nada, tampoco podía cerrar la mano, y una gran calidez oscura se esparció por su brazo. El Venado, Si bien era insustancial dentro de Inwit, habitaba con su cuerpo en la ciudad llamada Esperanza del Venado.

-¿Por qué has venido hasta mí? -quiso saber Orem, con la voz reverente del sacerdote en su plegaria.

-Silencio -le rogó el hechicero con suavidad.

Orem levantó la vista y el Venado inclinó lentamente su testuz. El peso de los cuernos era demasiado para que cualquier otro cuello pudiese soportarlo. Pero el del ciervo lo resistía. Apoyó sus patas traseras y se movió hacia atrás, y la cabeza se hundió hasta que los cuernos danzaron directamente ante el rostro de Orem. Entonces, la punta de un asta permaneció inmóvil como una montaña justo ante sus ojos, y no pudo ver otra cosa. Y miró, y miró otra vez, y miró más profundamente aún, y vio:

Que las estrellas de un cielo diminuto bailaban en torno al cuerno. Que caía en las estrellas, y que las dejaba atrás, y que la punta del cuerno asomaba inmensa como una

luna, grande como el mundo. Y luego fue el mundo, y Orem no pudo respirar mientras cayó más y más hasta que de pronto quedó quieto y pendió tomando aire sobre la ciudad de Inwit.

Por debajo de él, la ciudad bullía de vida. Los botes amarraban y zarpaban en los embarcaderos; la guardia marchaba por allí, como un ejército de hormigas sobre los muros de la ciudad. Pero no era la vida del lugar lo que daba el aspecto de constante movimiento. Ya que mientras Orem observaba, la ciudad se deshacía, como si el tiempo fuera hacia atrás, y regresaran un siglo, dos siglos. Los caminos cambiaban su rumbo; crecían nuevos edificios como breves esqueletos de andamios y luego desaparecían para dejar paso a otros más simples y pequeños. Había más y más granjas dentro de los muros de la ciudad y los asentamientos de afuera se dispersaban hasta casi no existir. De pronto desapareció el Gran Templo, y el Pequeño Templo cambió tanto que ya no tenía siete círculos sobre cada columna de su fachada, y entonces también desapareció el Pequeño Templo y la ciudad adquirió otro aspecto. La Calle del Rey viraba abruptamente hacia el oeste y el gran portal de la ciudad era la Huella de la Cierva, la Puerta del Oeste, el Hoyo.

Y luego esto también pasó; las murallas de la ciudad se desmoronaron, para revelar paredes más pequeñas, y éstas también cayeron y entonces ya no quedaron muros, ni castillo, salvo el diminuto Viejo Castillo en el punto más oriental de la Colina del Pueblo del Rey. Este vaciló y luego permaneció firme durante un tiempo, y finalmente también se desmoronó, y no quedó más que bosque. Y de la ciudad de Inwit no hubo más que unos pocos centenares de casitas construidas en círculos alrededor del único templo. Y las casas desaparecieron y el templo disminuyó, palmo a palmo, y Orem cayó una vez más hasta que se sintió pender a unos metros por encima de la tierra. No había aldea, sólo bosque, y un claro con una choza en el medio. Y ahí donde había estado el templo ahora había un granjero arando la tierra.

Este labriego no araba como solía hacerlo el padre de Orem. Él mismo transportaba la hoja con que hendía el suelo y su esposa le guiaba, y la cuchilla formaba un solo surco débil y superficial sobre el terreno. Era una labor penosa, y Orem veía por qué el lote era tan pequeño: no había posibilidad de arar más tierra en ese sector.

De pronto hubo un movimiento al borde del claro. Para alivio de Orem, el tiempo comenzaba a ir hacia adelante nuevamente, y a paso normal. Un venado bordeó el surco. Sus pezuñas se hundieron en la tierra floja. Estaba asustado. A sus espaldas venían cuatro cazadores con arcos y lanzas, y perros que ladraban ante el animal como enloquecidos. El ciervo corrió hasta el granjero, quien arrojó el arnés del arado y tomó la cabeza del venado entre sus manos por un instante y luego lo dejó ir. Pero el ciervo no se movió. Ni demostró temor del granjero, y tal vez fue por esto que los cazadores se detuvieron, para ver tal prodigio.

El granjero alzó la mano, y el venado dio un paso atrás, hacia el bosque, al otro lado del claro. Y mientras lo hacía los cazadores también se movieron y los perros dieron un salto hacia adelante. El granjero bajó la mano y los movimientos se detuvieron, y todos aguardaron por él.

El labriego se volvió hacia el arado. Lo alzó, cuán pesado era y lo puso con el filo hacia arriba, ante los perros de los cazadores. Se arrodilló, temblando, ante el arado. Y entonces, detrás de él, su esposa le tomó la cabeza entre las manos y le ayudó a hundir la garganta contra el filo. Durante un momento aguardaron, paralizados. No fue la esposa, puesto que en el último instante sus manos se apartaron, demasiado misericordiosa para hacerlo. Fue el mismo granjero quien impulsó su cuello con vigor para que acabara de pasar por la hoja. La sangre salió a borbotones, y Orem dio un respingo ante tanto dolor. En ese momento la esposa terminó la tarea de su marido. Siguió empujando la cabeza más y más hasta que ésta casi acabó de separarse.

Entonces los cazadores bajaron los arcos, y no advirtieron que el venado había huido por entre los árboles. En cambio vieron cómo sus perros se acercaban y lamían la sangre

que chorreaba por la hoja del arado. Saltaron por el aire como si estuvieran jugando, y se alejaron del claro alegremente, por el mismo sitio por donde llegaron. Los cazadores se arrodillaron, maravillados, y la esposa hundió el dedo en la sangre y trazó sobre sus rostros el signo del venado. Los cazadores también se alejaron henchidos de regocijo.

Anochece. La luna se elevó y el cuerpo del hombre seguía doblado sobre la hoja cuando el ciervo regresó al claro. Esta vez el venado venía acompañado de una docena de otros ciervos y de una docena de ciervas, y después siete veces siete venados, y uno por uno, se acercaron y lamieron el cabello del labriego muerto. Cuando acabaron, fueron hasta la esposa del granjero, y el ciervo cuya vida había salvado el labriego estiró el cuello ante ella. Ella tomó un pequeño retoño de árbol que crecía al lado de su cobertizo, y lo partió como si fuera leña seca, a pesar de que sus hojas eran verdes y lozanas. Entonces, con el extremo desgarrado del arbolito cortó el vientre del venado desde el pecho hasta el ijar. Las entrañas del animal asomaron por la herida. El venado sangrante avanzó tambaleándose hasta el hombre muerto y se echó a su lado, y la sangre de ambos se mezcló sobre el arado.

Entonces, mientras Orem observaba, el arado se convirtió en una balsa, y la cabeza del hombre y la del venado colgaron del borde, meciéndose sobre las aguas brillantes. La balsa avanzaba a contracorriente. ¿O acaso el agua fluía de los cuerpos heridos de los dos seres muertos? Por encima de las riberas del río un millón de personas se agachaba y bebía, cada una un sorbo y se marchaban cantando.

Por fin la balsa descansó contra una orilla. Los dos cuerpos parecían odres vacíos, y de ellos ya no salió más agua.

Orem alzó la vista y vio sobre la ribera, de pie al lado de los cadáveres, al hombre y al venado vivos, enteros, desnudos bajo la luz de la luna.

Y el rostro del labriego era el de Orem, y el venado era el ciervo que estaba en la habitación ante él, con el cuerno inclinado para ofrecer un punto marrón y desnudo.

Orem tomó aire para serenar el violento batir de su corazón. ¿Cuánto de todo esto era verdad?, y si era cierto, ¿qué significaba?

Como en respuesta, apareció la faz de una mujer. Era el rostro más maravilloso que Orem había visto en toda su vida, una expresión adorable y gentil, que clamaba como trágica virgen vida por tener dentro de sí la vida de un hombre. Orem no sabía quién era, pero la reconoció de inmediato. Sólo un ser humano podía tener semejante rostro, ya que esa faz expresaba un único nombre: Belleza. Era la Reina y ella le llamaba, y una lágrima de alegría asomó en uno de sus ojos cuando le vio y extendió los brazos hacia él y le estrechó en un abrazo.

Entonces, abruptamente, la visión desapareció y Orem y Horca de Cristal se encontraron solos en la habitación del ático.

-¿Lo vio? -preguntó Orem.

-Vi que te arrodillabas ante el Venado, y que te ofrecía su cuerno, y que de pronto comenzó a salir sangre de una profunda herida en tu garganta, y entonces pensé que habías muerto.

Herida. Orem alzó la mano y sí, a través de su propio gaznate se veía la marca honda de una herida cruel pero cerrada largo tiempo atrás.

-Jamás tuve una cicatriz en el cuello.

-¿Qué fue lo que viste?

-Vi que el nombre del lugar pasaba a ser Esperanza del Venado. Y vi cómo se construyó el Templo del Árbol Partido. Y vi el rostro de Belleza.

Cuando mencionó el nombre ya no hubo lugar para la ambigüedad. Belleza tenía un solo rostro en todo Burland, aunque pocos lo habían visto con sus propios ojos. Cada hombre tenía una imagen de Belleza en su rostro, que adoraba y temía cuando estaba solo. Cada mujer la conocía, y cada mujer conocía la forma en que Belleza se burlaba de su insuficiencia.

-¿Me ha encontrado? -preguntó Orem.

-No -replicó Horca de Cristal. De pronto se volvió y echó a andar por la habitación con paso vacilante. Orem tardó un momento en darse cuenta de que estaba afligido. El joven se puso de pie, se vistió y ajustó su atuendo con el cinturón. Siguió al hechicero por las escaleras y al llegar al salón vio que el mago ya había destapado un barril y luego hizo lo mismo con el otro, y con el restante. Luego levantó los cuerpos de las mujeres que flotaban en el musgo. Los levantó bien y los tendió encima del borde de los barriles, con el rostro hacia arriba y hacia afuera, colgando hacia abajo y chorreando agua fangosa sobre la alfombra.

-¡Me habéis traicionado! -gritó el hechicero-. ¡Sois ladronas, sois insurrectas! -Y tomó la cabeza rubia y arrugada de su hija y la acercó tanto que casi le escupió en los ojos fijos-. ¿Qué sois para mí, carne mugrienta e hinchada? Me engañasteis privándome de vuestro poder, privándome de vuestras vidas dentro de esta casa, y ¿dónde estabais? ¿Dónde estabais cuando la vida fluyó de la garganta de mi niño terrible? ¡Un sorbo y habríais vivido, habríais vivido, habríais vivido!

Y el hechicero dejó que la cabeza se balanceara otra vez. Y fue hacia el estante donde guardaba el saco con la sangre pulverizada. Orem no podía soportar que el hechicero convocara a las mujeres desde ese lugar de ultratumba donde las obligaba a vivir. Y por eso se lanzó repentinamente, del modo en que un ladronzuelo extrae la navaja, y en un instante la sangre quedó vacía de su poder disecado. Mientras lo hacía sabía que estaba concediendo el deseo de las mujeres muertas y que a la vez destrozaba el corazón de Horca de Cristal. El hechicero arrojó un toque de polvo pero esta vez en lugar de revivir a las mujeres las descompuso, y sus rostros se oscurecieron, y el cabello cayó al suelo en mechones, y la carne se desolló y se depositó sobre la alfombra empapada en pequeños fragmentos, y una por una las cabezas se aflojaron y gotearon para disolverse rápidamente en una masa irreconocible de putrefacción.

Sólo cuando los huesos cayeron en una pila descuidada sobre la alfombra, sólo cuando la otra mitad de los cuerpos se hundió en los toneles y desapareció de la vista, sólo entonces el hechicero se volvió a Orem, con rostro terrible. Sus ojos brillaban con una luz del color del rubí, y sus dientes asomaban como los de un tejón, y Orem vio que en las manos del hombre asomaba la muerte.

Se arrojó hacia la izquierda, en busca de la puerta, y la abrió de par en par. Una mano le aferró por el dorso de la camisa para hacerle retroceder, pero Orem se retorció y dejó que la camisa se hiciera jirones con tal de poder escapar. Corrió por las calles amargamente frías, con la ropa colgando de los hombros, atada a la cintura por la faja de cuero. Corrió bajo el constante gotear de los carámbanos que se derretían, para seguir en loca carrera ante la vista de la calle congelada con el frío sol sobre la espalda.

## El Templo Del Árbol Partido

Corrió sin propósito, más temeroso de lo que había hecho que del mismo Horca de Cristal. Para cuando llegó a la Calle de los Ladrones, sin embargo, ya tenía un plan en mente. Hallaría nuevamente a Zumbón, y le pediría que le ayudase a esconderse. La Reina le estaría buscando entre los hechiceros, y Horca de Cristal ya no podría dar con él porque tampoco podría valerse de su magia.

Con lo que no había contado, desde luego, era con el enemigo que siempre acechaba para capturar a los incautos en Inwit. Una tropa de guardias patrullaba la zona. Uno observó la ropa hecha jirones y el rostro atemorizado de Orem y supo que el joven sería suyo. No necesitaban averiguar su delito para saber que era culpable. Lanzaron el grito de alto y le pidieron que les mostrara el pase.

No tenía pase alguno, ni se atrevía a decirles que el suyo estaba junto a Horca de Cristal, ya que irían con él a verificarlo a su casa y allí el hechicero podía tomarse la

venganza que le viniera en gana. De modo que Orem dio media vuelta y corrió, se internó en las calles tortuosas y angostas tratando de encontrar un camino.

Era más veloz que los guardias, pero ellos eran muchos y él sólo uno. Dondequiera que iba le estaban aguardando, y por fin le acorralaron, hasta que se inclinó contra el descuidado Templo del Árbol Partido. Veía que los guardias se acercaban por ambos lados de la Calle del Altar. No sabía por dónde escapar. Y entonces se inclinó sobre la pared baja que rodeaba el altar y miró el raigón y vio que la punta desgarrada era igual a la de su visión. El sueño era verdad. Era bueno saber que algo era verdad. ¿Pero en ese caso, en nombre de Dios, qué significaba?

## JAULAS

De cómo los demás animales mantuvieron a Orem el Carniseco con vida hasta que fue reconocido.

### El Foso De Los Bueyes Y El Zoológico

Los ciudadanos de Inwit cuyos papeles están en regla van a la Sala de los Rostros a suplicarle a los jueces. Los sacerdotes son juzgados en el Templo. Las fianzas son otorgadas y conferidas en el Salón de la Hermandad. Pero los que no tienen pase van a las cárceles, ya que no tienen derecho a estar en Inwit. Su misma existencia es un delito.

Llevaron a Orem junto con otros delincuentes en un carro por el Camino de la Reina y hasta el vasto cañón que queda entre los muros del Castillo. Los caballos se esforzaban en subir el carruaje por la escarpada pendiente. Los muros apagaban el sonido y lo único que podían escuchar los prisioneros en su dolor era el chasquido de los látigos y el relincho de los animales. En Puerta Alta les recibió un oficial.

Les dijo sus derechos: ninguno.

Les dijo sus opciones: Por el primer delito se les cortaba una oreja; por el segundo podían elegir entre la castración o la esclavitud; y por el tercero, una muerte interesante y ejemplar.

Y para subrayar el punto, camino de las Cárceles les hacían pasar por el Foso de los Bueyes. Las autoridades se aseguraban de que cada vez que llegaban nuevos prisioneros, hubiese allí colgado algún pobre criminal que escogió la libertad del eunuco. Y se mostraba maniatado, con la cadera atrapada en una abrazadera, desnudo y aguardando el alambre y las tenazas del verdugo. Los hombres de justicia del Pueblo del Rey preferían que se escogiera la esclavitud, y por ello mostraban la castración de la forma más horrenda posible. Debido a esta razón, la maquinaria de la justicia pagaba por sí misma en las ventas de esclavos a los traficantes del mercado negro que llevaban sus cautivos al oeste a través del mar.

Una vez que echó un buen vistazo al Foso de los Bueyes, arrojaron a Orem a una de las jaulas. No tenían suelo, ni mobiliario alguno, sólo barrotes cruzados por encima, por debajo y por los cuatro costados. No había abrigo del viento, ni posibilidad de hallar una posición confortable. Las celdas eran demasiado bajas para poder ponerse de pie, pero sentarse significaba tener que apoyar el trasero sobre los barrotes de hierro. No se podían cruzar las piernas por debajo porque las barras las lastimaban y si uno se tendía, ¿qué podía hacer con la cabeza? Orem intentó todas las posiciones posibles mientras los prisioneros que había a su alrededor le observaban. Por fin se acomodó en un rincón, que de todas las posturas era la menos incómoda, durante un rato.

Por encima de él había dos hileras de jaulas y por debajo el suelo, pero quedaba demasiado lejos para poder tocarlo incluso si extendía la mano por entre los barrotes. Pendía en el aire, indefenso y miserable.

-¿Cuánto tiempo te tienen aquí? -le preguntó al hombre que ocupaba la jaula vecina. El hombre siguió mirándole, sin responder-. Dije que cuánto tiempo te tienen... -Pero entonces vio un brillo en los ojos del hombre que le hizo detenerse. No era que no le hubiese escuchado. Sus palabras no le interesaban. Se puso de pie y se acercó al extremo donde Orem descansaba. No había señales que le dijeran qué era lo que se proponía hacer, pero Orem estaba seguro de que mejor sería verlo desde el otro rincón. El hombre, silencioso y de rostro cerúleo, apartó sus calzoncillos y comenzó a mearse sobre Orem. El chorro golpeó contra los barrotes y le salpicó. Orem se retiró al rincón más lejano, y por un instante creyó estar a resguardo, hasta que sintió contra su espalda el contacto frío y caliente del pis de su vecino, que le corría por la ropa. Giró para escapar, quedó atrapado entre los barrotes y cayó. Sus pies se deslizaron por una rendija y la cadera se le torció mientras el peso del cuerpo le obligaba a apoyarse sobre su propio pie doblado. Se sentía dolorido, y así y todo seguían orinando desde todas partes, y el que tenía encima no cesaba de arrojarle escupitajos. En su furia, Orem quiso gritarles, maldecirles; ahora más que nunca deseaba tener algún poder que pudiera destruir a un enemigo en lugar de las facultades pasivas e inútiles de un Sumidero.

Por fin cesaron las meadas. El que escupía desde arriba se alejó y se sentó en un rincón. Sólo el viento siguió su curso, helándole la orina sobre la piel y el cabello. El viento y el olor. Orem pronto se sintió demasiado incómodo para poder pensar en su furia. La orina era igual que el frío: había que encogerse de hombros y soportarlo. Nada podía hacer ahora al respecto. Retiró cuidadosamente la pierna de entre los barrotes y se frotó la cadera allí donde sentía el dolor. Localizó otro rincón más favorable para su pierna y allí se sentó, observando con cautela al resto de los hombres. Pero ellos ya no reparaban en él.

En pocos minutos los guardias vinieron a buscar al hombre que había encima de él. Arrastraron la ligera escalera de madera por las jaulas y la detuvieron justo delante de Orem. El hombre de arriba no se movió de su rincón. Sólo esperó. Los guardias llegaron y se detuvieron ante la puerta. Tampoco entraron, ni hablaron. Esperaron. El hombre adentro, los guardias afuera, y Orem ni siquiera podía asegurar que ambos se mirasen. Aguardaron un largo rato. Entonces, por un instante, la brisa sopló con más fuerza. Orem sintió que se congelaba. Aparentemente el viento susurró algo al hombre de arriba, pues ahora se puso de pie y avanzó precariamente hasta la puerta de la celda y observó impasible cómo los guardias empujaban la puerta a un lado. Le maniataron los brazos justo por debajo del codo y aferraron bien la cadena contra su espalda, para que los brazos quedaran tensos. El hombre no dio señales de dolor. Sólo les siguió dócilmente.

El sol de la tarde trajo algo de calor, y Orem tembló de placer. Deseó que cualquier juicio al que se le sometiese llegara antes del crepúsculo, antes de que viniera el frío atroz.

El cielo se enrojecía con la puesta de sol y las nubes. Entonces llegó otro hombre a ocupar la celda de arriba. Orem observó impasible como los vecinos lo recibían a meadas. Casi todo fue a caer sobre Orem y no hubo forma de que lo esquivara. Y cuando se alzó la brisa nocturna, sintió mucho más frío aún. Pero esta vez Orem no se irritó ni se movió de su lugar. Sólo cerró los ojos y apretó los labios con firmeza y aguardó a que todo terminara. El hombre gritó y gritó y trató de huir a todos los rincones. No había abrigo. Pero como gritaba, seguían atacándolo. Cuando el pis se agotó continuaron con escupitajos, y el hombre de la tercera fila amagó una cagada a través de la jaula. Finalmente Orem ya no pudo soportarlo. Los gritos y las maldiciones del recién llegado no hacían más que asegurar la continuidad de la lluvia de inmundicias. Orem se enfureció. Caminó hasta donde estaba el hombre aullando a sus torturadores. El desesperado no le vio: sólo contemplaba los rostros mudos e inexpresivos de los que le escupían tan pronto los gargajos llegaban a la boca. Orem extendió las manos por entre los barrotes y tironeó con ferocidad de los talones del hombre. Con un grito de terror la víctima cayó hacia

abajo, y se detuvo justo antes de que el escroto se aplastara contra los hierros. Orem atrapó las piernas y las sostuvo firmemente.

-¡Suéltame! -gritó.

Pero Orem aferró los pies en silencio y aguardó. El hombre estaba inmóvil, sin pensar en otra cosa que en evitar que los testículos llegaran a los barrotes, mientras Orem seguía tirando hacia abajo. Y con esto los torturadores se dieron por satisfechos. El hombre lloraba de frustración y entonces los demás dejaron de molestarlo y Orem lo soltó. Con dificultad, el recién llegado retiró las piernas de las barras, se apartó a un rincón y refunfuñó en silencio.

Las cárceles parecían casi llenas; en verdad, no retiraban a ningún preso hasta que había otro listo para ocupar su lugar, como si la abundancia de miseria fuera un requisito.

Orem no podía dormir; no se atrevía a dormir con semejante frío. Se le durmieron los pies y las manos. Se levantó y caminó por el perímetro de la jaula, aferrándose a los barrotes para no caer en la oscuridad, negándose a frotarse la cadera hinchada para que no se le enfriara demasiado la pierna. De madrugada se alzó la luna, dando escasa luz, pero la suficiente para burlar al frío. Y al poco tiempo se vieron sobre el cielo las nubes del oeste. El nuevo había dejado de refunfuñar. Orem se preguntó si se habría dormido, o si estaba muerto, o si había descubierto la inutilidad del llanto. No dejaba de dar vueltas alrededor de la jaula. Una vez la mano de un hombre se posó sobre la suya en uno de los barrotes. Durante un instante Orem temió sentir un dolor agudo y repentino, pero la mano se retiró en seguida y se dio cuenta de que su vecino también estaba dando vueltas.

Al amanecer comenzó a nevar. Orem dio un respingo cuando sintió sobre la piel la nieve que caía espesa y veloz. Entonces caminó más deprisa, siempre dando vueltas por la jaula, hasta que bajo la pálida luz distinguió que los demás hombres recogían con los dedos la nieve de los barrotes y la comían. Desde luego, había estado todo el día sin agua y ¿quién sabía cuánto tiempo llevaban los demás sin líquidos ni alimentos? Orem también recogió la nieve y se lamió el dedo. Sentía el agua fría en su boca, pero una vez que pasaba el primer deje a orina el sabor era tan nítido que le perforó la garganta hasta la base del cráneo.

Sigue caminando, sigue andando, mantente en calor mientras te sea posible. Los guardias llegaron bajo la nieve y se llevaron al hombre que aguardaba al lado de Orem, y al de atrás. Siempre se apostaban al otro lado de la puerta hasta que el prisionero dejaba de andar en círculo e iba hasta ellos. La nieve caía más espesa. Su vecino se detuvo a defecar en sus propias manos, luego frotó la inmundicia caliente contra la panza y tembló de alivio.

Pronto trajeron dos prisioneros para ocupar los sitios de los que se habían ido. En esta ocasión Orem se unió a los demás en el ritual de las meadas y los escupitajos. Ambos se mostraron más listos que el tipo de arriba. Una vez que pasó la conmoción, hicieron lo que Orem: resistieron. Entonces rápidamente se amoldaron al esquema de las cárceles, comieron la nieve ligera que apenas duraba sobre los barrotes, pasearon en círculos para mantener el calor, se sentaron unos instantes cuando ya les era imposible caminar... Cuando un hombre se sentaba demasiado tiempo y comenzaba a dormitar los demás le escupían en el rostro en silencio para despertarlo. Ni una palabra. Ni una voz. Aquí nadie tiene voz, pero seguimos siendo seres humanos: tratamos de mantener al otro con vida

Sin embargo, el hombre que estaba encima de Orem permanecía quieto, quieto. Quieto, quieto hasta que por fin la nieve comenzó a acumularse sobre su cuerpo frío. Cuando era evidente que había muerto, Orem extendió la mano y tomó un puñado de nieve que se apilaba sobre el hombre y se la llevó a la boca. Le congeló los dientes, pero se derritió y formó un buen trago de agua. Cuando se sació, Orem tendió un puñado de nieve a su compañero, quien la bebió y siguió andando en silencio. Orem le dio un puñado de nieve de cadáver a cada uno de sus vecinos y cuando todos se sintieron satisfechos comenzaron a hacer circular la nieve entre los demás. Pronto los copos

comenzaron a acumularse bajo las jaulas. A mediodía ya había unos treinta centímetros, y a media tarde llegaba hasta el borde inferior de la jaula. Ahora ya no había necesidad de escarbar nieve del muerto; todos los de la fila de abajo podían tener suficiente. Orem vio que la piel se le ponía azul. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que los dedos se le congelaran y los tejidos murieran? ¿Cuánto pasaría antes de que se envenenara? ¿Cuánto antes de que sencillamente se cansara? Desde ayer por la mañana no dormía, y ahora ya casi estaba oscuro otra vez.

Llegaron y se llevaron el cadáver al anochecer. Y por la noche también se llevaron al último de los hombres que había meado sobre Orem el día en que llegó. Dar vueltas por la jaula, dar vueltas por la jaula, dar vueltas por la jaula, mantener el calor, mantener el calor y Orem cantaba para sus adentros, incluso oraba, por muy inútil que fuera la plegaria para alguien que había abandonado a Dios. Oraba y se preguntaba si la visión del Venado no sería una profecía de su propia muerte.

En la oscuridad la nieve cesó, las nubes se hendieron sobre el cielo y comenzó a hacer frío de verdad. Ahora moriré, pensó Orem.

Durante un rato se detuvo, se sentó en un rincón, y tembló violentamente mientras el viento helado le golpeaba una y otra vez con sus gélidas manos. Lo único que le apartaba del sueño tentador eran los escupitajos que le azotaban el rostro. Tembló una última vez interminable y luego se inclinó hacia adelante. Asió los barrotes del techo de la jaula y se colgó con todas sus fuerzas, a pesar del adormecimiento de sus manos. Viviré, decidió mientras se impulsaba hacia arriba y descendía lentamente. Que los hijos de los guardias mueran quemados ante sus propios ojos. Inflexiblemente colgó los pies de los barrotes de arriba. Que las esposas de los guardias sean violadas por un millar de leprosos. Con pequeños gemidos de dolor se obligó a elevarse y a hundirse, a elevarse y a hundirse.

Cuando por fin llegó el amanecer, Orem aún seguía dando vueltas alrededor de su jaula. Muchos yacían inmóviles sobre los barrotes. Eran negros terrones bajo la luz del sol que arrojaban sombras inertes sobre la nieve que tapizaba las filas. Era una tela de araña con bultos almacenados en su sitio para ser devorados más tarde. Tal vez algunos todavía siguieran luchando a medias con la red.

Como para torturarlo deliberadamente, se llevaron a dos hombres más antes de venir en busca de Orem. Cómo les odió por irse antes que él. Pero no dijo nada, a sabiendas, no mostró signos de ira. Siguió dando vueltas en círculo, siguió colgándose del techo, impulsándose y bajando con las manos rígidas como garras.

Y sin embargo, cuando llegaron, Orem no se lanzó contra la puerta de la jaula. No mostró prisa. El mismo cambio en la rutina de la supervivencia era demasiado duro; demandaba esfuerzo, exigía pensar antes de que uno pudiera dejar de moverse dentro del patrón establecido. Entonces, por fin, fue hasta la puerta y aguardo. Las esposas eran de hierro frío, pero cuando las cerraron sobre sus muñecas le resultaron tibias. Entre las bisagras quedó atrapado un pliegue de piel, pero Orem estaba demasiado insensible para sentir el dolor de la carne que se abría y de la sangre que corría por su brazo antes de congelarse.

## La Casa De Carbón

El juicio se celebró en la Casa de Carbón. Las paredes eran sombrías, de tanto hollín, y bajo el aire sofocante los rostros de los guardias quedaban grises por el sudor. El calor del lugar era casi más que lo que Orem podía soportar, y el alivio consiguiente le provocó tal temblor de piernas que los guardias tuvieron que alzarlo. La habitación oscura estaba iluminada por unas ventanitas altas y por unas pocas teas en las paredes. No importaba; lo único que miraba Orem era el suelo, que giraba y daba vueltas.

Los guardias le dejaron caer en medio de la habitación. Orem se tendió aliviado sobre el suelo sin barrotes y escuchó que la voz de un magistrado preguntaba:

-¿Crimen?

-Sin pase. No lo reclamaron.

-Sexo y edad.

-Hombre. De cuernos jóvenes.

-Prisionero, ¿qué tiene que decir?

Orem necesitó unos momentos para comprender que estaban esperando sus palabras, y un momento más para recordar cómo se hablaba. No me corten, quería decir. Asesiné a las mujeres del Hechicero y merezco todo lo que decidan hacer conmigo, casi dijo.

-Soy un joven de las granjas y he perdido mi pase -fueron sus palabras.

Un guardia lo alzó y le volvió el rostro para mostrar su mejilla a los magistrados.

-Hace meses que está curada.

-¿Cómo consiguió eludir a los guardias durante tanto tiempo? -quiso saber un magistrado.

Orem les miró por tercera vez, ahora que el guardia lo tenía en lo alto y podía ver. Había tres magistrados sentados sobre un alto estrado con una pantalla de alambre que se interponía entre ellos y Orem. Llevaban máscaras, terribles máscaras verdes y blancas que remedaban la putrefacción, y le miraban inflexibles como Dios, ya que las máscaras no parpadeaban.

-Fui cuidadoso -dijo Orem.

-Le atrapamos en un espacio abierto, con la camisa desgarrada y casi desnudo sobre la nieve -dijo el guardia-. Los cautelosos no se comportan así.

-Acercadlo -dijo uno de los jueces. Ya que ninguna de las cabezas se movió, no había forma de saber cuál de ellos había hablado. Mientras el guardia le empujaba hacia adelante, otra voz judicial dijo:

-El Hoyo, sin duda, y un pase falso. ¿Quién te dio tu pase, niño? ¿O quieres que te aplastemos los testículos y que te los sirvamos en budín?

Orem no tuvo coraje suficiente en ese momento. El coraje estaba más allá de él después de dos noches en la jaula abierta. No les contó todo lo que sabía sobre el pasaje por el Hoyo porque precisamente en ese instante uno de los magistrados dejó escapar un pequeño grito y exclamó:

-¡Mirad su rostro!

Uno de ellos hizo un gesto a los guardias, que le hicieron salir por una puertecita de la jaula y le llevaron directamente ante la mesa de los magistrados. Le dejaron recostarse contra el escritorio mientras los rostros enmascarados le escudriñaban con atención. Orem estaba ahora suficientemente cerca para poder ver el blanco de sus ojos por detrás de las máscaras, para poder ver los labios, los dientes y las lenguas de los oradores.

-¿Cómo te hiciste esa cicatriz que tienes en la garganta?

Había olvidado la marca que había dejado el sueño sobre su cuerpo. ¿Qué podía responderles? Sólo la verdad podía importar, sólo la verdad podía encajar en todo eso.

-Soy hijo de un granjero. Me corté de niño sobre el filo de un arado.

Quedaron mudos, mirándole. Entonces el del medio asintió, y los otros también asintieron.

-El sueño de la Reina, muy bien -dijo uno.

-Y nos vino de las jaulas... -dijo otro.

-¿Cómo te llamas, niño?

Orem pensó por un momento y recordó:

-Orem.

-¿Orem qué?

No podía recordarlo. ¿No lo habían llamado el Carniseco? ¿O el de Banningside? ¿O ap Avonap? ¿Cuál de ellos?

-No está en condiciones de dar respuestas.

-Pero dio una que fue suficiente.

-¿Y bien, ahora qué? Dijo que no le hiciéramos daño y míralo.

-¿Cuánto recordará?

-Demasiado.

-¿Cómo podíamos saberlo? Éste fue arrestado antes de que nos lo dijera.

El del medio tomó una decisión.

-No interrumpamos la búsqueda. Dejemos que pase un tiempo y llevémoslo a algún sitio para que duerma. Sólo cuando esté en mejores condiciones suspenderemos la búsqueda.

-Imbécil. Ella ya lo sabe ahora.

-Pero no se lo entregaremos hasta que se restablezca un poco. Llévadle frazadas y una sopa y un fogón a su habitación. ¡Deprisa! ¡Y que pase el siguiente! ¡Rápido!

Orem se encontró arrastrado de nuevo, pero esta vez por manos más corteses y cuando llegaron a una pequeña habitación con un fuego encendido, le liberaron las manos y le apoyaron sobre un cojín de plumas en un rincón, y le abrigaron. Se durmió antes de que los guardias abandonaran el lugar. Apenas se despertó para comerse la sopa que le trajeron y lo mismo sucedió cuando le acercaron el orinal. Finalmente despertó solo y se apartó las frazadas porque estaba sudando y la lana le producía picor. Sintió el agujón de la herida allí donde las esposas le habían mordido la carne; le dolían todas las articulaciones y tembló varias veces. Finalmente vomitó la sopa sobre los ladrillos del fogón.

Entonces se sintió mejor. Fue hasta un rincón, reclinó la cabeza contra la pared y se sentó a observar el fuego a través de los ojos entrecerrados. La escena con los magistrados permanecía con él con la claridad del sueño del que uno acaba de despertar. Ella había hecho que los guardias le buscasen. Ella podía ver incluso ahora. Ella había visto su rostro en un sueño. Ella sólo podía ser la Reina Belleza, y ahora Orem comprendía que debía pagar un precio por haberla desafiado en defensa de Palicrovol sólo unas noches atrás. Pero después de todo lo que había sucedido, no se molestó en tener miedo. ¿Qué podía hacerle ahora para lastimarlo más? Aún no había retornado por completo a su cuerpo; sus sensaciones todavía no eran íntegramente suyas. Que le torturara, que le matara. Para él todo daba lo mismo. Todo daba igual ya. Llegaron unos sirvientes con una tina, le quitaron el calzoncillo y le hundieron en el agua tibia. Algunos se llevaron sus ropas; otros mojaban el suelo al frotarle la espalda duramente y enjabonarle el cabello y la cabeza. La orina seca y los escupitajos de la jaula quedaron flotando sobre el agua; retiraron la tina y trajeron otra, y le volvieron a bañar, y le secaron ante el fuego con toallas. Le cortaron el cabello y le peinaron, y le vistieron con una sencilla camisa y un cinturón de eslabones ricamente ornamentado y que brillaba como el oro. Brillaba como el oro, pensó Orem, pero ni siquiera entonces se le ocurrió pensar que era de oro. De todas formas, no habría podido distinguir el oro auténtico del falso.

Los magistrados le dieron otro vistazo, para estar seguros. A Orem no le importaba lo que pudieran decidir. Era suficiente con haber sentido sobre su piel limpia y doliente el suave roce de la tela, haber estado ante la tibieza del fuego, haber tocado los ladrillos calientes con cada dedo de su mano y ver que cada uno se estremecía con vida, poner a prueba sus pies y ver que respondían, estar vivo y sentir calor.

Aparentemente él era el hombre al cual andaban buscando.

-Sí, sí, así estar bien. Es lo mejor que podemos hacer. -Le pidieron disculpas con brusquedad-. Fue un terrible error, Orem, mi niño. Sólo un error. Podía pasarle a cualquiera. No te quejarás de esto, ¿verdad?

¿Quejarse? ¿De qué tendría que quejarse? Solo déjenme aquí al calor, dijo, solo déjenme tibio, limpio y seco y no tendré de qué quejarme. Cayó dormido nuevamente antes de que los magistrados se alejaran.

## LA DANZA DE LA DESCENDENCIA

*De cómo Orem conoció a la Reina Belleza cara a cara, y de cómo la amo.*

### Los Árboles Torturados

Le llevaron al palacio en un carruaje de doce ruedas arrastrado por once corceles, pero no se molestó en contarlos. Aunque todavía no se había repuesto por completo de su dura prueba en las Cárceles, le maravilló el esplendor del Palacio, y observó por las ventanas las paredes cubiertas de mosaicos, los minaretes dorados, los tejados turquesas, las esculturas vivamente pintadas que crecían en profusión a ambos lados del paseo de piedra blanca. No alcanzó a comprender la historia que representaban, pero supo reconocer la perfección de estas obras creadas por manos humanas.

Pero cuando vio el jardín esculpido en el círculo de paseo palaciego se sintió perturbado. Otros habían visto los árboles y los arbustos que crecían con formas de elefantes y rosas gigantes, y los habían admirado. El ingenio de los amantes que crecían en las hojas; la escultura épica de la Batalla de la Montaña Gris... Orem no creía que fueran ingeniosas ni nobles. Había heredado lo suficiente de su madre para aborrecer toda violencia infligida contra un árbol. Y había heredado lo suficiente de su padre para que le perturbara profundamente ver semejante verdor en el frío del invierno.

Entonces llegaron las manos de los sirvientes. Muchas manos que le tocaban en silencio, que le alzaban de su carruaje cuan débil y frágil era.

-¿Aquí no se caen las hojas? -quiso saber.

-Durante una semana, cuando lo escoge la Reina -dijo uno de edad madura-. De tanto en tanto le complace ver el otoño, aunque al día siguiente ya es otra vez primavera.

Fue entonces cuando Orem comprendió el poder de la Reina. Se maravilló de haberse atrevido a desafiarla alguna vez. Sea cual fuere el castigo que tenía planeado darle, ahora sabía que no habría forma de escapar a él. Había sido como un tiburón tratando de mordisquear la costa. Peligroso y de dientes afilados, mas indigno de su adversario.

### El Danzarín Virgen

Le llevaron por habitaciones más grandes que la aldea de Banningside, cuyos techos se veían distantes como el cielo. Todas las paredes estaban recubiertas siete veces de tapices, tallas en piedra y en metal. No había mármol que no viviera con las figuras de hombres y animales entregados a la matanza o al coito. No había hierro que no hubiese sido plateado, ni plata sin incrustaciones de oro. Los muebles eran de pesadas maderas, pero todos delicadamente tallados de tal forma que en la madera se veían miles de diminutas ventanitas y parecía como si el peso descansara sobre un encaje oscuro e insustancial. Y como durante todo el trayecto nadie le habló, sólo gradualmente se dio cuenta de que no era por venganza que la Reina lo quería.

Después de todo, en las aldeas y en las granjas se hacía en forma simbólica porque eran pobres. Era la Danza de la Descendencia, desde luego. Lo último que Orem habría esperado. Y era de verdad. Ahora caía en la cuenta de que el carruaje que le había conducido al Palacio tenía doce ruedas, que una de las seis parejas de corceles que tiraba de él estaba incompleta. Y mientras entraba al Palacio se vio rodeado de diez hombres armados, y sus escudos estaban marcados con nueve piedras negras. El barbero de camisa roja le cortó el cabello en ocho tizeretazos, y ahora siete mujeres desnudas con sangre en sus muslos le sumergían seis veces en agua caliente y cinco veces en agua fría, de tal forma que se le otorgó el sacramento de las Dulces Hermanas la única vez en la vida de un hombre que éste puede recibirlo.

La única vez que un hombre puede recibirlo en su vida, y allí finalmente pensó en contar: contó a las mujeres y así y todo no lo podía creer. No para esto; no podían haberlo traído a Palacio para esto. Y cuando las mujeres se marcharon cuatro puertas se abrieron y por cada una entró un joven desnudo, sin vello viril. No podía dudarle, aunque tampoco lo comprendía. Él mismo había oficiado de uno de los Cuatro Jóvenes Vírgenes en las Danzas de la Descendencia de tres de sus hermanos. En la granja, los tres óleos habían sido grasa de cerdo, grasa de cordero y grasa de pollo y mientras ungían y rascaban habían bromeado y reído. Pero ahora nadie bromeaba. Los cuatro mozalbetes que se acuclillaron a su alrededor mientras él yacía desnudo sobre el suelo de piedra trabajaban con seriedad y concentración.

Los óleos no hedían a animal; eran delicados y de aroma intenso, y los jóvenes los frotaban firmemente sobre su piel, cada óleo en su momento y entre uno y otro le rascaban el cuerpo. Ni siquiera le hablaron para pedirle que se pusiera boca abajo; en cambio, sus delgados brazos juveniles se extendieron y sus tiernas manos le aferraron con firmeza, y le dieron la vuelta sin que mediara voluntad por su parte, pero tampoco sin la menor molestia o dolor. El aroma de las esencias le subió a la cabeza, y sintió un ligero dolor entre los ojos. Y con todo era un dolor delicioso, y cada vez que le frotaban el cuerpo sentía un placer para el cual no estaba preparado. Lo dejaron débil, tembloroso y laxo, y con agradecimiento tendió la mano hacia la primera de las Dos Tazas que le ofrecieron.

Aquí no había cuencos de arcilla. La Taza de la Mano Izquierda era un recipiente de cristal engarzado en una base de filigrana de oro que descansaba sobre el extremo de un pie delgado en espiral. El líquido que contenía era verde y parecía estar vivo de luz, de una luz suave que no vacilaba con la danza de los faroles de las paredes. Y mientras tendía la mano izquierda hacia el recipiente Orem sintió temor. De esto trataban los poemas, pero él no estaba preparado, nadie le había advertido. Soy como Glasin el Mercader, escogido al azar por aventuras que sólo podían haber predicho las Dulces Hermanas. No estoy listo, gritó desde sus adentros; pero su mano se extendió pese a todo y aunque temblaba no derramó una sola gota verde. En las aldeas hubiese sido un té de menta; aquí era un vino, y cuando lo tocó con la lengua el sabor le atravesó como el hielo, llevando el invierno hasta el último rincón de su cuerpo. Lo sintió en la punta de sus dedos, y las nalgas se le contrajeron involuntariamente. Pero lo bebió todo y cuando terminó todo su ser temblaba con violencia y los dientes le castañeteaban. Del recipiente vacío de cristal subía vapor.

La Taza de la Mano Derecha estaba hecha de piedra, de piedra burda sin pulir, y sin figuras ni esculturas, salvo que estaba tallada para formar la curva adecuada que se requería incluso en las granjas. Antes había bebido el alma de la mujer y ahora extendió la mano derecha para tomar en ella el alma del hombre. La piedra no era tan pesada como había supuesto, y casi derramó el líquido, pero el fluido blanco y espeso era denso y lento como el barro, y no rebasó los bordes.

Esta vez la bebida era caliente y no bajó tan rápidamente como la anterior. En la granja hubiese sido crema, y tal vez aquí también lo fuera, pero era dulce, penosamente dulce y caliente al punto de quemarle la lengua. Pero se bebió todo el contenido, y dejó la taza en su sitio lentamente, saboreando el calor que luchaba con el frío y vencía. Sabía que se había ruborizado y que tenía el rostro encarnado. Tomó aliento y se apoyó a gatas sobre el suelo mientras su cuerpo absorbía el calor del alma del Hombre.

Entonces los sirvientes retiraron las Dos Tazas, y los demás lo condujeron a una silla dorada cubierta con espeso terciopelo rojo, donde se sentó a la espera del Anillo Rojo. Pero no de madera pintada; el que le trajeron estaba íntegramente tallado en un rubí. El valor escapaba tanto a la comprensión de Orem que sólo después de largo rato reparó en que el precio del anillo bastaba para comprar mil granjas como la de su padre y que el sobrante permitía comprar diez mil esclavos que trabajaran en ellas.

¿En qué dedo? ¿Cómo habían decidido sus hermanos? Todo su futuro pendía de esta elección.

Levantó la mano izquierda, la mano de la pasión, sin pensar mucho en el significado, sólo porque era la mano que quería alzar. El sirviente tomó el anillo entre el pulgar y el índice y aguardó a que Orem escogiera el dedo. Y Orem se decidió por el único dedo que ningún hombre hubiese escogido nunca. Eligió el meñique, el más pequeño, el dedo de la debilidad y la rendición. La vergüenza de su elección le hizo ruborizarse, pero sabía que no le cabía otra alternativa. ¿Por qué?, se preguntó.

Pero ese día no sabía el porqué de nada. Todo era demasiado rápido, demasiado extraño, demasiado inexorable. Había pensado en ganarse un poema. En cambio, acababa de finalizar la Danza de la Descendencia. Se desposaba, ahora, a los dieciséis años; y con todo lo que había sucedido en su Danza de la Descendencia, a Orem no le cabían dudas sobre la identidad de la esposa, aunque era un pensamiento tan escandaloso que jamás se habría atrevido a pronunciar su nombre en voz alta.

Para su sorpresa, nadie le pidió que se levantara de la silla. En cambio, con el anillo de rubí en el meñique izquierdo, permaneció sentado mientras los lacayos pasaban varas por las anillas que había a ambos lados de la silla y lo alzaban en volandas antes de retirarlo de la sala. No había puerta en el extremo: la pared se partió en una gran hendidura desde el techo hasta el suelo, y entonces se deslizó a ambos lados, y le llevaron en presencia de la Reina.

#### La Tierna Boda De Belleza Con El Hijo De Su Esposo

Detrás de él las paredes se cerraron y la única luz de la habitación fue la de la luna, que provenía de inmensos ventanales y se reflejaba sobre el millar de espejos que cubrían las paredes. Bajo la luz plateada y fragmentada, la vio sola, de pie, desnuda en el suelo, y sus pies eran blancos y suaves como el frío mármol del cual parecían haber sido tallados. ¿Dudas de que pueda describirla? Su melena era larga y abundante y le llegaba por debajo de la cintura; el de su cabeza era el único cabello que orlaba su cuerpo. Podía haber sido una niña, de no ser por los senos perfectos y pequeños que en su tenue subir y bajar eran la única prueba de que estaba viva.

Él reconoció su rostro. Era la faz perfecta, anhelante, adorable e inevitable de la mujer de su sueño. Era la virgen que clamaba por su m s tierno amor. Era la Reina Belleza, y ahora era también su consorte.

Se puso de pie, apenas consciente de su cuerpo delgado y desproporcionado, con el torso oloroso y terso; pero pronto no pensó más en avergonzarse de lo poco que podía ofrecerle a la única mujer perfecta del mundo. Porque ella levantó la mano, la derecha, y el anillo de oro que lucía estaba en el dedo imposible, en el dedo que menos podía haber esperado: el meñique de su mano derecha. Y mientras él avanzaba hacia ella, con su mano erguida, vio que los anillos de sus dedos descansaban a la misma altura de la punta.

Si él había elegido rendir toda su pasión, ella había escogido rendir toda su voluntad.

-¿Eres virgen? -susurró, con voz suave e imperiosa.

El asintió con la cabeza.

No fue suficiente. Con impaciencia, ella volvió a preguntar:

-¿Mi niño, mi esposo, mi Reyecito, alguna vez tu simiente ha sido derramada en el vientre de otra mujer?

Y Orem habló, aunque no supo bien de dónde le provenía la voz.

-Jamás.

Ella se inclinó hacia él y le besó. Fue un beso frío, pero prolongado, y Orem deseó que no terminara jamás. Y mientras ella le besó, sus senos se inclinaron para posarse sobre su pecho, y entonces sus caderas se encontraron y la mano izquierda de ella le abrazó

por la espalda y Belleza se adhirió a él. No pensó en los rostros deformes de las hermanas ni en la prostituta que había sido incapaz de aprovechar; no necesitaba ni deseaba pensar en lo que su cuerpo podría o no podría hacer. El beso concluyó.

-Jamás te amaré -susurró-. Jamás tendrás mi corazón. -Pero el timbre de su voz vibraba de amor, y Orem tembló ante el poder que tenía sin valerse de su magia.

¿Debía responderle? No podía. Porque había puesto la sortija sobre el dedo de la pasión y eso era promesa de amor absoluto y eterno. Pero en su corazón supo, sin entender por qué, que él tampoco la amaría nunca. Su corazón se había rendido, pero no a ella; la voluntad de ella se había rendido, pero no a él.

-Tendremos un hijo -le dijo con suavidad, conduciéndolo a un sitio donde el suelo daba paso al vasto océano de un tálamo nupcial.

-Será un varón -prosiguió mientras los dos se arrodillaban y sus manos se posaban sobre el cuerpo de él.

-Le daré todo de mí -añadió- y es por eso que no me quedará nada para ti.

Estuvieron toda la noche tendidos uno al lado del otro, y el niño docemesino fue concebido. Orem supo el instante en que sucedió, ya que la Reina gritó de regocijo y por un momento no pudo mirarle los ojos de tan brillantes que eran.

-Estoy en ti y soy tuyo -habló Orem sin palabras.

Tú también tuviste su cuerpo dos veces, Palicrovol. Una vez ella no te quería y la otra no la querías tú. ¿Pero alguna vez miraste su rostro y dijiste estoy en ti y soy tuyo? No le diste ninguna Danza de la Descendencia, Rey de Burland. ¿Lamentas que por una vez en su vida tuviese un hombre que la amó con todo su corazón, aunque solo por ese único instante?

Y si te tortura saber que en su vida otro hombre estuvo con ella, consuélate pensando que sólo la tuvo en ese momento, y que durante semanas Orem no supo hacer más que pensar en esa noche con Belleza. Y cada vez que lo hacía su cuerpo se erguía y se derramaba en sí violentamente de sólo recordarlo. Cuando Belleza posee a un hombre, Palicrovol, ¿cabe hacerlo responsable de lo que hace su cuerpo?

Y sin embargo no quiero decir que a ella la obligara del modo en que te obligó a ti. Orem sabía como ningún otro hombre podía saberlo que no se trató de magia. Esa noche ella no había impuesto hechizo alguno sobre él. No podía haberlo hecho, ya que un niño de doce meses de preñez no se concibe a fuerza de magia. Lo que Orem sintió por ella fue genuino, y no sólo por amor a su cuerpo perfecto. Conozco a Orem de verdad y sé que cuando amó a su desposada no quiso a una Reina sino a la niña Asineth que podía haber sido de no haber sufrido semejante devastación durante su infancia.

¿Es por eso que le odias tanto, Palicrovol? ¿Porque conoce a la mujer que ella pudo haber sido?

## LAS COMPAÑIAS DE LA REINA

*De cómo Orem llegó a ser llamado el Reyecito y cómo conoció a los que tan cruelmente, y tan gentilmente, usaron de él.*

## EL AMOR DE BELLEZA

-¿Quién puede culpar a Orem el Carniseco por haber despertado sorprendido, maravillado de alegría? Por primera vez en su vida la verdad era mejor que el sueño, y más improbable. Durante esa primera hora creyó haber conseguido nombre, poema y lugar, todo en uno, y que todos eran felices. La luz del sol danzaba desde un millar de espejos. Y más:

Creo que si Belleza hubiera sido gentil con él, la habría amado y así nosotros y los dioses habríamos estado perdidos.

Pero si Belleza hubiese sido capaz de ser amable, no habría sido necesaria su muerte para liberarnos a todos de sus ataduras.

Conque vamos en círculos. Y he aquí el círculo más cruel de todos, Palicrovol: creo que, hacia el fin de su vida, Belleza amó a Orem el Carniseco de modo muy similar a aquel con que la Princesa Flor amó a su Rey. Si bien Orem había nacido cuando Belleza ya llevaba tres siglos en el poder, la niña Asineth había encontrado a su amante: a un soñador, a un buen hombre, a un hombre amable que pensaba menos en su plan que en las personas involucradas en él. En eso se distinguía de ti, Palicrovol, y es por eso que ella le amó.

Pobre Belleza. ¿No me cabe compadecerla a ella, más que a ningún otro ser? Ella le amó, pero sólo había aprendido una forma de demostrar su amor: por medio de la crueldad y el insulto. Después de todo, ¿a quién amó más en todo el mundo? A los que vivieron a su izquierda y derecha durante tres siglos: a Comadreja Bocatizada, a Urubugala, y a Pusilánime. Eso era lo que conocía del amor. No debe asombrarnos que Orem jamás reconociera su amor cuando ella se lo brindó. Aún ahora, si él supiera que ella le amó se le partiría el corazón.

Pero no lo supo, y no lo sabe, porque esta es la forma en que ella lo trató desde su primer día como marido y mujer.

### Le Llamaron El Reyecito

Por la mañana le vistieron con brocados y terciopelo, con telas tan pesadas que al principio le doblaron el cuerpo y le hicieron verse un tanto ridículo. Él no sabía cómo lucir los ropajes de un Rey; como sabes, eso no es algo innato en un hombre. Entonces le condujeron por Palacio, murmurando a su oído los nombres de las salas para que pudiera referirse a ellas, aunque él todavía no sabía qué hacer con la Cámara de las Estrellas o con el Salón de los Áspides, con el Porche de los Lamentos o con la Sala de los Toros Danzantes.

Al pie de una escalera vio a un hombre que parecía fuera de lugar, ya que en lugar de vestir librea llevaba un viejo taparrabos gastado y estaba cubierto con manchas del color de la madera. La espalda del anciano se veía retorcida, como si la hubieran doblado grandes manos. Se inclinaba sobre la escalinata, vertiendo un fluido claro sobre la madera y frotando para que penetrara. Orem sólo se detuvo para no pisar sobre su labor. El hombre levantó la vista y le miró. Sus cejas eran espesas como bigotes, y eran el único pelo en su cabeza. La piel de su rostro era transparente y las venas y arterias se traslucían azules y rojas por debajo de la superficie. Los ojos, profundos como el ámbar, espesos como la crema y sin pupilas. Sin pupilas.

-¿Eres ciego? -preguntó Orem suavemente. Sin duda no podía ver sin una abertura que permitiera la visión, ¿pero acaso no había levantado la vista hacia él?

-Soy ciego a la luz -musitó el anciano, sin apartar la mirada del rostro de Orem.

¿Dónde había visto antes unos ojos así?

-¿Quién eres? -preguntó Orem.

-Soy Dios -dijo el anciano. Sonrió y su boca no tenía dientes, ni lengua, ni nada de nada. Sólo negrura por detrás de los labios. Entonces se inclinó de nuevo sobre su tarea y los sirvientes suavemente apartaron a Orem escaleras arriba.

¿Quién sino el Reyecito podía haber hablado con un sirviente desnudo que enceraba las escalinatas? Una cosa es segura: sólo podía haber escuchado la respuesta que oyó Orem alguien que llevara consigo un hoyo invisible sobre el Ojo Inquisidor de la Reina. Él no comprendió; no olvidó tampoco, a pesar de todo lo que aprendió de la Reina Belleza antes de que llegara su hora.

¿Quién sino la Reina Belleza podía ser vista en la Cámara de la Luna, con sus grandes discos de plata iluminados por mil velas? La utilizaba como corte personal. Los sirvientes condujeron a Orem al borde del inmenso círculo de cristal que ahora se llama Mesa Redonda y que entonces se denominaba La Luna de Belleza. Se situó frente a la Reina, quien aguardaba sentada en su trono de marfil.

Una vez que los sirvientes se marcharon, la Reina se puso de pie y avanzó unos pasos, ofreciéndole la mano. Orem la tomó y comenzó a inclinarse ante ella, inseguro del protocolo, sin pensar en otra cosa que en la noche anterior y aún maravillado de que esta mujer fuese su esposa. Pero la Reina le detuvo, y no dejó que la reverenciara. En cambio, ella se inclinó ante él y a sus espaldas se oyó que alguien contenía la respiración. Fue entonces cuando notó que en la habitación había alguien más.

-Belleza ha tomado un esposo -dijo una voz aflautada con un dejo de locura- para que la acompañe toda su vida. ¿Le habrá llevado a la cama con la cabeza envenenada?

La Reina alzó la cabeza y miró a los demás; Orem también se dio la vuelta. En mitad de la mesa había un hombrecito diminuto, de cabello renegrido, semidesnudo, con un tocado de cuernos de vaca sobre la cabeza y un inmenso falo de juguete que pendía de su cinturón. No estaba allí cuando Orem entró. Era el que había pronunciado las palabras, y ahora volvía a hablar:

*¡Qué precioso reyecito,  
ay qué lindo pajarito!  
¿Cantará la abeja su canción  
cuando vea que perdió el aguijón?*

-Cállate -ordenó la Reina con ademán espléndido. El enano dio una cabriola y fue a dar a los pies de Belleza, riendo.

-¡Oh, Reina, azótame, azótame! -gritaba el hombrecito. Después se puso a llorar inspirando pena y finalmente, tras saborear sus lágrimas, se retiró a un rincón de la habitación, frotándose los ojos con el inmenso falo que colgaba más largo que sus piernas.

-Como veis -dijo la Reina-, he tomado un esposo. Es un vulgar criminal de la parte más inmunda de la ciudad. Me resulta tan atractivo como un puerco leproso. Pero me fue concedido en un sueño por las Dulces Hermanas, y me ha divertido seguir su consejo.

Orem no podía distinguir la diferencia entre su voz melodiosa y dulce y las palabras ásperas que decía. Sonrió estúpidamente, vagamente consciente de que le estaba insultando, pero incapaz de enfadarse ante el canto de los labios de la Reina Belleza.

-Como veis, también es bastante imbécil. Una vez tuvo un nombre, pero en esta corte se le ha de llamar el Reyecito. Asimismo, a pesar del hecho de que tiene la destreza sexual de un zángano, anoche concebimos un hijo.

Orem no se sintió sorprendido de que la Reina Belleza ya lo supiera. Las demás mujeres debían aguardar a que la luna no cumpliera su ciclo para ellas, pero no era el caso de la Reina. Con Belleza tales cosas no quedaban libradas al azar.

-Hablaréis de mi hijo a los demás, mi Chusma. Echad a correr la nueva como un rumor por todo el mundo. El querido Palicrovol sabrá lo que significa, aun cuando el resto lo ignore, y vendrá a golpear a mis puertas. Le echo de menos. Deseo verle llorar otra vez.

De uno en uno, las Compañías de la Reina llegaron hasta ella, y a todos les recibió con solemnidad.

El andar del viejo soldado era lento e inseguro; temblaba bajo el peso de su armadura. Su voz era suave y superficial, llena de aire. Fue el primero que habló a Orem.

-Reyecito, veo que luces sabiamente la sortija. Obsérvala a menudo y sigue su consejo. -Entonces se dirigió a la Reina y la miró a los ojos. Orem se sorprendió por la fuerza de su mirada. Cuando los ojos del viejo se posaron sobre los suyos habían sido

suaves y amables, pero ahora lanzaban llamaradas. ¿Odio? Este hombre tenía poder a pesar de su cuerpo débil y de la inmensa armadura que le dejaba en ridículo-. Belleza, querida Belleza -manifestó el anciano soldado-. Esta es la bendición que doy a tu hijo: que tenga mi fortaleza.

Orem miró a la Reina alarmado. Seguramente se pondría furiosa al ver que el anciano había maldecido al hijo que llevaba en el vientre de tal modo. Orem sabía bien el poder que tenían los deseos sobre los hijos por nacer: muchos tontos y tullidos habían sido el resultado de bromas malintencionadas. Pero la Reina sólo asintió y sonrió, como si el hombre le hubiera concedido un gran don.

Y luego la mujer. Caminaba con una ligera cojera y tras un paso largo venía uno corto. Las manos eran arrugadas y nudosas, y cuando tocó la mejilla de Orem los dedos le resultaron escamosos como la piel de un pez. Sonrió y Orem vio que la sombra que ensuciaba sus labios era un bigote ralo; el cabello también era delgado y áspero, y en ciertos sectores era calva. Ni siquiera se le había concedido la misericordia de una peluca.

-Reyecito -dijo con voz chillona y quebrada como el cacareo de una gallina en celo-, quédate solo, no ames a nadie y vive muchos años. -Ella también se volvió a la Reina.- Yo también otorgo una bendición a tu hijo: que tenga mi belleza.

Nuevamente la Reina aceptó la cruel maldición como si se tratara de una dádiva. El enano se puso de pie torpemente, con sonrisa idiota. Se detuvo frente a Orem y se bajó la ropa interior para mostrar que sólo tenía un testículo en el escroto y un pene tan pequeño que apenas se podía ver.

-Soy la mitad de lo que debiera ser -dijo el bufón- pero dos veces el hombre que tú eres. -Entonces se echó a reír, se subió los calzones y saltó hacia adelante. Abrió el manto de Orem y le levantó la camisa para atisbar por debajo. Orem intentó retirarse, pero el enano era rápido y vio lo que quería-. ¡Reyecito! ¡Reyecito! -aulló mientras salía de entre las ropas de Orem. Y luego, de pronto, se puso serio.- La Reina lo ve todo, excepto aquello que no ve que no ve. Recuérdalo, Reyecito.

Antes de dar la vuelta, el hombre guiñó un ojo y Orem sintió con inexplicable certeza que el tonto sabía algo que Orem necesitaba aprender.

-Belleza, querida Belleza -canturreó el enano moreno a la Reina.

*Bendigo a la pequeña criatura concebida.  
Menos cuatro, todos los dioses le han sonreído.  
Y aunque sólo escuche mentiras en toda su vida,  
que sea tan sabio como yo lo he sido.*

Entonces, riendo a voz en grito, el bufón dio un salto mortal y fue a parar debajo de la mesa.

Orem se quedó aterrorizado ante los horrendos dones que habían concedido al hijo de Belleza... a su hijo, aun cuando distaba de tener grandes sentimientos paternos hacia una criatura que todavía no podía imaginar siquiera. Todo lo que sabía Orem era que se había cometido una grave descortesía, y trató de repararla. No conocía más bendiciones para un niño que la que se usa en Banningside y en las granjas del campo, la bendición que empleaba invariablemente el sacerdote Dobbick. Orem se volvió hacia la Reina y dijo:

-Reina Belleza, me gustaría bendecir al niño.

Ella esbozó una sonrisa a medias; él pensó que era de asentimiento, no de diversión. Expresó su deseo con palabras que en sí mismas tenían escaso significado para él, salvo por el hecho de ser una bendición apropiada.

-Que el niño sirva a Dios.

Orem había querido manifestar una gentileza, pero la Reina lo tomó como una maldición. Le lanzó un sopapo al rostro con tal fuerza que Orem cayó al suelo. Su sortija

le había abierto el pómulo. ¿Qué había dicho? Desde el suelo observó mientras ella miraba a los demás imperiosamente y anunciaba con voz transida por el odio:

-El don de mi Reyecito no tiene más valor que el pajarito que lleva allí puesto. -Luego se volvió a su niño-esposo-. Ordena y bendice como te plazca, mi Reyecito; sólo te obedecerán quienes se rían de ti. -Entonces la Reina se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta. Se detuvo antes de trasponerla-. Urubugala -dijo con firmeza. El negro bufón salió de su escondite debajo de la mesa y Orem supo entonces que ese era su nombre.

-Ven aquí -ordenó la Reina. Urubugala siguió andando a gatas, como lamentándose del triste fardo que le tocaba cargar en la vida. Pasó cerca de Orem, quien instintivamente se apartó del hombre estrafalario. De pronto la mano negra del enano salió disparada y atrapó a Orem por el brazo. Lo acercó hasta él con fuerza. Orem perdió el equilibrio y en el esfuerzo por incorporarse halló los labios del hombrecito contra su oreja.

-Te conozco, Orem -llegó el suspiro casi inaudible-. Te he esperado durante largo tiempo.

Orem estaba de rodillas, y el bufón de pie ante él. Así, los dos quedaban casi a la misma altura. El tonto le besó firmemente en la boca, posó sus manos sobre la cabeza de Orem y gritó:

-¡Te nombro por tu nombre verdadero, niño! ¡Eres la Esperanza del Venado!

Orem sintió que un temblor recorría su cuerpo, violento como si el mismo suelo se hubiese sacudido. Orem ap Avonap, el Carniseco, el de Banningside, el Reyecito... de todos los nombres que le habían sido conferidos, sólo Esperanza del Venado era el que le habían dado con el Pasaje de los Nombres. Si hubiese tomado los hábitos, su nombre sacerdotal habría sido ése.

Y tal vez el suelo se había movido, ya que el tonto se estaba revolviendo en el suelo, gritando en agonía, oprimiéndose la cabeza. ¿Era parte de un juego, parte de su juego de imbecilidad, o acaso el dolor era real?

-Su nombre es Reyecito y no tendrá otro -dijo la Reina desde la puerta.

Se marchó. Urubugala dejó de gritar de inmediato. Durante un momento permaneció jadeando sobre el suelo, luego se puso de pie y se fue de la habitación, siguiendo a la Reina.

Orem también se levantó. Le dolía la mejilla y también los codos, que habían recibido el peso del cuerpo en la caída. Estaba confundido, no comprendía nada. Se volvió a los demás, a la mujer horrenda y al soldado enclenque. Lo contemplaron con ojos piadosos. Tampoco comprendió su compasión.

-¿Qué hago ahora? -preguntó.

Se miraron entre sí.

-Eres el Reyecito -dijo el soldado-. Puedes hacer lo que te plazca.

-Rey -dijo Orem sin saber qué hacer-. Una vez vi a Palicrovol.

-¿Ah, sí? -dijo la mujer. No parecía interesada.

-Se cubre los ojos con hemisferios de oro, para que la Reina no pueda ver a través de él.

La mujer rió entre dientes.

-Entonces lo hace en vano, pues la Reina lo ve todo.

Salvo cuando yo estoy y suprimo su visión, pensó Orem pero no lo dijo.

-Ella todo lo ve, como si detrás de la cabeza tuviera una orquesta de visiones. Siempre está observando. -La mujer se echó a reír-. Nos está viendo ahora. Y se está riendo, estoy segura.

Entonces Orem sintió temor. ¿Cuánto veía realmente? No le había dado muestras de saber acerca de las facultades que Orem podía ejercer sobre sus poderes. Pero si nada sabía de su don, ¿entonces por qué le había elegido? No por amor, ahora ya lo tenía claro. Sabía lo suficiente para sentirse avergonzado frente a estas compañías de la Reina, avergonzado de ser tan débil, indefenso y patético. Su misma vergüenza apabulló al

temor. Si iba a descubrir su poder o de algún modo limitarlo, pues que fuese en ese momento. Dejó que su red se deslizara a su alrededor, lo suficiente para llenar la habitación, para limpiar la sala de esa capa dulce y adherente que constituía el Ojo Inquisidor de Belleza. Cuando Belleza ya no podía verlos, habló:

-¿Qué se le permite hacer al puerco una vez que la cerda ha sido servida?

Sus ojos se agrandaron y durante un instante no dijeron nada, a la espera de que la Reina le derribara, según Orem supuso. O bien le había escuchado y no le importaba, o como confiaba Orem, no lo había oído. No había oído y en ese caso él tenía cierto patético e ínfimo poder allí, suficiente para no tener que sentirse avergonzado.

-He preguntado -repitió- qué se me permite hacer.

-Aparentemente todo lo que quieras -replicó la mujer.

El retumbar grave de la voz del anciano agregó:

-Tú mandas a todos. Eres el esposo de la Reina. Eres el Reyecito, y deben obedecerte. Era un pensamiento muy lógico, pero Orem desconfió.

-Entonces decidme vuestros nombres.

-Oh, si me disculpas -acotó la desagradable mujer-, hemos cometido un error. Tú mandas a todos salvo a Urubugala y a nosotros.

-¿Y por qué a vosotros no?

-Porque no nos reímos de tí.

La implicación era obvia.

-En ese caso todos los demás se reirán...

Se miraron nuevamente, y la mujer susurró:

-Tal es la voluntad de Belleza. Y ¿quién puede impedir que Belleza sea obedecida?

No era una pregunta retórica. No totalmente. Ella le estaba preguntando si acaso él sabía algo que ellos ignoraban. Pero no se atrevió a responder, no osó explicarles quién era, aun cuando él mismo lo hubiese sabido sin dudarlo. ¿Quién puede impedir que Belleza sea obedecida? Belleza lo ve todo... salvo lo que no ve que no ve. ¿No me ve? ¿Y acaso no ve que no me ve? Enigmas, acertijos... No puedo responderles porque no lo sé.

-Cuanto menos ordenes -dijo el soldado- menos se reirán de ti.

-No le digas eso, Pusilánime -dijo la horrenda mujer-. Reyecito, ordena todo lo que deseas. La vida te será más fácil si se ríen. Que se ríen. La Reina también reirá.

-Si la Reina se ríe, entonces podré darle órdenes, ¿o no?

Nuevamente hubo un momento de azoramiento ante su irreverencia; y tampoco sucedió nada. Y esta vez la mujer horrible sonrió y el viejo soldado resolló.

-¿Quién sabe? -susurró el soldado.

-Pusilánime. ¿Es ese tu nombre?

El soldado se avinagró de inmediato.

-Es el nombre que me ha dado la Reina.

-¿Y a ti -preguntó Orem a la mujer- cómo debo llamarte?

-Me llaman Comadreja. Bocatiznada. Es el nombre que me ha dado la Reina.

-Antes de que me diera un nombre, yo tenía otro -comentó Orem-. ¿Y vosotros?

-Si fue así, ya lo he olvidado -dijo Comadreja.

-Pero debes recordarlo. Mi verdadero nombre es... -Pero ella posó su mano arrugada y callosa sobre sus labios.

-No puedes decirlo. Y si pudieras, te costaría mucho. No intentes recordar.

Y entonces él les demostró sin rodeos que no era el niño de carnes enjutas que parecía ser. Extendió su sutil lengua interior y les lamió suavemente, allí donde sus destellos brillaban esplendorosos. En ese instante de sabor pudo ver que estaban sujetos a tanta frialdad y opacidad que sus luces estaban sofocadas por un millar de hechizos. No los deshizo a todos; sólo al pequeño hechizo del olvido que había allí, algo fácil y sencillo de hacer. ¿No lo había hecho con Horca de Cristal?

Pero tan pronto lo hubo hecho lo lamentó. Lo miraron con ojos inmensos, con ojos que no lo veían; estaban vueltos para sus adentros, veían lo que ahora regresaba, después de tanto tiempo de haberse perdido de la memoria. Y lloraron. El viejo soldado Pusilánime dejaba que las lágrimas grises y frías le golpearan las mejillas mientras evocaba su fortaleza. La horrenda Comadreja Bocatiznada recordaba a su esposo, con el rostro más deforme que nunca a causa de tanto dolor. Se retorcieron de pesar y luego miraron hacia la puerta. Allí estaba la Reina.

La Reina Belleza, pero ya no distante e imperiosa; ahora estaba enfurecida y sus ojos danzaban como envueltos en llamaradas. Orem vio que realmente estaban inflamados, ya que de ellos salía fuego, y la luz que arrojaban bailoteaba sobre los discos de plata y se reflejaba sobre la mesa.

-¿Cómo habéis recordado lo que os quité? -Su voz hizo temblar la habitación.

Comadreja y Pusilánime no respondieron.

La Reina gritó, y los discos hicieron estruendo sobre los muros. Comadreja y Pusilánime cayeron al suelo. A pesar de su temor, Orem se preguntó si debía pretender mostrarse afectado por la magia que estaba empleando. Antes de que pudiera actuar, sin embargo, Urubugala quitó el asunto de las manos de Orem. Apareció rodando ante la Reina y se extendió en posición supina, con el rostro casi sobre sus pies.

-No puedes hacer que Urubugala olvide -dijo-. Lo que Urubugala fue una vez, Urubugala siempre seguirá siéndolo.

Nadie se movió. La Reina miró al enano desde arriba y sonrió celestialmente. Era la sonrisa de la crueldad inminente; todos lo sabíamos muy bien por entonces. Todos menos Orem.

-¿Ah, sí? -preguntó-. ¿Y qué esperabas conseguir? No pudiste detenerme antes; ¿crees que unos insignificantes hechizos me aterrorizarán? -Lo asió por los cabellos y lo alzó como si se tratase de un perro-. Urubugala, mi tontuelo, ¿no sabes que tus pequeños hechizos causaron todo esto? Oh, sí, Urubugala, intentas ofrecerme resistencia, intentas ayudar al viejo gallo a que se me escape... lo advertí cuando estaba a tiempo, a tiempo de renovarme, Urubugala. Y por eso el Reyecito está aquí. Les ordené a las Dulces Hermanas que me enviaran un sueño y obedecieron, y me enviaron al Reyecito y al niño que tengo en el vientre. ¿Crees que podrás detenerme?

-No -dijo Urubugala sonriendo.

-¿O sólo confiabas en que te dejaría morir?

-Tu graciosa persona me ha permitido vivir largo tiempo en tu infinita misericordia.

Su sonrisa se ensanchó, y los ojos despidieron llamaradas que encendieron las ropas de Urubugala. El enano aulló. Como si su grito fuera la fuerza del vuelo, se levantó por los aires, por encima de la mesa, y ardió y ardió mientras gritaba desesperado. Orem se sentía asqueado y horadado por la culpa. El enano había asumido la autoría de sus actos, de todos sus actos, y ahora moría por ello.

Pero después de todo no murió. Ya que tan pronto como las llamas lo inflamaron dejaron de arder, y el enano descendió hasta la mesa, donde quedó jadeando y gimiendo. La Reina Belleza caminó hasta su lado, extendió las manos y lo cogió por la orejas, y lo atrajo hasta que quedó mirándolo fijamente a los ojos.

-¿Fuiste tú quien me obstruyó la visión en el fortín de Palicrovol? Déjame entrar, Urubugala, o te haré arder de por vida.

-Entra, entra, entra -musitó-. Todo lo que quieras, entra, míralo todo. -Y tomó aire y se revolvió sobre la mesa. Su cabeza se alzó, los ojos fijos en la mirada de Belleza, hasta que los rostros se tocaron, uno arriba y el otro abajo, el ama y el esclavo, la madre y el hijo. La cabeza de Urubugala estaba suspendida en el aire por la sola fuerza de la mirada de Belleza.

Y entonces concluyó. Urubugala cayó con gran estruendo sobre la mesa.

-La verdad, la verdad, en nombre de las Hermanas es la verdad. Estaba tan segura de que eras tú...

-Pues bien -susurró el enano.

-¿Crees que no puedo compararme con eso, sea lo que fuere? No dejaré que me amenace ningún mago insignificante a quien hayas enseñado a deshacer hechizos, Urubugala.

-Pues bien...

-No me provoques, Urubugala. No te dejaré siquiera esa victoria. -Y entonces posó su mano sobre la frente del enano y este cayó inmóvil y dormido de inmediato. Orem vio que la piel no tenía marcas de fuego. La Reina se dirigió a Comadreja y a Pusilánime.

-¿Y sin embargo por qué os habría de retornar las piedades que él os quitó? Me complace que podáis recordarlo todo. Todo. ¿Me odiareis? Odiadme cuanto deseéis. Veréis como renazco nuevamente, y me detestaréis, pero no podréis hacer nada, no podéis hacer nada. ¿Es que no os dais cuenta? Puede que Urubugala os haya devuelto el recuerdo, pero creo que desearéis volver al antiguo olvido. No os molestéis en pedírmelo. Pedídselo a él. -Señaló al enano durmiente-. Ved qué puede hacer él.

La Reina se marchó. Pusilánime y Comadreja la observaron partir, y luego se volvieron para contemplar a Orem. Abrió la boca para hablar, pero Comadreja posó la mano sobre su boca y sacudió la cabeza. ¿Entonces qué? Sólo aguardaban, sin quitarle los ojos de encima. Entonces comprendió que estaban esperando que él les permitiera hablar con seguridad. De modo que tímidamente dejó salir sus redes y borró la habitación.

Urubugala se sentó de inmediato sobre la mesa.

-Nunca más -dijo a Orem-. Toca a quien quieras, haz lo que quieras, pero no a nosotros. Nosotros tres, las Compañías de la Reina, somos sus ornamentos y no nos habrá de alterar.

Era obvio que Urubugala sabía ante quién estaba, y que con la misma certidumbre creía que la Reina no podía escucharles. ¿Entonces, qué otra cosa si no confiar podía hacer Orem?

-Lo siento -dijo.

Comadreja salió en su defensa.

-No podías saberlo...

-¿Por qué estoy aquí? -quiso saber Orem.

Tal vez Comadreja debió habérselo dicho; hizo un gesto para hablar, pero Urubugala alzó la mano.

-No nos corresponde a nosotros aventurar lo que están haciendo los dioses. Te guían ojos más sabios que los nuestros y no te diremos nada más. Sólo esto: si no buscas, encontrarás; si no preguntas, obtendrás; Si no golpeas, todas las puertas se te abrirán.

Entonces Urubugala rodó de la mesa y cayó a los pies de Orem. El Reyecito bajó la vista y halló su mirada.

-Ni siquiera Belleza sabe por qué estás aquí...

Y el enano negro salió bamboleándose de la sala, con el falo bailoteando entre las piernas. Ya no era gracioso. No para Orem, ya que le había visto soportar la agonía y volver a hablar como si nada hubiese sucedido.

El enano le había protegido, y había sufrido el castigo que le correspondía a él, y le había mantenido en libertad. Comadreja y Pusilánime habían mantenido silencio para ayudarlo. Si eso no era amistad, Orem no comprendía el mundo. Ellos contaron con su lealtad para siempre. Pero en verdad, no era eso lo que querían. Ellos te eran fieles a ti, Palicrovol, no a Orem. Y él sólo lo comprendió al final, cuando ya era demasiado tarde para él y justo a tiempo para ti.

## LOS USOS DEL PODER

*¿Cómo usó Orem su nombre de Rey cuando se sentó en tu trono, Palicrovol? Antes, cuando fuiste joven, juzgaste a otro Rey de Burland. Como Conde de Traffing estudiaste al rey Nasilee y le encontraste débil y perverso, sólo merecedor de la muerte. ¿Cuáles fueron sus crímenes? Haber sido vengativo y cruel, rapaz y tiránico. Hay quienes sostienen que lo que te irritaba eran sus tributos, que lo que te tentó fue su debilidad, y que lo que deseaste fue su hija, aunque sólo era una niña. Estos envidiosos dicen que eras ambicioso. Pero has demostrado con tus acciones que verdaderamente desprecias la venganza y el castigo injusto. Conque ahora juzguemos al Reyecito no por los rumores sino por lo que hizo con el poder que pudo usar libremente. Si lo medimos con esta vara, creo que fue un hijo digno de Palicrovol.*

## El Reyecito En La Corte

Durante una semana, la Reina Belleza lo presentó como su esposo a todos los cientos de visitantes y miles de cortesanos de Palacio. Jamás habló de él sin cierto desdén crudo y mordaz, cierta chanza que hacía que los cortesanos rieran tras sus delicadas manos. Su delgadez, su juventud, su supuesta estupidez, su genuina inocencia, todo era causa de sorna.

Pero Orem era sabio y pidió consejo a las Compañías del Rey y lo siguió con paciencia y también aprendió a reírse, aun cuando todos lo despreciaban. Pero todos estaban satisfechos con su papel y se acostumbraron a él. Por fin tenía su nombre, y su lugar: el Reyecito, blanco de chanzas.

Después de la primera semana, la Reina ya no vino a burlarse de él. En su lugar, otros se habrían ocultado, se habrían mantenido al margen de los bailes y los banquetes. Pero Orem no se alejó. Venía, cada vez más real en su aspecto. Esto generaba muchas risas entre los petimetres, que creían que trataba de rivalizar con ellos. Jamás notaron que en realidad él era lo que ellos querían que fuese. Él aparecía y sostenía abiertamente el papel que la Reina le había obligado a representar. Parte del papel de Orem consistía en ser un palurdo campesino. Aprendió pronto y lo hacía muy bien.

Seis semanas después de su boda presidía un banquete para los cortesanos residentes. A su derecha se sentaba Comadreja Bocatiznada; a su izquierda, Pusilánime; en estas ocasiones siempre hay orden. Desde luego, los invitados al banquete estaban perfectamente dispuestos a divertirse a costa de él. No bien se sirvió el primer plato, una mujer exclamó:

-Mi Reyecito, ¿oficiaría usted de juez para todos nosotros? Mi esposo, ese que está allí con una mano sobre el muslo de Belfeva, me ha tratado con la mayor infidelidad.

Entonces delante de todos contó una historia de lo más escandalosa -escandalosa para Orem, al menos. Al parecer, su marido le era infiel con animales de la granja. Lo dijo con astucia premeditada; de todos los que la escuchaban, sólo Orem ignoraba las amables convenciones de las quejas astutas e impúdicas. Su rostro enrojeció y la sorpresa de tener que escuchar semejante relato dio paso a la furia ante la conducta del marido; después de todo, allí estaba el tipo, riéndose con el resto. ¡Riéndose! Esta gente al parecer no tenía sentido del bien ni del mal.

Entonces Comadreja Bocatiznada se inclinó hacia él y susurró con sus labios retorcidos y bigotudos muy cerca de su oído:

-No lo tomes en serio. Es una mentira, para divertirse.

Al principio eso no bastó para mitigar la ira de Orem. Después de todo, una mentira era una mentira, ya sea para divertirse o no. Pero ahora las risas cobraron otro significado, y comenzó a escuchar no tanto los supuestos pecados del esposo como la picardía de sus acusaciones. Ella era lista. Lo que provocaba risa era el giro de sus frases y la supuesta torpeza del marido. Por fin terminó y con aire de súplica le dijo:

-Conque dígame, mi Reyecito, ordéneme: ¿debo dejar que regrese a mi lecho o cortarle unos doce centímetros cuando se me acerque?

-Eso sería un castigo demasiado duro, mi señora -replicó Orem-. ¿Cómo se puede cortar doce de seis y esperar que quede algo?

Los cortesanos no habían esperado tanto. Todo lo que podían querer de él era su rudo acento del campo, su voz aflautada de adolescente, su rostro inocente y sin culpas. Pero verlo igualar el ingenio de la impúdica mujer... La noche parecía ser prometedora en extremo. La Reina había elegido bien a su palurdo consorte.

El esposo insultado exclamó:

-¡Te imploro, mi Reyecito, que no me hagas abandonar todas mis debilidades! Los pollos dan poca satisfacción y la producción de huevos ha disminuido notablemente. De las vacas puedo prescindir. ¡Pero la cerda es mi corazón, mi vida, mi amor!

-¿Cómo podría juzgar desde aquí? -preguntó Orem-. Debo mirarte a los ojos. Que algún otro se siente aquí, a la cabecera de la mesa. No es nada en contra vuestro, como comprenderéis -dijo a Comadreja y Pusilánime. Podía sentir la preocupación que afligía a Comadreja. Siempre quería estar cerca para protegerlo. Cuando la risa y las conversaciones cubrieron sus palabras, se inclinó hacia ella y dijo:

-Ahora sé que las groserías ingeniosas les hacen reír.

Entonces tomó su propio plato y sus cubiertos de plata, sostuvo la servilleta en la boca y fue hasta la mitad de la mesa, desplazando a un petimetre particularmente colorido para que se situara entre dos extravagantes damas de la corte. Marido y mujer estaban frente a él, pero separados por varios sitios. Les observó a ambos, y luego se echó a reír.

-Señora, debo alabaros a ambos por vuestra humildad. A ti, por haber admitido que tienes a una cerda por rival y a él, por admitir que ninguna encantadora dama podría ser su tierno amor. Con tal humildad, sostengo que sois el uno para el otro. Debéis seguir juntos: tal candor no merece otra cosa que su par.

Los demás comensales rieron tanto de su puerilidad y acento campesino como de su ingenio, pero no más. Debía abrirse camino y soportar lo que le tocaba hacer.

Pero la mujer inusualmente hermosa que se hallaba sentada justo enfrente de él sólo sonrió, y en sus ojos había un dejo de corrección e incluso de lástima.

-¿No deberías estar en la cabecera de la mesa?

-Dondequiera que estoy es la cabecera de la mesa -respondió Orem. Si tú lo hubieras dicho, Palicrovol, habría sido una reconvención y tu auditorio habría temblado. Pero en su voz y con sus maneras llanas las palabras sonaron ridículas; y aunque no lo hubiesen sido, era tal la predisposición a la risa que se habrían divertido de todas formas.

Sin embargo, había un hombre que no se divertía, o al menos que no lo demostraba. Era un jovencuelo de aspecto grave y fuerte y de cabello moreno que por estas cualidades parecía gozar del favor de las damas. La clase de hombre al cual uno siempre le atribuye en su imaginación los atributos de un semental, por los cuales le perdona los modales de puercoespín. Su nombre era Timias. Era la clase de hombre que, como las flores, surge de una vez, con espinas y pronto se desvanece, ocupando algún sitio menor desde el cual perseguir las escenas de sus conquistas. Pero parte de su encanto consistía en una destreza para la verdad y en cierto indicio de que podía terminar con una carrera más romántica y por ello más corta que el resto de sus semejantes. Se podía suponer, despiadadamente, que sentía envidia del joven que había dormido con la Reina. Pero Orem vio algo más en él. Este era otro de las dotes ignotas de Orem: poder ver en alguien lo que ningún otro veía.

Timias estaba sentado en diagonal al Reyecito. La risa murió y las damas que estaban a su alrededor comenzaron a devolver las atenciones que el Reyecito les brindaba... después de todo, era el único rey de Inwit. Orem hizo algunos absurdos comentarios acerca de lo bellas que se veían las mujeres sin sus afeites. Por ejemplo, dijo, las niñas del campo se veían muy bien sin ellos.

-¿Qué hacen entonces para resultar atractivas? -quiso saber una dama.

-Se lavan -dijo Orem-. Y sin pinturas, no son tan escurridizas como vosotras, señoras. ¡Cuando un hombre las aferra, jamás se escapan de sus garras! -Cómo rieron. Era un espectáculo demasiado bueno para dejarlo pasar. Pidió agua y se puso a lavar el rostro de una mujer, pero no de la que estaba más cerca de él, ya que vio que en verdad era fea y que sus afeites no dejaban de ser una salvación. En cambio, Orem lavó el rostro de la que tenía enfrente, que al tener bellos rasgos se benefició con el aseo. Y ella le criticó, aunque tácitamente, lo cual le procuró a Orem una cierta satisfacción. ¿Quién reparó en el tacto y la gentileza de Orem en un caso, y en su pequeño placer en el otro? Sólo reían, pues les divertía ver cómo pasaba por encima de tradiciones de siglos y modas de semanas. Qué payaso. Qué rustico. Qué palurdo. Divertidísimo.

Entonces, Timias actuó. Extendió la mano y tomó al Reyecito de la cintura antes de que pudiera seguir alimentando las risas de los demás lavando las falsas marcas de nacimiento que la mujer lucía en el escote.

-Puede que seas un asno -dijo Timias con frialdad- pero no hace falta que presentes pruebas con tal contundencia.

Tras un murmullo de sorpresa, todos enmudecieron. Timias no reía. Timias estaba estropeando toda la diversión. Paz, Timias. Déjalo, Timias. Pero Orem le miró, con esa sonrisa algo pícara que en su pueblo natal habría sido considerada signo de sincera buena voluntad.

-¿Qué ocurre, hombre, es acaso tu esposa?

Oh, sí que se rieron de eso. Pero Timias se tornó más frío y severo.

-Conque has colmado a la Reina con tu gallito, niño, ¿eh? Pues veo que te ha rendido grandes provechos.

Era la clase de observación que no se decía, sobre todo en el Palacio, ya que sin duda la Reina lo escucharía.

-Cierto bien me ha hecho -replicó serenamente Orem. Y luego recordó que debía divertirlos-. ¿Nos batiremos a duelo por el honor de la dama?

Se escucharon algunas risas. De no haber sido por la seriedad de Timias, se habrían oído más.

-El honor de la dama no necesita ser defendido -dijo Timias. Era la forma cortés de declinar. Insultar era una cosa, pero pensar en batirse a duelo con el Reyecito era algo demasiado peligroso. Sin duda la Reina no lo permitiría. La oportunidad de que Timias perdiera sería demasiado reducida. Pero Orem no le dejaría escurrirse con tanta facilidad. El Reyecito estaba allí para que rieran de él, ¿verdad? De modo que a darles más cuerda.

-¿Pero cómo puede ser que la dama se quede sin su campeón cuando digo que necesita lavarse los senos? -Se volvió a la dama-. A ver, ¿cómo te llamas? ¡Belfeva! ¡Tienes senos tan nobles, Belfeva, pero tan faltos de amigos en esta compañía! -Había aprendido rápido la dicción de la corte. Era otro juego de palabras, como los enigmas y los acertijos que había creado en la Casa de Dios. Casi todos los que estaban allí pensaban: qué payaso licencioso. Pero los pocos que le observaban con tino cavilaban: con qué arte actúa-. Acepto tu desafío aun cuando no me lo hayas ofrecido. Y el arma... ¡qué otra podría ser si no, veamos... sí, tome su pan, señor! ¡Y su copa! Pan mojado en vino, desde veinte pasos.

Desde luego, daba risa sólo de pensarlo. Pero además, a Timias le resultaba imposible de soportar. Es el defecto de los serios y fríos: no pueden tolerar que les hagan sentirse en ridículo.

-No haré semejante cosa -anunció Timias.

-En ese caso, ven a mi habitación mañana al mediodía -dijo el Reyecito-. Tenemos cosas de qué hablar, amigo.

-Nada tengo que hablar contigo. -Pero la seguridad de sus modales ya no era la misma. Timias, solo entre los cortesanos, advertía ahora que Orem era más sagaz de lo

que parecía, y que podía volver las cosas a su propio modo con más facilidad de lo que cualquiera excepto la víctima pensaría.

-Entonces trae a esta dama, con sus senos pero sin marcas de nacimiento, y podrás ayudarme a juzgar cuál de las dos es más hermosa, si tu compañera o la mía.

-Nadie es más hermosa que la Reina Belleza.

-Ah, pero la Reina Belleza no es mi compañera. Me mantiene como a una mascota, como sabréis, y no desea escucharme ladrar demasiado a menudo ni tenerme demasiado cerca. Mi compañera mañana será... -y dirigió la mirada hacia la cabecera de la mesa-, será la dama Comadreja Bocatizada.

Todos los ojos se volvieron a la mujer terriblemente fea. Ella comprendió parte de lo que Orem tramaba, y por eso inclinó la cabeza y rió. Entonces todos pudieron reír. Una vez más el inepto Reyecito había procurado diversiones que alimentarían una semana de chismorreos. Una vez más el banquete fue un éxito.

Orem no era tan estúpido como creían los cortesanos ni tan astuto como pensó Timias. No tenía ningún plan consciente en mente. Sólo sabía que Timias no se había reído de él, y eso le atraía. Se sentía temeroso y solitario, y cansado del espectáculo constante que debía ejecutar. El mismo rechazo que Timias le manifestó hizo que el joven fuera del agrado de Orem.

### Los Amigos Del Reyecito

Fueron hasta la habitación del Reyecito tal como les había sido ordenado: Timias, la dama Belfeva y Comadreja. Al principio fue una extraña reunión. No se dijo casi nada mientras los sirvientes disponían una pequeña comida. Orem ya se había acostumbrado a la abundancia, y era lo suficientemente sabio para no atiborrarse en exceso. Miraba a Timias y a Belfeva mientras comían incómodos, sin dejar de hacerles la misma pregunta: ¿Está bueno?

-Oh, muy bueno, muy bueno -respondían. Era obvio que la tensión atemorizaba más y más a Belfeva, pero a Timias la verdad le ponía enfadado, no temeroso. Conque finalmente preguntó:

-Mi Reyecito, ¿para qué nos has hecho venir hasta aquí? Si quieres que me disculpe, lo haré. Ayer por la noche no hablé como corresponde. Puedes ponerte en ridículo cuanto desees, que por mí no habrá problemas.

Orem no dio señales de reconocer que se trataba de una disculpa poco feliz.

-Eres generoso, pero poco me importa la noche anterior.

-¿Entonces por qué estamos aquí?

-Deseo compañía. Para una expedición.

-¿Expedición? -preguntó Belfeva más animada. Timias frunció el ceño.

-¿Acaso estoy-prisionero dentro de Palacio? -preguntó Orem-. Quiero salir. Ir hasta los jardines. ¿O debería ser más osado? El Pueblo del Rey es algo nuevo para mí. Vosotros lo conocéis bien, ya que no tenéis mejor cosa que hacer que explorar.

-Yo tengo mejores cosas que hacer -replicó Timias, poniéndose de pie.

-En High Waterswatch teníamos un nombre para los hombres como tú -dijo Orem, y en su voz ya no hubo ingeniosidad-. Los llamábamos gallos fríos. Mucho aspaviento, pero uno podía dejarlos solos un año entero con las gallinas que éstas jamás pondrían un huevo.

Timias se ruborizó, pero escuchó en silencio.

Orem se acercó a él.

-Tienes el doble de fortaleza que yo y probablemente el doble de cualquier virtud que yo pueda tener, Timias. ¿Por qué no te ríes de mí, entonces?

Timias apartó la mirada.

-Tengo mi idea acerca de cómo debe ser un Rey.

-Y yo también -convino Orem-. Pero el hombre que concuerda con esa idea está en algún lugar del campo, con cálices de oro sobre los ojos sin poder dormir a menos que los hechiceros y sacerdotes monten guardia contra los arranques de la Reina. ¿Para qué pretender ser como él? Mientras el Rey viva, no puedo ser otra cosa que un bufón.

Allí estaba: la clave del auténtico poder de Orem en Inwit. La Reina le había hecho blanco de burlas y ridículo, tal vez esperando que luchara por ganarse la dignidad y que por ello fuera aún más digno de risa. Pero Orem contaba con un arma que ella ignoraba que poseyese. Mientras arrojara sus redes para capturar la magia de la Reina dentro de una habitación, podía decir las traiciones que se le ocurrieran sin ser detectado. Nadie osaría jamás repetir sus traiciones, y por eso la Reina nunca llegaba a enterarse. Y mientras tanto, el mensaje que transmitía a quienes le escuchaban era inconfundible: el Reyecito podía decir lo que a otros causaría la muerte y a él nada le sucedía. Que los demás se rieran. Entre los pocos que no se divertían a costa de él, se presentaba con un aspecto muy distinto. La Reina no castiga al Reyecito por su traición; por lo tanto, el Reyecito tiene poder.

No mostraba su poder a muchos; pero también eran muy pocos los que no se burlaban de él.

-Ven conmigo, Timias. Y las señoras también.

Y fueron con él. Muchas veces fueron con él, y le mostraron muchas cosas, y él les mostró muy poco, pero lo que vieron fue suficiente. Suficiente. Te lo mostraré, Palicrovol, y tal vez comprendas por qué Timias ha permanecido al lado de Orem el Carniseco aun ahora, cuando ya no es el Reyecito.

Recorrieron los jardines, y ofuscaron a los jardineros con su conversación; visitaron los talleres de los artistas donde los viejos poetas del Parque de los Estanques les leían sus rimas; admiraron y montaron los corceles de los Establos de la Reina; incluso recorrieron las guarniciones del ejército, ya que después de todo, el Reyecito era el comandante titular de las tropas.

## Se Deshace La Justicia

Pero Orem siempre tenía en mente otra visita. Una mañana pareció ocurrírsele antojadizamente, cuando se reunieron como siempre en su habitación para planear los descubrimientos de ese día.

-¿Por qué no a la Casa de Carbón, a observar cómo juzgan a los criminales?

Ni aun Belfeva dejó de recordar que el Reyecito había sido retirado de esa Corte para desposar a la Reina. ¿Pero por qué no ir hasta allí, después de todo? Si el Reyecito deseaba recordar cuán bajo había caído para valorar mejor el sitio donde ahora se hallaba, ¿quiénes eran ellos para disuadirlo? Conque se marcharon de Palacio, por la ruta trasera, como de costumbre: a través de la Calle de las Cocinas, y a pie hasta la Casa de Carbón, donde los jueces enmascarados se pasaban la vida decidiendo qué infortunados serían mutilados y cuáles sencillamente muertos.

Comadreja Bocatizada, sabiendo el caos que provocaría la visita inesperada del Reyecito, dio instrucciones a un sirviente para que se adelantara y advirtiera a los jueces de su llegada. Desde luego, todos simulaban sorpresa; por supuesto, la sorpresa no resultó convincente. Orem había visto el lugar con la mira más cruda, conque no le engañarían por más escenarios que montaran ahora para él. Pero no sentía deseos de vengarse. Se abstuvo de recordarles cómo se habían conocido. En realidad se mostró distante y no exhibió gran interés por los miembros de la corte de la Casa de Carbón. No había venido para eso. Lo que quería ver eran las Cárceles.

El guía formuló reparos.

-Son criminales comunes -dijo-. ¿Por qué verlos?

Muy pronto el silencio le recordó que el Reyecito había sido uno de esos criminales. Los guardias les dejaron salir. Trataron de alejar al Reyecito del Foso de los Bueyes, pero él sabía por dónde ir. Se produjo un incómodo momento. El verdugo estaba preparando las tenazas para realizar su labor. Una nueva víctima aguardaba, de modo que el que estaba en las tenazas debía ser castrado y retirado.

-De todos los relieves sobre los muros del palacio, creo que éste es el más parecido a la vida -dijo Orem.

-¿Qué harán? -preguntó Belfeva. No es que hubiese sido un secreto para ella; las grandes casas nunca se molestaban en analizar la crueldad merced a la cual la ciudad se mantenía segura para ellos.

-Harán un buey de él -explicó Orem. No comprendió que ella no sabía la diferencia entre toros y bueyes.

Fue Comadreja quien se lo explicó. Belfeva volvió el rostro, con repugnancia.

En el foso el verdugo aguardaba sin saber qué esperaban de él sus espectadores. Orem no podía aliviar su ansiedad. El mismo no sabía qué hacer. La víctima había elegido: mejor era la castración que la esclavitud. A menos que Orem pensara en cambiar las leyes, ¿qué podía hacer sino acatar la decisión del hombre? Y cambiar las leyes era algo que escapaba a su alcance. No podía hacer cambios duraderos, sólo pequeñas reparaciones que no cambiaran la estructura de Inwit y que pasaran inadvertidas a los ojos de la Reina. Por fin Orem se dio la vuelta, sin haber dicho palabra. El verdugo ya no perdió tiempo: apenas se habían alejado del Foso de los Bueyes escucharon los gemidos desgarrados del hombre.

Las Cárceles eran las mismas de antes, sólo que ahora era primavera. Los prisioneros no se congelaban. Pero vivían entre el fétido olor de sus excrementos y las moscas que revoloteaban por los barrotes. Como siempre, quienes mejor lo pasaban eran los de la hilera de arriba, ya que allí los insectos no eran tantos. Sin ninguna duda, muchos de los prisioneros estaban enfermos.

-Este es nuevo -dijo Orem mientras pasaban por delante de una de las jaulas-. Y éste ya lleva días aquí. Morir antes del juicio. -No le preguntaron cómo lo sabía. Él sabía. No demostró sentimientos a sus compañeros, pero podían interpretar su silencio y sentir que este sitio había roto algo en él, y que en su lugar había creado otra cosa, algo que le distinguía del rústico que aún la Reina suponía en él. Comadreja le cogió de la mano. La dejó, pero no demostró que le importase, y en seguida la mujer se soltó nuevamente. A ella no le molestó; era suficiente ver algo que la Reina no veía. En eso había esperanzas.

Recorrieron las hileras interminables, como si cada prisionero no fuera idéntico a los demás. Por fin Belfeva se descompuso y se quedó a la zaga. Timias reprendió al Reyecito.

-¿No hemos visto suficiente? -exigió-. ¿Para qué nos trajiste aquí?

Orem no tenía respuestas. ¿No había hecho la misma pregunta a Zumbón después de la muerte en el foso de las serpientes? Os traje aquí porque tenía dos horas libres. Os traje aquí para que comprendierais el Pueblo del Rey como realmente es, y no como creéis que es. Os traje aquí porque en la trama de jaulas unos desconocidos me salvaron la vida.

-Me escupían para que no me durmiera en la nieve.

En ese momento uno de los prisioneros de la segunda hilera gritó y corrió hacia los barrotes de la jaula.

-¡Orem! ¡Amigo, recuérdame, recuérdame! ¡El favor, amigo!

De inmediato los guardias se interpusieron entre Orem y la jaula del que aullaba.

-¡Silencio allí arriba! -gritó uno. Varios arqueros tendieron las cuerdas dispuestos a reparar el orden.

Orem reconoció al hombre antes de poder decir si quería conocerle o no.

-Brasa -dijo.

Fue suficiente para detener a los arqueros. El comandante de los guardias se acercó al Reyecito para darle explicaciones.

-Es un vulgar delincuente. Y no sólo eso; entra y saca gente de la ciudad ilegalmente. Finalmente le atrapamos entre los muros, sin pase. Seguramente merecer la muerte, mi Reyecito.

¿Has escuchado alguna vez, Palicrovol, el lamento inconveniente de aquellos con quienes estás en deuda? ¿Y has sabido que un instante de silencio puede liberarte de sus demandas? Pero no de las deudas. Hay una sola forma de saldar deudas. Orem extendió sus redes sobre el lugar para ocultarlo del Ojo Inquisidor de Belleza.

-Liberadlo -dijo Orem suavemente.

El guardia enrojeció.

-Mi Reyecito, no puedo.

-Le confieso, señor -dijo Orem-, que yo participé en los delitos de este hombre, e insisto que su deber es castigarme a mí tanto como lo castiga a él. Abra una jaula para mí de inmediato.

-Pero usted es... el...

-Libérole -dijo nuevamente Orem.

Timias avanzó hacia el comandante y le habló en voz baja.

-Ya le escuchó decir las palabras. Si ella no lo aceptara, ¿habría podido pronunciarlas? Si a ella le importara, ¿podría usted liberarle acaso? Pero le aseguro que si no lo hace, entonces sí le importará.

Y así fue como Timias se convirtió en cómplice de cientos de pequeñas reparaciones de la cruel justicia de las leyes de Inwit. La razón de Orem para obrar contra las leyes es obvia: él mismo fue víctima de dichas leyes. Timias, sin embargo, había sido sostenido por las normas durante toda su vida. Mantenía su riqueza sólo porque los guardias aterrizaron demasiado a los pobres para evitar que se apoderaran de ella. ¿Por qué entonces le ayudó a deshacer lo que para él era la seguridad? Porque Timias no era ningún adulador, como tú lo has llamado. Timias era algo infrecuente: un hombre capaz de afligirse sinceramente por sufrimientos que jamás sintió.

Éste fue el comienzo de una pequeña serie de acontecimientos: los pequeños Actos del Reyecito de Burland. No es una larga crónica: te la contaré aquí íntegramente sin tomar aire más de cien veces. Y sin embargo creo que al final no tuvo de qué avergonzarse.

El comandante sacó a Brasa de la jaula. Qué criatura tan obsequiosa; se mostraba ávida de arrojarse a los pies del Reyecito. Pero Orem no le echó a patadas; en realidad, le dirigió unas pocas palabras de amabilidad y ordenó a los guardias que le extendieran un pase.

-En nombre de Dios -dijo el comandante-. ¿Cómo puedo hacerlo si no tiene trabajo?

-Consignen en el pase que es sirviente de Horca de Cristal, un hombre de medios privados que en este momento no tiene sirviente. Si abandona a Horca de Cristal, entonces se termina su pase.

A Brasa se le agrandaron los ojos, pero tragó saliva y asintió.

-Es suficiente para mí, está bien, es justo, es un verdadero favor.

Los guardias obedecieron y el eco que esto tuvo en la ciudad fue tan pequeño que Belleza no lo advirtió. Pero no dejó de hacer eco, con todo, y cambió para siempre la ciudad a la cual retornarías, Palicrovol.

Tal vez el sabor del poder era embriagante como el del vino, pero creo que Orem no se emborrachó por haber bebido tan poco. Pienso que Orem siguió ejerciendo poder en otras circunstancias porque lamentaba haber sido misericordioso con un hombre que despreciaba, cuando había otros que merecían más de él y no habían sido ayudados.

Comenzó a utilizar a la guardia para sus propios propósitos. Encontrad a estas dos personas, eran mis amigos:

Un niño llamado Zumbón, Zumbón Moscardón, tal vez de unos diez años, que vive en la Ciénaga. Pero no lo atemoriceis; tratadlo con amabilidad, averigüad dónde está y decidmelo.

Un hombre llamado Rainer el Carpintero, que vive en el Pueblo de los Mendigos con la esperanza de conseguir trabajo algún día con su pase de pobre. Averigüad dónde está, y decidmelo.

Una vez al año llega de High Waterswatch un mercader llamado Glasin el Mercader, que una vez fue el Premio de Corth. Averigüad dónde está y decidmelo.

Y se lo dijeron. Orem se sentó en la Casa de Carbón, donde se controla a los espías de la ciudad; Orem se sentó allí con Timias, Belfeva y Comadreja y escuchó: Zumbón fue atrapado un mes atrás, sin pase y robando a un pobre en el Pequeño Mercado. Perdió ambas orejas y ahora vive en el Pueblo de los Mendigos.

-No le digáis a nadie quién lo ordenó, pero dadle a Zumbón un pase, un pase completo y libre que no lo sujete a ningún hombre, y extendedle una suma ilimitada de la Gran Bolsa; cargadlo al importe que la Reina me permite gastar. No me importa lo difícil que resulte. O eso, o le devolvéis las orejas. Si no podéis hacer lo último, haréis lo primero. -Y así lo hicieron, y más aún: custodiaron al pequeño. Los guardias que antes habían sido su terror ahora le cuidaban silenciosamente, le protegían de todo daño ya que ¿no era el adorado del Reyecito, que contaba con la anuencia de la Reina?

Y respecto a Rainer el Carpintero, la respuesta tardó más en venir, ya que nunca había perdido una oreja y no figuraba en los registros perpetuos de las Cárceles. Por fin los espías trajeron su informe. Conocido por ser un hombre ebrio y violento, fue asesinado un año atrás, días después de haber sido rechazado cuando intentaba ingresar en la ciudad antes de tiempo con un pase de pobre.

-¿Ya hace un año? -preguntó Orem en voz baja.

-Más de un año -dijo el espía, tras consultar sus informes escritos.

Demasiado tarde, aun antes de que se marchara de la ciudad. Orem miró una pared ennegrecida por el hollín del carbón.

-¿Tenía familia?

-En una aldea del oeste. Tuvo que partir cuando la sequía dejó en la pobreza a todos los granjeros de la zona; vino aquí con la esperanza de poder enviarles dinero. La familia apenas se gana la vida como trabajadores libres ahora que las lluvias han vuelto a caer.

-Dadles veinte cabezas de ganado y tierras para ellos, y dinero suficiente para que estén resguardados sin que suscite la envidia de sus vecinos. Decidles que Rainer el Carpintero ganó el dinero antes de morir tratando de salvar a un hombre de los ladrones. No es mentira.

Al último que hallaron fue a Glasin el Mercader. Prosperaba en su aldea, al norte de Banningside, amado y respetado por todos los que no le envidiaban y temían. Orem pensó en vengarse, pero no era algo afín a su naturaleza. Glasin le había engañado, pero a la vez había tenido oportunidad de venderlo como esclavo indefenso y no lo había hecho. ¿Era culpa de Glasin que los que más beneficio habían causado a Orem hubieran sufrido más? Las Hermanas no tejían justicia en el lienzo. Así Orem les dijo que otorgaran a Glasin un puesto permanente en el Gran Mercado, en el mejor lugar, donde la plaza se abría para formar la Calle del Mercado en la Corte Baja. Hasta ese momento, la autoridad jamás había demostrado interés por un mero mercader; fue suficiente para que Glasin se convirtiera en el más eminente de los mercaderes y para que se añadieran varias estrofas a su poema.

¿Qué importaba si los guardias y los espías pensaban que Orem era extravagante? En cierta forma él pensaba que su vida era un artefacto y que el carpintero determinaba que todas las patas quedaran planas. Sierra aquí, lija allá, equilibra las cosas, acomoda todo hasta que quede nuevamente firme y estable.

Había olvidado que su oficio no era el de carpintero sino el de labriego, cuyo único talento era conocer el calendario y observar el cielo, arar cuando la tierra está madura, enfardar cuando el maíz está seco, y separar parte de la cosecha para sembrar al año siguiente.

¿Por Que Me Escogiste A Mi?

Así fue su vida juntos. De esa forma pasaron el tiempo. Belfeva y Timias empleaban las horas haciendo lo que nadie en las Grandes Casas había siquiera pensado hacer: reparar en las existencias de los débiles e indefensos. No podían acabar con todo el sufrimiento de la ciudad, pero sí hallar pequeños actos de infamia que podían ser detenidos, y hacer que en conjunto la ciudad fuera algo menos injusta. Y luego Timias y Belfeva informaban al Reyecito, y él trazaba su plan, cegaba a la Reina y ejecutaba sus pequeños actos de misericordia. No pasó inadvertido en la ciudad. Se corrió el rumor silencioso de que en el Pueblo del Rey la gente común tenía un amigo, y entre los temerosos e indefensos surgió una cierta esperanza, un poco de coraje.

Un día, cuando estaban solos, Timias preguntó al Reyecito:

-¿Por qué me escogiste a mí?

-¿Escogerte?

-Para ayudarte en esta labor que estamos haciendo. -Timias se rió de la expresión intrigada de Orem y se explicó:- ¿No has notado que estamos haciendo una tarea?

-Pero... sólo hago esto porque te tengo conmigo -repuso Orem y era la verdad.

Pero aún más cierta fue su respuesta cuando Belfeva le hizo la misma pregunta.

-¿Por qué yo?

-Según creo, porque la mano que me llevó hasta donde estoy te trajo cerca de mí.

Pero la más veraz de todas fue la respuesta que dio a Comadreja Bocatiznada, cuando un día le preguntó amargamente:

-¿Por qué mantienes a Timias y Belfeva a tu lado? ¿No sabes que los haces quedar en ridículo en la corte, que pasan por aduladores de ese bufón llamado el Reyecito? Y no me digas que los dioses los han acercado porque tú y yo sabemos que los dioses están hechizados.

Orem lo pensó un rato y luego dijo:

-Cuando estudiaba en la Casa de Dios, solía hacer juegos con palabras y números, y mis maestros creían que había escrito la verdad. Y yo me reía de ellos porque encontraban verdad en mis juegos. Ahora creo que el mundo corre dentro de un esquema. En ese esquema hay muchos nombres que un hombre puede llevar. He dado con un nombre que me trae hasta aquí y quienesquiera que se llamen Timias y Belfeva deben estar conmigo, porque esa es la forma en que corre el mundo. Es un enigma, pero así y todo sigue siendo verdad.

Creo que ahora te das cuenta de que Orem el Carniseco afrontar su muerte si es la muerte lo que impones sobre él. Somos nosotros, los que os amamos a los dos, quienes no podemos soportar que el hombre que más razones tenga para estarle agradecido sea el hombre que decida suprimir la vida del joven Orem.

## EL FUTURO DE OREM

*De cómo Orem supo que debía morir a causa de Belleza, y de cuáles fueron sus planes ante la inminencia de la muerte.*

Una Conversación Casual

Una noche, Orem estaba sentado sobre un pórtico que pendía en el vacío sobre una terraza ajardinada. Solía ir para observar el pequeño bosque desde allí. A pesar de las horas que había pasado intentándolo, aún no había hallado una forma de llegar hasta el jardín a través de la maraña del Palacio. A veces pensaba que Dios debía ver el mundo de ese modo, muy cercano, casi hasta poder tocarlo, e infinitesimalmente pequeño, al punto de no atreverse a tocarlo para no romperlo.

Más allá del Parque de Palacio, con su primavera perpetua, una tormenta de nieve cubría la ciudad, la primera del año. Habían transcurrido once meses desde aquella nevada en las jaulas, donde se vio con la muerte cara a cara. Pensó en ello y recordó no haber sentido miedo. Había combatido a la muerte, pero no con temor sino con obstinación. Tampoco con pasión. Su vida era tan plácida en Palacio que creía ser por naturaleza un hombre de paz. Diecisiete años, y ya se sentía cómodo en su vida contemplativa.

Desde luego, no era verdad. Estaba frustrado, impedido, pero estos sentimientos lo dejaban lánguido y paralizado, conque cuando más necesitaba actuar más propensión sentía a no hacer nada. Por eso se acercó al pórtico y miró el jardín desde arriba y deseó poder habitar en ese diminuto lugar; era por eso que miró la ciudad y se preguntó qué estaría haciendo Zumbón esa noche en la nieve.

Entonces llegaron voces desde abajo.

-Mira. Nieva otra vez -decía Pusilánime.

-¿Ya? Esta vez ha sido breve -replicaba Comadreja.

-Once meses. Demasiado, creo -seguía Urubugala.

¿Sabrán que estoy aquí?, pensó Orem. Casi les dio una isla para que pudieran conversar en privacidad sin el Ojo Inquisidor de la Reina; y luego se le ocurrió que había cosas que podía saber escuchando sin que lo advirtieran. Accidentalmente, durante un instante, podía espiar del modo en que lo hacía la Reina todo el tiempo.

-Con qué ansiedad esperamos el día -dijo Pusilánime-. El nacimiento de un nuevo retoño.

-El renacimiento y la renovación de Belleza. Poder por unos siglos más. ¿El Reyecito conoce el papel que jugará en todo esto?

-Creo que no -dijo Comadreja-. No, no lo sabe.

-¿Debemos decírselo? -preguntó Pusilánime.

-Creo que sí -respondió Comadreja sin demora.

-No -dijo Urubugala.

-Siempre es mejor saber la verdad.

-¿Podrá impedirlo? -preguntó Urubugala-. Si tratara de detenerlo, nos destruiría a todos. Para que la Reina se renueve, todo su poder debe ser puesto en la sangre viviente. Él desempeñará mejor su papel si no sabe nada.

-Es más misericordioso de ese modo -resopló Pusilánime.

-Sí -dijo Comadreja-. ¿Pero te agradecerá la misericordia?

-No me importa su agradecimiento -dijo Urubugala-. El coste del poder jamás lo paga quien lo ejerce.

Y luego, silencio. Ni siquiera les escuchó partir.

Orem nada sabía de los libros de magia. Sin embargo, su vida con Horca de Cristal le había enseñado esto: que el precio del poder era la sangre y que aquello que diera la sangre debía morir. Belleza se aproximaba al momento de su renacimiento. Y no le contarían a Orem el papel que debía representar porque todo el poder de ella debía ser conferido a la sangre viviente. En ese momento llegó a la conclusión obvia: la sangre de un venado es más potente que la de una rata; la sangre de un hombre es más potente que la de un venado; y la sangre de un esposo es más potente que la de un desconocido.

¿Qué sangre derramaría Belleza para su inminente poder infinito? La sangre de su esposo, el Reyecito.

De pronto su existencia casi vacía en Palacio cobró sentido. Era el pavo que engordaban para el sacrificio. Belleza le había dejado entrar en su lecho y había concebido un hijo porque de otro modo él no podía ser su legítimo esposo y así no tendría suficiente poder para ella. Probablemente ella aguardase a que naciera el niño, y luego le mataría.

Se reclinó contra la baranda porque no podía tenerse en pie. Después de todo, seguía enjaulado. No se salvó cuando la Reina acudió en su búsqueda. Simplemente le había hecho encajar en sus planes. Durante una hora observó caer la nieve y se lamentó de su suerte.

Y mientras lloraba, vio muchas versiones de su muerte. ¿Le pondría en ridículo en esos momentos finales? ¿O le agradecería su sacrificio? más poderosa que la sangre de un esposo sería la de un consorte que se desangrara voluntariamente. ¿Y si Belleza le pedía que diera su sangre por voluntad propia? ¿Acaso pensaba que algún hombre moriría con gusto por ella? Se imaginó yendo hasta ella a ofrendarle su vida. Pero sabía que se reiría de él. Lo consideraba ridículo aun entonces, no podía ser capaz de un gesto grandioso bajo su mirada, ya que también le resultaba ridículo a él.

También pensó en escapar. Pero tras meditarlo, descartó esa alternativa. ¿Había salido de Banningside rumbo a Inwit, había salido de la Calle de los Magos hacia Palacio para escapar en el preciso momento que daría significado a su vida? ¿No había querido un nombre, un poema y un lugar?

Y después de cavilar de este modo durante una hora, decidió que podía tolerar que su existencia concluyera de ese modo. Se reconcilió con el hecho de ser un peón en el juego de la Reina.

Entonces, de pronto, recordó haber yacido en la jaula porque el cansancio le impedía caminar en la nieve. Sentía los escupitajos de los demás hombres sobre sus hombros y su rostro. Aun cuando uno no tiene esperanzas, no muere durmiendo si es que puede morir luchando.

¿Para qué he venido hasta aquí? ¿Para qué tuve que venir yo? Belleza ignora que soy un Sumidero. Fueron las Hermanas las que le mostraron mi rostro en un sueño. Tal vez he debido escuchar esta conversación hoy por la noche para recordar que la Reina Belleza es mi enemiga. Aunque sigo soñando con ella, aunque vacilo y me siento el peor de los tontos cuando estoy ante ella, tal vez lo que corresponde es que me valga de mi poder para debilitarla.

Si debo morir, que no sea un sacrificio voluntario. Quiero morir sabiendo que aunque ella pueda quitarme la vida yo también le quitaré algo a ella. Tal vez tenga tiempo para ayudar a Palicrovol en los días que quedan hasta que nazca el niño. He estado un año aquí, y en ese tiempo no he hecho nada con el poder que poseo salvo mantener unas pocas conversaciones secretas y triviales. Acaso sea débil, mas soy la única persona que puede ofrecer lucha a la Reina. Y si me descubre, tanto mejor. Que me mate enfurecida, para que gran parte de mi sangre se vierta y se desperdicie. Será mi hora de reírme de ella.

Encontró satisfactorio el relato, hizo lo que debía. Nadie sino el mismo Orem sintió tanto dolor cuando supo que en ningún momento corrió peligro de muerte.

## La Guerra De Belleza Y El Sumidero

Esa noche Orem inició nuevamente la guerra que había comenzado con una sola escaramuza casi un año atrás. Encontró al rey Palicrovol más cerca que el año anterior, pero no demasiado. El cambio más notorio era el número de las tropas que le rodeaban: estaba convocando a sus huestes con fervor, y Orem no atinó siquiera a calcular su número. El círculo de magos seguía en el campamento y dentro de él, el círculo de

sacerdotes, y dentro de él, el rey Palicrovol, acosado por la magia dulce y terrible de la Reina.

Con calma y minuciosidad, Orem deshizo toda la magia alrededor del monarca. Esta vez discriminó más: dejó sólo la magia de los hechiceros. La Reina no respondió rápidamente y Orem se valió de su pereza para recortar grandes claros en el mar de su Ojo Inquisidor. Con cuidado amplió el rea de su ceguera y pronto comprendió que ella ya no podía encontrar al Rey Palicrovol. Orem abrió los ojos y miró la vela que había al lado de su cama. Sólo había trabajado una hora, y ella había quedado inutilizada y vacilante.

Antes, cuando se divertía con su poder, esto habría sido suficiente. Pero ahora, sin embargo, sabía que apenas había comenzado. No era suficiente cegarla alrededor de Palicrovol. Se esforzó al máximo y obstruyó su visión en todas las ciudades de todos los condados, mientras se concentraba en hallar nuevamente a Palicrovol. Dentro de la ciudad de Inwit devastó su poder por completo. De pared a pared de la ciudad y por más de una milla en los alrededores, deshizo todos sus hechizos. Sólo dejó intacto el Pueblo del Rey, no porque no pudiera destruir su magia allí sino porque era mejor dejarla creer que su oponente no podía traspasar sus defensas.

Esta vez pasaron dos horas y Orem regresó a Palicrovol nuevamente. La Reina aún no lo había localizado. Pero para asegurarse deshizo la magia en torno de él a tal punto que no lograría hallarlo antes de uno o dos días, si seguía buscando al mismo paso. Que Palicrovol tuviera un día completo de descanso. Y mañana le daré otro, si puedo.

Tú recuerdas esa noche, Palicrovol y esa mañana. Sucedió casi un año después de aquel respiro, en que por primera vez supiste que había otra fuerza que se agitaba en el mundo. Toda la noche esperaste la venganza de Belleza, pero no llegó. Por la mañana, tus magos trataron de pretender que habían causado tu salvación pero tú sabías que no habían sido ellos. Los sacerdotes pretendieron haber pronunciado nuevas y eficaces plegarias, pero tú te reíste de ellos. Sabían que no había explicación para lo sucedido y que fuere lo que fuere ese poder, estaba de tu lado. Una vez más había equilibrio en el mundo, la rueda había girado y comenzaste tu marcha de un año hacia Inwit, hacia la ciudad que se te había negado durante tanto tiempo. Esta vez vencerías, no tuviste dudas.

### Los Bañistas En El Estanque

Si bien permaneció despierto más horas de lo habitual, Orem despertó antes del alba. Reconoció la débil luz detrás de su ventana. Era la Hora del Círculo Exterior, la hora en que debía despertar en la Casa de Dios. No sólo había despertado, sino que se sentía fresco y vigoroso por primera vez en varios meses. Saltó de la cama y caminó enérgicamente por la habitación, sorprendido de lo bien que se sentía al estar otra vez en movimiento... Era un soldado. Estaba en guerra. Estaba vivo.

Orem se detuvo al lado de la ventana y quiso ver cuánto había sido capaz de reparar Belleza de todo lo que había deshecho él durante la noche. Se sintió feliz al saber que en realidad era muy poco. Palicrovol seguía sin ser descubierto. Y tal vez lo más importante era que Inwit no había vuelto a alcanzar el nivel de control que tenía antes. Cada miembro de la Guardia había estado sujeto a ella por medio de un hechizo de lealtad hacia su persona y de camaradería hacia sus pares. Muchos de los guardias de la ciudad habían logrado escapar del hechizo, pero no todos. Por supuesto, no se lanzaron a pelear de inmediato, ni a traicionarla. Lo que importaba era que en una sola noche había podido deshacer más que lo que ella fue capaz de restablecer en las horas en que él durmió.

Esa mañana se encontraba demasiado exultante para permanecer encerrado. El cielo sólo estaba iluminado por una tenue luz, pero se vistió y se abrió paso por entre las puertas de Palacio, hacia la que conducía al Parque. Necesitaba estar en el bosque, en un bosque salvaje que no coartara la mano de ningún jardinero, donde hoy fuese una

mañana de verano a pesar de la espesa nieve que cubría la ciudad fuera de los muros del Castillo.

Al pasar notó que los sirvientes iban y venían deprisa, con urgencia, a veces con temor. Era signo seguro de que Belleza no se sentía bien.

En esos casos los sirvientes siempre se escurrían. En silencio, Orem les pidió disculpas por hacerles la vida más complicada de lo habitual. La Reina Belleza, su pobre esposa, tal vez no hubiese dormido bien.

Tan pronto como le fue posible se perdió en el bosque, deambulando a placer, hasta que se encontró en la alta pared occidental del Castillo. Caminó hacia el norte por el muro hasta que se curvó abruptamente en el Rincón del Castillo, donde aguardaba el Torreón Menor, la prisión para los más grandes y peligrosos. Podía escuchar desde su interior, débilmente, un grito distante. Tal vez, pensó, sólo fuese el sonido de la ciudad más allá de los muros. Pero no. Orem oprimió la oreja contra la piedra de la Torre y el sonido le llegó claro. Era el aullido de un hombre en agonía; era el grito que lanza el hombre que conoce el peor de los terrores. No el temor a la muerte, sino el miedo a que la muerte se retrase.

Orem no pudo concebir qué clase de tortura podía generar semejantes gritos de una garganta humana. La piedra contra la cual se había reclinado era fría, y tembló. El sol estaba oculto a medias detrás de la pared del oeste y el aire comenzaba a enfriarse. Se alejó de la torre y del hombre que sufría en su interior. Se preguntó si de su garganta podría salir alguna vez un aullido semejante. Pero si era así, no lo sabría: cuando alguien puede proferir semejantes gritos, al mismo tiempo deja de escuchar.

Regresó por un camino distinto, nuevamente a través de los árboles pero esta vez caminando en forma brutal, apartando las ramas violentamente para que le golpearan el rostro al recobrar su posición. Dejó que su camisa se desgarrara, dejó que su rostro sangrara; el dolor era un lenguaje delicioso, que sabía comprender. Entonces de pronto llegó al Estanque de la Reina.

Era agua de la Casa de las Aguas, del puro manantial que fluía en una corriente interminable como si el mismo Dios bombeara el líquido sobre el corazón del Castillo. Los Baños de la Casa de las Aguas eran públicos, y el agua era buena, pero la mayoría fluía a algún otro sitio, iba a los templos en acueductos, a las grandes casas y a las embajadas que se alineaban a lo largo del Camino del Rey y de la más exclusiva Avenida de las Excavaciones; se dirigía en cañerías de bronce al Parque de los Estanques, donde los artistas habitaban fuera del Palacio y llegaba allí, al Estanque de la Reina, donde pocos se habían podido bañar y donde el agua era pura como las lágrimas de un niño. Orem permaneció entre los árboles, observando bajo la brisa el aleteo de las aguas transparentes, verdes y profundas porque aún el sol no había ascendido lo suficiente para brillar sobre la superficie.

Y mientras observaba, dos visitantes se acercaron al estanque. El primero en llegar fue un anciano vestido con taparrabos, y Orem supo quién era: el sirviente loco que sostenía ser Dios y que no tenía pupilas en los ojos. Llegó y se puso de pie frente a Orem, mirando las aguas. El Reyecito no se movió. Ambos parecieron aguardar eternamente, como estatuas nocturnas.

Entonces llegó la otra visitante, y no vio a Orem ni al anciano. Era Comadreja Bocatizada, tan horrenda al amanecer como bajo la brillante luz del día. No pareció reparar en el sirviente más que en Orem. Se detuvo al lado de las aguas y luego se desvistió para bañarse. No era propio de él observar el cuerpo vencido y sin forma de la pobre Comadreja. Seguramente se sentiría avergonzada de saber que un hombre miraba pender sus senos como dos sacos vacíos y sus piernas y rodillas huesudas y flojas. Pero no pudo alejarse mientras ella se internaba en el estanque. En cierto modo porque tenía la firme sensación de que si bien no daba muestras de verla, ella sabía que el anciano se encontraba allí, y que había venido a reunirse con él.

Nadó lentamente, apenas perturbando la superficie de las aguas, sin salpicar. Le han puesto mal el nombre, pensó Orem. No es comadreja sino nutria. Luego se hundió por debajo de las aguas.

Ahora el sirviente que se había denominado Dios hizo un movimiento, abriendo los brazos de par en par. De sus ojos partió un destello verde, una luz tan brillante que Orem tuvo que apartar la vista. Y cuando volvió a mirar, el viejo sirviente estaba desnudo arrojando una orina salvajemente verde a las aguas, con los ojos brillantes y esmeralda clavados en el bosque. Pero Comadreja no había vuelto a ascender desde el fondo de las aguas. El verde se esparció esplendoroso sobre el estanque hasta que toda la fuente quedó cubierta de luz viviente. Pero Comadreja seguía debajo. El anciano se inclinó, hizo una reverencia y se arrodilló al lado del estanque, y hundió la cabeza en el agua hasta el cuello. Sólo entonces Comadreja asomó la cabeza sobre la superficie, como si ambos rostros no pudieran convivir del mismo lado del agua. No pareció percatarse del brillo del estanque.

El momento se quebró. El viejo sirviente levantó la cabeza del agua y Comadreja se volvió hacia él y extendió la mano para tocarlo. Acaso conversaron. Orem no llegó a oírlo. Ella le besó la frente y el sirviente ¿lloró? Orem no pudo decir si fue un llanto o un gemido o una palabra. Entonces el sirviente se puso de pie, tomó su taparrabos y caminó vencido por el sendero bien recortado que conducía a Palacio. Comadreja nadó unos minutos más hasta que el agua se fue haciendo gris y perdiendo esplendor. Pero Comadreja no volvió a ser gris. Orem la miró y comprendió que no era por accidente que la Reina siempre la tenía cerca. Los que más cerca de ella estaban eran los más torturados; la serena mujer desagradable que le había acompañado junto a Timias y Belfeva en tantos viajes era más de lo que parecía, sin duda, o si no la Reina no la atormentaría.

Arrojó su red para ella, y contó las capas de hechizos, la profundidad de los hechizos que la Reina había hecho para sujetarla, y sí, como sospechaba, era un ser torturado y hechizado. ¿Quién eres, Comadreja? Prisionera como yo, en este sitio, y acaso tan indefensa. ¿Yo, que moriré, tengo mejor fortuna que tú? Ya que pronto me veré libre de ella y tú no, siempre sometida a la compañía de una Reina que te causa tanto dolor como le es posible. Y vaya si sabe infligir dolor con la mayor exquisitez.

Fue entonces cuando Orem amó por primera vez a Comadreja Bocatiznada. No su carne: él había conocido el cuerpo de la Reina. No por lástima: él la conocía demasiado bien para poder contemplarla desde la distancia que requiere la compasión. La amó porque la admiró. Por haber soportado sin quejas el peso que la Reina cargaba sobre ella. Por seguir siendo gentil y amable cuando tenía sobradas razones para ser amarga. Y porque cuando nadó en el estanque y besó al sirviente que se denominaba Dios, curiosamente, fue hermosa. ¿Te sorprende eso, Palicrovol? ¿Que de toda la gente, tu hijo pudiera mirar a Comadreja Bocatiznada y verla hermosa?

## La Reina Descubre A Su Esposo

Orem regresó al palacio antes de la hora en que solía despertar, y ahora si se hallaba exhausto después del desacostumbrado ejercicio y del breve dormir. Pensaba ir a descansar a sus aposentos cuando un sirviente le recibió en la puerta.

-La Reina Belleza le ha estado buscando.

-Oh -comentó Orem.

-Desea que acuda a verla de inmediato.

Durante un terrible instante pensó que su contienda contra ella había concluido, que le había descubierto y que pensaba matarle de inmediato. No se sentía tan valiente como el día anterior en el pórtico. Entonces comprendió que si era la muerte lo que tenía en mente no le habría mandado llamar confiando su mensaje a un sirviente. Conque siguió al lacayo a un lugar del laberinto cuya existencia ignoraba; los apartamentos de la Reina estaban

bien enmascarados, tanto con magia como con ilusiones concebidas por los más hábiles artesanos. Sin embargo, con sólo ir una vez acompañado, la ilusión se desvanecía para Orem pues podía encontrar el camino nuevamente con facilidad. Y en lo que respectaba a los hechizos, con él jamás funcionaban.

La Reina Belleza estaba tendida en su lecho mirando por la ventana cuando él llegó. El sirviente le dejó solo con ella. La puerta se cerró y ella se volvió hacia él.

-Mi Reyecito -dijo.

Su belleza era tanta como siempre, pero el cansancio era innegable. Después de todo, era una belleza viva la que tenía, y su rostro no era inexpresivo. Estaba agotada, preocupada, sombría, y su vientre grávido con la criatura que había llevado en sus entrañas durante once meses. Sólo entonces se le ocurrió que la preñez le consumía la fortaleza, y que por eso no podía responder bien a los ataques que él descargaba por la noche.

-Me temo que te he ignorado durante mucho tiempo -dijo.

-He hecho amigos.

-Lo sé -dijo-. Comadreja me cuenta que eres una grata compañía.

No pudo ocultar la satisfacción que le producía saber que Comadreja Bocatizada había dicho semejante cosa. Era joven para hallar en ello más significados de los que tenía.

-¿Eso piensa?

-Es tu hijo en mi vientre, ¿sabes? Me agota la espera, y el niño me obliga a guardar reposo. Debieras entretenerme.

-¿De qué modo?

-Cuéntame cosas. Háblame de tu pueblo natal. De tu niñez en la granja. Dicen que tus historias de rústico son divertidas.

Y entonces pasó una hora grotesca, contándole cuentos de High Waterswatch a la mujer que pensaba matarle. Le desagradaba tener que hablarle de su padre y de su madre, ¿pero qué otra cosa podía decirle? Se rió apenas cuando le confesó su intento fallido de entrar en el ejército, y cuando contó que el sargento le había declarado no apto. Pareció interesarse por todo, por los relatos de cómo los granjeros saben cuando el grano está listo para cosechar y cuándo una vaca tiene mellizos, y de los signos de la tormenta.

-Mira y dime si vendrá tormenta.

Él contempló el cielo.

-Ni hoy ni mañana.

-Pero igual habrá tormenta. Será sangre del Venado, pero deseo que se avecine.

Se volvió y la miró, preguntándose si deseaba la tormenta o el niño que crecía dentro de ella. Tenía las manos entrelazadas sobre el bulto grávido que yacía por debajo de las frazadas de su lecho, pero no observaba la ventana ni su vientre. Cuando el niño llegara, su vida terminaría, él lo sabía. Pero sin duda debía vivir hasta poder ver al niño. Seguramente su futuro no le impediría eso.

Por fin, cerca del mediodía, se cansó de él.

-Vete -le ordenó-. Necesito dormir.

Fue hacia la puerta con un triunfo resonando en el corazón. Sin duda ella necesitaba dormir. Era obra de él y pasaría largo tiempo antes de que pudiera volver a conciliar bien el sueño, si él seguía sus planes.

Pero ella le detuvo en la puerta.

-Regresa mañana -dijo-. Mañana, a la misma hora.

-Si, mi dama -replicó Orem.

-Te he tratado muy mal, ¿verdad? -preguntó.

-No -le mintió en respuesta.

-Los dioses son inquietos -dijo- No aceptan bien la disciplina. ¿Y tú? Orem no comprendía.

-¿Es que estoy bajo disciplina?

-Sólo lo advertí hoy. Te pareces a él.

-¿A quién?

-A él -dijo-. A él. -Y luego volvió el rostro para dormir, y él se marchó.

Orem no lo comprendió y yo no se lo dije, pero tú lo sabes, Palicrovol, ¿o no? Ella comenzó a amarle en ese momento. Y parte de las razones por las que le amó fue que se parecía a ti. ¿Te hace reír? Trescientos años de tortura, y su odio por ti se trocó en amor. No es que pensara liberarte. En absoluto. Pero debería halagarte. Eres la clase de enemigo al cual el adversario debe amar.

Esta es la forma en que los senderos de nuestras vidas se entrelazan, se cruzan y se separan: si ella hubiese enviado por él el día anterior, aún entonces él podría haberla amado. Pero ella no le buscó hasta que se sintió atemorizada, y ella no se sintió atemorizada hasta que él deshizo su trabajo; y él no deshizo su trabajo hasta que fue más allá de su amor por ella. Si pudiéramos mirar nuestras vidas desde afuera y observar lo que hacemos, podríamos reparar muchas injurias antes de que ocurran.

## EL NACIMIENTO DE JUVENTUD

*Este es el relato del nacimiento del hijo de Orem, hijo de Belleza, nieto bastardo del rey Palicrovol, el niño más hermoso y brillante del mundo.*

### El Anillo Ardiente

La guerra de Orem contra la Reina le puso más frenético a medida que pasaban los días, como si tuviera que deshacerse de parte del poder que le había sustraído. Se acercaba la fecha del alumbramiento, y él la hostigaba más y más, para que pasara sus días exhausta después de batallar futilmente toda la noche. Orem, sin embargo, pasaba los días en juegos cada vez más activos. Timias y Belfeva estaban sorprendidos, pero le acompañaban con gusto, aun cuando incurría en locuras tales como correr carreras con la caballería de la guardia o competir con Timias para ver quién podía arrojar más lejos una jabalina. Timias no era de los que dejarían ganar a Orem, y por eso, al no ser ducho en las artes viriles, Orem perdía invariablemente. Pero se esforzaba con furia, y gradualmente iba mejorando.

Cuando Belleza comenzó la labor de parto para dar a luz al hijo de Orem, él se hallaba trepando por uno de los muros de Palacio, compitiendo con Timias. Era una competencia donde la resistencia y la agilidad valían más que la fuerza bruta y la larga práctica, y Orem llevaba la delantera. Casi estaba llegando a la cima, cuando notó un agudo dolor, como si una vela le estuviera quemando el meñique de la mano izquierda. Se miró y vio que su anillo de rubí estaba al rojo. No podía quitárselo, no sin caer unos cuantos metros. Lo soportó, trepó el resto del trayecto que le separaba de la cima y sólo entonces trató de arrancárselo. Pero no podía.

Comadreja y Belfeva estaban allí, observándole.

-Ayúdame -pidió Orem.

-No puedes quitártelo -dijo Comadreja-. La sortija de rubí arderá hasta que el niño nazca. En realidad no te está quemando el dedo. De todas formas, deberías alegrarte. Es señal no sólo de que el niño es tuyo, sino también de que es varón.

-El niño está por nacer... -repitió Orem. Entonces ese sería el último día de su vida. Estaba seguro. Caminó hacia el borde del tejado, extendió la mano, y ayudó a Timias a trepar hasta arriba.

-Ganaste -dijo Timias sorprendido-. No imaginé que tuvieras tal destreza.

-Miré hacia abajo -dijo Orem-. Pensar en la muerte me hace ligero.

De pronto Comadreja gritó de dolor.

-¿Qué te ocurre? ¿Qué sucede? -preguntaban, pero ella no hablaba.

-Orem -exclamó-. ¡Debes ir hasta donde se encuentra tu esposa!

-¿Durante el alumbramiento? ¿El padre?

-En este parto y con esa madre, sí. -Se retorció otra vez.

-¿Qué te ocurre? ¿Por qué gritas?

-Llévame hasta mi habitación, Belfeva -pidió Comadreja-. Y tú, Reyecito, ve con tu esposa. Haz lo que te digo.

-Pero no ha enviado por mí -dijo Orem. En realidad, quería pasar el último día de su vida con cualquier persona menos con Belleza.

-¿Olvidas en qué dedo lleva su sortija? Te obedecerá si le ordenas que te deje quedar.

-Nadie ordena a la Reina Belleza.

-Tú sí -dijo Comadreja-. Pero ten cuidado con el modo en que se lo preguntas, pues si lo haces incautamente te obedecerá con cruel perfección.

-No deseo ir -dijo con furia.

Ella se retorció nuevamente y se baleó hacia Belfeva.

-No lo hagas por ella. Hazlo por tu hijo. Tu hijo ha comenzado su descenso por el río hacia el mar. Ella no tendrá quien la ayude más que tú. Nadie sino el padre puede ayudar en el alumbramiento de un hijo de doce meses.

Orem quería quedarse, quería saber por qué Comadreja sufría tanto dolor. Pero supo que sus palabras eran sabias, y que no le mentiría. Si ella decía que debía ir al lado de Belleza, pues entonces lo haría.

## El Alumbramiento

La Reina no se encontraba en sus aposentos habituales. Ni había sirvientes allí que le indicaran la dirección. No sabía adónde había decidido ir para el parto. Sólo tenía una forma de encontrarla. Tendió su red por todo el Palacio, y la encontró hecha llamas con plateada dulzura, áspera a su oído, silenciosa a su contacto.

Fue por los corredores hacia el sitio donde sabía que se encontraba, pero los pasillos siempre giraban. Las puertas siempre se abrían del modo equivocado. Sólo lo comprendió cuando salió de un pasillo a una sala y luego cambió de idea y volvió sobre sus pasos y vio que el pasillo tenía otra dirección distinta de la anterior. Ahora el extremo corto quedaba a la izquierda, y el extremo largo con las escaleras que subían se disponía a la derecha. La Reina Belleza estaba donde él lo suponía, pero la magia del Palacio hacía girar todos los caminos. Entonces dejó que su poder fluyera como un manto a su alrededor y que aleteara contra las paredes, deshaciendo los hechizos, revelando las puertas donde debían estar. Esta no era la magia de la ilusión por la cual invariablemente podía ver. Eran verdaderos hechizos de sujeción, y temió que si la hallaba estuviese revelándole quién era.

Alrededor de la puerta se agolpaban sus afligidos sirvientes.

-¿Está dentro?

-Y sola -respondió un sirviente-. Nos ha prohibido entrar.

-No me lo prohibirá a mí -dijo Orem, y luego golpeó la puerta.

-¡Largo! -llegó la voz ronca y dolorida.

-Voy a entrar -anunció, y así hizo.

Belleza yacía sola, en mitad de una cama larga y estrecha. Estaba desnuda, con la piernas bien abiertas, y las rodillas levantadas. A los cinco postes de la cama había liado unas sábanas. Dos estaban atadas a sus pies y se tensaba contra ellas. Dos las tenía en las manos y de allí tironeaba. Y la última yacía sobre su almohada, y cada vez que la oleada de dolor se apoderaba de ella volvía la cabeza y aferraba el lienzo con los dientes, mordía y gemía, sacudiendo la cabeza y mortificando la sábana como un perro rabioso.

Estaba empapada en sudor. El agudo chillido que salía de su garganta no era un sonido humano. Del orificio por donde asomaba la cabeza del pequeño brotaba sangre. La cabeza era grande y se veía húmeda, amoratada. No pasaba. Belleza lo miró con los ojos enormes de dolor y terror. Sus ojos lo seguían mientras él caminaba en torno de los pies de la cama y se detenía cerca de su rostro. Mordisqueaba la tela. Aun en ese estado, era hermosa. La más femenina de las mujeres.

-Belleza -dijo.

Y entonces el dolor cesó, y ella se estremeció y dejó caer el lienzo sobre la almohada.

-Belleza -dijo otra vez-. ¿No basta tu magia para aplacar el dolor?

Rió con sorna.

-Tontuelo, Reyecito, no hay magia que pueda ejercer poder sobre el alumbramiento. El dolor debe sentirse, o si no el niño morirá.

Entonces llegó otra vez, y ella gimió y se retorció mientras los músculos de su vientre formaban olas. La cabeza del niño no daba muestras de avanzar. Belleza le miró con un ruego en los ojos. ¿Qué quería de él? Que acabara con el dolor, mas eso no podía hacerlo.

-Dime qué hacer y lo haré -dijo.

-¿Hacer? -exclamó a voz en cuello-. ¿Hacer? ¡Enséñame tú qué es lo que debo hacer, esposo!

El niño moriría, lo sabía. Todo niño que no asoma rápido una vez que su cabeza quedó coronada muere. Pero no mi hijo, dijo en silencio.

-¿Puede alguien soportar el dolor por ti?

¿Asentía? Si, y murmuró:

-Pero no contra la voluntad del otro.

-Entonces arroja el dolor sobre mi -dijo- para que el niño viva.

-¡A un hombre! -dijo con desprecio-. ¿Este dolor?

-Mira la sortija y obedece. Libera el dolor.

No bien dijo esas palabras sus movimientos convulsivos se detuvieron. Su pesada respiración volvió a la normalidad, la presión sobre las sábanas cesó. Orem aguardó a que el dolor regresara, pero no lo hizo. No tuvo tiempo de preguntárselo porque de pronto la carne se abrió hasta lo imposible, los huesos de la pelvis de la Reina Belleza se separaron ampliamente y el niño se deslizó suavemente sobre las sábanas. Era imposible que Belleza pudiera pasar por semejante cosa con tal tranquilidad y sin embargo instantáneamente sus huesos se unieron, y Belleza extendió la mano y alzó al niño. No hubo trabajo posterior al parto: el niño no tenía cordón umbilical.

-Desátame los pies -susurró la Reina Belleza. Lamió la mucosidad que había sobre el rostro del niño. El pequeño gritó y Belleza lo acunó, y se lo llevó al pecho y condujo su boca hasta el pezón, luego suspiró y cómodamente cruzó sus piernas. Orem notó con estupor que su vientre no había quedado flojo sino en perfecta forma, como si nunca hubiese llevado un niño en las entrañas. En realidad, lucía el cuerpo imposiblemente perfecto que él había amado, y no pudo evitar deseársela una vez más, a pesar de todo el temor y el odio que lo movía hacia ella.

-Ordéneme nuevamente, mi Reyecito -dijo-. Te obedeceré con gran placer.

-Pero el dolor no llegó hasta mi -caviló.

-No me ordenaste que te lo pasara a ti. -Sonrió triunfal.

Pensó en sus palabras y no pudo recordarlo. De algún modo ella le había jugado una triquiñuela, pero no tenía la astucia para darse cuenta de cómo.

-Déjame sostener al niño.

-¿Es una orden?

-Solo si... sólo si no ha de hacerle daño.

Belleza volvió a reír y le tendió el niño. Orem lo contempló, acercó las manos para recibirlo y lo tomó entre sus brazos. Había visto muchos recién nacidos en su vida,

sobrinos y nietos, y había ayudado a cuidar de los huérfanos en la Casa de Dios. Pero este niño era más pesado y movía el cuerpo de otro modo. Orem miró el rostro del pequeño y el niño le devolvió la mirada y le sonrió.

Sonrió. Minutos después del alumbramiento y ya sonreía.

-Un docemesino -dijo Belleza.

Orem recordó a su padre, Avonap. Recordó sus fuertes brazos que podían arrojarlo por los aires y hacerle volar como un pájaro y asirlo con toda seguridad. Mis brazos son suficientemente fuertes para un niño tan pequeño. Y de pronto fue Avonap en su corazón, y deseó al niño. El niño Orem había amado a su padre más que a la vida; esta clase de personas, cuando son hombres, aman a sus hijos con una devoción que no puede ser destruida. Tú no puedes saberlo, Palicrovol, pero existen hombre así, y no son más débiles que tú; en cambio, tú sólo eres más pobre que ellos. De inmediato Orem supo que debía tener a ese hijo, aun sólo por un tiempo.

-Me dejarás verlo cuando yo quiera -le dijo.

-¿Es una orden?

-Sí -replicó.

Se echó a reír.

-Entonces obedeceré.

-Y no harás nada para impedir que me conozca, y que me ame, y yo a él.

-Eres muy osado, Reyecito -dijo. Esta vez no rió.

-Te lo ordeno.

-No sabes lo que estás haciendo.

-¡Mientras viva, te ordeno que me dejes conocerlo y amarlo, y que le permitas a él hacer lo mismo conmigo! -Belleza no pudo reprocharle ni aun eso: no se atrevió a pedir más, no osó pedir un instante más de vida que el que ella tenía en mente.

-Reyecito, no sabes lo que estás pidiendo.

-¿Lo harás?

-No vengas a echarme la culpa, Reyecito. Ama al niño si lo deseas, y que él te ame. Para mí es lo mismo. No me importa. -Volvió el rostro a la pared.

-Un niño debe conocer a su padre para ser feliz.

-No lo dudo. Sólo esto, Reyecito: no comerá otro alimento que el que tome de mi seno. Y jamás tendrá nombre.

Eso no podía ser; no podía ser. No tener nombre es no tener persona, Orem lo sabía.

-Te ordeno que le des un nombre.

-Ahora ordenas fácilmente, ¿no crees? Como los niños, sin comprender el precio de las cosas. Antes de intentar con otras órdenes, fíjate cómo han resultado las que ya proferiste.

-Dale un nombre.

-Juventud -respondió, sonriente y divertida.

-No es un nombre.

-No más que Belleza. Pero es más nombre que el que podrá ganarse en toda su vida.

-Juventud, entonces. Y estaré libre con él...

-Oh, eres un delicioso imbécil. Durante todos estos años he mantenido a mi lado a los tres imbéciles más maravillosos del mundo, pero a ti, al mejor de todos, las Hermanas lo han reservado para el final. Puedes pasar junto al niño todo el tiempo que desees, todo el tiempo que puedas utilizar es tuyo. Que eso te dé alegría.

El niño tendió la mano y aferró la nariz de Orem, y rió.

-¿Has oído? ¡Ya sabe reír! -Y Orem no pudo evitar reír él también.

-Así ocurre con los niños docemesinos -dijo la Reina Belleza.

-Cada día vendré a verlo. Llegará a conocer mi rostro y se alegrará al verme; tendré todo el tiempo para él.

Orem no lo advirtió, pero creo que cada una de sus palabras causó dolor a Belleza. Le hizo ver con toda claridad cuánto amaba al niño y qué poco amor tenía para ella. No le sorprendió, pero no por eso dejó de herirla.

-Dame el niño -dijo-. Necesita alimentarse.

-Juventud -dijo Orem al niño y éste sonrió. Tendió la criatura a Belleza, y esta vez el pequeño no necesitó que lo guiaran hasta el pezón. Belleza alzó la vista y contempló a Orem con ojos extrañamente tímidos, como los de una cierva. Su aspecto era dulce e inocente, pero Orem no se dejó engañar.

-Belleza -le dijo-. ¿Cómo escapaste del dolor, si no me lo diste a mi?

-¿Acaso importa?

-Dímelo. Te lo ordeno.

Estudiando su rostro, ella replicó:

-Me ordenaste que me liberara del dolor; pero no dijiste a quién debía dárselo.

Eso era cierto, lo comprendió así. La segunda vez, cuando ella le obedeció, no había dicho que se lo pasara a él.

-¿Pero qué otra persona elegiría voluntariamente aceptar semejante dolor?

-De todas las mujeres, la que no podría soportar ver que este cuerpo se desgarrara. La mujer a quien pertenece en verdad esta apariencia.

Orem la miró estúpidamente. ¿De quién era ese rostro, si no de Belleza? Orem jamás había sospechado que Belleza lucía un cuerpo ajeno. Pero ahora que lo sabía, no le era difícil saber a quién y sólo a quien podía pertenecer ese rostro.

-Comadreja -susurró Orem-. A ella le diste el dolor...

-De todas formas, siempre compartimos mi dolor -dijo Belleza-. Es justo. Ella utilizó este cuerpo durante su infancia perfecta. Convinimos en que era justo que sufriera de adulta parte del dolor. -Belleza sonrió adorablemente a Orem-. Y del placer, también. Estoy segura de que sintió la mitad del placer durante nuestra noche de bodas, Reyecito. Quería que recordara cómo se siente uno al ser infiel a su amado esposo.

-¿Su esposo? -Orem no sabía que Comadreja tuviese esposo.

-¡Qué idiota! -exclamó Belleza-. ¡Su esposo, el Rey! Palicrovol pensaba coronarla reina en mi lugar. ¿Por qué otra razón crees que la he mantenido aquí? Comadreja es Enziquelvinisense Evelvinin, la Princesa Flor. Ella quería ocupar mi lugar, pues bien, yo he tomado el de ella. Dentro de su cuerpo perfecto. Bueno, su cuerpo perfecto pasó por un parto que podía haber acabado con él. Pero gracias a ti, su cuerpo perfecto no tuvo que soportar el dolor ni curarse de las heridas. Sin embargo, fue demasiado malo para la carne imperfecta en que ella reside ahora. Bien puede morir.

Sólo entonces Orem comprendió la perfecta malicia de Belleza.

-Eres tú la que merece su rostro -musitó.

-¿Eres mi juez acaso? -lo desafió con frialdad-. ¿Es por eso por lo que has venido hasta mí, para decirme lo que merezco?

Pensó en Dobbick, en la Casa de Dios, quien le enseñó que el Rey Palicrovol fue la causa de sus propios sufrimientos.

-Pero ella no te hizo nada -dijo Orem.

-Ocupó mi lugar -dijo Belleza-. No me importa por qué razón; ocupó mi lugar en este Palacio y está pagando por ello.

(Ese argumento debe resultarte familiar, Palicrovol. Él ocupó mi lugar en Palacio, y por eso debe morir. Eso dijiste. Entonces admites que Belleza fue justa cuando castigó a la doncella que hiciste venir desde Onologasenweev?)

-Ya veo -dijo Belleza-. Ahora lo veo. -Y su rostro se ensombreció.

-¿Qué es lo que ves? -preguntó Orem, temeroso de que pudiese ver quién era él en verdad.

-Veo que una vez más ha ocupado mi lugar.

-¡Si! Está soportando el dolor de tu hijo.

-Una vez más tiene el amor de mi esposo.

Orem la miró con desconfianza.

-Durante un año me has despreciado. ¡Cómo puedes estar celosa de alguien a quién hiciste a un lado! -Y entonces le mintió cruelmente, creyendo que le decía la verdad-. Jamás te amé.

Ella tapó sus palabras con un grito.

-¡Me adoraste!

-¡En nombre de Dios, mujer! Te odio más que a cualquier otro ser viviente, si es que estás viva, si es que tienes alma. Tienes trescientos años y dentro de ti no hay más amor que el que una mantis siente por el macho. Jamás... jamás...

-¿Jamás qué?

-¡Jamás me volviste a llevar a tu lecho!

-Si me deseabas, niño, ¿por qué no viniste a pedírmelo tú?

-Porque te habrías reído de mí.

-Si -dijo-. Me río de las cosas débiles que hay en el mundo. Y cuando te marches y vayas a consolar a Comadreja Bocatiznada, me quedaré aquí, riendo...

-Ríete de mi cuanto te plazca. -Se dio media vuelta para partir.

-Pero no estaré riéndome de ti.

Se detuvo en la puerta.

-¿De quién, entonces?

-De mí.

La miró de frente.

-Tú no eres una de las cosas débiles del mundo.

Sonrió perversamente.

-No por mucho tiempo, en todo caso. No cuando termine lo que he iniciado contigo.

Orem estuvo seguro de que se estaba refiriendo a su muerte.

-Canta para mí, Reyecito. Cántame una canción de la Casa de Dios. Seguramente allí te habrán enseñado canciones...

Y cantó lo primero que se vino en mente. Era el pasaje favorito del sacerdote Dobbick, y pertenecía al Segundo Cántico.

*Dios sin duda ve tus pecados, amor.*

*La negrura de tu corazón, amor.*

*Los sopesa con tus sufrimientos,*

*¿Y de cuál hay menos, amor?*

-Otra vez -pidió.

Y cuando la hubo entonado dos veces, ella le hizo cantar más y más, una y otra vez, mientras mecía al pequeño. A pesar del odio que sentía por ella, Orem jamás había visto algo que le causara tanto placer: su hijo saciándose del pecho de la madre, como el grano obtiene vida de la tierra. Amó a su hijo instintivamente, como Avonap amaba a sus hijos y a sus campos. Lamentó cada palabra que le dijo y que pudiera hacerle morir más pronto, y privarle de una hora al lado de Juventud.

Finalmente no murmuró otra vez cuando él terminó de cantar.

-Perdóname -le dijo. Pero dormía y no le escuchó.

Entonces él se retiró y fue en busca de Comadreja, quien había soportado el dolor de Belleza a causa de la orden que él mismo había dado.

La Curación De Comadreja Bocatiznada

-No se puede entrar -dijeron los sirvientes que montaban guardia a las puertas de Comadreja.

Orem los hizo a un lado. Comadreja yacía delirando en su cama, llorando y gimiendo, llamando ora a Belleza, ora a Palicrovol, ora a Orem. Pensó que eso significaba que le amaba como había amado a Palicrovol, aunque en realidad gritaba para salvarlo a él y no para salvarse ella. Interrogó a los médicos que estaban reunidos en torno del lecho.

-No podemos hallar la causa de su dolor -confesaron.

-Tratadla como si acabara de dar a luz a un niño de doce meses -ordenó-. Tratadla como si el nacimiento hubiera desgarrado sus ingles y roto las carnes.

Los doctores le miraron estupefactos. Solo Belfeva, quien aguardaba cerca, de pie, sabía que el Reyecito conocía el problema mejor que ningún otro. Fue hasta la cama, apartó las cobijas, y entonces vieron que Comadreja yacía en un lago de sangre que seguía fluyendo de un horrendo desgarró en sus partes íntimas. Y lo más asombroso era que allí estaban los restos del parto que no había aparecido junto al niño llamado Juventud.

-En nombre de Dios -exclamó un médico, y se pusieron manos a la obra.

Orem observaba cuando podía tolerarlo y cuando no, se acercaba a Comadreja y la tomaba de la mano. Ella nada sabía de su presencia, sólo gritaba en un delirante sufrimiento. Por fin los médicos concluyeron cuanto podían hacer.

-Ha perdido mucha sangre. ¿Qué nos queda? -se lamentó uno.

-¿Cómo puede ser que haya sucedido algo semejante? -preguntó otro.

Orem sacudió la cabeza. No podía explicarles que era obra suya.

Los médicos se marcharon, pero Orem no se movió. La tomaba de la mano. Una vez ella dijo:

-Reyecito...

-Estoy aquí, Enziquelvinisensee -respondió. Escuchar su nombre pareció aliviarla. Se durmió. Dijo todas las plegarias que pudo recordar de sus épocas en la Casa de Dios. Sabía que nada significaban en la morada de Belleza, pero las pronunció de todas formas, porque le atemorizaba lo que pudiera haberle hecho.

Debió haberse dormido, pues cuando despertó vio que alrededor del lecho estaban Urubugala y Pusilánime, aguardando. Por fuerza del hábito extendió su red para cubrirlos y permitirles hablar sin que Belleza les oyese.

-¿Cómo está? -resolló Pusilánime.

-Soportó el dolor del parto -explicó Orem.

Pusilánime asintió.

-La Reina ha sido cosechada -dijo Urubugala-. ¿Pero cuál fue la cosecha, granjero?

-Un niño, de nombre Juventud.

-Vivirá -dijo Urubugala-. ¿Eso te tranquiliza? Belleza no dejará que Comadreja muera.

-Su nombre no es Comadreja -repuso Orem-. ¿Lo sabías? La Reina me lo dijo. En realidad, es Enziquelvinisensee Evelvinin. La Princesa Flor.

Pusilánime y Urubugala se miraron y Urubugala se rió.

-¿Creíste sorprendernos, Reyecito? Hemos estado junto a Comadreja desde el comienzo.

Sólo entonces Orem se dio cuenta de que también ellos eran personajes disfrazados del mismo antiguo relato.

-Zymas -dijo Orem.

Pusilánime sonrió débilmente.

-Hace tiempo que he dejado de ser yo mismo -se disculpó.

-Y tú. -Orem se dirigió a Urubugala-. Eres Furtivo.

El enano sólo replicó con una de sus gracias.

-¿Quién es el mágico leproso que los limpia con su lengua? ¡Enmarca nuestros nombres con maderos y los dibuja con mierda!

-¡Son las Compañías del Rey! -dijo Orem-. En todos los antiguos relatos...

-Las historias son muy viejas -dijo Pusilánime-. Ahora somos las Compañías de la Reina. -Hizo un gesto al cuerpo durmiente de Comadreja-. Mándanos llamar si despierta.

### Comadreja Despierta

Como no se mostraba dispuesto a marcharse, le acercaron una silla. Aguardó toda la noche. Y por la mañana abrió los ojos y vio que Comadreja estaba despierta a su lado, y que su horrible rostro estaba envuelto en la oscuridad salvo por los ojos rasgados que le observaban.

-Estás despierta -murmuró.

-Y tú -respondió.

-Temía por ti.

Ella estudió su rostro.

-Me llamabas... soñé que me llamabas por otro nombre.

-Enziquelvinisensee Evelvinin.

-¿Te lo dijo?

-Después que le ordené... que se librara del dolor.

-Ah. -Los ojos se cerraron y luego volvieron a abrirse-. Te perdono, Reyecito. Tú no sabías lo que estabas haciendo. -Le sorprendió con una sonrisa-. Piénsalo: sigo siendo virgen, y sin embargo mi cuerpo ha concebido y ha dado a luz. -Se rió un poco, y luego gimió de dolor.

-Pensaré en ti -dijo Orem- como la madre de mi hijo.

-No lo hagas -repuso.

-Fue tu cuerpo el que lo engendró.

-Yo no podría haber tenido un hijo docemesino.

-Es hermoso. La Reina Belleza me ha prometido que podré tenerlo tan a menudo como quiera. No sabía cuánto quería tener un hijo hasta que lo vi. Ya me sonrió.

-No lo ames -dijo Comadreja-. No dejes que te sonría.

-Fue tu cuerpo el que lo cobijó. La Reina Belleza también dijo que tú sentiste... cuando fue sembrado dentro de ella.

Comadreja asintió con la cabeza, pero volvió el rostro.

-No estoy avergonzado -dijo Orem-. Comadreja, te amo. Antes de que me dijera que esta no era tu piel, ya te amaba. Déjame creer que podré vivir para ver a mi hijo hecho hombre. Déjame hacer como si fueras mi...

-No -dijo-. Tú tienes esposa.

-¿Ah, sí? -replicó con furia.

-Y yo tengo marido. -Entonces Orem enmudeció. Sólo volvió a hablar una vez que ella le compadeció y le tocó la mano.

-Estaba equivocado. Perdóname.

-Siempre te perdono -fue la respuesta de ella-. Aun antes de que me lo pidas, Reyecito. No negaré a mi esposo por ti. Ni amaré a tu hijo. Pero me quedaré a tu lado y seré tu amiga hasta el final de esta loca travesía que has escogido. ¿Es eso suficiente?

-¿Qué te hace pensar que he elegido esta travesía? -Pero finalmente se mostró de acuerdo y la dejó dormir nuevamente.

Éstas fueron las palabras que dijeron, y nadie sospechó que Orem erraba al prever su futuro. Desde ese momento hasta que tú llegaste a las puertas del palacio jamás volvieron a hablar del tema, aunque pasaban cada día juntos. Comadreja jamás presintió que Orem creía que Belleza tramaba su muerte. Comadreja le habría dicho la verdad de haber sabido que él la ignoraba.

He oído que te hicieron llegar el rumor de que la Princesa Flor te traicionó con Orem el Carniseco, el Reyecito. Desde luego, no creas semejantes mentiras. Pero ella le amó como si fuera su propio hijo. Y recuerda esto, Palicrovol: si tú hubieras sido fiel a la

Princesa Flor, Orem el Carniseco jamás habría sido concebido. Recuérdalo cuando juzgues lo que hicimos cuando fuiste exiliado de Esperanza del Venado.

## LA LIBERACION DE LOS DIOSES

*De cómo Orem habló con Dios y aprendió el camino hasta la Resurrección de los Muertos.*

Orem Padre

Todos en Palacio estábamos acostumbrados a los modales que da la opulencia, a que un niño tuviera enfermeras, gobernantas e institutrices. ¿En todo Pueblo del Rey habría alguien que supiera lo que significaba ser padre? Para nosotros la paternidad era un acto de pasión, pronto olvidado; pero no para Orem ap Avonap. Sin jamás sospechar que el rubio granjero dichoso no compartía su sangre, Orem había resguardado en sí una parte de ese hombre para esta ocasión. En cualquier momento iba por Palacio, con Juventud sobre sus hombros, y cuando pasó el tiempo, dando sus primeros pasitos a sus espaldas. La risa de ambos podía escucharse casi en todas partes. Y quien quisiera verlos no tenía más que asomarse al jardín y en seguida aparecían, rodando por el pasto o jugando al escondite.

¿Los observaba juntos la Reina Belleza? Creo que si, ya que fue por entonces cuando inexplicablemente me contó las tres lecciones que aprendió como hija del Rey. Creo que envidiaba a Juventud por tener el amor de un padre adorable. Creo que eso la amargaba y le hizo más fácil odiar al Reyecito y a su hijo cuando le fue necesario.

Cada tres o cuatro horas Orem devolvía el niño a Belleza para que lo amamantara. Belleza observaba a Juventud todo el tiempo; Orem contenía su poder para sus adentros cuando estaba con el niño, para que Belleza nunca se viera impedida de mirarlo para asegurarse de que su niño no comía otra cosa que lo que tomaba de ella. Orem le entregaba la criatura en silencio, y con el mismo silencio Belleza se lo devolvía cuando estaba satisfecho.

Cada vez que Orem llevaba el niño a Belleza, creía que era la última vez que lo veía; cada vez que tomaba al niño en sus brazos, lo hacía con toda gratitud, como si por algún acto de misericordia se le permitiera vivir otro rato m s. Y como sentía la muerte en forma tan inminente, no desperdiciaba el tiempo que pasaba junto a Juventud. En esos días, si uno quería estar con Orem no tenía más remedio que aceptar la compañía del niño.

Por la noche, cuando Juventud dormía sus doce horas, Orem se retiraba a sus aposentos y empleaba la velada batallando contra la Reina. Ahora que el pequeño había nacido, ella se sentía con mas fuerzas para luchar y mantenerla alejada de Palicrovol era una contienda permanente. A veces incluso pensaba: Estoy acelerando mi propia muerte al atemorizar a la Reina. Me matará y se renovará más pronto aún. Debería dejar de pelear contra ella, para que me deje vivir.

Pero sabía que Belleza no lo dejaría con vida, y mientras observaba cómo Palicrovol preparaba sus huestes, comenzó a albergar esperanzas de que el Rey llegase a tiempo para salvarlo. Eso es lo que una vez dijo a Juventud: el Rey me ha de salvar.

El mismo Juventud era otro milagro. Como su padre y su abuelo, era de cabello moreno y de tez blanca; como su madre, era de rostro espléndido. Como había tenido una preñez de doce meses, su crecimiento era rápido, y su vida veloz. A la semana ya sabía sentarse, y al mes ya se ponía de pie. Antes de que más allá del Parque de Palacio fuera verano el niño ya sabía caminar. Correteaba con sus piernas regordetas por los senderos, escondiéndose y asomándose, llamando a Papá o a Comadreja. Si llamaba a Belleza de algún modo, jamás lo dijo delante de ellos; por momentos Orem se preguntaba si ella le

hablaría, o si sólo lo amamantaría en silencio. Asomaron sus dientes, pero ella seguía dándole el pecho. Orem le enseñó a conocer las letras que garabateaba sobre la tierra y a leerlas en dos sentidos, y así y todo Belleza seguía dándole el pecho.

Orem también pasaba horas de quietud con Juventud, pero no en silencio. Se tendían juntos sobre el césped del jardín y se contaban historias. Nadie podía acercarse, ya que si alguien lo hacía, como por una misma voluntad, los dos enmudecían de inmediato. Belleza podía escuchar, si lo deseaba, con sus secretas facultades, pero por lo general durante el día dormía, cuando no alimentaba al niño. La única persona que podía estar presente en carne y hueso era Comadreja Bocatizada. Orem le había contado el juego, esperando que ella pretendiera ser su madre verdadera; ella jamás dijo estar jugando, pero su presencia le permitía tener la familia imaginaria que deseaba. Juventud también la aceptaba, como si conociera su corazón.

Se contaban historias. Orem le explicaba todos los cuentos de su infancia. Cómo vivía con su padre; que su madre nunca le quiso, los relatos de la Casa de Dios y cómo fue rescatado del fuego. Le hablaba de Glasin el Mercader, de Rainer el Carpintero, de Zumbón Moscardón y de las serpientes; le contaba todas las historias salvo aquellas que pudieran indicarle a Belleza, que escudriñaba, que Orem era el Sumidero, su enemigo.

Y Juventud también le contaba cuentos. En su voz infantil, inconcebiblemente aguda, que ceceaba en las eses y patinaba en las erres, presentaba sus relatos con rostro serio y a veces se afligía tanto que lloraba, y a veces le causaban tal regocijo que también lloraba. En sus relatos había sabiduría y no todos han sido olvidados.

#### La Historia De Juventud Sobre El Becerro Hambriento

Había una vez un becerro que tenía hambre. Quería mamar, pero la madre le decía: Vete, que me cansas. Entonces iba hasta su padre, pero el toro le decía: Vete, no tengo ubres. Entonces el becerro bebió del estanque del bosque y le crecieron cuernos en la cabeza, tan pesados que no pudo mantener el cuello erguido y murió.

#### La Historia De Juventud Sobre La Flor Muerta

Había una vez una flor que se puso marrón. Dios tomó la flor marrón y la puso en su ventana pero no revivió. El viejo venado la llevó sobre sus astas pero no revivió. Las dos hermanas la trenzaron en sus cabellos pero no revivió. Pero Papá besó la flor y vivió, y se convirtió en mi.

#### La Historia De Juventud Sobre La Tormenta De Nieve

Había una vez una tormenta de nieve, pero siempre caía sobre la ciudad. Lejos, bajo la tormenta de nieve, había cientos y cientos de personas que no eran sirvientes, ni soldados, ni Papá, ni Comadreja, ni nadie. La nieve siempre caía sobre ellos, y los cubría hasta que se marchaban. El niño le dijo a la tormenta de nieve: ven y cae sobre mi. Y la tormenta de nieve vino y cayó sobre él, y el niño se fue corriendo, igual que las personas que no eran nadie.

#### La Historia De Juventud Sobre El Rey

El Rey es pequeño, pero el Rey es bueno. El Rey nunca te da nada de comer, y la gente se ríe de él cuando no está presente, pero el Rey conoce todos los caminos en el bosque y algún día hallar al viejo venado que vive en el bosque y me dejará montar sobre él.

## La Historia De Juventud Sobre El Río

Este era un río muy grande, que va desde una punta del mundo hasta la otra y regresa. Los mercaderes navegan sobre él y los granjeros navegan sobre él y millones de millones de millones de flores navegan sobre él pero Dios nunca navega sobre el río. El río pasa por una casita donde viven un hombrecito y una fea mujer pero no tienen un niño. Entonces el papá plantó una semilla en la tierra y plantó cientos de semillas y todas las semillas brotaron de oro salvo una que era marrón. Esta semilla es marrón como la tierra dijo el papá, pero le gustó igual y la comió y creció dentro de él y lo dejó tan satisfecho que nunca más tuvo que volver a comer.

## Orem Lloró Por El Relato De Su Hijo

No sé cuál de los relatos de Juventud fue, pero mientras estaba tendido de espaldas, escuchando, Orem rompió a llorar. Lloró en silencio, pero Comadreja y Juventud vieron asomarse las lágrimas en sus ojos. Una de ellas fue hasta la punta, tímida de caer pero sin poder evitarlo.

Orem notó que Juventud había interrumpido su relato.

-Continúa -dijo.

Pero Juventud no prosiguió. En cambio, tendió la mano hacia el ojo de su padre y tocó la lágrima. La observó un momento sobre su dedo y luego llevó la mano a la boca y sintió su sabor, y entonces miró a Orem con sus ojos maravillosamente sagaces.

Orem sintió un instante de preocupación y luego se serenó.

-Belleza duerme -dijo-. No quiero que me acuse de haberlo alimentado. -Comadreja rió. Pero por cosas tan pequeñas surgen y decaen reinos enteros.

En Palacio era un verano dorado, el primer buen verano que había en tres siglos. Pero entonces la nieve comenzó a caer fuera del Parque de Palacio. En el oeste, el rey Palicrovol de pronto hizo girar a su ejército hacia Inwit, al este. En Palacio, Orem comenzó a pensar seriamente que podía salvar su vida. Pero Urubugala rodó por el suelo de la Cámara de la Luna y dijo:

*Doce meses florecen en el árbol.*

*Doce meses más y estarás maduro.*

## La Ruta Baja Para Salir Del Palacio

Orem se retiraba de los aposentos de la Reina, tras llevarle a Juventud, quien debía tomar su mamada de la noche. Sobre el Palacio las nubes se movían con rapidez, sacudiéndose con la tormenta que, de poder, sepultaría a Inwit. Fuera de la sala de la Reina, Belfeva fue al encuentro de Orem, con la voz apremiada por la prisa.

-Timias ha sorprendido a alguien en tu habitación hoy -dijo-. Un niño. Dice que te conoce, pero igual estaba robando. Timias lo tiene allí.

Y así salieron corriendo hacia la habitación de Orem. Timias estaba inclinado contra una pared, sosteniendo por los cabellos a un niño adolescente, quien estaba furioso sobre un banco. En dos años la pubertad puede transformar a un pequeñuelo. Durante un instante no le reconoció. Además, la mutilación de sus orejas fue todo lo que pudo ver al comienzo. Con el cabello tirante, las salvajes cicatrices se veían horribles. Sólo le reconoció cuando abrió la boca.

-¡Orem, en nombre de Dios, haz que este truhán me quite las manos de encima!

-¡Zumbón! -exclamó Orem.

-¿Le conoces? -preguntó Timias.

-Sí. Le conozco y le debo la vida en más de una ocasión.

-¡Y no te olvides de los tres cobres que me debes! -dijo Zumbón con acritud.

-¡Zumbón! ¿Cómo estás?

-Si sigo así, quedaré calvo. Si tuviera unos centímetros más le enseñaría a este hijo de perra a meter las manos en su propio nido.

-¿Cómo llegaste hasta aquí? -preguntó Orem-. No te debe haber sido sencillo...

-Vine por la ruta baja.

Timias no escucharía semejante patraña.

-La puerta trasera tiene tantos guardias como piojos una prostituta de dos cobres.

-Nada sé de prostitutas de dos cobres -dijo Zumbón-. Dije la ruta baja, no la ruta trasera. Por debajo del Palacio.

Timias frunció el ceño.

-No existe tal ruta.

-Entonces atravesé la roca.

-¿Por qué crees que los acueductos pasan por encima de los muros? Este sitio fue construido para que no hubiera pasajes subterráneos.

Zumbón dio la espalda ostentosamente a Timias.

-Hay gente que tiene tanta razón que nunca aprende nada. Vine a llevarte.

-¿Llevarme adónde?

-Adonde te necesitan. Dicen que hay poco tiempo. Debes venir.

-¿Adónde?

-No sé el nombre del sitio -dijo Zumbón-. Y no estoy seguro de poder encontrar el camino por mis propios medios. He venido con un guía.

Zumbón miró hacia el porche. De pie al lado de la balaustrada había una sombra que Orem reconoció.

-Dios -dijo.

-Loco como un cerdo borracho, ¿eh? -comentó Zumbón-. Debe decirle a todo el mundo que esa es su identidad. Pero loco o no, conoce el camino a través de las catacumbas.

Orem fue hasta la puerta exterior y tocó al sirviente casi desnudo sobre el hombro.

-¿Para qué me necesitas?

El anciano dio la vuelta y sus ojos eran oscuros. A la luz que provenía de la habitación, Orem vio que en ellos no había una línea de blanco. Sólo iris. Le atravesaban el rostro para ver lo que había detrás.

-Tiempo -dijo el anciano-. Demoras demasiado.

-¿Demoro qué? ¿Para qué has venido?

-La cegaste, pero todavía no estás actuando.

Orem quiso pedir más explicaciones, pero Zumbón le tironeó del brazo.

-Él solo es el guía -dijo-. Los demás son los que te esperan. Me encontraron, me llevaron hasta abajo y me enviaron aquí porque supusieron que vendrías si yo te lo pedía. Puedes confiar en mí, Orem. No es una trampa ni un truco. Dicen que es muy importante y que no debes demorarte.

-Entonces iré.

-¡Aguarda! -Timias le detuvo-. No seguirás a este ladronzuelo hasta Dios sabe qué hoyo. No le creerás, ¿verdad?

-Antes de que tú fueras mi amigo, él lo fue -repuso Orem- y con menos motivos.

Al ver que Orem estaba resuelto a ir, Timias insistió en que se detuvieran en su habitación para llevar una espada. El anciano pareció sonreír con sorna, pero ¿qué había de malo? A Orem no le importaba que Timias fuera con él, ni que fuera armado.

El anciano les condujo por una ruta intrincada, a través del mismo palacio. A veces por arriba, a veces por abajo, por sitios que Orem jamás había visto y finalmente por lugares que parecían haber sido abandonados años atrás, donde el polvo formaba una espesa capa sobre el suelo y los muebles estaban habitados por roedores. Dejaron atrás las habitaciones iluminadas con velas, y llevaron faroles para iluminar el camino. Todos

excepto el anciano que les mostraba el camino por entre las sombras. Al principio Zumbón no dejaba de hablar, pero luego enmudeció.

Traspusieron una puerta, y ahora las escaleras eran de madera, y tan antiguas que debían andar bien cerca de las paredes por temor a que los escalones cedieran bajo el peso si pisaban en la mitad. Y cuando concluyeron las escaleras, el suelo fue de piedra, las paredes de roca y el techo húmedo. Aquí y allá caían gotas desde arriba, y la cúpula estaba sostenida por pilares. Orem recordó su travesía por entre las catacumbas junto a Brasa. Pero las catacumbas estaban fuera de la ciudad, del lado oeste, y ahora estaban en el este y dentro del Pueblo de la Reina. Y seguían bajando.

El túnel abierto a pico se ensanchó y pasó a ser una caverna. Y luego se angostó para ser una hendidura natural en la roca, a través de la cual se abrieron paso con dificultad, obligados a torcer el cuerpo en ángulos extraños. Y el hombre siempre les estaba aguardando, con bastante impaciencia, al otro lado.

-Me gustaría saber cómo hace el anciano para abrirse paso por estos lugares -se preguntó Timias.

-Dice que es Dios -murmuró Orem.

-Mírale los ojos. ¿Los has visto?

Atravesaron una pendiente sin cornisas por sobre un hoyo tan profundo que las piedras que resbalaban a su paso jamás tocaban fondo. Se internaron por una chimenea en la roca, rasgándose las rodillas y arrojando sobre el de atrás el polvo del pasaje.

-¿Cómo lo hiciste para estar tan limpio en mi habitación? -preguntó Orem.

-Tomé un baño -respondió Zumbón-. ¿Qué otra cosa podía hacer mientras esperaba? Sólo estaba tomando prestadas unas ropas cuando llegó tu amigo. ¿Qué miras?

Orem observaba tres barriles que había contra una pared, débilmente iluminada por el farol de Zumbón. Orem se acercó, sabiendo lo que vería. Pero faltaban las tapas y los barriles estaban vacíos. Respiró aliviado.

-¿Qué hay escrito sobre ellos? -preguntó Timias.

Orem acercó la luz. Había visto antes esas palabras, desde luego, y las recordaba muy bien.

HERMANA  
PROSTITUTA  
DEBES  
VER

DIOS  
ESCLAVO  
DEBES  
SERVIR

CUERNO  
PIEDRA  
DEBES  
SALVAR

Recordó otro mensaje que una vez había sido escrito sobre los barriles: Deja que muera. Había obedecido esa orden; el resto del mensaje aguardaba. Ahora supo que debía comprender si pensaba hacer lo que debía hacerse.

-¿Conoces esta escritura? -preguntó Timias-. ¿Sabes qué significa?

-No lo que significa. Pero fue escrita para mí. Hace dos años.

Dios esclavo debes servir. Orem miró al anciano.

-Creo que eres quien dices ser.

Los ojos resplandecieron.

-Te serviré si es que puedo.

-En la Resurrección de los Muertos -murmuró Dios. Entonces les dio la espalda y se internó por un estrecho pasaje y desapareció. Le siguieron y escucharon cada vez más cerca el rumor de aguas que corrían.

-¿Qué hace Dios como esclavo en la casa de Belleza? -quiso saber Timias.

Orem no sabía qué responder. Y entonces emergieron en una inmensa cámara, en la Resurrección de los Muertos, donde les serían dadas todas las respuestas.

La Resurrección De Los Muertos

Allí no había necesidad de faroles, ya que por encima de ellos había orificios que dejaban pasar la luz del día. Tenue, pero suficiente para ver, si no levantaban la vista, pues en tal caso se encandilaban.

-Las cisternas -susurró Zumbón.

Y sin duda, allí estaban las voces de las cisternas, que subían y bajaban, que gemían en un terrible lamento. Había un río que corría por el fondo de la caverna, tan ancho que Orem no podía ver el otro lado. El cauce era vasto pero poco profundo. Y el olor era tan nauseabundo que si se acercaban no podían respirar. El sonido provenía de las orillas del agua.

-Las cloacas de la ciudad -susurró Dios-. Todas fluyen aquí.

No se acercaron. El anciano los apartó por una cornisa que corría paralela al cauce.

-¿Bajamos por la corriente? -preguntó Timias.

-Si -dijo Orem.

-Pero estamos ascendiendo, ¿verdad?

Sin ninguna duda, estaban ascendiendo. Y sin embargo, no subían por sobre el nivel de las aguas. Tenía que ser una ilusión. Pero cuanto más se alejaban, más escarpado se tornaba el camino a lo largo de la cornisa, a la vez que el agua parecía subir junto con ellos. Sin ninguna duda, corría hacia arriba de la pendiente.

El anciano remontó el último tramo del angosto camino; el más escabroso. Pronto se reunieron en una cornisa mucho más amplia. Evidentemente, era plana. Pero, evidentemente, el río no se percataba de ello; seguía yendo hacia arriba y subía en una imposible cascada. El rocío de la corriente les salpicaba y las gotas descendían, como cabía esperar. Orem advirtió que el agua no arrojaba mal olor; no tenía olor alguno y se aproximó a la corriente para hundir la mano. Probó el agua. Era pura. Pura como...

-Los manantiales de la Casa de las Aguas. -Timias le miró mudo de estupor. Se volvió y gritó a Zumbón:

-¡Este es el origen de los manantiales de la Casa de las Aguas!

-Ven a mirar qué hace tan puras las aguas -fue la respuesta del niño. Siguieron su grito por el reborde de la cornisa y miraron hacia abajo-. Ahora que la luz está por detrás, podéis verlo -dijo Zumbón. Al principio Orem no supo qué estaba mirando; luego su visión se enfocó, y comprendió que ambos bancos del río se retorcían, se agitaban, se levantaban.

-Mordedoras -dijo Zumbón-. Todo el sitio está lleno de mordedoras.

Como el rumor de las aguas, las serpientes se agitaban en ellas y salían. Millones de ellas, hasta donde la luz de las bocas de la cisterna permitían ver.

-Se lo están comiendo -dijo Zumbón-. ¿Qué otra cosa podía ser?

-Se eleva -dijo Timias-. ¿Qué lo hará elevarse?

-Se eleva porque quiere elevarse -dijo una voz de mujer a sus espaldas.

Orem se volvió. Conocía esa voz, cuya dueña había ansiado y temido ver en cierta ocasión. Ella le miró con su único ojo, con su rostro retorcido, con su cuerpo perfecto como el tronco de un árbol joven.

-Sígueme -ordenó ella. La siguió.

Su hermana estaba sentada sobre una roca, detrás de la corriente de agua. Era un lugar brillante, pero a este sitio no llegaba la luz del sol. Era una luz sin fuente y sin sombras, sólo era, e iluminaba el sector de la roca de tal forma que podía verse cuanto había allí. La mujer del rostro de niebla gimió.

-Mi hermana te saluda.

-Y yo a ella -replicó Orem.

-Dice que todas las cosas se unen al fin.

-¿Es este el final?

-Casi.

-¿Por qué estoy aquí?

-Para liberar a los dioses, Orem hijo de Palicrovol. -Orem se estremeció.

-El nombre de mi padre es Avonap.

-¿Crees que las Dulces Hermanas cometemos errores en este tipo de asuntos? Conocemos todas las maternidades y las paternidades, Orem. Avonap es el esposo de tu madre, pero tu simiente es de Palicrovol.

En un instante todo el sueño de su concepción pasó por su mente como un relámpago, desde el cruce del río hasta que Palicrovol se alejó de la caverna de hojas.

-La Reina Belleza tomó el poder prohibido, que jamás un hombre debe tomar, y que jamás volver a tomar mujer alguna. Nos hechizó, Orem, nos sometió a las formas con las cuales nos ves.

Orem las miró y contempló a Dios.

-¿Cómo os tiene hechizados?

El anciano volvió la cabeza. Orem siguió su mirada. Sobre el suelo de la caverna yacía el esqueleto de un gran ciervo. Los huesos estaban tan secos que debían haberse dispersado, pero en cambio seguían unidos, como si el animal todavía viviera. El cráneo pendía en el aire, suspendido por las inmensas astas. Los cien cuernos estaban incrustados en la sólida roca de los muros de la caverna.

-Mira cómo mantiene cautivos a los mundos -dijo la Hermana que podía hablar-. Oh, Orem, ahora somos endebles, y nos movemos con lentitud. Podemos enviar visiones aquí y allá, hacer pequeños trabajos, pero es una labor dura de soportar. Te hicimos a ti, Orem. Santa y yo despertamos a tu madre, la llamamos Capullo, le enseñamos a ir a la ribera del río; el Venado llevó a Palicrovol hasta allí; Dios te dio a Avonap y a Dobbick para que hicieran de ti quien eres. Inclina tu vida para que llegaras hasta aquí, te observamos y te dimos forma hasta donde pudimos. Ahora no debes defraudarnos.

-¿Qué queréis que haga?

Pero Orem sabía la respuesta. Dios esclavo debes servir. Hermana prostituta debes ver. Cuerno piedra debes salvar. ¿Pero cómo?

-No tengo poder. ¿Cómo puedo desatar lo que no puedo ver?

-¿Has mirado?

Y entonces miró, tendió sus redes. Y sin embargo no había destello del Venado, ni de las Hermanas, ni de Dios. Buscó, pero toda la magia que podía hallar era el simple hechizo que Timias tenía sobre su espada.

-¿Qué debo ver? -preguntó.

-No podemos decírtelo -dijo la Hermana que hablaba-. Estamos atadas.

Santa gimió.

-Mi hermana dice que debes devolvernos al estado que teníamos antes de que la negra Asineth lo destruyera todo.

Pero yo no sé cómo erais antes. Solo nací hace dieciocho años, y todas estas cosas sucedieron antes de que yo fuera concebido. Antes de que mi madre, o su madre, o su madre vivieran.

-¡No puedo!

-Tranquilo -susurró Dios-. Sólo piensa en lo que sabes de nosotros. Aguardaremos un poco más, después de tanto tiempo.

Orem se sentó sobre el suelo de piedra, tendió la mano y tocó el hueso frío del cadáver del Venado. Escuchó que Zumbón contenía la respiración a sus espaldas; una mordedora se desenrolló y deslizó por entre las costillas del ciervo. Pero se marchó en otra dirección. Ese día no buscaba la muerte de Orem.

Comenzó por Dios, ya que lo había estudiado durante años en Banningside. ¿Qué se suponía que era Dios? Amable, el padre de todo, el artífice de los Siete Círculos, que alzaba a todos hasta su círculo más íntimo, para unirlos en su incorpórea labor, para congrega toda inteligencia desorganizada y enseñarle la forma y...

Incorpórea.

Miró al anciano, quien plácidamente le miraba con sus ojos de ámbar, de párpado a párpado.

-¿Qué haces tú con un cuerpo? -preguntó Orem.

Dios sonrió.

Orem se puso de pie, y tomó la espada de Timias.

-¿Qué piensas hacer con ella? -preguntó Timias-. Déjame hacerlo. Tú no eres precisamente un luchador.

-No pienso pelear -repuso Orem. Timias dejó ir el arma a regañadientes. En las manos de Orem pesaba demasiado y temió lo que iba a hacer con ella, pero la enterró con todas sus fuerzas en el corazón de Dios. La sangre salió a chorros, pero Orem sólo miraba los ojos, miraba como el ámbar se tornaba más brillante, más amarillo, más blanco, hasta resplandecer como la luz del sol. De pronto el fulgor se irradió, llenó la caverna durante un instante y luego desapareció.

Timias se inclinó sobre el cadáver del anciano, posó el dedo sobre la cuenca vacía donde hacía unos instantes había un ojo y dijo:

-Ha muerto.

Orem dejó caer la espada y se cubrió las manos con la sangre caliente del anciano. Entonces fue hasta las Hermanas, quienes también le sonrieron. Bañó con la sangre el rostro de la que no tenía faz, y el lado ciego de la que tenía un solo ojo. La sangre silbó y exhaló vapor sobre la piel. Entonces cogió a cada una por el cabello de la nuca y oprimió sus rostros uno contra otro tal como habían estado al nacer. Una mirando a su hermana, la otra mirando con un solo ojo hacia afuera. Las cabezas temblaron bajo sus manos, y luego permanecieron inmóviles. Aflojó la presión, y las mujeres se elevaron. Ya no tenían ropas. Sus brazos y piernas estaban tan enredados que su pudor no necesitaba más vestiduras. El cabello era uno y la piel se abría a través de la superficie de sus dos cabezas.

-Ah -canturreó la que tenía media boca.

-Nnn -dijo la otra sobre la mejilla de su hermana y ambos tonos fueron un solo canto que provenía de la misma boca. Juntas se elevaron de la tierra.

-¡No os vayáis! -gritó Orem.

-Libera al Venado -dijo la boca- y luego detén a Belleza. No está haciendo nada que no haya hecho antes. Venga a tu hermana sin nombre y a tu hijo sin nombre.

Y se alzaron hasta lo alto de la caverna, dando vueltas y vueltas sobre si mismas, unidas por el rostro, dando vueltas y vueltas como locas por la caverna como un trompo para finalmente desaparecer.

-He visto a las Hermanas con mis propios ojos y estoy con vida -musitó Timias.

Orem tenía tres hermanas y todas tenían nombre. Y nada les habían hecho que mereciera venganza. Y su hijo sin nombre... ¿qué le había ocurrido que necesitara ser vengado? Orem no comprendió, de modo que se volvió al Venado para tratar de revivirlo.

Sabía cómo debía verse el Venado: vivo, y cubierto de carne y pelaje. ¿Pero cómo lograría eso, siendo que no tenía poder en si mismo ni magia que ejercer?

Zumbón le preguntó:

-¿La sangre del anciano no surtirá efecto sobre el Venado?

-No lo sé -dijo Orem. Ahora la sangre estaba fría, y sabía mientras uncía los cuernos y la cabeza del Venado que no serviría de nada.

Pero al ver la sangre sobre los cuernos recordó la visión que había tenido sobre el cuerno del venado en casa de Horca de Cristal. Recordó al granjero que posó la garganta sobre el filo del arado y vertió su sangre para salvar al Venado. Y tocó la cicatriz con su mano y supo lo que debía hacer.

Timias no había visto la aparición, pero conocía la cicatriz sobre el cuello de Orem. Intuyó lo que pensaba hacer el Reyecito cuando le vio tocarse la piel.

-¡No! -gritó y se arrojó hacia adelante. Orem fue rápido, pero Timias alcanzó la espada antes y la apartó de su alcance.

-En nombre de Dios, Timias, debo hacerlo -dijo Orem.

-¿Te has vuelto loco?

Zumbón no comprendía nada, pero sabía que Orem necesitaba la espada y que este bastardo hijo de perra no se la daba. Fue suficiente con derribar a Timias de un puntapié en los huevos; Zumbón recuperó la espada y se la acercó a su amigo mientras Timias se retorció.

Se la habría quitado tan pronto como se la dio, de haber podido, pero antes de que atinara a hacer otra cosa que gritar como lo había hecho Timias, Orem enterró la espada en su garganta. La sangre le llenó la boca y le inundó el pecho y el dolor fue más del que creyó poder soportar. Se ahogó; la sangre le corría por los pulmones, pero no debía ser en vano. Se esforzó por llegar hasta la cabeza del Venado, trató de erguirse para que la sangre cayera sobre los cuernos. No tenía fuerzas ya, pero sus brazos fueron tomados por otras manos. Timias y Zumbón le levantaron y los cuernos quedaron empapados en sangre.

Bajo su cuerpo sintió el calor del venado. Lo sintió incorporarse, sintió el lomo inmenso y los flancos orlados de músculos y el olor a fortaleza lo levantó. Vio que los cuernos se apartaban de la roca en que estaban atrapados, y vio que las puntas brillaban como estrellas, como soles, como pequeños mundos colmados de joyas. Y entonces comenzó a dar vueltas, a perderse entre los cien cuernos, a girar y girar.

Voló, se elevó con las aguas hasta el techo de la cisterna, hasta el sitio donde se hundían en la roca para emerger en la Casa de las Aguas. Estaba atrapado en el agua y no podía respirar. No había tenido tiempo de tomar una buena bocanada y debía subir, debía subir para respirar...

Pero no, sabía que por encima de él estaba el fuego. Debía sumergirse en las aguas y así viviría. Y se hundió, esperando alcanzar el fondo. Pero no lo encontró. En cambio se desesperó y respiró hondas bocanadas de agua. Pero no era agua. Era aire puro. Abrió los ojos. Estaba tendido sobre el lomo del Venado, pero ya no se sentía débil por la sangre perdida. Extendió las manos, asió las astas y liberó la cabeza del nido de espinos. Entonces se arrojó del lomo del animal.

-Orem -exclamó Zumbón.

-Mi señor, mi Reyecito -musitó Timias.

Orem se tocó la garganta. La herida no estaba. Tampoco la cicatriz. El cuello, intacto como antes, como antes de que tuviera la visión del Venado.

-He lucido la verdadera corona -dijo. Aún podía sentir los cuernos alrededor de su cabeza, aunque ya no estaban allí.

-Estás vivo.

Se pusieron de pie y observaron al Venado mientras resoplaba y pisoteaba el suelo con las patas. La cabeza se inclinó. Sólo entonces comprendieron que quería embestirlos.

-En nombre de Dios -exclamó Timias-. ¿No sabe que hemos salvado su vida?

No había tiempo para las respuestas. Salieron disparados por el camino descendente y se tambalearon sobre la escarpada cornisa que bordeaba el río. Miraron hacia atrás sólo al entrar al pasaje. El Venado se veía claramente, avanzando y retrocediendo por la plataforma de roca, sacudiendo la cabeza.

-¿Cómo saldremos de aquí? -preguntó Timias.

-El conoce el camino -respondió Orem, sin estar muy seguro de ello.

Orem dejó que Zumbón les condujera, ya que había recorrido el camino dos veces. No obstante, al igual que Orem, los otros pensaban más en el futuro que en la forma de salir de ese sendero que corría por debajo de Palacio.

-¿Qué se espera que hagamos ahora? -preguntó Timias.

-Nada se espera de vosotros -repuso Orem-, aunque me alegra que estéis dispuestos a compartir la carga.

-¿Realmente han querido decir que eres hijo de Palicrovol? -preguntó Zumbón.

-Me han mostrado la forma en que sucedió -asintió Orem.

-Ella no está haciendo nada que no haya hecho antes... -reflexionó Timias-. ¿Quién es ella?

-Belleza -dijo Orem-. Piensa renovar sus poderes asesinándome y valiéndose de mi sangre.

-Bueno, al menos ya has practicado ahora -comentó Zumbón.

-Pero nunca antes había matado a ningún esposo -caviló Timias.

Sólo entonces Orem ató todos los cabos sueltos. No ha hecho nada que no hubiese hecho antes. más poderosa que la sangre de un desconocido es la sangre de un esposo. Pero ¿qué hay más poderoso que la sangre de un esposo? Para una mujer, la sangre de su hijo. Y de un hijo que no haya recibido más alimento que el seno de su madre. Venga a tu hermana sin nombre. Venga a tu hijo sin nombre. Orem había tenido una hermana sin nombre, años atrás. La hija de Palicrovol. Y Belleza la había asesinado para adquirir el poder que tenía. Orem lo supo todo de inmediato, y lo creyó, y se maldijo por haber sido tan tonto para creer que era él quien estaba condenado a morir.

-¡Juventud!, gritó en silencio. Juventud, mi hijo, mi hijo.

-¡Dejadme! -gritó a sus amigos-. ¡Alejaos de mí!

Vacilaron un solo instante, pero la agonía de su rostro les indicó que le obedecieran. Una vez que se hubieron marchado, Orem se proyectó fuera de sí mismo, y con sus salvajes dientes interiores desgarró toda la magia que pudo hallar, sin dejar nada, abriéndose camino como un loco por el Palacio donde la Reina Belleza era la más poderosa, y deshizo sus hechizos por todas partes donde los veía. La cegó, aflojó sus lazos. Ya no pensaba si era a Pusilánime o a Comadreja a quienes liberaba. Hallaba el poder y lo destruía y no podía, no podía detenerse.

Por fin el poder sólo quedó dentro de Belleza; toda la magia restante que había en Palacio fue devorada y aniquilada. Pero a esto había querido llegar todo el tiempo: a este rostro sonriente que sostenía a su hijo y pensaba matarlo. La desenvolvió capa tras capa; trató de huir pero él la siguió. Ella atacó, se movió, se resistió, trató de desaparecer pero él estaba allí, deshaciéndola a cada paso. Jamás se había sentido tan inmenso, y ella era pequeña mientras la perseguía aquí y allá en ese laberinto de destellos y aromas y en ese mar de sabores y sonidos. Salvaré a mi hijo.

Y luego, nada.

Nada. No podía dar con ella. Estaba otra vez dentro de su cuerpo y no podía salir de él. Todo lo que podía saborear o tocar estaba dentro de si mismo. Abrió los ojos. Belleza estaba de pie a su lado, mirándole. Sostenía a Juventud entre sus brazos.

-Papá -dijo el niño, tendiéndole los brazos.

-Juventud -murmuró Orem.

Belleza sonrió. Orem comprendió. ¿No se lo había advertido Horca de Cristal? Había ido demasiado lejos; le había revelado quién era; estaba hechizado. Ella no podía destruir su don, pero sabía hacer que volviera sobre él mismo, donde ya no podía hacer más daño.

-Siempre tú -le dijo-. Tendría que haber sabido que las Hermanas me traicionarían. ¿Las volviste a unir? No interesa. Dentro de una semana volveré a separarlas. Y tú, Reyecito, tú estarás aquí para contemplar mi obra. Al fin sabrás cómo se hace, creo. Sólo tú podías ser tan estúpido para tardar tanto en averiguar el precio.

-¿Quieres escuchar un cuento, Papá? -preguntó el niño.

La habría matado con sus propias manos, de no ser porque los guardias lo tenían aferrado. Le alejaron del hijo que era su vida, de la sonrisa helada de su esposa.

## EL TORREON MENOR

*De cómo el Reyecito decidió contribuir a la muerte de su hijo.*

### La Tortura

Tú estabas fuera de la ciudad cuando se lo llevaron a prisión, Palicrovol. Tus ejércitos estaban reunidos en la Puerta Trasera, donde las torres eran escasas, como si las torres significaran algo. Y mientras llevaban a Orem por el Camino Largo hacia el Castillo de la Esquina, vio tus banderas. Te había protegido durante tanto tiempo que habías comenzado a tener esperanzas, ¿verdad? Y aun ahora había debilitado tanto a la Reina que ella no pudo ya atacar a tus hechiceros ni a tus sacerdotes. Sólo atinó a someter a Urubugala, a Pusilánime y a Comadreja, y a hechizar la lealtad y el valor de sus guardias con la esperanza de que te retrasaras sólo siete días.

Y tú te retrasaste. Porque no creíste que pudiese no ser una trampa. Aguardaste, superando en número a las tropas de la Reina. Cien de los tuyos por cada uno de los de ella. Podías haber apilado los cuerpos de tus hombres caídos hasta la altura de los muros y aún así habrías tenido suficientes para asolar la ciudad y tomar el Castillo. Ella no podía haberte detenido entonces, porque no tenía fuerzas. Podías haberla invadido, y con todo su poder apenas habría podido volver una espada. ¿Cómo la habrías eliminado entonces, Palicrovol? ¿Con fuego? ¿Con la horca? ¿Ahogada? Cualquiera habría servido. ¿O acaso tenías algún plan para matarla usando todas las formas? Si hubieras actuado entonces, rey Palicrovol, tu nieto seguiría con vida, pues como dijo la misma Belleza, hasta que no cumpliera un año no estaría maduro. Pero tú te demoraste, y reuniste tus ejércitos, y aguardaste, aguardaste, mientras los demás seguían el otro camino, el camino imposible, el camino sin esperanzas para derribarla antes de que fuera invencible de nuevo. Pudiste haberla detenido, Palicrovol, pero una vez más fue tu hijo quien te salvó. Piénsalo, también, antes de matarle por haber osado ocupar tu trono.

Le encerraron en el Torreón Menor y los guardias le torturaron sin piedad, porque para eso iban allí los prisioneros. Se preguntó, mientras tironeaban de sus brazos hasta casi romperle las articulaciones, si había sido esa la causa de los gritos de aquel hombre. Pero a Orem no le hizo gritar. ¿Fue la sofocación? ¿Las agujas en las plantas de los pies? ¿Las cuerdas alrededor de los testículos? ¿El cristal roto que le enterraron en la boca y que le cortó la lengua y le llenó la boca de sangre que no osó tragar? ¿Fue eso lo que había destruido al otro hombre? No destruyó a Orem.

Ya que entonces él no moraba dentro de su propio cuerpo. Habitaba el de un niño de un año, cuya mente era cinco veces superior a la que correspondía a su edad. Cuyo corazón era sagaz, cuya vida desbordaba regocijo. Orem vivía en Juventud, y sólo observaba su propia agonía desde la distancia, casi sin que le afectara. Una vez había hecho caer una espada sobre su propia garganta. Lo recordaba. Pero ese dolor había sido borrado. Todo el dolor se había ido, estaba encerrado en algún sitio y no podía recordar dónde. Sólo tenía en mente el beso de los labios del pequeño, el contacto de sus bracitos alrededor de su cuello. Jamás supe hasta ahora cuánto puede amar un padre a su hijo. ¿Cómo halló mi padre las fuerzas para alejarse de la Casa de Dios y dejarme allí? Y cuando el dolor empeoraba, Orem regresaba con su padre, y volvía a tener cuatro años, y veía el mundo desde los hombros del padre, y aferraba los cabellos rubios de su cabeza mientras el mundo subía y bajaba.

Ese fue su consuelo: que Avonap hubiese sido su padre. ¿Qué si Orem hubiera aprendido la paternidad de ti, Palicrovol? Habría pensado que los padres no aman a sus hijos. Pensaría que un padre es un Rey y que decreta la muerte de un hombre porque usurpa su lugar. Y entonces, cuando se le dice al padre que el usurpador es su hijo, el

Rey duplica la recompensa por su captura, ya que ahora sabe que además de ser culpable de traición, su hijo es culpable de incesto. ¿Cuánto tiempo habría vivido Orem en el Castillo de la Esquina, Palicrovol, si hubiera aprendido la paternidad de ti? No lo suficiente para salvar su vida, de eso no hay duda.

Urubugala

Al sexto día Urubugala se presentó en el Torreón Menor. Todo había sido un error, le dijo. Orem no debía haber sido torturado; la Reina enviaba sus disculpas.

Orem yacía sobre el mullido lecho, ya que salvo por las torturas era un sitio muy confortable. Escuchó a Urubugala comprendiendo poco e interesándose menos. ¿Para qué seguía hablando este enano negro?

-Vete -murmuró Orem.

-Escúchame -dijo Urubugala-. Desde luego, ella ordenó todo esto. Pero ahora manda detenerlo porque mañana es el día en que piensa matar a tu hijo.

Orem volvió el rostro.

-No puede escucharnos. Tú te encargaste de eso, ¿verdad? Ya no tiene el Ojo Inquisidor. Hay una forma, una única forma de que podamos detenerla, pero no puede surtir efecto sin tu ayuda.

-No hay forma -dijo Orem-. Me ha hechizado. No puedo proyectar mi poder fuera de mi cuerpo.

-Ya sé que te ha hechizado. Yo se lo enseñé -dijo Urubugala.

-¡Tú se lo enseñaste!

-Vino a mi aterrorizada cuando la atacaste como un salvaje y destruiste todo su poder y me obligó a que le dijera cómo podía sujetarte.

-No te obligó en absoluto -aseguró Orem-. Yo te había liberado antes de lanzarme contra ella.

Urubugala se encogió de hombros.

-Entonces no me obligó. Si no le hubiera dicho cómo someterte, te habría tenido que matar para salvarse. De modo que me debes la vida.

-No quiero mi vida -se lamentó Orem-. Mi hijo ha de morir.

-Si. Mañana -dijo Urubugala, con brutal crudeza-. Tu hijo no tiene ninguna esperanza de salvarse. Jamás la tuvo. Y Belleza te advirtió que no lo amaras. Todos te advertimos de ello, pero tú lo hiciste y el Venado sabrá por qué razón. ¿Cómo podemos reparar eso? Tú lo elegiste, Reyecito. Pero hay una forma de que Belleza, aun matando a tu hijo, también se destruya a sí misma. Escucha, Reyecito. Tú sabes quién soy en realidad, ¿puedes dudar de que sepa lo que es posible y lo que no? La Reina hará los ritos y traspasará su poder por entero al niño. Todo lo que es lo quitará de sí y lo depositará en él. Y en el momento en que el pasaje sea total, ella lo abrirá y beberá la sangre caliente y en la sangre recibirá todas sus fuerzas, aumentadas cien mil veces.

En vano Orem lloró y se hundió en la cama para alejar la visión de sus ojos.

-Reyecito, si tú haces los ritos junto con ella, pero en secreto, de modo que no te vea, entonces, en el momento de la culminación, cuando todos sus poderes estén en el niño, también irán a él los tuyos, Reyecito, pequeño Sumidero, y todo el poder de ella será arrastrado a la tierra, y cuando beba no habrá nada, ya que su poder, su vida misma, morirá con el niño.

Orem le escuchó, aunque no quería escucharlo; pensó, si bien no quiso pensar.

-No -murmuró.

-¡Maldito seas, niño! ¿Por qué no?

-Si Juventud muere, ¿qué me queda?

-¿No te importa que seas la única persona en el mundo con poder de detenerla? ¿Que los mismos dioses dependan de tu misericordia? ¿Por qué crees que te han traído aquí? ¿Por qué crees que estás vivo?

Orem se dio la vuelta, miró al enano a los ojos, al borde de la cama.

-No sé por qué estoy vivo -dijo suavemente-. Una vez creí ser yo mismo, libre de hacer lo que quisiera con mi vida. Pero ahora sé que desde el preciso momento de mi concepción, jamás he sido yo mismo sino un instrumento. Así como Belleza engendró una hija y un hijo para utilizarlos como instrumentos, así Dios y las Hermanas y el Venado me procrearon. ¿En qué se diferencian? Si mi hijo no ha de ser salvado de la Reina, al menos yo podré salvarme de los dioses.

Miró a Urubugala a los ojos, aguardando la réplica a su argumento. Pero esta no llegó. Los ojos del enano se colmaron de lágrimas.

-¿Soñabas con la libertad, verdad? -murmuró-. Es lo que he hecho yo, durante trescientos años. Pero tú no eres el único que pagará su precio por el fin de Belleza. El poder de Belleza nos ha sostenido a los cuatro durante tres siglos. A Comadreja, a Pusilánime, al mismo Palicrovol y a mi. Cuando su poder se desvanezca, ¿qué nos sostendrá?

Orem había pensado que Comadreja sencillamente volvería a ser Enziquelvinisense Evelvinin de nuevo. Tal como había sido la noche de su boda. No se le había ocurrido pensar que los años transcurridos entre tanto también serian restituidos.

-Y sin embargo -dijo Urubugala-, con gusto pagaríamos ese precio.

-Si hago lo que tú dices, todo seguirá dependiendo de que Belleza mate a mi hijo.

-Sí.

-Entonces, ¿no seria consentir con su muerte?

-¿Cuál es el precio de liberar al mundo entero? Un hijo pequeño. ¿Cuál es el precio de esclavizar al mundo entero? Ese mismo hijo. De todas formas morirá.

Orem se cubrió el rostro con las manos y lloró.

Comadreja

Esa noche Comadreja Bocatiznada fue a verle. Él no habló, pues no había necesidad de hablar. Ella le retiró las ropas, le untó con bálsamos, frotó suavemente sus hombros hinchados, y le cambió los vendajes de los pies. Durante una hora trabajó con él. Y luego le cubrió nuevamente, y se sentó a su lado. El extendió su mano hacia Comadreja y ella se la estrechó.

-Comadreja -dijo Orem- ¿cómo puedo dar menos que tú?

Pero Comadreja no respondió. ¿Qué podía decir? Sólo se inclinó, y le besó la mano, lo cual le hizo llorar una vez más, ya que estaba débil y enfermo y no podía resistir semejante ternura. Entonces habló, habló hasta que ya no pudo seguir haciéndolo, le dijo todo lo que había sucedido bajo tierra y todo lo que había acontecido sobre ésta, y le habló de los dioses, y de las torturas, y sobre todo de su hijo, de cómo amaba a su hijo.

Y cuando todo estuvo dicho, y Orem se dispuso a dormir, siguió tomándola de la mano. Ella quiso retirarla, pero él la retuvo débilmente y confesó:

-Te amo.

Y ella le dijo, porque era tan inocente, tan joven y porque sufría tanto:

-Yo también. Te amo. -Lo dijo porque era verdad.

Se alejó del Torreón Menor y fue hasta Urubugala, que aguardaba en Palacio junto a Pusilánime.

-Lo hará -les dijo.

-Si todo sale bien, me odiará para siempre -dijo Urubugala.

-¿Y eso por qué? -preguntó Comadreja.

-Le mentí.

-¿Qué le dijiste? -exigió Comadreja.

-No te lo diré, Enziquelvinisensee Evelvinin, pues si lo hago le dirás la verdad, y en ese caso creo que no cumplirá.

-¿Por qué no puedes creer, Urubugala, que parte de la humanidad actúa mejor sabiendo la verdad que si la ignora?

-Mi único maestro es la experiencia -respondió Urubugala-. Los hombres son mejores cuando nada saben.

-Entonces... ¿qué hay de ti, Furtivo, que lo sabes todo?

Urubugala se encogió de hombros.

-Yo sólo soy el enanito negro de la Reina.

## LA VICTORIA DE LOS CIEN CUERNOS

*De cómo murieron Juventud y Belleza, y de cómo fueron llevados sobre la cresta de los Cien Cuernos.*

### La Preparación Del Niño Docemesino

Despertaron a Orem en la oscuridad. Se vistió a la luz de las velas y caminó por el Largo Paseo con la ayuda de los guardias, porque no podía sostenerse en pie fácilmente. Hacia frío. Orem había disminuido tanto el poder de Belleza que la eterna primavera del Parque de Palacio se había marchitado. El invierno del mundo exterior había llegado por fin. Las flores habían muerto, los árboles enloquecían de oros y rojos; las fuentes eran hielo y el viento era crudo por primera vez en siglos.

La Reina sostenía a Juventud en sus brazos, en la plaza que daba al palacio. El niño vio a Orem y le llamó. Orem no habló. Permaneció mudo donde los guardias le detuvieron. Trató de excluir la voz del pequeño de su mente, pero no pudo. Quienes le escuchábamos, también creímos no poder soportarlo, pero finalmente lo hicimos.

-Papá -exclamó el niño-. ¿Dónde has estado? ¡Déjame contarte un cuento!

Comadreja, Urubugala y Pusilánime aguardaron en el otro lado de la plaza, frente a Orem. Sólo Urubugala no se quedaba quieto. Bailaba y gesticulaba y rodaba, saltaba de un lado para otro. Una sola vez se acercó a Orem y sólo para musitar:

-¡Haz todo lo que ella haga! -Y entonces se volvió a marchar, saltando en una pierna, pretendiendo estar ligado por hechizos que ya no surtían efecto alguno en él.

La primera luz apareció en el cielo por el este. Estaban bajo la sombra del Palacio, pero Belleza tenía prisa. Sabía lo que era verdaderamente necesario para el rito y lo que no; la luz directa no lo era, y comenzó el Pasaje.

Quitó toda la ropa a su hijo y lo recostó sobre la mesa de plata. Juventud gritó, ya que el metal estaba frío, pero allí se quedó, llorase o no, mientras Belleza también se desvestía. Orem miró a Urubugala. ¿Eso también sería necesario para él? ¿Debía desvestirse? Belleza había aprendido casi todo lo que sabía de los libros de Urubugala. El enano sacudió la cabeza.

Juventud gritó, y suplicó a su madre que le dejase marchar. Está frío, está frío. Orem sabía que no podía escapar; Belleza le había hechizado y las redes y cuerdas de Orem permanecían dentro de él. Nosotros observamos y Orem se mantuvo tan sereno como si el clamor de su hijo fuera el canto distante e indiferente de un ave.

Se mantuvo sereno y repitió cuanto hizo Belleza: cada signo de su mano fue repetido, cada palabra de sus labios fue pronunciada con ella. Al cabo de un rato, Juventud dejó de gritar y comenzó a jugar, a atrapar los dedos de su madre mientras ella hacía los signos. Si él destruía un ritual ella volvía a comenzararlo, y lo mismo hacía Orem. Fue largo, pero

no cometió errores. Comadreja, Pusilánime y Urubugala le observaron bien para que no hubiera dudas.

Mientras la luz se tornó más intensa, y justo antes de que el sol asomara por detrás de Palacio, la Reina Belleza sonrió y tomó un alfiler de un sirviente y hundió el alfiler en su brazo, para que manara sangre. Humedeció un dedo en la sangre y con el líquido untó los párpados del niño.

¿Qué hago? interrogaron los ojos de Orem. La respuesta vino de Pusilánime, quien de pronto comenzó a cantar una canción impúdica y soez de sus épocas de soldado con el ejército rebelde de Palicrovol. La solemnidad se rompió; los guardias se apresuraron a silenciarlo. En la confusión, Urubugala se acercó a Orem y le cogió la mano. Orem estaba preparado: ya se había cortado la muñeca con la uña del dedo. La sangre salía de la herida superficial. Urubugala manchó sus dedos y se marchó. Y al rodar ante el altar saltó, se inclinó y escupió al rostro de Belleza. Ella gritó y los guardias se lanzaron a atraparle tal cual habían hecho con Pusilánime. Pero al escupir había posado sus dedos ensangrentados sobre los párpados del niño.

El disturbio acabó. Belleza prosiguió, pero miraba al cielo para ver cuánto brillaba. En la distancia podía escucharse el son de la batalla: gritos de cientos de gargantas. Palicrovol por fin había iniciado su ataque. Demasiado tarde, a esas alturas. Aun cuando la ciudad no tuviera defensas, no conseguiría traspasar las murallas y las barreras a tiempo.

Más palabras; más signos. Entonces se elevó el sol y la luz plena destelló sobre las torres del Castillo de la Esquina. Belleza inclinó la cabeza. Todo estaba hecho. Sólo faltaba el crimen y beber la sangre.

Pero Belleza no tendió la mano hacia la hoja que aguardaba. Miró a Orem y le sonrió.

-Mi esposo, mi Reyecito, tú que me amas lealmente y con todo tu corazón, ¡qué fácilmente crees haberme engañado! ¿Crees que no he visto tus manos que se movían, tu sangre sobre los párpados de nuestro hijo? Idiotas, ¿por qué clase de tonta me habéis tomado? Pues ni siquiera Furtivo es infalible, creo, y menos lo es cuando su cerebro ha sido podrido y metido en una cabeza tan pequeña. El Pasaje sólo puede hacerse entre un progenitor y su hijo siempre y cuando el niño haya tragado el fluido de tu cuerpo que tomó por su propia voluntad. Todos estos meses el niño ha estado alimentándose de mi pecho. ¿Qué tomó de ti, Reyecito?

Orem desesperó.

La Reina dijo las palabras finales del Pasaje.

Juventud gritó, con súbito e infernal dolor. Todos los poderes, todos los odios, todo el saber de su madre pasó a él. Gritó, y en su voz infantil había palabras que jamás conoció en sus llantos, blasfemias que sonaban más terribles aún por ser dichas con voz tan inocente. Aun Juventud, pese a su gran corazón, era incapaz de soportar el peso que Belleza cargaba sobre él. Pero sus gritos pronto serían acallados. Belleza tomó el cuchillo.

Orem miró, incapaz de apartar la vista, a pesar de que Urubugala movía las manos en súplica. Por fin Orem desvió sus ojos, pero no hacia Urubugala sino hacia Comadreja, quien también amaba al niño. Ella movió la cabeza en dirección al enano y Orem entonces lo miró. Estaba confundido. ¿Qué puedes querer de mi ahora? Urubugala moldeó con la boca las palabras finales del Pasaje. Orem sacudió la cabeza. ¿De qué serviría?

Pero Comadreja lo sabía.

-Papá -dijo-. ¿Por qué te ha hecho llorar mi historia?

Orem la miró. Belleza también se detuvo, con el cuchillo en la mano. Y Orem recordó que Juventud había tendido la mano hacia él, y que había saboreado una de las lágrimas que asomaban de sus ojos. El Pasaje estaría completo después de todo, si Orem decía las palabras. Belleza miró suspicazmente a Comadreja y al Reyecito. ¿Cuál era el truco? ¿Estaban tratando de confundirla y de detener su cuchillo hasta que el sol se apartara de

la cresta del Palacio? Ya no demoraría. Era el día, el momento, y Belleza ignoró lo que creyó ser un intento de distraerla. Posó la mirada sobre Juventud y alzó el cuchillo.

En ése momento, Orem pronunció las últimas palabras del rito y lo completó.

-Ven agua, ven agua. Ven madre, ven hija. Ven padre, ven hijo. Ven sangre y que se haga. El Venado hace uno de nosotros y la Cierva cumple la matanza.

En ése momento todo el poder que Belleza había sujetado en él se alejó y partió hacia su hijo. En ese momento toda la magia de la Reina Belleza fue devorada por el Sumidero libre de ataduras que yacía sobre el altar de plata bajo el cuchillo. El cuchillo se hundió en la garganta del niño. La sangre brotó y los gritos atroces del pequeño concluyeron en un borbotón de espuma.

¿Supo Belleza que el poder había partido de la sangre antes de beberla? Quién lo sabe. Levantó a Juventud y lo sostuvo sobre una tina que sostenía uno de los sirvientes. En segundos se llenó lo suficiente para que ella se diera por satisfecha. Depositó sobre el altar al niño que aún vivía, cuyas manos seguían debatiéndose, cuyos ojos seguían queriendo escapar de su cabecita en fatal agonía. Alzó la vasija y bebió.

Demasiado tarde. El niño murió. La sangre no tenía valor. Toda su magia había sido desechada. Había traspasado a su hijo todo su poder, todo lo que la sostenía, para que regresara a ella con más vigor. Y ahora nada quedaba. Todo se había perdido. Mientras la observaban, su rostro cambió. Perdió el rostro que había usurpado, se marchitó y se pudrió ante sus ojos, desmoronándose sobre el cadáver de Juventud.

## La Última Liberación

Su muerte lo deshizo todo. La lealtad de los guardias desapareció, y no hicieron esfuerzos por detener a Orem mientras corría a besar al cuerpo de su hijo, llorando. Algunos miraron al Reyecito. Otros observaron a Urubugala, que había recuperado su cuerpo alto, sus ojos rosados y su piel lechosa, como lo pintaban todos los relatos sobre Furtivo. O a Pusilánime, quien de pronto llenó su armadura, y fue otra vez un hombre fuerte, con el fuego de la guerra en sus ojos. Pero pronto todas, todas las miradas se dirigieron a Comadreja. Ya que allí, ante ellos, estaba otra vez Belleza.

El rostro de Belleza. El cuerpo de Belleza. Los había engañado después de todo. Había sobrevivido. Estaba con vida y se vengaría de todos.

Se apartaron de ella. Todos, menos Zymas y Furtivo.

-Tontos -clamó Zymas-. La Reina Belleza ha muerto. Esta es la verdadera y legítima esposa del rey Palicrovol, Enziquelvinisense Evelvinin. Nada tenéis que temer de ella.

Fue entonces cuando Orem levantó el rostro lloroso y sangriento del altar y comprendió que las Compañías de la Reina no habían muerto. Todos vimos cuando el conocimiento llegaba hasta él; le vimos recordar que, según palabras de Furtivo, todos pagarían el precio. Una mentira. Para engañarle y hacer que cumpliera su parte.

-No era una mentira -dijo Furtivo con suavidad-. Todo dependía de que pudiera hacer un hechizo con la sangre de tu mano. Pude restaurar sus hechizos lo suficiente para mantenernos a la edad que teníamos cuando nos sometió por vez primera. No estaba seguro de poder hacerlo.

Pero Orem nada dijo. Sólo paseó la mirada de Zymas a Furtivo, y de éste a Zymas.

Enziquelvinisense Evelvinin, compadeciéndole, corrió a pedirle perdón por haber conspirado en la mentira sin saberlo. Pero él vio su rostro y gritó. Se lanzó hacia ella para atacar ese rostro que no tenía derecho a estar vivo. Posiblemente pensó que se trataba de Belleza. Estaba muy conmocionado. Lo apartaron de ella, le contuvieron. De inmediato la lucha cesó, y Orem dejó caer la cabeza y lloró.

Fue entonces cuando el Venado llegó del Parque de Palacio y caminó tranquilamente hacia el altar. Pasó sus cuernos por debajo de los cuerpos y los levantó. Fue un hecho curioso; los cuerpos se elevaron y a la vez permanecieron, como si el Venado hubiera

descubierto la verdad de la madre y el hijo y los hubiera elevado, dejando atrás sacos vacíos de carne. Los elevó y los sacó de allí exultantes, sobre las cien puntas brillantes de las astas del Venado.

Orem los vio perderse de vista por entre los bosques. Entonces se sacudió como un perro mojado e hizo un gesto como si fuese a partir. Los guardias le detuvieron hasta que Zymas gritó:

-Dejadlo ir. ¡Debemos apresurarnos y devolverle la ciudad al Rey antes de que se pierda otra vida!

Fue suficiente para los guardias. Siguieron a Zymas a paso veloz, hasta las puertas del Palacio, sin perder tiempo para encaminarse al Castillo de la Esquina e izar banderas de paz, para arriar y destruir el pabellón de armiño de la Reina Belleza.

Enziquelvinisense Evelvinin vio cómo Orem el Carniseco, no ya el Reyecito, se alejaba del lugar donde perdió todos sus amores y toda su confianza. Casi le llamó. Casi corrió hacia él y le rogó su perdón. Pero eso no habría sido lo correcto. Podría haber pensado que ella le amaba. Podría haber olvidado que ella pertenecía al rey Palicrovol. Podría haber tratado de franquear los siglos. Pero Palicrovol, tu esposa no era tan necia. El amor no obra milagros. No podía haber sucedido. Vio perderse de vista a Orem y luego miró hacia donde regresaba el Rey, para entregarse a quien había amado perfectamente a lo largo de los siglos. Después de todo, seguía siendo virgen; había una boda que concluir. Comenzarían de nuevo lo que tan inconvenientemente había sido pospuesto. Pero en su corazón no sintió regocijo. Le afligía pensar que Orem el Carniseco la odiaba. Y lo que más le afligía es que tuviese razón.

## LA IRA DEL REY

*De cómo trata el Rey a sus enemigos.*

### El Regocijo

Cuando viste el cambio de banderas, ordenaste a los soldados que bajaran las armas. O bien Belleza tenía la fortaleza para destruirte o bien moriría. Sabías que no recurriría a trucos. Tus hombres bajaron las armas y la ciudad fue tuya. La gente salió a las calles a vitorear tu nombre, aunque en realidad no por retrasar tu regreso te desearon más. Luciste la Corona de Asta por las calles.

A Zymas lo abrazaste; a Furtivo lo saludaste con una reverencia; a Enziquelvinisense Evelvinin sólo la miraste y dijiste:

-Si. Te conozco.

### El Perdón

A todos los soldados de Belleza, a todos los cortesanos que la adularon, a todos los mercaderes que se enriquecieron con su gobierno, a todos los sirvientes que cuidaron de ella, a todos los magistrados que administraron sus leyes, a todos ellos les perdonaste.

### El Honor

Hallaste su cuerpo sobre el altar y al niño debajo de ella. Los hiciste llevar hasta la ribera del río. Hiciste quemar los cuerpos, y arrojar sus cenizas a las aguas. Fue sobre esas mismas aguas donde había hecho arrojar un millón de flores para dar la bienvenida a la Princesa Flor. Fue en esas mismas aguas, aunque frías y veloces, en las que nadaste para concebir a un hijo de la esposa de un granjero.

## La Venganza

Ahora con tus tropas aguardas en la base de un reducto en las montañas, que ni siquiera es un castillo. Sabes que en ese sitio espera Orem el Carniseco. Y con él crees que aguarda un ejército, o un hechicero de terrible poder. Te diré quiénes esperan dentro:

Un niño sin orejas, que sabe hurtar de los bolsillos, o sostener a una mordedora y seguir con vida; antes de que termines con él tal vez rasguñe a uno o dos soldados.

Un hombre de estirpe, un miembro de la corte, el mejor de todos los que asistieron a la Reina Belleza. Antes de morir logrará herir, profundamente, a cinco de tus hombres.

Una mujer de alta nobleza que sirve al Reyecito, ya que Orem el Carniseco le enseñó a valorar la misericordia más que la justicia, y la virtud más que el abolengo.

Un joven. Un joven de dieciocho años, de cabello oscuro y tez pálida, con sangre de Rey en sus venas y el peso del mundo en su corazón. Huye de ti sólo porque sus amigos se lo ordenan. No le importas nada. Sólo se lamenta por las cenizas que arrojaste a la corriente.

Dios no está con él. Las Dulces Hermanas tampoco. Ni el Venado está con él. Concluyó la tarea para la cual lo procrearon y ya no tienen más necesidad de él.

## La Bendición

Escribo esto con mi propia mano. Lo escribo en tu propia tienda. Te lo daré esta noche. Cuando regreses, estará esperando por ti. Si lo has leído, sabes entonces que es verdad.

¿Creías que sólo los hechiceros y los magos tenían poderes? Yo he pinchado mi dedo y salpicado sangre viviente sobre estas páginas. He escrito dos bendiciones aquí, que sólo tus ojos podrán leer. Si eres la clase de hombre que acatas estrictamente tu juramento y terminas con el usurpador llamado Orem el Carniseco, llamado el Reyecito, entonces sólo verás la bendición que te permitirá tener la fortaleza para concluir rápido tu tarea y matarlo por la mañana. Pero si eres un hombre misericordioso, aun a costa de ti mismo, en ese caso verás solo la bendición que hará curar tu corazón y que te reconciliará con tu hijo. Te amaré, sea cual fuere el hombre que resultes ser. En realidad, si la elección fuera suya, no sé bien cuál de ambos fines escogería el mismo Orem.

Ahora ya sabes qué hombre eres Palicrovol. Ahora conoces tu nombre. Aquí concluye esta historia. ¿Creíste que se trataba de la historia de Orem el Carniseco? Su relato terminó cuando murió Juventud. En su corta vida, Orem ya ha ganado su nombre: Esperanza del Venado. Pero tú, ven ahora a mi, esposo mío, y dime cuál de las dos bendiciones que te concedí has podido recibir.

**FIN**